

CUADROS
HISTÓRICOS

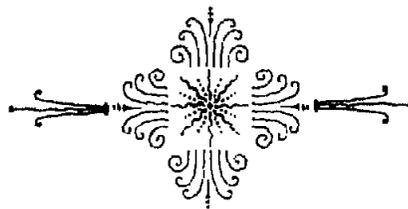
DE LA REVOLUCIÓN DE SEPTIEMBRE
EN LAS PALMAS

POR

J. CIRILO MORENO

EX-FEDERAL,

Y EX-TENIENTE DE LA 1.^a DE VOLUNTARIOS
DE LA LIBERTAD



LAS PALMAS

IMPRESA DE J. MARTÍNEZ
Calle Domingo J. Navarro

1899

DEDICATORIA

Á la ex-ciudadana Fraternidad; mi hermosa rubia de aquellos tiempos.

¿A quién sino á ti, había de dedicar sus cuadros históricos de la Revolución nuestra, tu oficiar, como me llamabas con la monada de tu trastrueque de eles y erres que tanta gracia me hacía?

¿A quién sino á la guapa y frescota rubia de boca de clavel, á la que por reminiscencia histórica apellidaba Fraternidad, con regocijo suyo, que conmigo participaba del entusiasmo por la idea republicana, nunca propuesta á los traspertes de nuestros amores?

Viejo, cercano á los sesenta, he sentido durante mi labor literario renovarse mi juventud y reverdecerse mis ilusiones, que no me dejaban ver en ti, la anciana que en años me corre parejas, sino la rubia de mis recuerdos, entradita en carnes, de pelo de oro y ojos de cielo, que me entoquecía.

Por ti olvidé, entonces, compromisos serios, y en la agitada turbulenta vida de aquella época, en el fragor del

batallar político, en la reñida lucha de la prensa y el club; mi descanso eras t'í y mi consuelo el verte.

Te acuerdas como lloraste, á solas conmigo, porque el salgento aquél no te dió pórvora para hacer ringleras, y como para consolarte, le quité al capitán de la segunda cuatro cartuchos, que él conservaba como oro en paño?

*Te acuerdas de lo que sufrí cuando me propusiste que me hiciera **atillero** deslumbrada por el arrastre de los dos cañones de escapatate, que aquellos galibardos pasaban por tu calle?*

Ah! Debes acordarte, como yo me acuerdo.

Tampoco te habrás olvidado de la noche aquella en que estábamos solos, y tu, poniendo sobre mis hombros tus regordelitas manos de nieve y rosa, me preguntabas, clavando en mí tus celestiales, azules ojos: te gusta la República?

— Si que me gusta, Eden de mis amores: te contestaba.

— Y cuasla?, añadiste anhelosa.

— La Federal, ángel de mi vida, qué otra quieres?

Y dulce caricia pagò el temor disipado de que fuese unitario.

¡Oh cuasla aquel, que sonaba en mi oído como suave música: barbarismo mono que tu dulce boquita llenaba de gracia!

Castos y puros, hasta el punto que tú y yo sabemos, después del Omnisciente; estuvimos á pique de estrechar nuestra unión, según el ritual de nuestras ideas, eligiendo como buenos federales, y al igual que el Ciudadano Marat, un día de buen sol, sin más requisitos. ¡Y cuantos días de buen sol para esa clase de uniones hay en nuestra tierra!

Pero Dios clemente quiso salvarnos de esa caída: que caída hubiera sido, por más que, según los principios políticos que sustentábamos, juzgáramos de otro modo.

Deparóte á ti un hombre honrado, un buen trabajador, que hizo tu esposo, según su ley Santa; que no hay otro medio legítimo y honesto de unir dos seres de distinto sexo: y yo volví al lado de la que amaba, que no olvidé nunca á pesar de mi encanto, y cumplí mis deberes al imitarte.

Hoy somos abuelos, é impunemente podemos acogernos al recuerdo de tiempos pasados. En el crisol de los años ha desaparecido la escoria y ha quedado el oro; que lo había, aunque poco, en nuestras relaciones.

Tú no sabes leer, que es para ti una suerte, que yo te envidio, pero que ahora me contraria. Igual fortuna es la de tu marido, en esa parte.

Pero no os saltará un compadre ó una comadre que os lea estas páginas.

Tu ex-federal

Á GUIA DE PRÓLOGO

La historia es la narración
de los sucesos pretéritos
para instrucción de los hombres
actuales y venideros.

Esta definición de la Historia no ha podido olvidárseme y ¡cuidado! que no la he vuelto á ver, desde los años de mi primera enseñanza en la Escuela de Guía.

¿Pero hay realmente instrucción alguna, provechosa, para los hombres y las Naciones en las lecciones de la Historia? ¿Dejan, por eso, de recaer en los mismos errores, de volver á los antiguos, malos procedimientos que los llevaron á un fracaso?

No: la Historia no llena, ni llenará nunca el fin que se propone, y en mi concepto, (que no me merece gran importancia, ni trato de imponer), la Historia es una relación de pasados sucesos, que cuando están bien presentados y redactados con buen estilo, entretienen, leyéndolos, si hemos salido de la vida de estudiantes, ó son un tormento para éstos, que tienen que aprenderlos de corrido y repetirlos como loros, sin perder una coma, al profesor, que los vé en el libro que tiene delante.

Pero hay muchos modos de escribir la Historia.

La Historia narrativa; que es un inventario de nombres y hechos expuestos con riguroso orden cronológico; y la filosófica, que trata de sacar jugo á los hechos para decir sandeces por cuenta del autor, que los desvirtúa, al sabor de sus opiniones.

Como ni de una, ni de otra, se saca enseñanza alguna positiva para corregir nuestros males ó nuestros defectos y deficiencias; en la mía, sobre la Revolución de Septiembre en nuestra Ciudad de Las Palmas, que doy al público ahora, no sigo ninguno de los sistemas al uso.

No niego que los dos dichos son los que admite la *Historia* seria; pero como no lo es la mía, aunque no la doy por menos verdadera que las que sobre el mismo asunto en aquel sentido se hayan escrito ó escribirse puedan, empleo un sistema particular mío, que es presentar Cuadros de los sucesos menudos que tuvieron lugar.

Oreo, siempre á mi modo de ver, que, como he dicho, no impongo ni defiendo, que así se dá á conocer mejor el carácter de una época, el modo de sentir de sus hombres y se tiene la verdadera miga de los acontecimientos.

Generalmente, las grandes causas tienen por origen pequeños motivos, fútiles y hasta ridiculos hechos, y el darlos á conocer es poner las cosas en su verdadero puesto.

Además, al escribir en la forma que he dicho; he tenido muy en cuenta al pobre chico que estudia el bachillerato, personificado en el joven lector á quien á veces me dirijo. Si éste tiene la fortuna de que algún Director de Instrucción pública, ahora que pensamos regenerarnos, caiga en buen acuerdo y ordene que mis Cuadros sirvan de texto para ampliación de la *Historia* local, ya habrá dado con la horma de su zapato.

Entonces, deleitándose, se enterará de hechos, de per-

sonas y de cosas que la *Historia* sería no le enseñará nunca. Entonces conocerá personajes y causas, que aunque parezcan, y lo sean, humildes, fueron los factores principales del suceso aquél.

¿De mí estaría, de empeñarme en ello, que mi pobre trabajo se declarara de texto. Con solo significarme más en el Partido, y tratar de salir del estado de material encantable á que, por mis pocas aspiraciones y ningún atrevimiento me veo reducido, ya tendría caciques que me apoyaran, que hoy no lo hacen como quisieran, por mi empeño tonto de no determinarme á ser francamente incondicional y de no querer salir de mi sospechosa madriguera, que clasifican ellos.

Tendría entonces el punto de apoyo, más necesario é indispensable que la palanca; que á mi modo de ver, en posesión de aquél, no hace falta alguna.

Es un aforismo, en tonto, el que se atribuye al Gran Arquímedes cuando le achacamos lo de: «Dadme un punto de apoyo, que con mi palanca removeré el mundo.»

El sabio no dijo esto, porque era hombre de verdadera ciencia y bien comprendía que las palancas, cuando apoyo se tiene, para nada hacen falta.

Apoyos me dé Dios, que palancas como tenerlas en la mano; puede decirse, parodiando el dicho vulgar que, por conocido, no repito ahora.

¡Cuantos Cerrojos conozco yo, que han tenido la suerte de dar con el punto de apoyo, y de palanca no han tenido nada!

Si se advierte que faltan nombres propios de ciertos sujetos que figuran con papeles principales, fíjese el lector en que le nomme ne fait pas la chosse, que dicen los vecinos ultrapirenaicos; y consuélese, además, con la promesa que

le hago de publicar un compendio, en la forma de la Historia seria, que estoy redactando, donde verá estampados con todas sus letras los nombres que en estos Cuadros echa de menos.

EL AUTOR.

Advertencia del mismo

Las frases subrayadas son, rigurosamente, textuales, y los discursos que figuran en boca de los oradores, son, en esencia, los mismos que pronunciaron.

VALE.

I

Preliminares de la cosa

Ruinillo: como dice nuestra gente del campo, con gráfica expresión, me hallaba yo en aquella prima noche.

Sentado en la acera de la puerta del Casino, que la chispa romboídea de sus actuales jóvenes socios ha bautizado con el nombre de Puerta Otomana, formaba parte de la tertulia que de tiempos atrás no sin protestas repetidas de quien tiene derecho, pero *vox clamabil in deserto*, viene ocupando aquel sitio público.

Un si es no es amago de calentura embargaba mi cuerpo debilitado por un fuerte catarro; y mi voluntad, sin fuerzas para decidirse, fluctuaba indolente entre quedarme y seguir disfrutando del sabroso coloquio ó retirarme y coger la cama; medida la más prudente que podía tomar.

Decídime, al fin, por este último partido, y ya me hallaba levantado y en tren de marcha para mi casa, cuando observé, á poco trecho de mi retirada, que un nuevo grupo de amigos se dirijía con paso apresurado á reunirse con el de la puerta.

Paráronse mis pies detenidos por la curiosidad de mi espíritu, y entonces observé que una vez confundidos ambos grupos se trabaron en diálogos de tono misterioso y frases entrecortadas que llegaban confusas á mis oídos dejándome, sin embargo, percibir con claridad las siguientes palabras.

—Es seguro; segurísimo. No solo ha traído Cuyás estas noticias, sino que las confirman la correspondencia y periódicos venidos por el correo de la Península.

¿Noticias del correo, importantes, al parecer, y yó político; yo miembro militante del partido progresista; yo corredactor de «El Eco de Gran-Canaria» su órgano en la prensa, dejar de saberlas *vivitas* y *coleando* por irme á mi casa á tomar la cama?

Ni pensarlo.

Y, por lo tanto, retrocedí y me incorporé con los que departían.

—Pues ello ¿que es? pregunté anhelante interviniendo en la conversación.

—¿No lo sabes? Que ha venido la *Gorda*, como dicen los tuyos.

—Deja la broma y háblame con seriedad.

—Es cierto lo que dice, intervino otro amigo de mis ideas. Los generales deportados, que aquí embarcamos en el *Buenaventura*, han sublevado parte del ejército: se han batido con Novaliches y lo han vencido en Alcolea; á consecuencia de lo cual Isabel de Borbón ha huido á Francia.

Al lector le chocará la llaneza con que el individuo que estaba en el uso de la palabra tratara á la Reina Isabel; pero ese y otros achaques de montaráz frescura eran peculiares de la idea progresista, al tratar de reyes.

Creí caer para atrás de la sorpresa que me causó la noticia, la cual acabó de confirmarla el portador de referencia que á la sazón pasaba y tomándonos por un brazo al compañero de ideas y á mí, nos llevó consigo.

—¿A donde nos llevas? le preguntamos.

—A la casa donde están reunidos nuestros prohombres correligionarios para comunicarles las noticias que ya sabéis, y

tomar órdenes en consecuencia. ¿Pero vosotros no pensais en nada?

—Yo me sentía malo y pensaba acostarme, pero ahora no trato de eso. Salga lo que salga me debo á la idea y haré mi deber, que es el de vosotros.

Seguimos, pués, desalados nuestro camino, dando vivas á la libertad y entonando el himno de Riego; yo con mal oído y el portador del notición con el más perverso imaginable.

De paso, estrechábamos las manos de los que encontrábamos; les hacíamos partícipes, rápidamente, de los sucesos y seguíamos andando.

Noté que las noticias no les enfriaban ni les calentaban, y que algunos, á nuestros vivas nos contestaban con un: *no scan bobos*. Solo unos cuantos jóvenes amigos que engrosaron nuestra partida, por el camino, manifestaron el mismo entusiasmo que nosotros, como nosotros dieron vivas é igual que nosotros cantaron el himno, pero con mayor afinación, la verdad sea dicha.

Al fin, dimos con nuestros huesos en la casa donde los prohombres progresistas, los Padres conscriptos del partido, se reunían.

Ésta se hallaba situada en la calle de los Canónigos, haciendo esquina con la de San Ildefonso, y la vivía en inquilinato un letrado de cierta fama, algo canillero y triquiñuelista, progresista exaltado que parò más tarde en republicano federal y rojo, inspirador y faráute de la facción demagoga de la calle de Torres, de que hablaré en otra ocasión, y que además pasaba por maravilloso guitarrista.

En cuanto á esto, puede afirmarlo el que le oyó otra cosa que no fueran arpejos, si es que hubo alguno, y le pasó por todas su afinaciones detenidísimas, y sus continuas roturas y reposiciones de *primas*.

Y lo mismo que yó, le oyeron siempre los progresistas que le dieron fama y aun los neos y reaccionarios que no se la quitaron; y así tañó en su casa el instrumento ese, como en conciertos y reuniones públicas: de la misma guisa.

Y entonces ¿por qué...?

Pero es que yo no escribo para tratar de música, ni aun por incidente, y voy á mi asunto.

¡Que espectáculo presentaban los padres progresistas allí reunidos, al entrar nosotros!

Con su correspondiente balumba de periódicos sobre sus rodillas, cada cual leía, bien sentado, para sus adentros: el más profundo silencio, la más angusta calma guardaban aquellos aplicados escolares, que así parecían; y á juzgar por sus talentos, daban á entender su preconcebido propósito de no moverse de su sitio, de no cruzarse la palabra, de no pestañear siquiera, en tanto no terminasen la ímproba tarea de la lectura emprendida, que se repetiría si necesario fuera.

—No hay que leer nada; dijo mi compañero. Las noticias son verídicas: toda la Península está pronunciada.

Aquel silencio sepulcral, digno en un todo de una reunión de bonzos en sus funciones religiosas, no se interrumpió, ni ninguna de aquellas cabezas se alzó para mirar á quien les increpaba, ni ninguno de aquellos ojos apartó sus miradas de los papeles.

—Que Santa Cruz se estaba pronunciando cuando me embarqué.

Idem, per idem, como hubiera dicho un modesto artista, buen amigo mío.

¡Ni aun poder sacarlos de su aletargada abstracción la referencia de la primacia que iba á obtener la rival eterna, la odiosa interina!

Un hombre de robusto aspecto y larga barba entrecana,

que más tarde fué republicano federal y al formarse las milicias voluntarias capitán de la segunda compañía, penetró en el local seguido de un grupo de hombres, si mezquino en número rico en espantosa estética revolucionaria, que había ido á escoger, para el caso de pronunciamiento, en lo más recóndito del risco de San Nicolás y entre lo más desarrapado de sus vecinos.

De eso nos faltaba, y yo, por mi parte lo echaba muy de menos.

¿Qué revolución, ni que ocho cuartos íbamos á emprender con la docena de momias progresistas y nuestro cortejo de *cagatintas*? ¿Cómo, sin un contingente de masa demagógica, íbamos á hacer nada que tuviera carácter?

¡Oh tú! mi venerado amigo, que supistes dar con aquel núcleo de furibundos, y dar á tiempo oportuno, en un pueblo sin ideales políticos que no se conmovió, ni lo más ligero, al saber la fausta noticia circundada por todas partes: recibe mi enhorabuena!

Y ¡oh yo! que te sugerí el pensamiento, llevado más que por mis ideas políticas por mis artísticas inclinaciones!

—A la calle á pronunciamos, y pronto: exclamó al entrar el futuro capitán: aquí está mi gente: buenos hijos del pueblo, escogidos entre los mejores.

—Las mudas esfinges solo hicieron un ligero y casi imperceptible movimiento, semejante al que hacen las estatuas de D. Juan Tenorio cuando la tirada de versos se va haciendo larga.

—¿No nos lanzamos á la calle? Rugió á su turno el pelotón de masa popular.

—Calma, señores, calma: dejadnos estudiar la cosa para no comprometeros y comprometeros.

Parece que con las cuatro horas de lectura que llevaban

no se habían enterado aún. ¡Oh! progresistas; cuán tardos érais siempre en enteraros, si lo conseguiais.

Pero á esto un jóven (mi querido hermano) penetró de súbito desalado como el griego de Maratón.

—Ahora mismo se van á pronunciar el Alcalde, el Subgobernador y el Gobernador Militar, dijo jadeante.

Tres autoridades éstas reaccionarias que sin aquella oportunidad de aviso se hubieran constituido en Junta Soberana, ganando por la mano á los progresistas y dejándolos en la estacada.

Por que efectivamente, la noticia fué una especie de ensalmo que reanimó el alma y sentidos amodorrados de aquellos hombres.

Levantáronse al fin, casi desperezándose.

¡Viva la libertad! ¡Viva Prim! ¡Viva Serrano! ¡Viva Topete! gritábamos la turba joven saliendo del salón y tomando camino por la calle de San Ildefonso.

¡Que viva! ¡Que viva! contestaba la cohorte de pueblo siguiendo en pos.

Y detrás marchaban los Padres progresistas.

Pero detrás... muy detrás... silenciosos y cabizbajos.

De modo que cuando nosotros finalizábamos la plaza de Santa Ana y llegábamos á las puertas del Ayuntamiento, ellos apenas asomaban sus compunjidas, tristes figuras, por la calle del Relój.

En nuestro tránsito por la plaza, observamos que los socios de «El Liceo», reunión de gente artesana, y por ende parte de pueblo redimido, cuyas cadenas habíamos roto, nos miraban desde las ventanas y agrupados al pórtico, cruzar con nuestra sección de turba multa, con una curiosidad burlona y despreciativa.

No era, pues, el pueblo el que hacía la revolución ó por lo menos se mostraba adicto al movimiento, y eso se veía claro.

Aquello era obra, única y exclusiva del pequeño grupo que hizo continua oposición á la gente que hasta aquel momento había mandado por muchos años en la Ciudad y en la Isla. El pueblo no era nada políticamente hablando y veía los sucesos con indiferencia.

El aspecto de nosotros, los del movimiento, iba rayando en lo grotesco: nadie, como he dicho, nos secundaba: no teníamos una mala música que entusiasmara y atrajera: ninguno de los progresistas levantaba su voz para dirigir al pueblo la palabra.

Es más, hacían lo posible por no dejarse ver, y se quedaban lejos, muy lejos de nosotros hasta que se perdieron en las sombras de la plaza de Santa Ana, en tanto nuestros vivos eran más entusiastas y nuestros cantos más destemplados.

Y no miento al decir que se perdieron los Conscriptos padres! ¿Viólos alguno en las Casas Consistoriales donde nos dirigíamos para terminar nuestra procesión los de la vanguardia y elegir la Junta Soberana?

Y elegir: elegir digo, si; porque nosotros fuimos sus progenitores y buena ó mala (no cabe el primer término del dilema) á nosotros y solo á nosotros (Dios nos lo perdone) se nos debió.

Nosotros propusimos los individuos que la compusieron: la treintena de demagogos los aclamó y la turba de pilluelos y chiquillos de todas clases manifestaron con sus gritos y silbidos que era aceptable.

Nombramos presidente al que lo era del partido progresista, porque así lo quisimos: los demás individuos los sacamos de igual procedencia porque nos dió la gana. Dijimos después de la elección lo que nos pareció bien; hicimos los dis-

cursos que se nos vinieron á las mientes; y en fin todo lo que tuvo lugar aquella noche tóvolo por nuestra omnímoda voluntad.

Como pertenecientes al progresismo, no quisimos hacer traición á nuestras ideas y dejamos rechazar dos nombres respetados y queridos para nosotros, que indicó tímidamente una voz extraña.

La elección terminada, salimos á dar caza á nuestros elegidos para llevarlos *velis nolis* al teatro de Cairasco á que el pueblo los viera. Todos estaban ya en sus casas respectivas y algunos en tren de acostarse.

—No hay remedio, hay que ir al teatro: hay que pisar aquel escenario.

—¿Pues vamos de figurantes?

—Algo de eso: por lo pronto necesitais que el pueblo os aclame y que le arengueis y le prometáis.

Y con la misma cara de mieles y corazón de hieles que Luis XVI fué llevado por los constituyentes desde Versalles á las Tullerías, así lo fueron nuestros Soberanos, conducidos sinó empujados por doce jóvenes de cabeza loca, treinta rebuscados demagogos y un centenar de chiquillos, hasta dejarlos instalados en sus asientos en el escenario del teatro dicho.

Donde me esperarán hasta otro escrito, por lo mucho que éste se ha venido alargando.

Pero la historia seria dirá lo que le ocurra, y no por eso mentirá menos. La verdad pura, la verdad desnuda es lo que escrito queda.

Élla, la historia seria, asegurará con su impudencia acostumbrada: «que el pueblo entusiasmado con los sucesos, que tomaba como la aurora de su regeneración, nombró entre entusiastas aclamaciones la Junta dicha»; y no habrá de cierto

sino que unos cuantos aturdidos muchachos y un corto grupo de *exaltados*, procurados *ad hoc*, á duras penas, fueron sus autores; cuya obra confirmó y dió por buena entre silbos y chillidos un montón de desarrapados menudos pillócratas.

¡El pueblo!

El pueblo no tomó más parte en la elección sino la de reirse de nosotros los electores y de ellos los elegidos.

Y sin embargo ¿cómo fué que ese mismo pueblo, tan indiferente, á los pocos días, tomara con tanto calor y entusiasmo los ideales que sustentó, ya como republicano, ya como bombero?

II

Siguen los preliminares de la cosa

¡Viva la libertad! ¡abajo los borbones!

Tachín, catachín, chin chin.

Ya había una pequeña banda de música improvisada y salida no se sabe de donde, que acompañaba nuestros vivas con los acordes del himno de Riego, á los pocos momentos de hallarnos establecidos con nuestra Junta Soberana de gobierno en el teatro de Cairasco.

¡Viva Prim! ¡Viva Topete! ¡Viva Serrano!

¡Síic!... ¡tac! ¡tac!...

También en la calle se disparaban voladores. En unos instantes que habían transcurrido, teníamos de todo. ¿Cómo explicar ésto?

La bola de nieve: la eterna bola de nieve.

Y no me pidais más razones.

Si con buenos alcores se presentaba nuestra revolución, no así con buenos olores, pues las letrinas del local removidas en aquellos días, los despedían que era un gusto... sucio y asqueroso, por supuesto.

Por eso, en medio de los vivas, los acordes del himno y el estallar de los cohetes, algunas bocas avecindadas á finas y sensibles narices dejaban oír por intervalos un:

—Fos que huele á...

Y completaban la frase con la palabra que Victor Hugo achaca á Cambromne en la batalla de Waterloo, al contestar á la intimación que para rendirse le hacían los ingleses.

—Cállese la música que va á hablar el presidente.

En efecto; este respetable señor, que lo era y mucho cuando estaba solo, en su casa ó funcionando como particular, pero que reunido con los suyos, era tan *progresista* como los demás, se había levantado de su asiento en actitud de dirigir al pueblo la palabra.

Establecióse el silencio dentro del local: cesó el ruido de los cohetes que se disparaban fuera; y una voz monótona, pesada, de difícil expedición, con frase interrumpida á trechos muy cortos por una especie de carraspera ú hormiguilla de garganta, se dejó oír.

—La raza expúrea... ejem... de los Borbones ha desaparecido para siempre del suelo español. El pueblo... ejem... ha roto las cadenas que lo envilecían. Nosotros... ejem... constituidos en Junta Soberana de gobierno por la voluntad popular, aceptamos... ejem... el credo del partido progresista, y desde ahora, como medidas generales declaramos... ejem... abolidos los consumos, las quintas y las... ejem... matrículas de mar. Al mismo tiempo quedan creadas las milicias voluntarias de la libertad. También... ejem... nos declaramos separados de Santa Cruz, como medida de localidad. De manera que desde esta noche... ejem...formamos una provincia independiente con las islas... ejem... de Lanzarote y Fuerteventura.

(Esto en nombre de la Libertad, sin contar con ellas.)

—¡Viva la División de provincia! ¡Viva nuestra Junta Soberana! ¡Viva su presidente!

Chin, chin, chin, catuchin...

Volvió á sonar la música de la banda con el obligado him-

no de Riego, mientras que los voladores de la calle atronaban el aire más ruidosos que nunca.

Las narices delicadas, ó se habían acostumbrado al olor de las letrinas, que tanto les incomodara en un principio, ó en el entusiasmo que trasportaba á sus dueños y poseedores, no se daban cuenta.

—Señores: dijo entonces otro individuo de la Junta. Ya podéis retiraros á vuestras casas. La Junta que habeis nombrado funcionará desde mañana en el local que acuerde, y élla será, no lo dudeis, la salvaguardia y garantía de vuestra libertad y de vuestros intereses; pero ahora retiraos, y retirémonos.

Aquellos progresistas se estaban cayendo de sueño.

El pueblo comenzó á moverse en son de despedida.

—Pero qué, ¿no vamos á los jesuitas á expulsarlos? saltó una voz bronca y áspera que pertenecía á un oficial de sastre de origen peninsular.

El Presidente.

—Los jesuitas se expulsarán... ejem... porque es del credo: no porque ellos hayan hecho aquí nada de malo, al contrario; pero la... ejem... institución es una base, la principal... ejem... de los *ncos*. Mas la expulsión se hará con toda mesura; notificándoles... ejem... en la forma debida y guardando todas las consideraciones ejem... á sus personas.

Para el furibundo sastre fué un desencanto la cortesana manera de expulsar jesuitas que ideaba el presidente; parecíale algo, así, como convidarlos para un paseo recreativo; sin embargo, conformóse con lo que por aquella noche daba la uva y se calló.

¿Pero cómo compaginar la medida aquella con el procedimiento de propaganda aconsejado por uno de los correligionarios del presidente, que fué Alcalde en el período revolucionario?

Bastantes y repetidas veces le había oído decir, y lo esperaba:

—Cuando venga la revolución, muchachos, lo primero es ir á los jesuitas: allí hay mucho dinero; la mitad será para nosotros y la otra mitad para la humanidad.

Y en tanto reflexionaba el sastre en cuestión, el local del teatro se iba quedando desierto: ya no había Junta: ya no había música: sólo quedaban unos cuantos rezagados y él también salió.

Las turbas, los voladores y la charanga ó banda campeaban ahora por cuenta propia en la plaza de Santa Ana. Allí se repetían los vivas y las aclamaciones; allí se tocaba y cantaba á voz en cuello el himno de Riego y allí se quemaron algunos dedos con los disparos anticipados de los voladores.

¿Por qué y para qué se destacó un grupo que penetró en el Ayuntamiento?

¿De quién era aquella cabeza de energúmeno que asomó por uno de sus balcones?

¡Ah! bien la conocí, con dolor de mi alma: el amigo á quien pertenecía me era y es, aún, muy querido: republicanos fuimos ambos: ambos colaboramos en nuestra juventud en los mismos periódicos; pero jamás pude estar conforme con sus arrebatadas exaltaciones, que tenían á veces rasgos de locura.

Un cuadro de regulares dimensiones llevaba en sus brazos: presentarse en el balcón y arrojarlo á la calle, fué todo uno.

—Pueblo, gritó con voz enronquecida, acompañando á su movimiento. Ahí te va esa...

—¿*Pulcra*? ¡Ca! ¡si dijo lo contrario!

—¿Qué dijo? ¿Cómo terminó su frase?

—Podía estampar sin escrúpulo alguno la palabra final, con todas sus letras, sin que con ella ofendiese á los lectores

ni á las lectoras ruborizase, porque á éstas y otras peores les tiene acostumbradas la moderna realista literatura; pero no me lo permiten mis respetos á la *Señora*, con quien, á los principios de mi vejez, quiero ser cumplido caballero.

De más está decir que el cuadro fué hecho en mil pedazos apenas tocó el suelo.

Después de esta escena, el desbordamiento no tubo más límite que el que las mismas turbas quisieron imponerse.

Se dirigieron, al grito de ¡mueran los Borbones! y ¡viva la libertad!, al edificio Audiencia donde rompieron la corona del escudo de mármol que ornamentaba la puerta principal de entrada, mutilando así aquella obra que estaba muy regularmente ejecutada.

Los letreros de la plaza de Santa Ana y de la plazuela del príncipe Alfonso fueron destrozados: el primero representaba el *Neísmo*, figurado en la Santa y el segundo la *Tiranía* derrocada, simbolizada en el príncipe.

Por mi parte, me fuí con otro amigo á la casa de comidas del *Chifte* á tomar un bocado para irme á dormir, libre ya ó aliviado, al menos, de la molesta fiebre que á la prima noche me dominaba.

Y no era yo de los menos entusiastas por el triunfo tan radical que los liberales habíamos obtenido, pero mi temperamento opuesto á la bullanga, me inclinaba á celebrarlo con más pacíficas y cultas manifestaciones.

En tanto cenábamos el mi amigo y yo, se presentaron con el mismo objeto el joven del cuadro y el futuro capitán de la segunda de voluntarios.

—Venid, cenemos juntos, les dijimos, en fraternal compañía, y así celebraremos por nuestra parte, el principio de gloriosa regeneración que ha tenido lugar en esta fausta noche.

—Han caído para siempre los tiranos en esta noche me—

morale, cuyo recuerdo será el eterno espanto de sus envilecidos seides. Yo me glorio de haber lanzado al pueblo el retrato de la arrastrada... (la palabra de antes que no estampará mi pluma, así me aspen, por más que con esta determinación disguste á mis bellas lectoras) que envilecía el trono. Yo he tenido la satisfacción inmensa de haber impulsado al pueblo á destruir las coronas: yo no quiero trono ni coronas: yo no quiero más reyes. La única forma de gobierno propia de los pueblos libres es la república. ¡Viva la república!

—Cálmate, hombre, cálmate ya has hecho bastante en esta noche, tal vez y sin tal vez, más de lo que debías. Cena, conforta tu estómago y vete á dormir.

—¿Os vais vosotros?

—Sí que nos vamos.

—¡Quien que tenga en las venas sangre de verdadero liberal puede dormir en esta noche! ¡Los tibios y los *pasteleiros* serán los únicos! manifestó por su parte el futuro capitán.

—Pues ¿que haremos, entonces?

—Acompañar al pueblo, añadió el otro, en sus manifestaciones de regocijo. Antes de todo: ¿sois republicanos ó continuais monárquicos? ¿Quereis una monarquía templada con los principios de la libertad, ó deseais como yo, un gobierno republicano, fácil de establecer, ahora que hemos derrocado un trono?

—Para eso no *estamos preparados*, insinuó el capitán en embrion.

—Creo que en el caso actual más trastornos para la Nación acarreará el establecimiento de una nueva dinastía que la constitución de una república.

—Propongo que se quiten á las calles los nombres que recuerdan ideas *reaccionarias* ó de *neismo*.

—Bien pensado: así el pueblo irá olvidando sus antiguos ídolos.

—Empecemos por las plazas ¿como llamaremos la de Santa Ana?

—De la Libertad.

—¡Bien!

—¿Y la plazuela del príncipe Alfonso?

—De la Democracia.

Y así hicimos luego con las calles, no sin que me opusiera á que se variara el nombre de la de los Reyes, donde vivía, que quería sustituirse con el de Riego.

—Lo admitiré cuando hagas lo mismo con el de tu hermana que es tocaya de la calle.

Y con los nuevos nombres se formaron rótulos escritos en cartones que había en el establecimiento, y salimos luego á la calle provistos de una escalera, una picareta y un cacharro de engrudo: todo facilitado por nuestro anfitrión.

Con la picareta derribamos las letras de pisa del nombre existente (derribó el capitán *in pectore*, que era el más fuerte) y con el engrudo fijamos los cartelones.

Hecho todo lo cual nos fuimos á dormir, sin que pudiéramos obligar á que nos imitase al lanzador del cuadro y mutilador del escudo.

A las diez de la mañana del día siguiente, los ¡vivas! que atronaban mi calle me hicieron, á medio vestir, lanzarme á la ventana.

Una multitud de desarrapados chiquillos, que hacían la mayoría, y un mediano contingente de hombres oscuros de los arrabales, pasaban en tren de manifestación. Sus semblantes trasnochados y vinosos armonizaban con sus roncas y destempladas voces, con las que daban los consabidos vivas á Serrano, Prim y Topete y los obligados mueras á la Reina Isabel y á los Borbones.

Llevaban girones que parecían banderas y no recuerdo si algún instrumento músico; pero á su frente y más arrebatado que todos ellos, iba guiándoles y avivando sus entusiasmos, el mismo jóven amigo que no quiso acostarse cuando se lo indicamos.

Recuerdo: sí; hubo música, cuando menos, la que de sí daba un bombo que sustrajo, y tocaba, de la banda del Seminario, un jóven seminarista liberalizado de sopetón, que en los anales de la Revolución nuestra, figuró luego con el nombre de Ciudadano *Peñón*, *Cañón* ó algo que así suena.

Un carácter. Liberal, y de los avanzados (republicano luego, y de los más rojos) era el campanero que tenía entonces la Catedral, y, sin embargo, se negó á entregarnos la llave de la torre para que pudiéramos subir á las campanas á repicarlas, ya que él no podía por estar enfermo.

¡Y cuidado si hubo insistencia é intimación, hasta con amenazas!

—En las campanas mandan los clérigos, que me pagan y son mis superiores, y aunque *neos* y *oscurantistas*, mientras les esté sirviendo, sin su orden, ni repico yo, ni doy la llave para que lo haga otro, así me maten.

Y no hubo quien pudiera sacarlo de ahí.

Cierto es, que, con todo, las campanas se repicaron; pero no fué porque él cediera, sino por otras causas de prudencia que luego mediaron: tal vez, la violencia á la puerta ó la amenaza de hacerlo, que decían algunos, aunque yo no afirmo.

De todos modos, lamento no recordar el nombre de ese héroe del cumplimiento del deber, para dejarlo aquí consignado, y sirva de ejemplo, (si con ejemplos vá), á esta generación caduca, cuyos débiles caracteres hijos del luengo y repetido *encantamiento*, se amoldan á todo. Y sentiría más; que en el asunto del nombre me ganase algún día la palmeta la historia seria.

III

La cosa en función

Y amaneció el siguiente día: y, como primera providencia, se dió por los padres progresistas, constituidos en Soberanos, lectura al manifiesto que había de circular en la población y remitirse, á la vez, á los Ayuntamientos de los pueblos del interior de la Isla y á los de Lanzarote y Fuerteventura.

De este manifiesto y de los incidentes á que dió lugar, después de su lectura, me ocuparé en otro artículo, pues aunque debiera hacerlo en éste, me gusta, al tenor de los folletinistas de la época del Romanticismo, tener en suspenso el ánimo de los lectores, apuntándoles los sucesos y dejándoles, luego á media miel.

De suponer es, que á los pueblos de fuera se les acompañara con un oficio, y, así se hizo, y también se leyó.

Éste, como todos los documentos análogos que salieron de las demás Juntas de la Nación, comenzaba con la obligada cantinela: «La raza espúrea de los Borbones ha desaparecido para siempre del suelo español», y terminaba con los asimismo obligados vivas á Prim, Serrano y Topete y á la Soberanía Nacional, de postre.

No hay que decir que en el cuerpo del escrito se exigía la anexión inmediata de los pueblos citados y el no menos inme-

diato, incondicional reconocimiento á la indiscutible y omnímoda autoridad de la Junta nuestra.

La multitud que llenaba el salón de sesiones del Ayuntamiento, y se desbordaba por sus pasillos y galerías, prorrumpió en vivas y aclamaciones al terminar la lectura, mientras fuera en la plaza los voladores estremecían el aire con sus estallidos.

De la noche á la mañana el pueblo de Las Palmas se había contaminado con los ideales y entusiasmo que la víspera solo dominaban á unos pocos, ó á lo menos, así lo parecía, si á primera vista se examinaba la numerosa concurrencia y el análisis se hacía puramente de cantidad y no de calidad.

De pronto, y en el momento en que el presidente, más atacado que en la noche anterior de su molesta hormiguilla ó carráspera, se hallaba en lo más entusiasta de su alocución, presentóse á entregarle un pliego uno de los porteros del municipio, añadiéndole:

—Correo de Santa Cruz.

Pidió el pueblo la lectura inmediata del pliego entregado y el presidente se vió obligado, con gran contento suyo á terminar precipitadamente su discurso para que la lectura, tan deseada se emprendiera.

Pasó el pliego al secretario, que no era otra cosa sino un oficio en forma, con timbre y todo, que otra Junta Soberana de allá pasaba á ésta, exigiéndole, como quien nada pide, la misma sumisión y reconocimiento que la nuestra pedía á los pueblos ya dichos.

La indignación que embargó á la Junta y al pueblo reunido al conocer tan descabellada pretensión de la Ciudad rival y constante enemiga, no es para describirse.

—Que no se les conteste: que no se les haga caso á esos *chicharreros*, decían unos.

—Que se les conteste, pero con desprecio y dureza: decían otros.

—Señores: mi opinión es contestarles, dijo uno de la Junta: el abogado tañedor de vihuela.

—Que se redacte al momento una contestación digna y enérgica.

—Que no se les diga otra cosa, añadió el guitarrista letrado, sino que han sido siempre unos *casacones*; unos *reaccionarios*; unos *neos católicos*; unos *serviles*...

Para aquel buen señor bastaba largar el vocabulario del partido para aplastar á cualquiera, sin necesidad de acudir á más argumentos ni razones.

Y es, que como él, opinábamos, sino en tanto en cuanto, todos sus correligionarios; y éstos y no otros eran los argumentos que empleábamos como más contundentes y de *suprema ratio* en nuestras discusiones en la prensa con los periódicos contrarios á nuestras opiniones.

¡Oh! y que satisfechos nos quedábamos cuando á un razonamiento de nuestros contrarios, en que se nos probaba hasta la saciedad nuestra estultez, nos descolgábamos con llamarlos *neos* á boca llena.

Y las gruesas, insustanciales palabras que salieron de la boca del letrado en cuestión, á guisa de anatema contra los hombres de la *interina*, hicieron su efecto en la reunión; pues prorrumpieron en:

¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo!, atronando el salón.

—Señores, terció el presidente, la Junta Soberana aquí reunida decreta, en forma, la División de la provincia, y nombra, desde ahora, un Gobernador independiente para las tres islas, que formarán la Provincia de las Canarias Orientales y una Comandancia de marina además, también independiente, por ahora. Y entiéndase que las autoridades

existentes, que no hayan presentado su dimisión quedan de hecho, desde este momento, destituidas. ¡Viva la Provincia de las Canarias Orientales!

¡Viva! ¡Viva!

¡Viva Prim! ¡Viva Topete! ¡Viva Serrano! ¡Viva la Soberanía Nacional!

¡Abajo los Borbones! ¡Abajo Santa Cruz de Tenerife!

El entusiasmo era indescriptible.

El Presidente que había pronunciado todas aquellas frases, sin la molestia de la carraspera, había dado en el clavo *cogiendo* y dividiendo la Provincia que era nuestro bello ideal de todos tiempos.

Los vivas continuaban con mayor entusiasmo, si era posible.

Y en medio de ellos se oyó una voz que esclamaba transportada:

—*¡A mi bodega, hermanos!*

Era la de un buen Señor, que desde los primeros momentos de nuestra revolución se había distinguido por la exaltación de sus ideas y se hizo luego muy popular.

—*No le dejarán una gota de vino por muchas pipas que tenga allí*, le dije yo, que estaba á su lado y por el aspecto de ciertos individuos había juzgado del alto límite de potencia Báquica que alcanzaría la masa remida.

Si mi advertencia hizo entrar en sus cuentas al oferente, que nada me contestó, dígalo, sinó el hecho de que su boca no volvió á abrirse, desencantando así á muchas cabezas que, ávidas, se habían vuelto como buscando el sitio y la persona de donde había salido la halagadora proposición.

No puedo asegurar hasta qué punto fué agradecida mi advertencia que pudo salvarlo, tal vez, de una ruina; pero la verdad es, que consciente ó inconscientemente aquella fué la misma voz que, más adelante, en la noche aciaga de «¡abajo los More-

nos!»atizaba, con su lúgubre son, y su repetido estribillo: «nos quieren dividir hermanos», «nos quieren dividir», el fuego inquisitivo de los patriotas contra los que redactábamos *El Federal*.

Después de lo ocurrido, la Soberana, ya más en caja, y el pueblo más tranquilizado, procedió á conceder el ascenso inmediato á dos oficiales de milicias, amigos nuestros, que habían tomado parte con nosotros, y muy activa, en los sucesos de la noche anterior.

Por igual causa, pasó de Guardia marina de segunda clase, al puesto de primera, otro amigo, de la vecina isla que por incidente, se hallaba entre nosotros.

Afortunado mortal el marino éste, que en el poco tiempo de vida que tuvo la Junta creció como arróz, en su carrera, pasando á los dos días á oficial, y terminando en Comandante de Marina de nuestra Provincia oriental; de cuyo puesto cayó *como caen los figos cuando caen del figar*, al caer la Junta, por el decreto de disolución.

Como se vé, el poder de nuestra Soberana Junta se extendía, sin límites, desde lo civil á lo militar, en sus dos manifestaciones: la de tierra y la de mar, y por lo tanto, el toserle, no era cosa de juego.

Y en tanto el marino amigo se elevaba vertiginosamente en su carrera, íbase á la par, disminuyendo el amor de su novia, cuyas relaciones habían comenzado férvidas de entusiasmo en su modesta plaza de Guardia marina de segunda clase.

Aquellas dos progresiones, ascendente una y descendente la otra, terminaron en cero de parte de la novia cuando llegó á Comandante.

—Aquí me tienes, corrió á decirla lleno de satisfacción en su vanidad de jóven; ya soy Comandante.

—Pues ahora, le contestó la ingrata, tomas el pòrtante y se terminan nuestras relaciones.

Pobre niña á quien quería y quiero como á una hermana; ¡cuán desgraciada has sido en tus últimos años!

En aquel mismo día se determinó la expulsión inmediata de los jesuitas y de las monjas de San Ildefonso; de cuyos hechos me ocuparé en otros cuadros.

Después se nombraron dos secretarios auxiliares, pero sin voz ni voto.

Los agraciados fuimos mi amigo Pepe Tinta y yo. Se nos llamó secretarios para dorar la píldora, de lo cual no había necesidad alguna, puesto que nosotros no pedíamos nada, y por otra parte quedábamos muy conformes con aquellos destinos de escribientes, que no eran otra cosa las secretarías auxiliares.

Pero no puedo menos de hacer un poco de disertación sobre la ingratitud de los poderosos.

¿Olvidaban aquellos señores progresistas de la Junta que si estaban en aquellos puestos lo debían á nosotros? ¿Olvidaban que en la noche de la elección fué potestativo de nosotros el nombramiento? ¿Olvidaban que los sacamos de sus madrigueras, *jurgándolos* como á pulpos, para ponerlos al frente de los destinos del pueblo?

¡Ah! lo mismo sois ingratos para los que os sirven, vosotros los despóticos monarcas de origen divino, que vosotras las liberales corporaciones de origen democrático.

IV

Sigue la cosa en función

Estendía con mi letra más hermosa, que la tuve y la tengo aún, bastante buena, variándola con la imitación de caracteres impresos, en ciertas frases, y adornando las márgenes de la cartulina con dibujos y rasgos caligráficos, que también sé hacerlos, y muy regulares, modestia aparte, un título de arquitecto concedido por la Junta Soberana; cuando mi amigo Pepe Tinta me sacó de la abstracción que exigía mi trabajo, diciéndome:

—¿No oyes ruido de voladores que se acercan?

—Si que los oigo y me parece que salen de la plaza en las inmediaciones de la Catedral.

Es de advertir, que nosotros estábamos en un departamento del interior de las Casas municipales, en el pleno ejercicio de nuestras funciones de secretarios auxiliares, ó de escribientes, como era la verdad.

¿Pero qué título de *arquitecto* confeccionaba yo, y cómo era eso de que la Junta lo había conferido?

Pues nada más fácil de explicar.

El título estaba destinado para un pintor de cierta nombradía, paisano nuestro, que lo había solicitado como recompensa á sus trabajos en pró de la *idea progresista*.

En joven lector, curioso y pesquisidor.

—¿Y quién era la Junta para conferir tales títulos?

—¿Ahora sales con eso? Pues la Soberana: para que lo sepas: la nombrada por la voluntad popular con todos los poderes. La misma que confirió títulos de *agrimensor* y de *escribano de actuaciones*; y no los dió de *Obispo*, porque no se lo pidieron, ó quien se lo pidió no alegó méritos de civismo que lo merecieran.

El joven lector:

—Pero los citados, son títulos profesionales ó académicos; y creo que las atribuciones de la Junta...

—Eran las que le salían de sus adentros: por que representaba al pueblo soberano, que en ella delegaba su voluntad, y la voluntad del pueblo era la ley suprema.

¡Bonita Soberanía la de una Junta, de esas, sino pudiera hacer, á su antojo, un *arquitecto* ó un *escribano*! ¿Te vas enterando, joven lector?

—Y, de cierto modo, si los pretendientes reunían méritos técnicos para ello, si tenían la instrucción necesaria, era un acto de equidad y de justicia...

Direte como se daban esos títulos, para que juzgues, que yo bien lo sé; que los despaché todos, y con el mismo esmero y arte caligráfico que el del arquitecto.

«Y por cuanto vos, X ó Z, habeis dado pruebas manifiestas de acendrado *liberalismo*, y en todo tiempo os habeis distinguido por vuestro amor y fidelidad á la *idea progresista*, como consta á la Junta Soberana de mi presidencia, (de propia ciencia ó por el certificado que acompañaba extendido por personas de probadas ideas liberales: los conocimientos técnicos en el asunto eran lo de menos); vengo en nombraros... etc. etc.»

Como comprenderás, precedía á todo la solicitud correspondiente.

—Si; y el certificado, en los casos precisos, firmado por persona entendida y perita...

—Que no interrumpas, joven lector, con tus impertinencias: por persona *probadamente progresista*.

—¿Sin competencia alguna, científica?

—¿Qué más quieres si era *probadamente progresista*? Y no contesto más á tus preguntas, y disimula, joven lector, por que de otro modo mis escritos saldrían muy largos.

Los *agrimensores* eran *capataces*, que mi hermano y yo ocupábamos en llevar la *lienxa* ó la *cadena*, en los trabajos de campo de nuestra profesión de Ayudantes de obras públicas.

Un certificado nuestro, les bastaba para que sus pretensiones se resolvieran con éxito; y no por lo que tuvieran en cuenta nuestro modesto saber, sino por nuestros *puros antecedentes liberales*.

¡Qué el *Ingeniero*, nuestro Jefe común, hombre de verdadera ciencia y de competencia profesional acreditada, les hubiera autorizado el certificado en cuestión, y ya hubieran podido esperar sentados una resolución favorable!

Entre los de la Junta había un individuo, respetable señor, que opinaba más ó menos, como el joven lector. Cuando se acercaba á la mesa nuestra, donde Pepe Tinta y yo funcionábamos de Secretarios (sin voz ni voto; no se olvide nunca); nos decía: «Ya se lo he manifestado al Presidente y á la Junta en pleno: que no somos quien para dar títulos académicos»: (¡Que meticoloso!)

Pero el estallar de los voladores se sentía ya en las puertas mismas del Ayuntamiento.

Tinta y yo, nos levantamos de nuestros asientos: «Algo hay de nuevo; vamos al Salón ó á la calle.» Y determinamos pasar al Salón de sesiones.

Encontrámoslo inundado de gente extraña; de demagógica

catadura, como daba á entender la expresión adusta y provocativa de sus rostros y lo desarrapado de su indumentaria.

Debo decir, de paso, que antes de ingresar en el Salón, dimos un vistazo al local del archivo, donde encontramos una *turba multa* que con los legajos fuera de los estantes, los registraba, afanosa, como el que trata de hallar algo que busca.

Según supe después, llevaba la intención de dar con los *gazapos* que achacaban al Ayuntamiento del régimen caído.

¡Inocente *turba multa* que creías hallar gazapos en los papelotes de una oficina medianamente llevada! Allí no había nada de lo que buscabas; pero en caso afirmativo, ¿eras tú la llamada á encontrarlo? No: ni alguien más lince y más machucho en compulsar papeles.

¿Sabes tú como juegan los libramientos con los cargarémes, y las entradas con las salidas, y como Caja se debe á sí misma, y como todos deben á Caja?

Y aunque deban todos y ninguno pague,
Por más que registres, por más que confrontes
Por más que revuelvas, todo queda pata.

En medio de los murmullos que levantaban ruido sordo en el salón de sesiones, se oía una voz parda pero de acento viril y contundente.

—*Ropa limpia*, dijimos, antes de la revolución, y ese pueblo que veis aquí reunido y el que lanzando cohetes espera en la plaza, viene á recordaros vuestra promesa. Ninguna *expansión* habeis querido dar al pueblo: todas vuestras promesas vienen resultando fallidas. Yo no busco hombres, sino ideas. *Ideas y no hombres*, dijimos, también, cuando luchábamos por el triunfo: y ahora conseguido, los hombres y sus miserias se han encimado. Ningún interés me mueve, sino el de la idea. *Ropa limpia dijimos*, repito, y ya sabeis lo que corresponde á vuestro deber.

Como sortearon el motín de la *ropa limpia* en favor del Secretario de la reacción, que continuaba en su puesto, y era uno de los comprendidos en esa medida higiénica, proclamada antes del alzamiento, no puedo decirlo con acierto; pero, si alguna vez aquellos hombres progresistas dieron muestras de habilidad, fué en aquella sesión.

Séase por amor á la guarida donde se reunían antes del suceso, séase por otros fines, que respeto, y en los cuales no quiero meterme, lo cierto es, que los Señores de la Junta no se contentaban con la sesión diurna, sino que celebraban por la noche, otra que llamaban secreta, en el local indicado.

Por lo regular, en esta sesión se aclaraban los puntos misteriosos y embozados que se mistificaban en la del día ó se preparaban y concertaban para la del siguiente.

Ya comenzaban á sentirse las divisiones que dieron bien pronto márgen á la separación del seno de la Junta, de varios de sus hombres más batalladores, para formar los dos partidos republicanos, que tenían por locales respectivos la escuela de San Francisco y la casa de la calle de Torres de un exaltado correligionario.

Cansados de la batalla reñida por el día en favor del Secretario del Municipio, hallábase la mayoría; y no tenía fuerzas para combatir otra moción de *ropa limpia* iniciada por el que lo había hecho en la sesión de la mañana y apoyada por el letrado de la guitarra, dueño del local.

—Preciso es cumplir en algún modo las promesas que se le han hecho al pueblo. Se le dijo y le dijimos que todo lo que pertenecía á la *reacción* sería barrido: se le prometió *ropa limpia*: dijimos que *ideas y no hombres* eran nuestro objetivo, y nada de eso hemos cumplido hasta hoy: ¿Pasará con el *Fiscal* en esta noche lo que esta mañana con el Secretario?

—El pueblo no puede ser engañado hasta este extremo, añadió el letrado dueño de la casa, que era ceceoso.

Entonces el buen Señor que se oponía á la expedición de los títulos académicos, pidió la palabra: esperábase, no sé por qué, un aliado en este individuo.

—Él es *ruinillo*, dijo: es *chiquito... y tuertito. Malo...* no tiene *por donde cogérsele*: sí; *ruinillo es...* pero; tiene unos *Baronitas...* muchos: *Chiquitos...*

—Y también tuertitos, interrumpió con tono brusco el de la moción que adivinaba á donde iba aquello.

—Hombre: *yo no me he fijado en los ojos de los Baronitas*; pero por la ley de *atarismo...* tal vez...

Y la cosa se convirtió en risa: respiraron los Padres de la Junta, salvóse el Fiscal *ruinillo, chiquito y tuertito* en pro de sus hijos á la par *chiquitos*, y tal vez *tuertitos*, gracias á la buena ocurrencia del Señor que en su favor había mediado, y se levantó la sesión en medio del fuerte portazo que dieron dos demagogos apostados no sé con qué objeto en una pieza inmediata.

¡De qué fútiles circunstancias penden las cosas humanas! Sin la risible ocurrencia referida; el Fiscal en cuestión sufre aquella noche el anatema de la *ropa limpia*; porque los progresistas de la Junta que hubiera tenido á su favor, estaban sin fuerzas y aplanados á causa de la batalla reñida en la Sesión del día.

El Secretario reaccionario continuó en su puesto y fué luego muy estimado por el que parecía su enemigo por la mañana.

No lo era de nadie este honrado hombre, á quien yo quería como cosa propia. Era sí, un ideólogo: pero un verdadero carácter; consecuente con las exigencias de las doctrinas que profesaba.

En estos tiempos de decadencia, ¡Cómo hacen falta hombres de su viril temple!

Sapientia calladi intelligere viam suam: y cito este versículo del libro de los Proverbios, por creer que pueda aludir al acto de levantado civismo que realizó entonces un respetable canónigo, corriendo desalado á presentar á la Junta la dimisión de su nombramiento de profesor de la Normal nuestra, en la asignatura de Religión y moral, que había recibido, pocos días antes de la Revolución, de las autoridades de la *interina*.

—Que no, ejem... se le admita á este digno sacerdote, modelo de patriotas, su dimisión.

—Que ze le confirme en zu puesto y ze haga constar en actas la complacencia que ha tenido la Junta Zoberana con zu rasgo de grandiozo patriotismo.

Y ahora te traduzco, jóven lector, el latinajo de arriba.

Quiere decir en romance: «La sabiduría del prudente es entender su camino»: y en el lenguaje de nuestros marineros; «no hay nada como tener dos anclas para fondearse bien.»

Continúa la cosa funcionando

Ya se habían recibido las adhesiones de los pueblos, y solo faltaban las de Agaete y Mogán.

¡Oh Mogán!

¡Invicto pueblo del extremo Sur, casi inaccesible por tierra, á nosotros los de Las Palmas, que temblamos ante la idea de las sierras de montañas, empinadas cumbres y tajadas estribaciones que hay que atravesar para dar contigo!

¡Invicto pueblo del extremo Sur, casi inabordable, para nuestros pailebotes, pues unas veces impiden el arribo á tus playas las calmas *chichas* de Juan Grande y otras los *ventarrones* del Descolorado; que dicen, suavizando el realismo duro del verdadero nombre, los púdicos mapas ingleses de nuestras islas!

¡Invicto pueblo del extremo Sur, que te *mamas* un bosque de tupidos pinos en lo que el diablo se estrega un ojo, al hablar de las gentes, que no al decir mio, que no sé nada de eso, ni quiero meterme en averiguarlo!

¡Invicto pueblo del extremo Sur, mi actual pesadilla, con la idea fija de que he de dar los huesos en el preparado estudio de la hiperbólica carretera con que figuras en el Plan general, si llego á ese día!

¡Invicto pueblo del extremo Sur, que tienes un cacique de tipo medio-eval á quien estimo y admiro, sin conocerlo!

Pues te saludo, y no me atrevo á *hablarte estático ante ti*, porque una vez te he visto y no me han quedado ánimos para la segunda.

La contestación de este pueblo, objeto de mis anteriores invectivas y ditirambos, al oficio de la Junta, fué:

«*Que hacia mucho tiempo que en el pueblo de Mogán se estaba trabajando para echar abajo á los Borbones.*»

—Enterado: y que ze le den las gracias; insinuó el letrado de la vihuela, que era ceceoso, vuelvo á advertir.

Y nadie se fijó en el misterio que podían encerrar las palabras de la contestación aquella.

Pequeños medios originan, á veces, grandes acontecimientos. No hay enemigo chico, y la fábula del águila y el escarabajo lo prueba hasta la saciedad.

Una pequeña piedrecilla desprendida, un grano de arena, hizo dar en tierra con la colosal estatua de Nabucodonozor.

¿Por qué no admitir que los trabajos del pueblo de Mogán, de tiempo preparados, como confesaba, no fuesen la causa oculta de la caída del Trono?

¿Puede alguno escudriñar los misteriosos secretos providenciales? ¿Porqué, pues, no podía este pequeño pueblo, tan desconocido y apartado, estar llamado á ser el *deus ex machina* de todo aquello?

El aplomo y serenidad de la contestación, revelaba algo: de allí se desprendía que el acontecimiento no tenía para el pueblo novedad alguna, como la de una cosa que se trabajaba y cuyo buen resultado se esperaba con antelación.

—Eze pueblo zervil, eze pueblo traidor, merece un escarmiento, pero un escarmiento que mueva para siempre á terror y espanto á los que pretendan imitarlo.

Fué el exabrupto del letrado, Figaro, *in partibus*, cuando se leyó la respuesta dada por el pueblo de Agaete.

Y á la verdad, que la Junta en pleno quedó consternada. El joven lector, preguntón, mi pesadilla.

—¿Qué contestó Agaete?

«Que había reconocido como Soberana á la Junta de Gobierno de Santa Cruz de Tenerife (¡pásmate!), que se constituyera desde los primeros momentos: que lo sentía mucho; (¡pásmate más!) pero que no podía menos de decir á la de Las Palmas; *tarde piacher*, ó cosa así.

Y esto último era una mal disimulada evasiva y hasta burlesca, para que te enteres. El pueblo de Agaete reconoció la Soberanía de la Junta de Santa Cruz, no porque acudiera primero, sino porque así lo creía de más conveniencia para sus intereses comerciales.

Pueblo fenicio, antes que todo, le interesaba colocar sin estorbo sus *pseudo granillas* fabricadas con grava volcánica.

Y al igual se vá haciendo, si ya no está hecha la Metrópoli nuestra: y cuando la mercachiflería es la nota dominante, sábelo, joven lector á quien voy mirando como á un joven Teótimo, las virtudes cívicas, como las de otro género, desaparecen.

—Dicen: saltó uno del pueblo concurrente, que tienen la compañía reconcentrada y que el Capitán ha manifestado que contestará haciendo fuego sobre los que quieran someterlos á la Junta de aquí.

—Serán capaces de ezo; ezos reaccionarios, esos zerviles, ezos ozcurantistas...

Por éste y por todos los demás de la Soberana, cada cual por su turno, se vertió sobre el pueblo delincuente todo el repertorio, que estaba bien provisto, de gruesas voces progresistas.

—Que el castigo de los traidores sea inmediato: que se haga con ese pueblo retrógrado y con su faránate un escarmiento ejemplar: dijo con su voz de tribuno el futuro capitán de la segunda.

Hubo, entonces, quien indicara, porque las milicias voluntarias, cuya organización comenzaba, no estaban, por tal motivo, propias para el caso, la urgencia de ordenar á las demas compañías, las leales del batallón de Guía, que inmediatamente marcharan á reducir por la fuerza de las armas al pueblo rebelde.

Aceptóse con júbilo la proposición, no sin que se volviese á recalcar, con mucha insistencia, en la ejemplaridad que exigía la punición; y en su consecuencia se mandó á comparecer al Jefe del batallón dicho, que gozaba de fama de energía y severidad militar, que en aquellos días, y creo también que en los otros, antes y después, se hallaba residiendo en la ciudad.

En tanto yo, que me hallaba en el salón de sesiones, instalado en la mesa de la secretaría, tomando nota de los acuerdos para estender el acta, porque los Secretarios *con* y *con* (con voz y con voto) habían concluido por largarnos todo el mochuelo á los *sin* y *sin* (sin voz y sin voto); me entregué á tristísimas reflexiones.

Dado el delito de lesa patria-local (chica dicen ahora) del pueblo de Agaete, supuesta la tremebunda indignación de los Próceres, y admitida la entereza del militar que ha de mandar las fuerzas ¿qué suerte le espera á ese desgraciado pueblo?

Y me acordaba de Lión, Tolón y otros de la hermosa Francia, destruidos por crímenes semejantes, en virtud de acuerdos de la Convención.

—Que el caminante diga mañana: «aquí fué Lión» enviaba á decir á los verdugos de París el histrión sanguinario que

en los sucesos trágicos de aquella ciudad los representaba.

¿Llegarán también á ese extremo?, me argumentaba atemorizado, ¡Ca!; Nuestro carácter y temperamento no son para tanto: y esta segunda idea me tranquilizaba.

Pero luego me venía en mientes que eran *progresistas* y que Mina, de esa procedencia, había arrasado á Castelfullit, sin dejar piedra sobre piedra, levantando sobre los escombros un padrón que decía: «pueblos tomad ejemplo: no albergueis á los enemigos de la patria.»

¡Sopla!, con el muchachito, y, ¡si tenía agallas! Pues de la misma cantera son los *Conscriptos* que de aquí contemplo.

Y bien lo merecen, me decía luego para tranquilizarme: que paguen con ese delito los del pueblo aquél, el de haber inundado el mundo fabril de *granilla volcánica*.

¡Pero el Capitán, padrino de mi hermano, á quien desde niño me he acostumbrado á querer!...

—Que no estará en la ciudad hasta mañana, dijo el portero, pero dejé el recado.

Un día más de vida para aquella gente.

—Pero y esto ¿cómo se compagina con lo que hemos hecho?

—Crée que es gran servicio á nuestra causa el que vas á prestar.

—¿Cómo? ser intermediario, llevando papeles al Tirano, de los trapicheos que con él tengais vosotros. .

—Eso nada atañe á lo esencial de la idea que defendemos: es una cuestión de detalle ó de procedimiento en asunto grave y difícilísimo que, como Letrado, le consultamos.

—Letrados teneis entre vosotros, para esas consultas.

—Sí; pero...

Y *pero* había á pesar de las *triquiñuelas* y los *canilleos*

del que pasaba por más entendido y práctico de todos ellos.

En resumen: que cogí el paquete de papeles que me entregaron en nombre de la Junta: que alquilé un caballo y tiré al Monte, á su finca, donde residía, semi-emigrado, después de los sucesos y de cuyo destierro no volvió á salir sino para ponerse al frente del partido Bombero, que él levantó.

Como aquel viaje y para el mismo objeto se repitieron varios otros durante las funciones de la Soberana.

Jamás supe el contenido de los asuntos que le consultaban: pero sí me atrevo á jurar que en la expedición de títulos académicos y profesionales, no se le pidió nunca su parecer; lo mismo que en los ascensos que se daban á los militares y á los marinos.

VI

Lión no se arrasa

Joven de treinta y cinco á cuarenta años, todo lo más, presentóse en la barra de riguroso uniforme el Jefe esperado.

Su arrogante cabeza, robusto continente y marcial aspecto, unidos á su voz enérgica y fácil palabra, y al desenfado militar de sus maneras, le hacían simpático y atrayente, como uno de aquellos jóvenes generales de la Revolución francesa.

En cuanto á mí, constante lector de sus anales, traíame al recuerdo el célebre Barras: como él, era de origen distinguido, buen mozo y dominante, y en su actitud ante los próceres creía ver á aquel convencional ofreciendo, con igual apostura, su espada á los Termidorianos.

¡Y había que oírle sus contundentes frases, cuando le enteraron del motivo de la llamada y de los servicios que se le pedían!

Con viril dureza anatematizaba al faccioso pueblo, y prometía, con enérgico tono; someterlo á un ejemplar castigo.

—*Os lo traeré atado codo con codo*, decía aludiendo al capitán rebelde, para que vosotros dispongais de él y le apliquéis la pena que mejor os cuadre, que cualquiera será poca dado su execrable delito de lesa-patria. Vosotros que sois la expresión de la voluntad del pueblo, sois el Soberano, y la disciplina me manda obedeceros. Pero entended que en el pre-

sente caso tiene el Código militar castigos terribles que aplicaré á ese pueblo sin lenidad alguna, si me hago cargo de la fuerza armada que ha de someterlo.

—Los reaccionarios, los serviles que reniegan de su patria y se entregan al enemigo, no deben ser tratados con consideraciones.

—Nunca es rigurosa la justicia del pueblo, porque sus rigores son saludables y convenientes para la patria.

Estas solas dos voces se alzaron, al unísono de la del Jefe preopinante, entre los individuos de la Junta.

¿Y las de los demás?

Sumidos en sepulcral silencio no dijeron «esta boca es mía»: parecía como que les aquejaba algo de arrepentimiento de sus primeros intentos de castigo, ó como que suponían, con temor, en el bizarro militar mucha más crudeza de la que entraba en sus mientes.

¿A qué mostrarse más católico que el Papa, como vulgarmente se dice, el arrogante Jefe?

Pero el entusiasmo de las masas, que asistían á la sesión, les hizo prorrumpir en aclamaciones para que se le diese un voto de gracias.

Y la voz de severo acento catoniano del futuro Capitán de la *segunda* se dejó oír.

—Yo no *erifico* ídolos, dijo: yo no quiero que el pueblo que empieza á hacer uso de sus libertades se eduque en la escuela de la lisonja, que tan funestas consecuencias le ha traído en tiempo de los tiranos. El Jefe militar para quien se pide ese voto de gracias, no hace sino cumplir con su deber al ofrecer que castigará como se merece á ese pueblo servil y traidor. Vaya, pues, á realizarlo.

—Inmediatamente partiré y bien pronto tendreis noticias mías.

Y cogió y se fué, sin el voto de gracias que la severidad espartana del Capitán *futuro*, que fué nombrado en aquella tarde, le había negado.

En el Carpio me hallarás,
Que alcaide del Carpio soy;

había sido, en sustancia, la contestación que el Capitán de la compañía de Agaete había dado á la amonestación semi-clemente y semi-amenazante que, sin acuerdo previo, la mayoría de la Junta le había remitido, con un propio, por la mañana.

Y esta contestación, recibida con poca oportunidad en la sesión secreta de la noche, fué inocentemente leída por el Secretario, con menos oportunidad aún.

—¿Y en cuál de sus sesiones ha dispuesto la Junta que se diera ese paso?, argumentó con duro tono, el incorruptible Capitán de la segunda, más severo que nunca después del cargo que se le confiriera en aquella tarde.

—Hombre, en ninguna, pero...

No dejó terminar.

De pié, con el aspecto de un Júpiter tonante, prorrumpió en recriminaciones é inyectivas contra sus compañeros.

—¡Aquí se confeccionan *pasteles!*... ¡aquí se hace el juego á la *reacción!*: ¡aquí se marcha de acuerdo con la *turba servil* que el pueblo ha derrocado! Ya lo habeis engañado no cumpliéndole la promesa de la *ropa limpia*, y ahora pretendéis fraguarle un nuevo engaño. El pueblo sabrá por mi boca, en la sesión de mañana, cómo tratan sus intereses los hombres en quienes ha depositado su confianza.

Y en el conflicto entre las amenazas del Capitán de la segunda y los temores que les inspiraba la rigurosa conducta que esperaban del Jefe militar, fueron despejando el local, uno á

uno, mustios y cabisbajos, sin aguardar á que se levantara la sesión.

¡Ay de tí, si al Carpio voy!

Y con esta sola frase podía concretarse el oficio recibido de Guía, donde el Jefe de aquel batallón daba cuenta, á la Soberana, de sus planes de sumisión y castigo al pueblo rebelde.

Lo que satisfizo, sin duda, al Capitán de la segunda porque no llevó á cabo su amenaza de la noche anterior.

Pero, transcurrían días sin tener noticias de lo que pasaba en el *Carpio*, y en la noche de uno de ellos me hallaba en el Gabinete medio adormitado sobre uno de los divanes del salón de descanso.

Era noche de invierno, y, por consiguiente, no llovía pero hacía un frío bastante molesto.

Yo había dejado mi capa en el cuarto donde se guardaban los abrigos, y aunque sentía su falta, la pereza me impedía levantarme de mi echadero para tomarla.

Pensaba llamar á un criado que me la trajera, pero desistía ante la evidencia de que no había de querer oirme, como de tiempo inmemorial es allí potestativo, cuando se me apareció de súbito como evocación de comedia de magia.

—Que le llaman á V. de la Junta Soberana.

—Pues voy enseguida: tráigame la capa.

—La capa no se encuentra; volvió, diciéndome, después de unos instantes.

Y se buscó, de nuevo, detenidamente, por la servidumbre toda. Pero vanamente.

—*La capa no parece* dije para mi sayo: echándome á la calle, pero confieso que ni por un momento llegué á dudár de

la caballerosidad de mis consocios de aquella Sociedad recreativa y... literaria, además.

Ni de sus criados, por donde debí haber comenzado.
¡Y que razón tenía!

Pasados algunos días, la *capa pareció*, si bien llena de manchas y con las bandolas bastante destrozadas.

La había tomado mi amigo *Pepe Tinta*, que la conoció en el guardarropía, y se fué con ella á Tamaraceite á fundar un Comité, sin darme aviso alguno.

Pues, los de la Junta, que estaban reunidos en sesión secreta, no me habían llamado para otra cosa que para darme la comisión de ir á los pueblos del Norte á ver como andaba aquéllo, y qué había con respecto al *Corpio*, de donde no se tenían noticias de ningún género.

—Ya verá como León no será arrasado, dije al despedirme, al Capitán de la segunda.

Y marchéme al siguiente día por la mañana, á caballo, como entonces se hacía el viaje, que era pesadito, pero no para mí, hijo de labrador, criado en el campo, y acostumbrado á ginetear desde muy niño.

En Guía no estaba: pues estará en Gáldar con la fuerza de su mando, como no esté en Agaete estrechando el sitio, si no lo ha tomado á estas horas y haya dado comienzo á los castigos ejemplares.

Y me acercaba al pueblo traidor y cada vez me hallaba más próximo y ningunos indicios descubría de que allí fuera Troya, ni mucho menos; ni alcancé á ver siquiera un soldado por los alrededores.

Unas horas después, en bien provista mesa, paladeábamos sabrosos manjares, el *Jefe militar* de la tesis, el *capitán re-*

belde, algunos *individuos idem*, de los más encopetados del pueblo y yó.

Mi *Barras* estaba contento, alegre y decidor.

No le iba en zaga el *Capitán rebelde*, ni sus tenebrosos cómplices de rebelión, que asistían al banquete.

¿Por qué no irle yo también, joven de veinte y cinco años con mejores tragaderas y estómago más recio que todos ellos?

¡Cómo no, si estaba agasajado por el padrino de mi querido hermano (que Dios haya en gloria), recibido con cariño por el Jefe militar á quien tanto quise y festejado por los comensales!

A los pocos días, la Junta Soberana, por disposición de otra Soberanía más alta, cesó en sus funciones; y la profecía que le hice, sin darla de profeta, al Capitán de la *segunda*, tuvo cumplimiento.

Lión no fué arrasado.

La *seudo granilla* continuó en su lucrativo trapicheo con la *interina*, y el crimen de lesa-patria (local ó chica: como mejor quieran los literatos modernos) quedó sin castigo.

¡Quién sabe si estará aplazado para que lo realice otra *Soberana*, y otro *Barras*, en un porvenir que no estará lejos!

La justicia de Dios no duerme.

Andando el tiempo, sin mucho andar por cierto, mi simpático Jefe militar se convirtió en dictador del partido republicano. Amordazó á sus cabeceillas, excepto al rígido Capitán de la *segunda* que podía romperse pero no doblarse, y que *no se rompió*, y atrahilló á la prensa republicana de la localidad, á *El Federal* inclusive, que andaba suelto, campando por sus respetos.

¿De sus cambios políticos y vueltas de casaca, quién pue-

de juzgar como yó, que cambié más que él y volví más prendas de esas?

Por puro platonicismo, y conste, en lo que á mí atañe.



VII

La expulsión de los Jesuitas

Lo primero es ir á los Jesuitas: allí hay mucho dinero; la mitad será para nosotros y la otra mitad para la humanidad.

Único de mis artículos que lleva epígrafe es el presente; pero tengo capricho en dejar consignadas de nuevo, y en lugar más alto, estas frases ya escritas en el intitulado «Siguen los preliminares de la cosa.»

Y ninguna segunda intención me lleva al hacerlo.

Porque esta doctrina repartidora no se proclamaba con objeto de realizarla, ni era dogma de nuestros progresistas.

Éralo sí, el expulsarlos, pero no el atentar en nada á sus intereses. Casi me atrevo á asegurar más: en caso necesario, nuestros padres conscritos les hubieran dado dinero para hacer el viaje y aún para que tuviesen un duro que tirar, *si les salía*.

Ni el mismo que en el Liceo propagaba la especiota dicha, hubiera sido capaz de llevarla á cabo, estando en sus manos.

Pero, entonces ¿á qué lanzarla?

Pues, *por un decir*, que es lo que yo creo.

Y de nuevo repito lo de la intención. Uso del epígrafe, porque me parece bueno, como de casa, para vestir el artículo y no por otra cosa.

Añadiendo ahora, si ya no lo he dicho en otra parte, que á los pocos días de funcionar la Junta, se nos nombró Secretarios, aunque sin voz ni voto, á Pepe Tinta y á mí.

Puede ver el lector, en la modestia del empleo, cual era la de nuestras aspiraciones, y recuerde que en nuestras manos estaba, en la noche de la elección, el habernos alzado con la verdadera Secretaría ó con la Presidencia, ó con un archipampanato; de haberlo querido.

Hechura nuestra, y no de nadie, fué la Junta aquélla, y si no la hicimos á imagen y semejanza, que estaba en nuestras manos, fuélo á nuestra soberana voluntad y real antojo.

Y muy contentos con nuestras plazas de escribientes disfrazados, porque en ellas creíamos servir á la idea, y vamos al asunto.

¿Qué hacían los Jesuitas en esta ciudad? ¿En qué se ocupaban? Pues en dar educación, cuyo esmero y cuantía echamos hoy muy de menos, los que los conocimos y tenemos hijos: instruir al pueblo pobre, gratuitamente ó con corto estipendio, de donde sacaron Sacerdotes dignos, sabios y virtuosos; ocupar brazos y dar continuo trabajo á numeroso plantel de obreros en las reformas del edificio Seminario, y en otras cosas más, del mismo jaez *oscurantista y reaccionario*.

—¡Ya!, dirás admirado, joven lector, que has tenido el buen gusto de no leer el *Judio errante*, pero todo eso me parece bueno y provechoso para el bien común, y no veo la *punta...*

Ni la verás tampoco, aunque te desojos: como no la vieron ellos que los *echaron*; que tal vez te imaginarás hombres descreídos, clerófobos de acción, desatentados volterianos, duros ateos...

¡Alto!: que no eran nada de eso ni remotamente.

Ninguno de ellos se dió jamás á conocer como irreligioso,

ni aún los jóvenes, que si bien eran tibios ó descuidados en las prácticas del culto, no por eso dejaban de ser creyentes.

¿Y si te dijera que entre ellos los había que voluntariamente se habían abrogado, en su religiosidad, disciplinas de sacerdotes, y rezaban, sin faltar un día, sus horas canónicas, y asistían á coro, y eran teólogos como padres de la iglesia?

—¡Ca!

—Pues no hay tal ¡ca!, joven lector, no seas tan ligero. Cierto es lo que afirmo, y sábenlo todos mis contemporáneos, que los conocieron.

Y si te añadiera que con los padres departían en amistad estrecha y les ligaban relaciones profesionales y que, por ende, se visitaban y trataban con buena armonía, no acabarías de repetir tus ¡ca!

Pues guarda todos los que en el cuerpo tienes y cree en mi relato.

—Pero, entonces.,.

—Te ruego que no me pidas la solución del enigma, que yo no la tengo, ni la tiene nadie.

Anomalías progresistas, puedo tan solo contestarte, y si esto no te satisface, como tampoco á mí, toma los hechos como son, y no trates de explicártelos, que nada adelantarás.

Con mi viejo impresor, dueño de la imprenta del periódico que defendía la idea liberal, antes de la Revolución, que era progresista y de los más fervientes, hablaba en su casa, á raíz del acuerdo de expulsión, sobre el asunto.

Teníalo por su cualidad de extranjero, y por cierta *sans façon*, con que trataba los asuntos religiosos como el que menos puntos de creencia calzaba entre nuestros correligionarios. Por un motivo incidental me hizo subir de los salones donde estaban las máquinas, que á la vez servían de despacho, á la sala, situada en el piso alto junto á su dormitorio: la

puerta de este departamento entreabierta me dejó distinguir su cama de soltero cobijada, con admiración mía, por una buena imagen de talla del Crucificado.

—¿Esas tenemos, viejo volteriano?, díjele riéndome y señalando á la imagen,

—¿Crees que yo no venero á ¡ese hombre!, contestóme con un énfasis especial, clavando sus ojos en la imagen, con verdadera expresión de éxtasis.

Aquel arrobamiento, digno de un anacoreta, me hizo convencer de que aquella misma noche, en la soledad de su alcoba y á los pies de la imagen, purgaría con rudos golpes de pecho, como menor penitencia, la clasificación *sociniana* que habia hecho del Redentor.

Y así eran los peores.

Y no quiero dejarte, joven lector, sin encarrilarte algo más sobre el enigma dicho, á lo menos, en lo que yo alcanzo.

Los jesuitas se expulsaban, á pesar de todo, porque era del *Credo*.

Y un progresista que por cumplir el *credo* rompía con su padre y su madre y hasta con sus hijos, si era preciso ¿cómo no iba á hacerlo con una orden religiosa de más ó de menos?

Y así se les dijo y se les hizo ver con la antelación debida, y los hijos de San Ignacio se aprestaron con la mayor tranquilidad á emprender su marcha.

Desde las diez de la mañana del día en cuya noche se embarcaron, me hallaba constituido á las órdenes de uno de los individuos de la Junta, en los salones del Seminario para formar el inventario de los objetos pertenecientes á la enseñanza, á fin de hacer entrega de ellos, en debida forma, al clero secular que había de sustituir á los Padres.

Mi *Mayor* departía tranquilamente, en amistoso coloquio, con el *Superior* del establecimiento, mientras yo escribía lo

que me dictaba el jesuita que desempeñaba la cátedra de física.

Yo había penetrado temeroso en el recinto aquél: mis ideas respecto á la Compañía, amamantadas en la obra de Eugenio Sué, me hacían ver en cada uno de aquellos hombres de sotana negra, otros tantos *Rodines*, con su urdimbre de tenebrosas intrigas y sus venenos preparados para acabar con la vida de las *niñas* del *General Simón, Rosa y Blanca*, y de toda su parentela, descendiente de la familia Rennepons, puesta en entredicho por la funesta Compañía, para apoderarse de sus riquezas.

¿Qué será de nosotros, me decía, del Comisionado á quien acompaño y de mí? Atentarán contra nuestras vidas por caminos ocultos, ó tal vez entrará en sus planes el hacer reventar, como un *triquitraque* á la benemérita Junta de Gobierno que hemos elegido, por estorbar á sus torcidas miras.

Pero cuál no sería mi asombro cuando se presentó un hermano sirviente con una bandeja cargada de biscochos y vasos y botellas de vino, y *mi Mayor*, el Comisionado, me llamó, invitándome á que participara del obsequio.

—Cuando él toma los biscochos y bebe el vino, él, *progre-sista* viejo, bien sabrá lo que se hace y hasta dónde será activo el veneno que en esos alimentos está contenido. No será de los *Borgias*, por de contado, y un ligero *laxante*, tomado al terminar, destruirá su efecto.

Y me atraqué de biscochos y me apipé de vino en el mismo grado que *mi Mayor*, el Comisionado, que no lo hacía de corto.

—Pues no es malo el vinillo, dijo paladeándolo. Usted me hará el obsequio, padre Superior, de aceptar unas botellas que le enviaré, luego, del *mío viejo de la Guirra*.

—Lo acepto y doy las gracias por mí y mis compañeros: nos servirá para el viaje.

Y siguieron disertando en son de broma sobre la partida.

En tanto el profesor de física se entendía conmigo. Yo iba, según él me dictaba, escribiendo los nombres de los objetos: la mayor parte de los que componían el gabinete de física tenía que decirme como se escribían, por mi ignorancia; pero hacía lo con una finura y una modestia que me encantaban.

Á la hora de nuestro trabajo, aquel *Rodín* se había quedado conmigo: ni me acordaba de la familia *Rennepont*, ni mucho menos de las *niñas* del *General Simón*, las candidas *Rosa* y *Blanca*, y sobre todo se me importaba un pito que sus intrigas y las de sus compañeros hiciesen *reventar* á la *Junta Soberana*.

Otras cosas de más valía habían reventado, también, y sin embargo, el mundo no se había hundido.

¡Cómo no hacérseme simpático aquel hombre lleno de sabiduría y de bondad! Porque á la par que inventaríamos los objetos, me daba, sin pretenderlo, lecciones de *física*, de tal novedad y de tal trascendencia, como yo no había oído jamás explicar á mis profesores en el Colegio, ni á ninguno de los que blasonaban de sabios en nuestra ciudad; y lo mismo pasaba á las *matemáticas*, que se engolfaba en la *astronomía*, explicándome los descubrimientos más modernos y los progresos más recientes de las Ciencias; cuando yo me esperaba que seguiría con todos los suyos, encastillado en las teorías de *Tolomeo* y dispuesto á perseguir á los *Galileos* que se le presentaran en su camino.

¡Y cómo explicaba su saber! ¡Con qué naturalidad! ¡Con qué sencillez de expresión! ¡Con qué bondad y dulzura de lenguaje!

Ni por un momento hizo alusión al acuerdo de la *Junta*: solo cuando viéndome un tanto conmovido le dije:—«Estoy haciendo una barbaridad, y no sigo en esta Comisión»—se atrevió á indicarme:

—Usted no *durará mucho tiempo donde está*, se lo aseguro, pero, ahora, cumpla con lo que le han mandado sus superiores: la obediencia es una virtud.

Y acertó el padre con su profecía.

Por la noche, en las primeras horas se embarcaron. Acompañáronles algunos individuos de la Junta de Gobierno; y yo, aunque Secretario sin voz ni voto, iba también, y al lado del padre de mi intimidad con quien departía por el camino.

De sacerdotes, valga la verdad, no recuerdo á otro sino á mi virtuoso compadre, que ahora nombro; D. Pedro Díaz.

Decíase que se presentarían peligros para los padres y ¿cómo, en tal caso, no apresurarse á correrlos con los que habían sido antes sus profesores y ahora sus compañeros de ministerio? La abnegación en este Sacerdote corre parejas con sus demás virtudes.

Pero aquellos peligros eran infundados: el pueblo los quería bien, porque de los padres habían recibido beneficios grandes: los *progresistas* no los querían mal, y sin el *aguijón* del *Credo* no los hubieran molestado.

Los gritos sueltos de algunos perdidos y las algazaras de media docena de granujas no podían de ningún modo achacarse á un pueblo ni serle motivo de responsabilidades,

El joven lector: Yo me había figurado, últimamente, que una imposición popular...

No, joven lector; el pueblo, el verdadero pueblo, que no lo componen cuatro gritones, quería á los padres, de quienes recibía educación y trabajo. No le des vuelta: el *Credo*, las exigencias del *Credo* y nada más. Tu no has tenido ocasión para conocer la dureza de caletre de un *progresista*, ni como se les *incrusta* en las tapas del cráneo un mandato del *Credo*.

VIII

La expulsión de las monjas

No tenían *perro* las pobrecitas religiosas de San Ildefonso, pero la Revolución se lo deparó en la Soberana Junta; y no para su guarda y defensa, como pudiera noble y robusto mastín, sino para alarmar sus nervios y ahuyentarlas, cual falderillo de viejas, de insufrible é importuno ladrar.

El *Credo* volvió á hacer de las suyas, ejerciendo su acostumbrado influjo en las rocosas molteras de nuestros gobernantes; y el lanzamiento de las monjas dichas, siguiò inmediato, al de los *Padres*.

Un pesado gracejo de *turnillo*, adobado con la gorda sal morena que produce el país, fué la base del comienzo de los debates, al cual agreste chiste añadió, de su cuenta, uno de los próceres, apoderado, por cierto, de la Comunidad, un somnoliento juego de palabras de burda urdimbre y redonda punta, sobre la hermana *cantora* y la hermana *organera*, que tengo la fortuna de haber olvidado.

Le roi s'amuse: y aquellos padres de la patria no cesaban de celebrar con homéricas risotadas, sus recíprocos chistes de cortijo, cuyo repertorio parecía inagotable y tenía trazas de ocupar el tiempo que durara la sesión, no sin que el pueblo reunido en el local, que empezó á celebrarlas, esperando, sin duda, verles alguna punta, fastidiado de tanta roma agudeza,

diera á comprender, con sus sordos murmullos, la poca gracia que le iba haciendo las pesadas de sus soberanos.

De la adusta boca del Capitán de la *segunda*—debo confesarlo—no salió ningún gracejo: por el contrario, la expresión catoniana de su semblante manifestaba la viril indignación que sentía su alma, vaciada en los moldes clásicos de la antigüedad, por aquel grotesco sainete impropio de aquellos hombres y de aquel lugar.

—*No venimos aquí á chufletearnos*: dijo, dirigiéndose á sus colegas. *El pueblo no nos ha puesto en este sitio para ser sus payasos.*

Y, como por ensalmo, cesaron las *romas* ocurrencias y *gruesos* dicharachos, y se cortaron, en las soberanas bocas, las *rabadanescas* risotadas.

Y salió de Cabildo trasladar á las religiosas, provisionalmente á la casa Hospital, incautándose, en nombre del pueblo, de su edificio convento, la *Soberana*.

Y que la traslación se haría en las primeras horas de la noche, conduciéndolas en *coche* á su nuevo albergue.

No podían estar más galantes ni dar más de sí, aquellos progresistas, esclavos del *Credo*.

A nadie puede pedírsele más de lo que le ha sido dado.

El diablo, diablo es siempre, y cuando se lleva en coche á alguno de sus elegidos, hace más que lo que debe.

Filii matris meæ pugnaverunt contra me.

Como tengo la certeza de que muchos de mis lectores, la inmensa mayoría, por supuesto, saben tanto de latín como yó, que solo sé algunas frases, que salpico en mis escritos para darme ínfulas de erudición, les traduzco la anterior, porque

no quiero que la pasen de largo, sin saber su significado, que me interesa.

Y esto reza también contigo, joven lector, á pesar de la nota de sobresaliente que te dieron en el exámen de la asignatura.

—¿Qué no sé yo como se dan esas notas? ¡Vamos, joven lector! No hablemos del asunto.

Pues mi frase latina quiere decir en sustancia en claro castellano:

Los hijos de mi madre se volvieron contra mí.

Cuando las religiosas de San Ildefonso salieron de su convento, en los coches dichos (que no hay que olvidarlo), la turba-multa, que estaba en las afueras, se dividió en dos grupos: uno que penetró tumultuosamente en el local abandonado (á *fortiori*, se entiende) y otro que fué acompañándolas hasta el Hospital de San Martín.

Por ahora me ocuparé del primer grupo, que merece la preferencia, cuando menos, por su número de órden.

De si había alguna aviesa intención en lo de la quedada y en lo de penetrar en el edificio, no puedo asegurarlo, pero sí, que en mi juicio y en mi conciencia, ni lo creí entonces, ni lo creo ahora.

La curiosidad, el amor á lo desconocido; que no otra cosa.

Y esto mismo me llevó á mí: que quise comprobar, por mis propios ojos, y enterarme de ciencia propia, de lo que había de cierto en las vulgares leyendas de brocha gorda, respecto á monjas, con que nos amamantara la leche de la literatura progresista.

¿Dónde estaban aquellos *impaces* que busqué con ahinco, y aquellos *cuerpos de delito* que delataban las tenebrosas, lúbricas intrigas que se urdían en los centros dichos, al decir de esos libros?

¡Y pensar que hemos perdido nuestro mejor tiempo en alimentarnos con tan grosero pasto, educando nuestros gustos literarios en tan pedestres obras, si no maleando nuestros espíritus con sus *tonti-perversas* doctrinas!

Y mi empeño en buscar el *gazapo* monjil me llevó, sin pretenderlo, á las despensas del Establecimiento.

¡Cómo se regodeaba, atracándose de los dulces confeccionados por las religiosas, allí depositados, la *turba multa* del primer grupo, que, más avisada que yo, se había dejado de pesquisas y confrontaciones, para ir al grano aquel, tan dulce y sabroso!

El aprovisionamiento era variado y abundante, y deslumbraba los ojos del goloso con su artístico y tentador aspecto. Allí los bollos y rosquetes de todas formas y tamaños, allí los mazapanes, allí las frutas confitadas, allí las natillas, las leches compuestas... y allí ¡la mar!

Y admito este modismo en contra de mis gustos, que rechazan esta clase de vulgares locuciones, que de pronto, y sin saber por qué, se hacen de moda, porque le encuentro en ciertos casos, grandes condiciones gráficas de expresión.

Que no quedó nada del cuantioso repuesto, ya lo sabe el lector, pero lo que ignora es lo que, seguidamente voy á contarle.

De todos aquellos estómagos sujetos al más democrático ayuno, de tales *cosas güenas*, valía por el conjunto, el de un individuo que estaba muy lejos de pertenecer al grupo.

¡Yal! ¡Como que era el carpintero afeligresado del convento y de las demás casas religiosas y edificios de igual índole de nuestra Ciudad, criado siempre al lado de sacerdotes y de monjas, de tipo semisacristanesco y semi-santurrón, que renegaba de la Revolución y de los revolucionarios de allá y de acá!

Lo cual, que no le quitó ser el primero en instalarse en el refectorio conventual para tragarse sus golosinas, en cuyo dulce entretenimiento lo encontraron las masas populares que allí pararon guiadas por intuición y, naturalmente, le hicieron compañía en sus regodeos de Gargantúa.

Si le permitió ó no salir del local su *apipado* vientre para ir á su casa, es lo que no me consta, pero sí que allí le dejaron sus compañeros de glotonoría, tumbado en el suelo, presa de una laboriosísima digestión de serpiente boa.

Y por esto ha sido lo de *fili matris meæ*, de más arriba.

En tanto, las Ildefonsinas llegaron á San Martín donde fueron perfectamente recibidas y agasajadas por sus correligionarias, las hijas de San Vicente, las nunca bien ponderadas damas cristianas, que más vulgarmente llamamos hermanas de la Caridad.

—Esas, me dirá el jóven lector, esas son las verdaderas religiosas, para mí respetables, no las otras, perpetuamente encerradas, que no saben sino cantar sus *gorigoris* y hacer dulces.

Permíteme que te diga, jóven lector, que, á pesar de tu grado de bachiller que por procederes análogos á los encantamientos electorales te has conseguido, tienes en la cabeza una olla de grillos.

¡Ah! cuando los años pasen por tí, cuando el espíritu religioso que anima tu alma, porque lo tienes, aunque adormecido, se emancipe, jóven lector, de los falsos prejuicios en que imbuye tu juventud la letal atmósfera de la época que atraviesas; confesarás conmigo que esos *gorigoris* no están de más: que son necesarios y hasta indispensables!

¿Y puede haber para la Divinidad un sacrificio más acep-

table que el que por nosotros (no por ellas que están dispensadas) ofrecen á su misericordia para despertarla, jóvenes mujeres, en su mayoría de posición holgada y belleza notable?

¿Crees que sus rezos, ó sus *gorigoris*, si mejor te cuadra, no extienden su eficaz influencia sobre nosotros, que no rezamos?

¿Y qué mal encuentras en que en sus inocentes ocios hagan dulces finos en lugar de hacer mujeriles trastadas?

Las religiosas entraron en el Hospital y la turba que las había seguido se quedó en el atrio contemplando burlescamente un Cristo de talla, de tamaño cercano al natural, que habían querido llevar consigo y se les concedió, porque era la imagen devota de su oratorio.

Reíanse los del atrio de lo negro de la imagen y de sus formas toscas... ¡Ya!... ¡Si era una antigua escultura que databa de los primeros orígenes del Convento; de puro estilo bizantino, cuyo valor histórico, si no arqueológico, no era despreciable!

Pero así entendían ellos de arte, como de historia y de arqueología. Y no era de extrañar: en esto no valían menos que sus soberanos, que en artes tenían el mismo gusto vandálico que sus concoleas progresistas de la Madre Patria, y, como ellos, no sabían de historia, del año doce atrás, sino que la Nación estuvo siempre dominada por una gusanera de tiranos de todo género y matices, y que aquellos tiempos fueron *ominosos*.

El por qué procuraron vestidos de seglares para que los sustituyeran por sus hábitos las religiosas expulsadas, no lo explico, sino por el poco conocimiento que de los hombres y de nuestras cosas liberales tenía la gente de iglesia.

Ni tuvieron intenciones de morder, aunque ladraran, ni

en caso de tenerlas las hubieran llevado á cabo.

Hay que hacerles justicia: ninguna saña tenían contra las monjas mis correligionarios progresistas, como no la tuvieron con los jesuitas.

Lo que se hizo fué á sangre fría: sin encono alguno. ¿Qué culpa tenían ellos si el *credo* lo pedía?

El solar que ocupaba el Convento, derribado poco después como la iglesia de San Bernardo, por acuerdo de la Junta, forma hoy una manzana de casas de gusto *pasmarrótico*, que hace el encanto de la actual generación... y hasta el mío, por no quedar atrás y ser menos que ella.

Otro caracter.

En la primera Semana Santa que se celebró después de la Revolución, concurría con dirección á la Iglesia de San Francisco, por la calle de Muro, un grupo de devotos que, en hábitos de Nazarenos se aprestaban á acompañar la procesión del Santo Entierro.

Divisarlos la sección de *espíritus fuertes* de *El Literario*, á la sazón sentada, como de costumbre, en las afueras de la puerta de entrada, y prepararse para la *chacota*, de rigor entonces en las cosas de Iglesia, fué todo uno.

Resquicioso el grupo, que lo presumía, burló el intento torciendo el camino antes de alcanzar la esquina de la Alameda, para buscar la más alejada calle de Santa Clara.

Pero no todo el grupo.

Destacóse uno de sus individuos, que siguió el directo, y cruzó impávido, con paso medurado, frente alta y serena mirada, despreciando respetos humanos, sin orgullo pecaminoso, pero sin miedo reprochable, la fronteriza acera de la *temida puerta*, sin replicar palabra, pero sin inmutarse,

á los *¡jío! ¡jío! ¡estúpanlo!* (terminaeho muy usado entonces), que fueron las manifestaciones de más ática *mofa* que salieron de las literarias *molleras* allí reunidas.

Sé el nombre y el apellido (y aun el apodo, que lo tiene) de este héroe de sus opiniones que, aunque modesto carpintero, lo era, *sin miedo y sin tacha*, no menos que Bayardo, el buen caballero; pero no consigno ni aquellos ni este porque igual no hice con el campanero.

IX

¿Yankee?

Nos reunió á todos los jóvenes liberales que figurábamos en el partido progresista, y nos dijo:

—Ellos, encastillados en sus rancias y mezquinas ideas no conocen el progresar de los tiempos, ni se han hecho cargo de que el porvenir es de la juventud, y nada hacen por ayudarla. Vosotros, antes de la Revolución, erais los redactores de sus periódicos, y vosotros pudisteis ser el alma nueva de esa gente, si hubieran sabido comprenderlo. Pero, jamás se acordaron de vosotros sino para haceros escribir, y aún en eso, nunca os permitieron hacerlo en consonancia con vuestros conocimientos é ilustrado criterio. Las *caldas* que dió *El Eco de Gran Canaria* en sus polémicas con los periódicos contrarios, fueron debidas á las ideas y planes impuestos por ellos.

Y por el estilo se iba produciendo en dulces palabras y lisonjeras frases, que en nosotros iban haciendo paralelo efecto que en el paraíso las de la serpiente en nuestra madre Eva.

Y, como en esa débil dama, se hallaba, en nosotros, materia dispuesta.

Que se formaba con nuestra mayor instrucción política, de que estábamos envanecidos, adquirida en la lectura de los sociólogos más en boga, que ellos no leían, como jamás

leyeron libro alguno, ni otra cosa que no fuesen los artículos de *La Iberia*; á lo cual se unía la inquinita que sentíamos de tiempo atrás, al vernos tratados como cosa baladí ó niños de escuela, cuando sin nosotros no hubieran podido echar á la calle un mediano periódico, ni siquiera hubieran sido Junta soberana, ni nada.

De modo que, por fin, concluimos por concertarnos con el *tentador*, sin gran trabajo por su parte, y unirnos á su idea de fundar con él un partido republicano.

Y esto pasaba casi á raíz de entrar en sus funciones la Junta Soberana, y el *Serpiente* era uno de los individuos que la componían, descollando entre ellos por su inteligencia y más que todo, por su *trastienda* y *maturranguería*.

Y á *toca teja* dimos comienzo á los trabajos necesarios.

Que se hicieron, y no de zapa, sino descubiertos, con la cara al sol, y en muy pocos días. Como primera providencia, *El Eco de Gran Canaria*, órgano del partido progresista, se trasformó, con asombro de los Padres del partido, de la noche á la mañana, en periódico republicano, por voluntad del *otro*, sin que contra esta autoritaria y hasta usurpadora medida se levantara protesta alguna.

Pero en el asunto del periódico, nosotros, los jóvenes, nos dividimos también del que se dividía, y no quisimos formar en la redacción de *El Eco*, sino publicar otro por cuenta propia, y de ahí el origen de *El Federal*

No fué por cierto, muy de su gusto, este nuestro rasgo de independencia, precursor de otros muchos que se sucedieron para ser la espina que constantemente tuvo atravesada en el tiempo de su presidencia.

Jamás pudieron marchar de acuerdo, siendo campeones de la misma idea, *El Eco de Gran Canaria* y *El Federal*, y con ninguno sostuvo éste tan reñidas luchas y enconadas po-

lémicas. Rara fué también la sesión donde el *tentador* no tuviera en nosotros constante oposición, y pocos fueron sus planes que no destruimos.

Nuestra negativa al invitarnos á escribir en *El Eco*, y nuestro propósito de fundar otro periódico, cayóle bien mal, como he dicho antes, pero disimulando con su habilidad de siempre sus sentimientos, nos dió el parabién, se lo dió á sí mismo y se lo dió al partido, porque la idea común adquiriría un nuevo defensor y propagandista.

Bien prevía él, en su claro talento y maliciosa penetración los sucesos posteriores, pero en aquellos momentos nos necesitaba para sus propósitos y pasaba por todo, sin perjuicio de que más tarde arreglara las cosas á su sabor, y nos echara la zancadilla.

Dieron, pues, comienzo nuestros trabajos de rebelión por soliviantar á las milicias voluntarias, en embrión aún, que tuvieron su origen en los acuerdos primeros de la Junta, y á las cuales ésta pretendía darles el gusto y sabor de las antiguas milicias nacionales, las del monumental *morrión* y *pompón* inmensurable.

Y el *Jefe de la conjura* sedajo á la suya, de *artillería*, sin muchos esfuerzos. El Capitán de la *segunda* siguió su ejemplo, comenzando por seducirse á sí mismo para determinarse á soltar la cáscara progresista, que se le hacía amarga, creo que después de la sesión de las monjas, donde los gracejos en ella vertidos habían *rallado* su *catoniano* ombligo. Y los oficiales jóvenes de la *primera* se la birlamos al Capitán nuestro, cuyo progresismo era ingénito vicio de conformación.

¿Qué quedaba á la Junta? Sus miedos y zozobras, que la movieron, creyendo conjurarlos, á nombrar *Gobernador Civil de la Oriental provincia* al motor de todo, á quien

ya habían hecho *Comandante en Jefe* de las fuerzas de la Libertad y á más le concedieron grados á granel para el guardia marina de su protección.

¡Incauta Soberana que entregabas tus fuerzas de mar y tierra con tan poco tino, la víspera precisa de estallar la tormenta!

Pero tenía que suceder lo que sucedió. Ella no cambiaba de modo de ser, ni le era posible, y *erre* que *erre* seguía su camino de gestión deletérea, del cual no eran para destorcerla, las continuas *consultas secretas* que por mi conducto hacía al Tirano.

Y no tardó en venir el día señalado para la reunión de donde había de salir el nuevo partido.

Que se verificó ¡qué osadía y descaro! en las narices mismas de la Soberana, con colmo de impudencia de la parte nuestra.

¿No podíamos haber elegido otro sitio para reunirnos?

No: sino un salón de la casa Ayuntamiento paralelamente opuesto al que servía á la Junta para sus sesiones.

Ella se había destinado el actual salón modernamente decorado al gusto Dubarry, en cuyos juegos de amorcillos, candidas palomas, flameros y guirnaldas de flores se inspiran nuestros graves regidores, y nosotros, el que hoy y entonces sirve y ha servido para despacho de los empleados.

Que echábamos fuera cuando nos salía de dentro meternos en él; lo que agradecían los empleados dichos, que se largaban á la calle; y lo que perjudicaba grandemente el despacho de los asuntos municipales, que quedaban tirados sobre la mesa.

¡Y qué contraste formaban, comparadas, la reunión respectiva de los dos salones! En el futuro Dubarry, el silencio más sepulcral, la más escasa concurrencia, reducida á los

individuos fieles de la Junta y á cinco *progresistas* de nacimiento, que no la abandonaron nunca, y en el nuestro la vida con su entusiasta bullanga, sus declamaciones llenas de fuego y su exuberancia de pasión.

Abrimos la sesión con la lectura de un escrito de Roque Barcia, á guisa de *bendito*, y luego, se dió cuenta del objeto, en medio de los aplausos de la compacta muchedumbre republicana, después de hacer constar que el progresar de los tiempos nos había enseñado que esta forma de gobierno era la única que podía garantizar en toda su plenitud la libertad humana.

Nombróse luego la Junta que había de presidir el nuevo partido; del cual se consideraba, á priori, como presidente nato el *faraute de aquello*; y como era esto lo que quería demostrar, dió las gracias en un sentido y entusiasta discurso, el cual terminó preguntando al pueblo qué clase de *seguidillas* quería, si de las *amarillas* ó de las *verdes*; es decir, qué república era la de su devoción, si la *unitaria* que propagaban algunos ó la *federal* que defendían los más.

—¡La federal! ¡La federal! No queremos otra.

¡Viva la República Federal! ¡Viva el pueblo regenerado!

¡Y cómo repercutirían estos vivas en el antro oscuro y desierto donde la Madre Junta había tenido la abnegación de seguir funcionando!

Observaba con extrañeza que, si bien estaban en el salón todos los voluntarios de la Compañía de artillería y de la *primera*, eran muy pocos los de la *segunda*, y notaba también la ausencia de su capitán y oficiales, cuando me sacó de mis cavilaciones un *pido la palabra* lanzado por una voz extraña.

Torné mis miradas al sitio de donde saliera la petición y mis ojos se toparon con un bien plantado y arrogante tipo

de hombre, en la plenitud de su edad, de cabellos rubios y azules ojos, que descollaba su robusta persona, puesto de pié, sobre la silla donde estuviera antes sentado.

—Esa rubicundez, ese azulado de ojos y robusta apostura, denotan un individuo que no es de nuestra raza: la sangre del Norte debe correr por sus venas: ¡qué chasco tan agradable si fuera un *yankee*, ese tipo clásico del hombre libre, el hijo independiente de esa República que se nos presenta como modelo de imitación! Pero puede ser un suizo, y también priva hoy *esa*, á falta de la otra.

Pero yankee era, aunque de mentirijillas, según nos dió á entender por el contenido de su discurso, pues si su nacionalidad era española, su provincia la nuestra, ésta su isla, y el pueblo de su natalicio el mio de adopción, había vivido tiempos en aquella república y entendía su idioma.

Manifestó, con la autoridad que le daba su pasada estancia en los Estados Unidos: «que aquella era la verdadera república: que su constitución federal la que debía imitarse: que solo allí disfrutaba el hombre de verdadera libertad.» En fin, que confirmaba todo lo que ya sabíamos por la lectura de París en América de Laboulaye.

Terminada su arenga, sacó del bolsillo un periódico que comenzó á desdoblar para leerlo.

Pero ¡qué periódico, cielo Santo!

Una inmensa sábana que comenzaba á la altura de sus ojos y continuaba, si no observé mal, hasta lamer el suelo, y adviértase que mi hombre era de buena estatura y estaba de pié sobre la silla.

—*¡Pegará á leerlo?* díjome un federal que estaba á mi lado.

¡Vaya que si *pegó!* y con intenciones de no soltar la *pega* hasta terminarla.

Y la voz del lector se tornaba monótona y sonaba en el oído de la concurrencia como una pesadilla; y aquello iba tomando trazas de no terminar nunca; y comenzaron á desfilarse algunos, á hurtadillas; y siguieron largándose otros, con menos temor; y concluyeron por salirse todos, sin empacho alguno, pero el *pseudo-yankee*, no abandonó por eso su eterna lectura: que aun se ignora cómo y cuando la concluyó.

Perdóneme el *yankee*, amigo y compaisano; ¿pero, juzgaba nuestros nervios meridionales al igual que los de aquellos flemáticos hombres que había tratado?

Apenas habíamos nacido, ya estábamos *partidos por el medio*: nuestra asamblea se había verificado por el día: por la noche se celebró otra que no se relacionaba con la nuestra, en una casa de la calle de Torres, á la que asistieron todos los voluntarios de la segunda que nos faltaron y su Capitán, también, y sus oficiales.

Era otro partido republicano que renegaba del nuestro, levantado con el núcleo más rojo, por *otro* de la Junta: por el letrado vihuelista, que no quería ser menos que su compañero.

Nada nos quedábamos á deber: por mucho que ellos renegaran de nosotros, más renegábamos nosotros de ellos.

Et voila tout, que dicen los de Francia.

X

De la cordura de un sujeto y salvación de otro, y de asuntos de ornato con su punta

Uno.—Afirmo, señor presidente, que se ha inferido un agravio que merece castigo, á las honradas costumbres del país y á los dignos sacerdotes que por soberana disposición de la Junta, se han encargado de las clases del Seminario.

Otro.—Ezo ez indúdable; y la *mano negra de la reacción* juega en el asunto. Ahí se descubre una *tenebroza* intriga que fraguan los *neos*: el *jezuitismo* comienza, zin duda alguna, á poner en juego sus *maquiavélicos* procedimientos. Los *oscurantistas* se arman en las *zombros* con *perverzós fines* y la *turba zervil* les prestará, de fijo su *retrogrado apoyo*. Los *cazacaones*...

Pero al recordar que este último dieterio estaba en desuso por toda la Comunidad progresista, desde *el 23*, se le enredaron las ideas y no acertó á desilvanar las demás frases hechas del repertorio, que pretendía largar todas, sin dejar una.

El de más allá.—Pues el menor castigo que se le puede aplicar á ese rebelde sacerdote por el subversivo hecho de su carta, que no quiero mentar con calificación más dura, es el embarcarlo.

El de más lejos.—Debe aplicársele el que en justicia me-

rezca: aquí no venimos á buscar castigos mayores ni menores. No es digno de los procederes de los hombres libres el excederse por clementes ni rigurosos. *Justicia seca*: lo contrario son *paños calientes* ó abusos de poder propios de los *reaccionarios*,

El otro, entrando en caja después de haber ordenado, inmente, su repertorio de frases.—Debemos zer consecuentes con nuestros uzos y costumbres. En cazos análogos, en otras circunstancias, eza ha sido la pena: el embarque.

El uno.—Pues que se le embarque, pero inmediatamente: en el primer buque.

El presidente para su capote, con el cual se había cobijado desde el principio del incidente—Á mi no me cojen. Si fuera un jesuita ó un *mano muerta de fraile ó de monja*, que es indiferente, obraría dentro del credo y mi conciencia de católico y progresista, ceñida á *la del doce*, no podría alarmarse; pero con un secular tengo mis dudillas...

El uno.—Á votar la expulsión.

El presidente, siempre en el capote.—Ejem... la expulsión...

Masas concurrentes.—¡Que se expulse! ¡que se expulse!

La voz arregladora de los conflictos.—No podrá ser de él... *será supuesta*. Yo conozco su letra... venga la carta para confrontarla...

El presidente saliendo un poco del capote y respirando.—Que se proceda con antelación á la compulsión de la carta como se ha propuesto, y en tanto, se suspenda todo otro... ejem... procedimiento.

Y ahora, mientras se hace el exámen y compulsión de la letra de la carta, que ignoras aún, me parece que es tiempo de ponerte, ¡oh lector!, en autos.

En Dios y en la conciencia de la Soberana estaría el

secreto: pero el hecho innegable es que al comenzar la sesión de ese día, se presentó una carta, interceptada sin que se supiese cómo, á la cual se dió lectura y procedía de un canónigo de nuestra Catedral, dirigida á su Obispo; residente á la sazón en la Península.

Mentábase en ella que el Palacio episcopal, cuya parte trasera estaba en construcción, quedaba en cierto modo vendido con la falta de las correspondientes hojas de madera en los huecos de puertas y ventanas, y se añadían los temores, que lo revuelto de los tiempos inspiraban, de alguna sustracción; y á la vez, se indicaba que los Sacerdotes que se habían colocado en el Seminario, en sustitución de los jesuitas, no eran idóneos á los efectos del profesorado que habían de desempeñar.

En fin, cuestiónes todas ellas caseras: asuntos de amos y mayordomos de su sola incumbencia, y en las cuales no aparecían motivos para una inculpación de *sospechoso civismo* contra alma viviente, á no ser que en nuestra Junta dominara algo de las feroces suspicacias de los jacobinos de la Revolución francesa, que no era de creer.

Digo, por mi parte, que me parecía lo de la carta un asunto muy inocente, sin ofensa para nadie, y muy propio y natural en cualquier hijo de vecino, clérigo ó seglar, que no fuera un botarate abandonado que no se curase de tener su casa abierta, y más si no estaba vacía, y guardaba en ella algunos intereses.

En cuanto á los clérigos que habían sustituido á los jesuitas en el profesorado, ¿á quién le interesaba su idoneidad sino al Obispo? ¿Se trataba, acaso, de los arquitectos y agrimensores que nombraba la Junta, sin otros títulos esenciales que su *progresismo*?

Pero no quisieron los conscriptos padres coger la cosa por el lado ese, sino que vieron en los contestes de la

carta dicha injuria á la moralidad de nuestro pueblo é injuria también á los sacerdotes compaisanos.

¡Injuria! ¿Qué podía importarles el juicio que de la suficiencia profesional de esos *hábitos negros* hacía uno de los suyos? ¿No eran todos *neos, oscurantistas y factores de la temida mano negra?* ¡Pues allá ellos!

Y, á la verdad, Señores de la Junta; bien sabiais vosotros, por otra parte, que la persecución de *gazapos* insistía aun, y que no se limitaría al Ayuntamiento; pues algo se decía de otros *episcopales*, y era de esperar, en sus archivos el consiguiente registro.

—Es de él: es autentica del sugeto á quien se le achaca, dijo devolviendo la carta la *voz arregladora de los conflictos*, pero yo no veo motivo para la expulsión. Si él ha agraviado á sugetos que se hallan en el Seminario, estos pueden usar de su derecho ante los tribunales ordinarios. Pero la Junta no debe... no le compete. Y respecto al particular del palacio, el sugeto canónico tiene poco tiempo de permanencia en este país, y creerá que aquí se efectuan hurtos y robos con la facilidad y frecuencia que en algunas ciudades de allá. Ha sentado una premisa... no ha injuriado: él no es de aquí... Ya verá cuando conozca.

—Paréceme, añadió el presidente, sin acordarse del *capote* y respirando ahora con toda la fuerza de sus pulmones, que el preopinante ha puesto la cuestión en su verdadero lugar.

Y como, después de todo, ellos eran buenas personas, cayeron en su cuenta: y encontrando aceptables las razones dichas, desaparecido el ofuscamiento, no se ocuparon más del enojoso asunto y no volvió á hablarse del embarque del sugeto Canónico, que se quedó en su coro, ni de su malhadada carta.

Recuerde el lector, que la *voz salvadora*, era la misma

que en sesión secreta librara de un conflicto análogo al *tuertito* aquel, que entraba en la lista de la *ropa limpia*. Era su poseedor, si no la cabeza mejor intencionada de los soberanos, la de menos pasión y ofuscamiento.

Suum cuique.

La verja, joven lector, que cerca hoy el jardín de palacio, y que por su falta de estilo estaría mejor aplicada como vallado de un gallinero burgués, no estuvo siempre allí. Ella vino á sustituir, revolucionariamente, en aquellos días, á altísima y vetusta tapia llena de carácter y rica en color de antigüedad.

Sucedía que, antes de la gloriosa, cuando existía la tapia, los Obispos, como pudieras tú en el jardín de tu casa y yo en el de la mía, si lo tuviera, tenían derecho á solazarse paseando las calles del suyo, recreándose en sus flores y descansando á la sombra de sus árboles, sin que miradas importunas vinieran á molestarles, como no te molestan á tí, en el tuyo, ni á mí en el mío me molestarían, en el supuesto que he dicho antes.

Pero el arquitecto que nombró la Junta *autoritate propria* ideó el proyecto de derribar la tapia tradicional para sustituirla con el vallado dicho, parto de su ingenio; el cual alumbramiento presentó á la Soberana en arras de su gratuito título, y en el concepto (son sus palabras) de que el valladito *haría más gracia que la pared vieja*.

Si no se la encontró, ni le vió el *quid artistico*, no por eso dejó de aprobarlo por unanimidad la Junta y disponer su realización inmediata, porque después de todo, le deparaba el proyecto en cuestión, una base de nuevo derribo de *cosas de clérigos* (también son sus palabras, no del arquitecto, de la Soberana).

Un conato de oposición á un detalle, que no prevaleció, quiso presentarse.

—No hay resguardo bastante... se verá todo... Quedará completamente descubierto si el zócalo no es más alto... No podrá pasearse (*la voz conciliadora.*)

—Que no se pasée (*voz bestial de un masa.*)

—Tiene derecho como todos (*la voz conciliadora.*)

—Que se ponga á rezar el rosario en su cuarto (*gracejo burdo de la misma voz bestial.*)

—Un obispo es un funcionario público. Los hombres que el pueblo pone al frente de sus destinos deben estar constantemente sujetos á su vigilancia. Para ellos no debe haber paseos ni jolgorios. Todas sus horas se las deben al Soberano: éste debe verlos siempre y presenciar todos los actos de su vida, (*voz del severo Catón de la Junta.*)

—Eze paredon ez un peligro para las libertades conquistadas. Traz él, ocultos á las miradas del pueblo, los *neos* pueden fraguar zus *planes tenebrosos*. Vendría á zer una guarida para los *zerviles*: desde allí obrarían á manzalva los *ozcurantistas* y los *retrogrados*. *La mano negra de la reacción...*

Y era una lástima que á esta voz, que tú y yo conocemos, jóven lector, no le durara el resuello lo bastante para soltar todo su repertorio de dicterios y frases progresistas, que poseía como ninguno.

De que se derribó la tapia y se levantó la valla, estarás más que evidenciado, jóven lector.

Y desde entonces, los Obispos de esta Diócesis no pueden tomar el sol con la misma libertad que tú y yo, y cualquier otro hijo de vecino puede hacerlo en un jardín de su propiedad.

Por lo cual no van al jardín ni toman el sol.

De tres, las dos mejores: ponen como condición de vencimiento, nuestros luchadores en sus desafíos.

Y así resultó en aquel día en los asuntos eclesiásticos: pues, si bien se perdió lo de la tapia, se ganó en cambio, además de lo de la expulsión del canónigo de la carta, lo referente á la siguiente cuestión.

Hízose una moción para que se derribase la iglesia de San Agustín, fundada, no en el rencor de la pasión política, sino en el nobilísimo sentimiento de la estética.

La gente *frontis-monómana* nuestra (que esa enfermedad como la *elefancia*, es vieja entre nosotros), sin distinción de ideas ni partidos, quería ese derribo para darse el gustazo de prolongar hasta el mar la calle del Colegio, y que el navegante, á su paso, pudiera columbrar, *siquier* fuera de soslayo, un costado de la fuente monumental del Espíritu Santo, terminada entonces.

Pero apenas se dió lectura á la petición dicha, héte que un grupo de voluntarios de la *segunda* se presentó con otra reclamando la susodicha iglesia para cuartel de su fuerza.

A la mayoría de la Soberana que se regodeaba con la idea de esa nueva demolición, se le aguló el gusto con la demanda de los rojos voluntarios que ya se preparaban á mantenerla á todo trance, con sus miradas torvas y arrogante actitud, y se les vino el orín al pié cuando la voz de su Jefe, con su severidad acostumbrada se dejó oír.

—Esos que piden el derribo de la iglesia llevan miras interesadas cuales son dar más importancia á ciertas casas de *reaccionarios*. Mis compañeros voluntarios son movidos por el noble objeto de procurarse un local apropósito para albergar la Compañía. Debe preferírseles.

—Hay establecidas de derecho cuatro parroquias...nose pue-

de..(*la voz salvadora*, que rara vez dejaba de estar en lo firme).

—Que se nombre una comisión que estudie el asunto, insinuó, para salvar sus escrúpulos, el presidente, (se trataba de iglesia, no de convento).

Y se nombró la comisión sin hacer caso de las protestas de tirios y troyanos, ni de las insistencias de los más clerófobos de la Junta.

Y esta Comisión, como todas las nuestras que nombramos, cualquiera sea el motivo y el asunto, está estudiando aún lo que ha de proponer; en la tierra, si vive alguno de sus individuos, ó en el limbo, donde la simpleza de sus ideas los habrá llevado, á los que han fallecido.

Temíanse no solo los peligros que pudiera ocasionar la demolición del vetusto muro por el procedimiento ordinario de las picaretas, sino la lentitud consiguiente que este medio había de presentar.

O que algo de esto hizo circular el arquitecto, cada vez más enamorado de su idea, ó que los temores salieran de otra parte, fué lo cierto que llegaron á noticia de los artilleros voluntarios; y saberlo y presentarse en comisión á la Junta, fué todo uno.

—Venimos, dijeron, á poner nuestros cañones á disposición de la Junta Soberana para echar abajo á cañonazos el muro de la reacción.

La Junta acordó que se viera con agrado la patriótica propuesta; que se dieran las gracias á los proponentes y que se les hiciera los honores de la Sesión.

Sin embargo, en contra de lo que se esperaba, el Danton y el Marat (así llamaban aquellos cañones) no desempeñaron ese cometido.

Hablábase, no sé lo que tenga de cierto, de rivalidades incipientes entre los Jefes de las compañías.

XI

El Alfa y el Omega de la Soberana

«Canarios: el grito de libertad ha resonado en el vasto territorio de la Península. El León Español ha roto las cadenas que le oprimían. Un Gobierno con tendencias absolutistas, infractor de las leyes constitucionales, é inmoral en su régimen y conducta, ha sido derrocado por la voluntad del pueblo Soberano. La dinastía de los Borbones *parece retirarse* del suelo español...»

—¡Alto! interrumpió, al llegar á este concepto, potente voz robusta, de severo acento y dura entonación.

La Junta Soberana inauguraba su primera sesión, y hacía que se leyera por uno de sus secretarios al pueblo reunido en el local, el original ó minuta del manifiesto que inmediatamente después, había de pasar á la imprenta para circularlo.

Aquel su documento, primicias del poder que el pueblo le confriera la noche de la vispera (la docena de jóvenes locos, la treintena de demagogos reclutados y la turba de pilluelos que hacían la comparsa), se había redactado, con antelación, en los primeros momentos de la mañana, por el más entendido de sus oráculos que de ellos recibió el olor de sabiduría con que Dios se servirá llamarlo á su misericordioso senq. Miraban el escritito con *amore*, juzgándole como modelo de acabada literatura progresista (y lo era, si bien no de la más candente),

y contaban, los buenos señores, con el seguro golpe teatral que había de ocasionar su lectura.

Pero el, ¡alto!. que no soñaban, les hizo dar en tierra con sus ilusiones, al igual que á la lechera de la fábula, la rotura de su cántaro.

—¡Y no se pasman tanto como creíamos, ó se creyó él!; (se dijeron, entre resentidos y admirados, para sus capotes ó sus americanas); cuando hay quien se atreve á dar el ¡quién vive! al escrito nuestro. Las mejores frases de nuestro repertorio se han vertido allí.....

Pero la voz interruptora no les dió treguas para seguir reflexionando.

—He dicho ¡alto! á la lectura y voy ahora á explicar el porqué.

Cuya explicación, dejaré para luego, después que diga algo sobre el personaje que la prometió.

Ejercía, como el Revolucionario Forfait, ministro de Marina que fué del Directorio, la profesión de constructor de buques, y de haber existido en la Soberana gusto clásico-revolucionario, éste y no el otro que nombró, hubiera sido el Comandante de Marina de su Provincia Oriental.

¡No!: y que, por otra parte, su alfalfa liberalesca no la había pastado en un campo cualquiera de lectura.

Nada menos que con «Las Ruinas de Palmira», de Volney; «El Emilio» y «El contrato Social», de Rousseau; la «Ídea general de la Revolución en el Siglo XIX», de Proudhon y los «Derechos del Hombre», de Peletan, se satisfacían sus rumiaduras intelectuales.

Era, además, suscriptor constante de «La Soberanía Nacional» de Sixto Cámara, y llevó el luto, á la muerte desastrosa de éste, que fué de rigor (yo también lo llevé, grandulloncillo, por orden paterna) en todos los progresistas del género inocente.

Las condiciones dichas del individuo en cuestión, bien conocidas de los Padres soberanos, desde los pronunciamientos anteriores, del 43 y 54, daban una importancia grande y trascendental valer, al ¡alto! que salió de sus labios.

—Tal vez, se figuraban, no encuentre bastante salsa progresista en nuestro documento; quizá se nos venga, él que tanto ha leído de achaques liberales y revolucionarias, con una punta nueva desconocida para nosotros, que no leemos casi, que resulte ser la sal y pimienta que falte en nuestro escrito.

Y ahora, dicho lo que queda, puedo, sin más interrupciones, continuar el relato.

De pié se puso el hombre, para dar razón de su exabrupto, con toda la enérgica expresión de cívica altivez que permitía á su persona su ingénita cojera.

—Rechazo la frase *parece retirarse*, dijo con voz grave y acento duro, como indigna, por su servil rebajamiento, de un documento liberal, y más aún en estos críticos momentos. Si no ha sido escrita á miedo, lo da á entender muy claro.

—Oh!...nó... ¡á miedo!—contestóle el autor del papel, sin pedir la palabra, como tampoco lo había hecho el otro, cuando su despampanada.—¡Indigna!...rebajamiento servil!...La frase es una *premisa* en la forma que admite la Retórica. Si el señor no sabe...

—Y añadido que es un temor mal disimulado al Código penal, *por un si acaso*.

—No: el Señor no es profeta. Pudieran volver... Ya se ha visto... Los Estuardos volvieron en Inglaterra; y los Borbones, en Francia... ¡también!

—Repito que es un temor, mal encubierto, á que se comprometan los bienecillos, cuando no las personas.

—Y si vuelven...

—Insisto en que se sustituya la frase con otra franca y enérgicamente liberal. Dígase, por ejemplo, que la libidinosa nieta de la impúdica María Luisa y del imbécil Carlos IV, la hija del falaz chispero, nuestro burlador de siempre (estaba en literatura progresista más fuerte que los que más de los individuos de la Junta: ¡esta sí que era del riñón!) ha sido lanzada ignominiosamente del trono español.

—Digo que puede volver y sostengo la frase combatida: *¡quod scriptum, scriptum est!*

—Pues, con latin y todo, no estoy conforme con mi compañero, intervino otro de la Junta, ni tampoco con el otro preopinante. En mi concepto debiera decirse: que la *funesta amiga de Zor Patrocinio, la reaccionaria, la neo católica, la oscurantista...* Y un golpe de tos que le sobrevino le cortó el resuello, impidiéndole añadir lo de *cazaca* y otras de sus palabras, de género neto progresista, con las cuales, largándolas en montón, juzgaba resueltas todas las cuestiones.

—Insisto: *quod scriptum...* Los pueblos son variables... pudiera volver.

Y continuaban los tres interlocutores, aferrado cada cual á su cosa, hablando á la vez y amenazando convertir el local en campo de Agramante, si no lo hubiera evitado la oportuna intervención del presidente, que tomó la palabra manifestando:

—Nómbrese, ejem, una comisión para que redacte una fórmula que sustituya la frase motivo de la disidencia.

Primera y única vez que he visto parir algo, y parirlo pronto, á una comisión. En efecto no habían pasado cinco minutos, la nombrada, compuesta de tres individuos, presentó su fórmula.

Parece retirarse definitivamente.

¡Bien! exclamó la mayoría de la Junta al recibir cuenta del *ridiculus mus* de la comisión, y ¡Bien! dijo el pueblo cuando fué enterado, cansados, sin duda, una y otro del pesado sainete.

Más, no así el Forfait, que salió de la sala renegando indignado y más cojo que de ordinario, ni el autor del manifiesto que continuó en sus trece, ó por temor á futuras responsabilidades ó también, que podía ser, por amor propio de escritor, ni el tercero en discordia que no pudo hacer constar lo de *Zor Patrocinio* ó lo de *cazacona*, que se le quedó embuchado, á causa de la tos.

¡Y cuánta razón no dieron, más tarde, al de los latines, los acontecimientos!

Y este incidente fué el Alfa de la Soberana, que no quise relatar en el lugar debido por las razones que allí alegué.

Pero, parecía que entre cojos andaba el juego de la Junta. Y en efecto.

Cojo era el patriota que rechazó, al inaugurarse, la frase mentada de su manifiesto.

Y cojo fué también el portador de la orden que la disolvió.

Y hélo allí, en la barra, esperando impaciente recibir el oficio para llevarlo á Cádiz, (era el capitán del vapor correo), en el cual se había de consignar la sumisión de nuestra Soberana á los decretos Superiores.

Pero la cosa no venía tan pronto, y fué muy prudente la determinación que tomó el marino, de esperarla sentado.

¡Claro! Como que la Junta, consecuenta con la tradición de otra su congénere del 54, *no quería disolverse*.

Llevaba la voz, para razonar la resistencia, en nombre suyo, el autor mismo del manifiesto; y citaba ejemplos;

haciendo larga historia de casos análogos, ocurridos con las del 43 y 54.

Importunaba para que lo despachasen el tiburón cojo, pero la historia, narrada con pesadez de palabra, tardía y confusa locución, no llevaba trazas de terminar nunca.

Y de nuevo se sucedían los impetuosos apresuramientos del lobo de mar.

Pero ¡que si quieres! El historiador seguía *erre que erre* y el relato cada vez más largo y más confuso siempre. Y comenzaba ya á citar casos legales. ¡Y aquello iba á ser la de apaga y vámonos siendo él abogado, y habiendo campo vasto donde espigar, dado el fárrago de leyes que no ha tenido en número nación alguna, y el no menor de subterfugios y triquiñuelas para burlarlas!

Sin aquel célebre histórico dicho:

—*No sea majadero; déjese de boberías*, que le endilgó su colega, renombradísimo Doctor en Medicina, su perorata no hubiera tenido fin, con desesperación del émulo de Colón y tocayo de Vulcano.

Pero dolióle á mi hombre, siempre pacífico, la poco atenta calificación del compañero y, volviéndose, le contestó agresivo.

—Usted tiene autoridad para *tratar de unguentos y resolver diviesos*, pero ahora no se trata de eso, y por lo tanto, en la materia que se cuestiona le niego esa autoridad. Esta es de mi incumbencia como letrado y déjeme con ella.

—No habla bien; pero escribiendo...!

Decían los Padres, consultándose con la mirada. Desde tiempos atrás venían con esa cantinela.

Pero el guitarrista recordó entonces las responsabilidades en que incurrirían, caso de desobediencia, todos y cada uno de los que componían la Soberana, personas de arraigo, por lo

demás, donde lincaría el diente y haría buen agosto la curia de entonces, hermana legítima de la de ahora. Y este fué el remedio eficaz que dejó apabullada la erudición histórico-político-local del redactor del manifiesto.

Olvidóse por todos, el Presidente el primero, el heróico *Fo no me disuelvo*—de su colega del 54, que en un principio tomaron por norma, y, ¡á correr tocan!, dijeron; y acordaron su disolución.

Por fin la foca marina tomó el oficio que tanto esperara, *levó anclas* y se *largó*, con *rumbos quiñados*, á su buque, que estaba detenido.

Poco, muy poco, era el pueblo que asistía á la sesión. La Junta olía ya á muerto, y las muchedumbres, republicanas ya, apenas si sentían por ella un ligero movimiento de compasión.

Una balumba de libros de actas, acuerdos, nombramientos, títulos y decretos dejó en pos suyo; documentos que no se sabe donde paran hoy, ni nadie se cura de averiguarlo. Ni aun los historiadores que escriben la historia sería.

Y este suceso que acabo de relatar, es el Omega de la Soberana.

Uno de los primeros en figurar en el partido republicano, en la fracción roja de la calle de Torres por de contado, que no en otra podía, fué el ciudadano impugnador del manifiesto.

Y no por despecho que pudieran causarle las meticulosidades de la Soberana al descolgarse con la papa fría de la reforma á su enmienda, sino porque el *progresismo* le sabía á poco dado, el avance de las ideas, y no se avenía por otra parte, con su *sistema alimenticio*.

A lo menos, en cuanto á esto último así parecía indicarlo su exabrupto al salir de la sala de sesiones al encararse en el

pasillo con el Letrado de la vihuela, que había salido á refrescarse, y un grupo de exaltados con quien conferenciaba.

—Yo soy republicano, les dijo con voz tonante *¡Fo como gofo!*

Y se retiró sin añadir más, ni esperar respuesta.



XII

Los alistamientos voluntarios

—¡Que se lo lleva la *segunda*, si es que ya no lo tiene *atrapado* la de *artillería*!

Así exclamé, lleno de zozobra al verle cruzar la plaza de Santa Ana, (de la Libertad se apellidó en aquellos días)— desde un balcón del vestíbulo superior de las Casas del Pueblo (las Consistoriales, que llamabamos antes, y hemos vuelto á llamar después), donde me hallaba asomado.

Y seguidamente, me lancé escaleras abajo á todo correr con riesgo de romperme diez veces la cabeza, máxime cuando el sable, por la poca costumbre de llevarlo, se me enredaba entre las piernas, no parando hasta que conseguí detener á mi individuo en mitad de la plaza referida...

.

Pero antes de continuar este relato me es preciso entrar en antecedentes y explicaciones.

¿Por qué me hallaba asomado á un balcón de las Casas Consistoriales? ¿Qué hacía allí? ¿Qué sable era ese? ¿Quien el detenido con tanta ansiedad?

Contestemos por partes.

Nuestra Junta Soberana de Gobierno, compuesta en su mayoría de gentes del partido progresista, no pudo menos que consignar en su programa político, al igual de sus congéneres

de la madre Patria, la formación de los obligados cuerpos militares de farándula sacados del paisanaje, lo cual era para aquella buena gente rigurosamente esencial y de más obligatoria necesidad que el resto de sus gubernamentales doctrinas.

Pero como ya no cuadraban los antiguos *urbanos, civicos, ni milicianos nacionales*, porque se había roto el molde de los característicos descomunales morriones que antes usaban, y había que transigir algún tanto con los otros elementos que ayudaron á llevar á cabo la Revolución, dióseles, á las nuevas milicias, la denominación de «Voluntarios de la Libertad», eximiéndolas á la vez del tormento de ostentar sobre sus testas los enormes aparatos que tanto contribuyeron á perturbar, si no á atrofiar los cerebros de sus predecesores.

Obedeciendo, pues, á los mandatos de nuestra Soberana Junta, se llevaban á cabo en las Casas Consistoriales los alistamientos, que, sujetándose al sentido literal de la nueva fórmula de denominación, habían de ser libres y espontáneos.

Al efecto, en el vestíbulo mencionado, se hallaban dos mesas, una para la primera y otra para la segunda compañía compuestas respectivamente de un oficial presidente y un sargento secretario, nombrados á priori por la Soberana dicha, cuyos nombramientos debían ratificarse y se ratificaron, recayendo en las mismas personas, una vez formadas las compañías.

La de artillería se alistaba, al mismo tiempo, en el cuartel por ella elegido, que era un salón bajo del edificio destinado á cárcel, derribado hoy para edificar un grupo de casas ya en construcción, cuya alineación, con gran gusto mio, y á mi parecer de la buena estética, no ha satisfecho la manía rectilínea de mis paisanos que tan monótonas y desabridas hacen nuestras calles.

De advertir es que si bien la idea progresista y sus procedimientos era la que dominaba antes de la Revolución en los individuos que formaban las juntas y la mayoría de las agrupaciones políticas de donde salían; muy pronto, á los pocos días, comenzó á despuntar la republicana con el aditamento de Federal entre los más avanzados y sobre todo en el elemento joven.

Por tal motivo el saborcillo burgués de que adolecían las antiguas milicias nacionales, no era la cualidad que sobresalía en las Compañías de «Voluntarios de la Libertad», antes por el contrario, su nota dominante era la demagógica, bastante desarrapada ya para ser, poco más tarde, digna madre de los cantonales que se sucedieron y no menos digna abuela de los anarquistas modernos.

Pero sujátandonos á nuestras compañías, la manifestada nota no se acentuaba en ellas por igual. La *primera* era moderada comparada con la *segunda*, y en cuanto á la de *artillería*, si bien tan subida de tono como esta última, lo disimulaba algun tanto, gracias al predominio de las ideas estéticas aplicadas á la indumentaria que, exageradas en su persona, le imponía el Jefe.

A más del oficial Presidente y del sargento Secretario de cada mesa, se distinguían en el local algunos grupos de simples voluntarios: los primeros en afiliarse á la raíz de los acontecimientos.

Tanto estos como los Jefes llevaban ya el uniforme correspondiente que á su gusto y según la exaltación de sus ideas había elegido cada compañía.

Pantalón blanco con faja roja, garibaldina azul con bocamangas de aquel color y gorra también azul con galón igualmente rojo, eran las prendas que componían el uniforme de la *primera*.

En el de la *segunda* no entraba otro color que el rojo: pantalón rojo, garibaldina roja, y una así como *cachucha de plato* roja; siendo la forma extraña de esta última prenda una mala interpretación dada por las ciudadanas costureras del Risco de San Nicolás (riñón de la *idea*) al gorro frigio que figuraba en el figurín.

De estos uniformes, de sus modelos ó figurines y de los sucesos que les precedieron me ocuparé en otro artículo.

Diré, sin embargo, ahora que por el lugar tan secundario que tenía el rojo en el uniforme de la *primera* compañía, podía deducirse que las ideas de sangre y exterminio por su color simbolizadas, no eran, precisamente, las más desarrolladas en sus individuos, y que, dominando con largueza el azul podía creerse que algo se soñaba con una época de fraternidad universal, candorosa y sencilla, después de decretar *pro formula*, ó más bien, como aperitivo, el derramamiento de una moderada cantidad de sangre.

En cambio, ¡qué espanto no despertaría en el corazón del infeliz reaccionario el aspecto de aquel encendido rojo, exclusivo del vestuario de los de la *segunda*!

¡Cómo temblaría el desdichado ante la consideración de que aquella rabiosa tinta podría estar compuesta de una horrosa mezcla de sangre de reyes, de curas y de ricos!

¡Cómo se estremecería de pavor al suponerse él también rico, teniendo como tenía la completa seguridad de que por escasos que fueran sus medios, siempre poseería un plus de dos pesetas sobre el caudal del más adinerado de aquellos voluntarios, pudiendo por lo tanto ser contribuyente con la sangre suya á la horrible *compota*, dado que faltaba á un principio de igualdad, permitiéndose tener algo cuando ninguno de ellos tenía nada.

.

Y yo, como oficial que era de la *primera* presidía su mesa, llevando como tal mi sable á la cintura, y como además el ciudadano sargento de mi compañía, en uso de su incontestable autonomía, había abandonado su puesto, sin dignarse pedirme permiso, para *copetearse* con su colega de la *segunda*, que con el mismo fin había obrado de una manera igualmente autónoma, me dirigí á uno de los balcones del local donde actuábamos, á fumarne á mis anchas un cigarro.

Hé ahí contestadas ya todas las preguntas del principio, excepto la última.

—¿Quién era, pues, el tan ansiosamente detenido?

—¿Quién era el que por ir en su busca me había hecho bajar con tanta precipitación las escaleras?

—Era Juan el Negro, contestaré sin rodeos ni misterios, que, en el instante de asomarme, ví pasar por la plaza.

Subitamente cruzó por mi mente la idea de la realzada nota democrática que la adquisición de aquel ejemplar *negro* daría á mi compañía.

—¡Antes que lo vean y me lo disputen los otros—me dije—á comprometerlo y alistarle, de seguida! ¡Qué pisto extrademagogo no se daría la *segunda* si á más de la exclusiva del rojo tuviese un negro en sus filas!—¿Y la de artillería?—Su mismo Jefe á pesar de que todo lo pospone á la estética del equipo, sería el primero en andarse á la greña conmigo para llevárselo.

Paréceme ahora que ya no queda sin contestar pregunta alguna.

—Juan, ¿no te han comprometido?: Sígueme.

Dije al negro sin atender á su aturdimiento, asiendo de él y obligándole á que viniera conmigo sin darle lugar á que me contestase.

¡Y qué negro! Un moceton de diez y ocho años, fuerte co-

mo un roble, digno de llamarse Domingo en vez de Juan, pues de seguro las condiciones físicas de aquel, en cualquiera de sus manifestaciones, no ganarían, compitiendo con las de éste, ni tampoco el otro hubiera dejado más regodeada á ninguna, niña Pancha de por allá.

Un negro de *tango* y *danzon*, en una palabra, que hubiera hecho la fortuna de un tratante en aquella carne, que aún los había.

Al presentarme en el local con mi *mandingo* llamé al sargento mío.

—Sargento Manuel, vea V. que adquisición—afíliele en seguida.

—Ciudadano oficial: ¿Lo ha pensado V. bien?—¡Un negro!

—¿Esas tenemos, ciudadano sargento?—¿No comprende V. que ese negro será la nota de más carácter de la compañía? ¿Puede darse un emblema más expresivo de la igualdad que predicamos? O le basta á V. que nuestras sacrosantas ideas de libertad, igualdad y fraternidad se simbolicen en el rojo acentuado de los uniformes de la *segunda*?

Nada me replicó el ciudadano: afilió á mi negro, me miró luego á la cara y se sonrió.

Igual sonrisa noté en los demás voluntarios y sobre todo en mi colega, el gigantesco y barbudo oficial de la *segunda*, que añadió mirándome con cierta seriedad templada por el cariño que me profesaba.

—¡Qué cosas tienes!

¿Qué significaba aquella sonrisa y la mirada, y qué cosas eran las mías? No lo comprendía, pero lo cierto era que sin saber porque, aquellas demostraciones entibiaron algun tanto mi primer entusiasmo.

—Juan,—dije, sin embargo, á mi negro,—estás afiliado en la compañía primera de voluntarios de la Libertad de la

ciudad de Las Palmas, vete esta noche al Cuartel para que asistas á la primera formación.—Ya no hay razas ni colores. ¡Viva la igualdad! ¡Viva la república Federal!

—¡Viva niño! dijo mi negro y se retiró, al parecer muy regocijado.

Cuán distantes estábamos, con todo, uno y otro, del desengaño que nos esperaba por la noche.

XIII

La primera formación

Pero ¡qué inocentón era yo, á pesar de mis veinte y cinco años ya cumplidos! ¡qué poca experiencia tenía entonces de los hombres y de las cosas!

Y no es esto lo peor, sino que hoy con mis cincuenta y siete y mis canas, sigo siendo el mismo. No me pesa, sin embargo: si alguna vez había de engañar, he preferido y prefiero ser engañado. Me he empeñado toda mi vida en tomar la humanidad por el lado mejor y me he olvidado siempre de que hay en ella ¡cada lagarto!...

Fuí republicano Federal imbuido de candorosas ideas de libertad, igualdad y fraternidad, creyéndolas como doctrinas evangélicas y dando por seguro que una vez establecida la república, los hombres nos estaríamos continuamente abrazando y adelantándonos en ofrecernos mutuos servicios.

—Ciudadano: ¿le hace falta á V. un duro ó dos ó tres?—
Creíame yo que nos daríamos los unos á los otros apenas nos avistáramos.—Venga acá: lo mio es poco, pero lo partiremos con exactitud de hermanos en nombre de la Santa igualdad.
—Ciudadano: ¿le duele á V. la cabeza? ¿está V. mal del estómago?: voy á hacerle compañía y á sacarle, si á mal no viene, las escupideras en obsequio de la Beata fraternidad.

Y así en todas las relaciones entre humanos.

Es claro que odiaba al tirano; ¿no había de odiarlo si era republicano entusiasta de corazón? A punto fijo, no sabía quien era ni donde estaba ese tirano, pero lo odiaba y lo odiaba con todas las fuerzas de mi alma republicana.

Pero, ¿creeis que yo hubiera cortado, de estar en mis manos su cabeza, en caso de conocerlo y saber su residencia? No: ni mucho menos. Le hubiera predicado la Idea Santa para atraerlo y convertirlo, y en caso de rebeldía, por este motivo, y como castigo á sus pasadas perradas, le hubiera propinado un buen tirón de orejas, y no hubiese pasado de ahí; os lo juro.

Partidario fanático del *laissez faire laissez passer* que predicaban los libros de los Economistas á que me había aficionado de tiempo atrás, creíame de buena fé, que despues de hecha la Revolución y establecida la república, todo el mundo haría bien lo que había de hacer, y por lo tanto, nada más justo y conveniente que dejar pasar libremente lo que se hacía bien hecho.

Lo de los círculos autónomos era para mí un axioma matemático y jamás pensé que ninguno de esos círculos pudiera ser secante del otro, pues nunca ni por ningún concepto me figuraba que pasarían del límite de la mítica tangencia.

Dado este modo de ser, figúrense Vdes. con qué entusiasmo no estaría con mi negro y con qué mimos no lo trataría cuando se presentó por la noche en el salón bajo del Municipio que funcionaba de cuartel provisional.

Esperábame encontrar la misma disposición de ánimo en los voluntarios allí reunidos y me lisonjeaba, figurándome la satisfacción de mi capitán cuando llegara más tarde y topara con aquella joya, *rara avis*, adquirida por mí, que tan marcado sabor había de dar á la compañía.

Interrumpióme con estas reflexiones la voz de un voluntario que me decía:

—Ciudadano Teniente, una carta para V., del capitán.

—Venga de allá, ciudadano *Resplandor*.

Y comencé á leer para mis adentros la misiva.

—Aquí hay *pastel*, ciudadano Teniente; las comunicaciones del capitán interesan á la compañía y deben leerse en alta voz. No obre V. con esa reserva como pudiera hacerlo un oficial de los *seides de la tiranía*.

Así llamaban los voluntarios de la libertad, y todos los que de liberales blasonábamos, á los soldados de verdad.

—Ciudadano *Resplandor*, esta carta es puramente particular, por eso la leo para mí: si tratara de asuntos generalés la leería en alta voz y con la compañía formada; pero, sin embargo, en obsequio de V. voy á leerla de cabo á rabo, ó léala V. si lo quiere mejor.

El capitán me escribía participándome que había sabido lo del negro, cuyo asunto había caído mal en la compañía: que en su opinión era prematura aquella filiación: que nadie era más partidario que él de la igualdad más absoluta, comprendiendo aún los hombres de color, pero que observara que los pueblos no estaban preparados para ciertas cosas: que no tomara el contenido de sus cartas como órdenes, sino como consejos; que... *et sic de ceteris*.

El capitán que no se sabía á punto fijo si era republicano ó continuaba progresista, aunque de todos modos fuese una excelente persona, me escribía con el mismo tira y afloja que se notaba en su político modo de conducirse.

—Ciudadano, exclamé dirigiéndome á *Resplandor*; ¿Usted qué opina de la carta de nuestro capitán?

—Qué tiene razón, ciudadano Teniente, y que V. ha querido burlarse de la compañía, metiendo en ella ese negro.

—¿Cómo se atreve V. á semejante juicio?

—Lo mismo dicen todos los demás ciudadanos voluntarios, y guárdese que lo van tomando por *pastelero*.

Reuní mi compañía sin entrar en más réplicas y llamé al sargento Cárdenes, uno de mis adictos, que, por otra parte, no tragaba bien al *Resplandor*.

—Ciudadano sargento, mande V. á formar.

A su orden formaron todos, incluso *Resplandor*, que comenzó haciéndose de pencas pero que fué obligado por una mirada firme del sargento, que era un hombre ton y tenía malas pulgas.

Formada la compañía les propiné una arenga sobre la igualdad humana. Tomé la cosa desde Adán, en lo que entonces no había inconveniente, pues las ideas cristianas persistían, salvo lo de considerar á nuestro Redentor como el primero que usó el gorro frigio. Lo del mono no se había popularizado aun, y el libre pensamiento vino algunos meses más tarde.

Yo no soy orador, pero como sentía lo que decía, creo que estuve elocuente, y que al cabo toqué en el alma á mi auditorio.

Aproveché, pues, la disposición de ánimo que suponía y llamé al negro á las filas, teniendo la mala suerte de colocarle al lado del ciudadano *Resplandor*.

—¡Alinear por la derecha!, mandé yo, con la voz más enérgica que podía salir de mi pecho débil.

No había medio de establecer la alineación: *Resplandor*, sobre todos, y algun otro ciudadano más, huían de emparejarse con el infeliz negro; ó avanzaban ó retrocedían. La compañía presentaba, pues, el aspecto de una culebra que media enroscada partieran en pedazos.

—Ciudadano Teniente, me dijo el sargento al oído, no se empeñe: no quieren formar con el negro, lo tienen á menos,

yo tampoco lo veo con gusto en las filas, pero por lo que le quiero á V. no digo nada delante de esos.

—¡Rompan filas!—mandé entonces disimulando mi despecho y desencanto,—mañana será la instrucción á la misma hora.

—No se retire, ciudadano *Resplendor*.

Una vez alejada toda la compañía incluso el sargento Cárdenas, quedamos solos *Resplendor* y yo.

—Con que definitivamente ¿no quieren Vdes. al negro en las filas de la compañía?: díjele con dulzura abrigando la esperanza de atraerlo á mi partido, porque lo consideraba como el primero y más influyente motor del suceso que acababa de tener lugar.

—No, ciudadano Teniente, contestóme con dura entonación.

—Y la igualdad y la fraternidad, ¿tampoco las quiere usted, ciudadano *Resplendor*?

—Si, ciudadano Teniente: soy más federal que V. y que ninguno; ¿pero qué tiene que ver el negro con eso, ni con la federal, ni con la igualdad y la fraternidad?

—Mucho, ciudadano *Resplendor*. Ese negro es una criatura humana como nosotros. Está sujeto aun al desprecio y odiosa servidumbre de que nos ha salvado la Revolución; y la República Federal, madre cariñosa, viene á redimir á los siervos todos y á hacernos fraternizar los unos con los otros, sin ningún género de distinciones.

—Vuelvo á insistir en que V. *pastelea*, ciudadano Teniente, y me hará creer lo que andan diciendo de V., incluyendo el capitán de la nuestra y el de la *segunda*: que V. quiere poner en ridículo á las compañías de voluntarios, porque está *pasteleando*.

—¿Y cree V. eso, ciudadano?

—No lo creo: pero le digo que ande con tiento para que no se corran más esas cosas.

La idea de que me creyeran pastelero, que era el estigma más temido entonces entre la gente liberal, me hizo dar al traste—confieso mi debilidad—con mis utópicos proyectos igualitarios y me apresuré á contestar.

—Pierda V. cuidado, ciudadano: se acabó lo del negro: lo borraré de la compañía, ya que esta no lo quiere, pero le juro que soy tan Federal como V.: puede creerme.

El ciudadano *Resplandor* era también partidario fanático de la igualdad, pero, como la generalidad, la quería de los de arriba con él, no de él con los de abajo.

¿Y había algo más abajo que el ciudadano *Resplandor*?

Ya lo veremos en otros episodios, donde me extenderé más sobre este individuo que llegó á ser una figura de gran relieve en nuestro partido republicano.

El desenlace del negro Juan fué, para mi, un desengaño y un remordimiento.

¿Si quería funcionar de Don Quijote de la Igualdad, porque no tenía más carácter para sostener mis ideas, y menos miedo á la impopularidad?

¿Qué me importaba la terrible nota de *pastelero* si mi conciencia republicana no me acusaba de defección alguna?

XIV

El periodismo de entonces

El periódico de aquellos tiempos se confeccionaba, rigurosamente: con el artículo de fondo; con el segundo artículo; con los sueltos y noticias políticas; con la crónica local y con la gacetilla y el folletín, á más de la novela, que no podía suprimirse.

Tratábase en el artículo de fondo de las altas cuestiones doctrinales, que se exponían con tono dogmático y campanudo, empleando la forma levantada y el pulcro y limado estilo.

No todos los redactores eran capaces de escribir el fondo. Este trabajo se encomendaba á los escritores de *élite* de los partidos, y las gentes decían, con cierto asombro, señalando á esos escogidos mortales:

—Ese, míralo: ése es el que escribe los fondos del periódico X.

Si el diario era progresista, la tarea era más sencilla, pues se reducía á estudiar en un solo modelo. En Calvo Asensio y su manera literaria, para lo cual encontraba bien repuesto el indispensable cajón de frases hechas. De ahí: *los ayes de las víctimas de la tiranía; los trabajos de zapa de la mano negra de la reacción; las cadenas que aherrojaban á la humanidad; los envilecidos seides de los tiranos postrados á sus plantas; los monstruos que abusaban del poder; los*

oprimidos hijos del pueblo, y á más los dictorios de *doctrinarios, serviles, reaccionarios, neos* y otros de este jaez.

Después de todo, barajando bien las expresadas frases y epítetos, no era tan obra de romanos, aunque así el vulgo lo creyera, el escribir tales artículos.

El segundo se dedicaba, siempre que no terciara alguna polémica, á los asuntos de intereses materiales, y estos, por muchísimo tiempo, se redujeron á tres, que invariablemente alternaban. *La extirpación del Bombix pini; la pesca del salado y el cultivo del argan.*

Esta monótona terna logró romperse una vez, pero una tan solo, por excepción, con la série de artículos intitulada «Los Tirajanas y sus necesidades», que vieron la luz pública, no recuerdo si algunos días antes de la *Gloriosa* ó en su período algido.

Para la crónica local, entonces como ahora, daban juego abundante los deterioros del baldosado, las fechorías de los perros, los escándalos de las casas de lenocinio (que ya comenzaban á llamarse así) y, más que nada, las cosas y casos de los municipales.

También se encabezaban los sueltos que lo requerían, con el: *Señor Alcalde...* de ahora, y con la misma fuerza de tono ciceroniano del *quousque tandem*.

De vez en cuando, la reglamentada confección del periódico se interrumpía para dar cabida al extensísimo y soso comunicado de *nuestro corresponsal* de cualquier pueblo, que no podía evitarse porque en ello iba la pérdida de los suscriptores sus compaisanos.

¡Oh! recuerdo con el mismo pavoroso sentimiento que se recuerda una angustiada pesadilla, los que nos enviaba á *El Federal*, con bastante frecuencia por cierto, *nuestro corresponsal de Agüimes*. Aun hoy, que me veo libre de correspon-

sales y periódicos, tiemblo al pensar en ese individuo y en sus escritos. ¡Dios le haya perdonado, si como es probable ha fallecido, los amargos ratos que me hizo pasar!

En la gacetilla se publicaban gracejos ajenos y aun propios algunas veces, y en el folletín cuentecitos cortos, trabajos de amena literatura y las revistas de teatro.

En esto habíamos progresado.

Algunos años atrás las revistas se escribían, si eran de zarzuela ó de ópera, por los maestros de música de la localidad, bajo la sanción *de los que habian visto*. Así eran llamados los que habían estudiado en Madrid, que hablaban del teatro real y de las butacas donde no se sentaron jamás.

Pero ahora, no solo nos habíamos independizado de la molesta sanción *de los que habian visto*, sino que para escribir de esos asuntos no se necesitaba ser maestro, ni simple músico siquiera.

Ni una nota conocíamos, ni teníamos una pizca de oído, mi amigo Pepe Tinta y yo y éramos revisteros apopados y temidos por los artistas y aceptados por el público, á pesar de los galimatías técnicos con que, según los maestros, nos descolgábamos á cada paso.

Había, no siempre, sección literaria que se dedicaba exclusivamente á la inserción de poesías; porque en aquellos tiempos aún brotaban vates y las gentes gustaban de los versos; señal indudable de que existían ideales, de que había alma, y de que todo no era egoísmo y mercachiflería, como al presente.

El periodismo de información, cortado en trocitos con gusto decadente, por epígrafes que rara vez se relacionan con el asunto, hoy al uso, no se conocía ni se hubiera admitido tampoco. Cada cual tenía fé en la creencia que, exenta de utilitarios móviles, profesaba y gustaba de verla reproducida

con levantado estilo én el artículo doctrinal del diario de su opinión, relegando á lugar muy secundario el fárrago de noticias y chismografías.

La prensa de entonces podía equivocarse y marchar torcida en sus ideales y propaganda, pero no echaba en el lodo su misión cualquiera que fuese, sometiéndose, como la actual, á satisfacer las ansias de cuentajos y alcahuetas de una generación caduca y degenerada.

El *reporter* vino algunos años despues, y el *interviewista* ultimamente.

Hubiérase, tal vez, aceptado el primero, pero nunca el segundo. Aquellas buenas gentes que soportaban los soporíferos é interminables comunicados de los corresponsales, hubieran protestado de esa nea literatura con su fárrago de preguntas plúmbeas, importunas y descorteses á los prohombres y las contestaciones sandias, humillantes y ridículas de estos.

Y que era otro el temple de los que manejaban antaño la cosa pública para no mandar... á cualquier parte á los pesados moscardones del *interview*.

Seguramente, que al *interviewista* que les hubiera *interviewado*, le hubieran sentado las costuras, por muy buen *interviewador* que hubiera sido.

Desconociáanse las «Rápidas», ni en contrario caso hubieran cuadrado esos pequeñitos artículos de formas coquetuelas y dulzaino estilo, que huelen à *boudoir*, para encerrar las amplias y arrebatadas frases de propaganda, ó candente lucha con que se producía el periodismo viril de la época.

«De mi cartera». Tampoco se hubiera dado el pase á esta locución que hace pensar en la piel de Rusia y en el billete de banco. Eramos orgullosos en nuestra pobreza y no blasonábamos de lo que no poseíamos. Por propia experiencia sabíamos tristemente que el escritor de periódicos no tiene caudal á

la altura de esa prenda de ricos; y gracias si para guardar el mamotreto de sus escritos es dueño de un sucio petate de marinero!

Y sin embargo, en aquellos tiempos de democracia de color subidísimo, se introdujo por un periodista contemporáneo, muy amigo mío, aunque de contrarias ideas, la novedad del estilo *encomiástico-barroco*, que así puede llamarse, de que tanto uso y abuso se hizo y se hace aún.

Hasta entonces designábamos lisa y llanamente por su nombre y apellido al mismísimo lucero del alba, si de él teníamos que ocuparnos. Llamábamos, sin más aditamento, abogado al que lo era, comerciante al comerciante y zapatero al maestro de calzado.

Seré franco: con este hacíamos una excepción, porque de su gremio salía el núcleo más numeroso y exaltado de republicanos, y para no perder nuestra popularidad los denominábamos artistas de obra prima.

Pero ya no fueron todos otra cosa que dignos y distinguidos. Todos, además, apreciables y particulares amigos nuestros; y de muchos ignorábamos hasta el color del pelo de su ropa.

A los comerciantes se les añadía el epíteto de acaudalados, por más que algunos de ellos estuviesen á pique de quebrar, y lo supiéramos.

Las casas de los magnates de los pueblos eran palacios; y el Teatro de Tirso de Molina, que entonces se construía, perdió este nombre tan clásico y glorioso, para llamarse el «Gran teatro.»

Cuando se escribía con referencia á un solo individuo la tarea era bien fácil: se reducía á ensartar trás de su nombre la retahila de adjetivos al uso, en la siguiente forma, por ejemplo: «Nuestro particular y distinguido amigo D. N., acaudalado comerciante en la especialidad de manises, acaba de recibir.. etc.

Pero si había que lidiar con dos ó tres personas, las exigencias de la sintaxis y los temores á las cacofonias nos colocaban en graves aprietos. Sirva el siguiente suelto de muestra para que se juzgue como se sorteaban aquellas dificultades; es del introductor del estilo.

«Distinguidos amigos nuestros nos aseguran que el distinguido, dignísimo y no menos amigo; el opulento propietario D. X, acompañado del tan dignísimo, distinguido y amigo don Z, su señor hermano, de igual opulencia en propiedades, trata de pasar unos días en el palacio que posee en el risueño pueblo de Mogán nuestro comun amigo D. Z, acaudalado comerciante en aquella pintoresca comarca, que no les cede á los otros en distinción y dignidad ni menos en nuestra particular estimación.»

El Federal trajo también sus novedades con su publicación.

Nos habíamos hecho sus redactores con una nueva fraseología que, cuando menos, tenía sobre la antigua progresista que empleaban hasta los diarios republicanos, la ventaja de estar expresada en *latin* castizo y en variedad de idiomas extranjeros, de cuya más selecta literatura eran tomadas.

Luego, nuestras ideas tenían una ciencia por fundamento: la Economía política, mientras que las de ellos no descansaban sobre ciencia alguna, sino que eran un conjunto de empirismos y de contradictorios conceptos tomados del «Contrato social,» que vestían con una retórica hinchada y teatral.

De aquella fraseología teníamos la exclusiva, y por esta razón y por cuanto era la que estaba en boga en los periódicos de la Madre patria, nos tenían envidia y mal querer los colegas de nuestras opiniones.

¡Y qué socorridísimo no era el repertorio ese para titular los fondos y salir airosos en las polémicas!

At home, titulábamos, por ejemplo, un artículo, y bajo este epígrafe, y en armonía con nuestro criterio individualista, explanábamos la teoría del *habeas corpus*, disertábamos sobre la *carta magna* y *Juan Plantagenet*, sacábamos á baleo el *laissez faire, laissez passer* de los economistas, y dábamos el golpe final con el indispensable *to be or not to be, that is the question*.

Que los contrarios nos habían puesto verdes en una discusión; pues contestábamos con media docena de razonamientos en romance, más ó menos sandios, pero les parábamos los pies con el *risum teneatis* ó con el *words, words, words* de Hamlet.

Que nos seguian el bulto y nos acorralaban: allá iba un *non raggionar di lor ma guarda é pasa*.

Que sus argumentos no tenían réplica ó nuestras fuerzas se agotaban para seguir la polémica; pues dábamos media vuelta, los considerábamos como impenitentes y les atizábamos, á guisa de anatema, el: *lasciate ogni speranza voi che entrate*.

Si esta jerga nuestra valía más que la de ellos, díganlo los tristes resultados que hoy presenciamos.

Y basta de rancio periodismo, no sin añadir que desde que se inició en la prensa el *barroquismo encomiástico* aquellos 500 metros de carretera polvorienta con sus cucas casitas á uno y otro lado, donde la *ventolina* es constante y el *sur* se ceba á sus anchas, se vienen estereotípicamente denominando *el pintoresco Pago*.

De entonces también le viene lo de *opulenta Villa* á un pueblo rico de verdad, que es ciudad hoy; y la denominación de *palacios* á los amontonamientos de sillería labrada que forman sus casas.

Así no es extraño que con tal escuela, sin detenerse á

mirarle el diente, como aquel que dice, de primera intención, nuestra moderna prensa califique de *distinguido huésped* al primer inglés, más ó menos *patudo*, que se nos mete por las puertas.

Los uniformes de las milicias

Mis modestos conocimientos en el dibujo y la pintura me acarrearón el honor de ser elegido desde un principio por el Partido para bosquejar y disponer los trofeos y engalanaduras de nuestras fiestas.

Era, por tanto, de rigurosa consecuencia que se me confiara también, por las compañías de la milicia voluntaria, el encargo de confeccionar los figurines que habían de servir de modelo para sus uniformes.

¡Y con qué soberana satisfacción me entregaba á la ejecución de estos trabajos!

En mis ilusiones políticas créame, aunque el otro era jacobino y yo inclinado al moderantismo de la Gironda, ser el *David* de la Revolución local, al menos en el corto círculo de la ciudad nuestra, completamente relacionado con las facultades artísticas de aquel célebre pintor y las mías.

Las bases generales que habían de dar la norma á los dibujos y colores de los figurines fueron tratados en junta de oficiales, sin embargo de que las indicaciones mías se impusieron.

Al proponer la garibaldina para todas las compañías hubo una explosión de entusiasmo. Mis compañeros me estrecharon las manos cumplimentando mi génio artístico y excediéndose en enhorabuenas y alabanzas.

No obtuvo mayor triunfo, ni más ruidoso, mi colega, el jacobino de marras, al exponer al ciudadano Chaumette y su cohorte de exaltados pillastres de la Convención, el plan decorativo que ideara para los festejos de la Diosa Razon, por ejemplo.

El capitán de la *segunda* exageró su entusiasmo cuando afirmé que el color rojo debía ser el dominante en todas las prendas del uniforme.

—No el dominante, sino el único, contestó con su acostumbrada gravedad de sectario.

—Como que indica, según opinión de autorizados escritores repúblicos, que la sangre de los tiranos, derramada profusamente en justísimo castigo de sus crímenes por los redentores de la humanidad, se ha adoptado para teñir sus ropas, á fin de que la ostentación pública de esta tintura sirva de saludable ejemplo y terrible escarmiento á los reaccionarios de los siglos presentes y venideros.

Toda la oficialidad de la *segunda* dió muestras de aprobación á este exabrupto mio, sin comprender la punta de ironía que encerraba, excepto el *segundo jefe*, su primer teniente que ni antes, ni después, había desplegado sus labios.

Los de la *primera* no tomaron tan á pecho lo del color rojo, y sin dejar de admitirlo en ciertos detalles, se inclinaron al azul para color de la garibaldina y al blanco para el del pantalón.

—Pero no hay gorros frigos azules y ese debe ser el tocado y no otro, observó el capitán de la *segunda*.

—Prescindiremos del gorro y lo sustituiremos por una cachucha, contestaron los de la *primera* con gran satisfacción mía, pues á pesar de que había sido el inspirador al capitán referido, de aquel tocado, en un momento de inspiración clásica, temblaba, después, al considerarlo colocado en mi ca-

beza y que mi novia y mis amigas las muchachas federales de San Nicolás me vieran así.

—Pero, ¿qué dices tú, me increpó el capitán de la *segunda*, de la resistencia de tus compañeros á admitir el gorro que simboliza la idea republicana?—Defiéndelo porque tu has tenido la buena idea de proponermelo.

—¿Qué quiere V., ciudadano capitán? consecuente con nuestros principios, tengo que someterme á la mayoría. Además el capitán de mi compañía no está presente y no sabemos aún su opinión.

—Tu capitán no está presente nunca cuando de cosas de la milicia voluntaria se trata, y todos vosotros sois unos pasteleros.

Respetábamos y queríamos mucho al capitán de la *segunda*, que, además podía ser padre, por su edad, de nosotros, y no nos dimos por entendidos de la clasificación de *pasteleros* que nos hacía.

—Capitán,—añadió otro oficial de la *primera*—Una de las obligaciones principales de un hombre libre, es respetar la libertad de los demás. Así, ustedes con su gorro y nosotros con nuestras cachuchas.

El capitán de los artilleros, que á su grado reunía el de comandante de todas las fuerzas voluntarias, también mudo hasta entonces, se puso de parte de nosotros y no solamente adoptó, sin dejar de sublimar las excelencias del gorro frigio, la cachucha sino que indicó una modificación en la garibaldina, si en ella estaban todos conformes.

El murmullo de desaprobación fué general.

Podíamos prescindir del gorro los artilleros y los de la *primera*, pero de la garibaldina nunca. No queríamos ni aun modificar esta prenda que tanta *mataperrada* liberal simbolizaba, y que, por otra parte, nos figurábamos que vestía bien.

Pusímonos, al cabo, de acuerdo respetándonos mutuamente nuestra libertad para uniformarnos como mejor nos agradara, y se me dió la orden de proceder sin pérdida de tiempo á confeccionar los dibujos para presentarlos en otra reunión.

Esta tuvo lugar al día siguiente y la presidió el comandante de todas las fuerzas, á la vez capitán de la compañía de artillería.

Tres estampas había producido mi arte, cada una con el figurín iluminado de la compañía respectiva.

El de la *primera* lo representaba un voluntario con el arma descansada, tocado con cachucha azul con galón rojo, garibaldina también azul con cuello y bocamangas rojos y pantalón blanco con ancha franja del expresado color sanguíneo.

El voluntario que dibujé para figurín de la *segunda* estaba representado en actitud de calar bayoneta; llevaba el gorro frigio echado atrás, descubriendo su cabeza, de greñas enredadas, y realizaba la espantosa expresión felina de su rostro la larga y erizada barba que lo guarnecía. El rojo escarlata que campeaba solo en todas las prendas del equipo, parecía despedir el olorcillo acre de la sangre y como epígrafe de la estampa se leía al pié: *los duros de cocer*.

Del figurín de los artilleros poco me ocuparé, no solo por que se asemejaba al de la *primera*, salvo la disposición de algunos galones y la forma algo distinta de la cachucha; sino porque su jefe lo cambió en la ejecución, introduciendo la modificación que deseaba en la garibaldina, resultándole de ello un ridículo compuesto de blusa y chaquet con reminiscencias de la otra prenda.

No tengo para que decir que los figurines fueron aceptados por los oficiales como interpretación fiel que eran de sus deseos.

El capitán de la *segunda*, más entusiasta que ninguno, se extremó en elogiar el suyo, no cansándose de contemplar la mancha de almazarron que á la distancia parecía el dibujo; y el epigrafillo—los duros de cocer—que con maliciosa intención había estampado al pié de la lámina, aumentaba su satisfacción, cuando yo me esperaba alguna reprimenda de su parte.

Uno solo permanecía callado como un muerto; y este era el primer Teniente de la expresada *segunda* compañía.

—¿Acepta V. los figurines, ciudadano? le argumentó el presidente.

Contentóse con encojerse de hombros y pretextando un asunto cualquiera, se retiró de la reunión con semblante hosco.

—Preciso es, añadió el presidente, que los figurines que nosotros hemos aprobado, reciban la confirmación de las compañías, que se reunirán al efecto en el lugar de sesiones del partido.

—No parece necesaria esa circunstancia, ciudadano presidente, dijimos casi todos.

Entonces pidió la palabra el capitán de la *segunda* para endosarnos el siguiente discurso.

—Ahí teneis, ciudadanos compañeros, la muestra de las sencillas ropas con que las compañías voluntarias de la libertad, compuestas de los honrados hijos del pueblo, quieren equiparse. En ellas no se empleará el costoso paño que los tiranos usan para los uniformes de sus seides. Solo la barata lanilla se adoptará para los nuestros. Ahora debo añadir que esa tela barata, la más barata que se consiga, sea la misma para el simple voluntario que para el oficial y el Jefe. Yo, por lo que á mi toca no quiero distinguirme del más humilde de mis hombres. Déjese eso para los siervos de la tiranía que man-

dan á otros siervos más abatidos que llaman soldados. Distínganse, en buen hora, los primeros de los segundos por sus galones y charreteras de oro.—El tirano quiere adornar á sus verdugos para deslumbrar á las víctimas y cegarlas. Nosotros no haremos así. La misma pobre lana desprovista de chirimbolos insolentes será la nuestra que la del último voluntario. La más acendrada virtud republicana, el mayor amor á la idea debe ser y no otra la distinción que tengamos.

El presidente usó en seguida de la palabra: abundaba en las mismas ideas que el capitán de la *segunda*, y su discurso en pro de la igualdad de las telas, lleno de enérgicos denuetos y chispeantes burlas de los galones y distintivos, entusiasmó á toda la oficialidad roja de la reunión y le mereció un fraternal apretón de manos del capitán de la *segunda*.

Pero no nos entusiasmos nosotros, los oficiales jóvenes de la *primera* y de la artillería, que contábamos con lucir uniformes bonitos, tan bonitos cuando menos como los de los oficiales de verdad, á quienes, ¿para qué negarlo?, envidiábamos, por más que los denominásemos en nuestro despecho, *seides* de la tiranía.

.

Un mes después de la sesión referida estaban terminados los primeros uniformes. El gorro frigio de la *segunda* había sufrido una interpretación horrible al ser tratado por las ciudadanas costureras del barrio de San Nicolás. Lo habían traducido en lo que llamaban cachuchas de plato, usadas años atrás por los niños de corta edad.

Figuraos un cono truncado de bases paralelas de cuarenta centímetros de altura llevando una borlita en la base superior y ahí tendreis la cachucha dichosa que, por la pesadumbre natural de la tela, doblaba proximamente, por el primer tercio de su altura, cayendo ya atrás, ya á un lado de la cabeza.

Pues ese cono, sin la borlita de la base superior, era el tocado de uniforme con que los federales rojos de la *segunda* cubrieron sus cabezas.

Pero *vanitas vanitatum*, que dijo el sabio. El capitán de esa compañía que tanto había protestado de los galones, cubrió de ellos, cuan largo era, su tonelete, casando, eso si, con mucho arte, los plateados con los dorados; y sobrándole, á pesar de la cantidad enorme que exigía el gorro, algunos para las boca-mangas de la garibaldina y aún para otras partes del cuerpo de esta.

Bien es verdad que su colega el de la de artillería, que no le cejara en iguales protestas, había prescindido de la democrática lana para su uniforme, eligiendo el rico terciopelo azul de seda y la espléndida y no menos costosa tela de grana.

Videó meliora proboque, deteriora sequor.

XVI

Los sargentos de la primera

Cuatro sargentos primeros tenía la Compañía de los azules, como también llamaban á la *primera*.

El ciudadano Cárdenes; el ciudadano Ricardo; el ciudadano Manuel y el ciudadano Pepe Tinta. Este último y yo éramos y somos aún entrañables amigos, desde nuestra primera juventud, y además fuimos compañeros de redacción en el periódico *El Federal*, cco de la juventud republicana ilustrada. Así á lo menos nos considerábamos nosotros.

De sargentos segundos había una *porrada* y de cabos un *montón*. Las ideas de igualdad no permitían á nuestros federales contentarse con ser simples voluntarios: todos aspiraban á clases, y solo algún pobre diablo de pocas influencias ó de menores agallas para vociferar ó manejar la intriga, se daba por satisfecho con aquella inferior situación.

Resultaba, pues, que cada voluntario tenía sobre sus costillas cuatro superiores, en mi compañía, y cinco ó seis en la *segunda* como más democrática; pero en cambio, no prestaba, en una y otra, más obediencia que la que buenamente le salía de sus entretelas, pues cuando éstas eran algo sensibles y lo mandado no era de su gusto, ó se pasaba de una compañía á otra, con fusil y todo, ó largaba el arma y tomaba el portante tan fresco y orondo.

Pero para el objeto de mi relato, solo de los tres sargentos primeros tengo que ocuparme, porque el sargento Pepe Tinta era más literato y orador que militar, y poco ó nada asistía á las reuniones y ejercicios de la compañía.

El sargento Cárdenes:

Alto, vigoroso, de buena presencia y aspecto marcial. Había servido en activo en la guarnición que en aquellos tiempos prestaba el Batallón provisional, y para él un hombre en filas era siempre un soldado, cuidándose poco de que fuese ó no voluntario de la libertad.

Consecuente con esta teoría, trataba despoticamente á sus hombres, como pudiera un arraez turco, llegando en ciertos casos hasta la crudeza; y como era forzado y enérgico, temblaban ante él todos aquellos ciudadanos libres, que tan indómitos y revoltosos se mostraban en los clubs y en la gallera.

El ciudadano *Resplendor* que, pudiendo ser clase con solo haberlo pedido, se había contentado, por una anomalía que no podía explicarme, con el papel de simple voluntario, le temía como al fuego, y en su presencia desaparecían todos sus humos de salvaje independencia, quedando tamañito como una uña.

Recuerdo, como si fuese ahora, la escena que pasó entre ambos el día en que dieron principio las instrucciones, cuyo resultado fué la base del predominio que el sargento adquirió sobre aquel furibundo demagogo.

Ciudadano,—le increpó Cárdenes,—¿Cómo se atreve V. á presentarse en fila en mangas de camisa, á pecho descubierto; tan teñido de negro?

—Pues en uso de mi autonomía, ciudadano sargento, y le advierto, que si ve teñida de negro mi cara, manos y pecho y aún mi ropa, es por que soy un hijo del trabajo y mi oficio es

teñir sombreros. Á más le añado que mire como me habla y no alce el tono, que soy hombre libre y Republicano Federal.

—En las filas no hay Republicanos, ni hombres libres, pues sobre ellos está la disciplina. No hable tanto y otro día no se presente sino lavado y con chaqueta puesta mientras no se terminen los uniformes; pero ahora abróchese V. la pechera de esa camisa.

—Vuelvo á repetir, ciudadano sargento, que soy un hombre libre. La República Federal, al derribar las testas coronadas ha concluido con los seides de la tiranía, como lo fué V. cuando era sargento del Provisional; con que...

El ciudadano *Resplandor* no pudo acabar su defensa. El sargento se avanzó sobre él hecho una fiera: cojiólo con sus manazas por los cabezones de la camisa, dióle unas cuantas sacudidas y después lo soltó, diciéndole con energía:

—Cuádrese V.!

¡Cuadrarse el ciudadano *Resplandor*! Aquella orden era para él peor ofensa que escupirle en el rostro.

Equipararle, exigiéndole tal postura, al esclavo de la tiranía llamado soldado, y esto ordenado despóticamente por uno que de ella fué seide, era el colmo del insulto.

Por eso, su dignidad de hombre libre, de republicano federal, se encimó á su miedo y no se cuadró.

El ciudadano Cárdenes iba á repetir, viéndose desobedecido, la acometida, pero yo intervine llamándole á mi lado.

—Ciudadano oficial, exclamó *Resplandor* al verse libre, me paso á la *segunda* desde este momento.

—Es V. muy dueño, ciudadano *Resplandor*, en su condición de hombre libre, contestele: el tiempo de los esclavos se ha ido para no volver. ¡Viva la República Federal!

—Ciudadano teniente, ¿V. autoriza una deserción?—Me increpó el sargento.

—¡Una deserción! si no somos soldados, sino voluntarios de la libertad!

—Deserción, y no tiene otro nombre, ciudadano teniente, es salirse de las filas para pasarse ó otro bando, pero yo le advierto al ciudadano *Resplandor*, que si intenta hacerlo, si se mueve de su puesto, le embuto la cabeza en el cuerpo. El hombre formado en filas está sujeto á la disciplina militar, y á mi no me vengan con federalismo ni con voluntarios. Repito lo mandado.

Á medio cuadrar continuó formado el ciudadano *Resplandor* completamente aterrado, y yo no quise seguir interviniendo, porque llegué á convencerme de que el sargento Cárdenes, si lo apuraban, era capaz de hacerlo fusilar:

El sargento Ricardo.

El polo opuesto de su colega. También, como él, había servido de sargento en la guarnición. Era alto, delgado y esbelto: un cuerpo de señorito, rematado por una cabeza de finos rasgos, de cara simpática adornada por negra y espesa barba. En el servicio había sido un sargento bonachón, y esta excelente cualidad le servía de base para fundar su teoría respecto á la manera y como debía considerarse al voluntario de la libertad.

—Vea V. ciudadano oficial—me decía con su voz dulce y frase refinada—tenga la bondad de prestarme atención, si no molesto. En mi sentir, el voluntario de la libertad es, á similitud de lo que significa la palabra, un ser libre, que acude libremente, sin que nadie se lo mande ¡alto allá! nada de mandar, no admito tiranías: que acude libremente á tomar las armas para defender la *idea* cuando los tiranos quieren combatirla. Debe el ciudadano que él por su libre voluntad, ha puesto al frente para dirigirlo, no para mandarlo,—¡mandar! lo hacían los tiranos y ya han caído para siempre—digo, que

debe ese ciudadano director—no se si la denominación será aún dura—tratarlo con la mayor consideración. con toda finura; de modo que jamás vea en él al jefe, sino al igual en quien delega una comisión, que cumple, ¿V. me comprende bien, ciudadano teniente?

Consecuente con estos principios que he tratado de explicar con frases casi parecidas á las suyas, véase como se las componía Ricardo para mandar la compañía.

Se la imponía entonces en el manejo del arma, y él y Cárdenes eran instructores.

—Con vuestro consentimiento, ciudadanos voluntarios,—decía á la mitad de su mando,—voy á proceder á la instrucción.

—Si me lo permitis, daré algunas voces, que me perdonareis llame de mando.

—¿No hay, pues, inconveniente en que procedamos á terciar el arma?

El silencio de la gente lo tomaba como señal de asentimiento, y después de unos instantes de espera, solo entonces, se lanzaba á mandar, pero siempre con su voz dulce y modo respetuoso.

Tercien, ¡armas!

Y seguía, luego, sin circunloquios, con otros movimientos, hasta llegar á la carga, donde pedía de nuevo la venia.

—Ahora, ciudadanos voluntarios, viene la carga. Creo de mi deber deciros antes, que este es un movimiento más detenido, más largo, que se verifica en muchos tiempos, y que por lo tanto, puede causaros molestias. ¿Teneis la bondad de indicarme si estais dispuestos á hacerlo?

La misma interpretación al silencio de las filas, pero más largos los instantes de espera.

Al fin salía la voz.

—¡Carga elemental! ¡Dispóngase para cargar!

.
¡Oh tú!, ciudadano Ricardo, tú te adelantaste en muchísimos miles de años á tu tiempo! Tu procedimiento de mando, si bien entonces no era aplicable, será el que en ese lejano porvenir de refinada libertad y cultura que se espera, admitan los militares, si los hubiese para entonces. Como tú tratabas á los voluntarios de la libertad, que tuviste á tus órdenes, así lo serán aquellos remotos soldados, si ese nombre se les diere!

El sargento Manuel.

Joven, de mi edad, también amigo: el primero de su clase que se nombró de la compañía y funcionó de secretario en la mesa de los alistamientos.

Era un buen maestro de instrucción primaria, instruido y habilísimo pendolista. Su tipo correspondía á lo pacífico y provechoso de su profesión.

No se ocupaba de la instrucción militar, ni creía que fuese necesaria para nada. Á los voluntarios que estaban á sus órdenes les hubiera enseñado á leer y escribir, prestándose ellos á seguir sus repetidas amonestaciones y súplicas.

—El hombre que, cuando menos, no sabe leer y escribir regularmente que sea—decía á sus fuerzas—no puede llamarse voluntario de la libertad, ni republicano federal, ni nada. Los tiranos han pretendido tener siempre sumidos en la obscura noche de la ignorancia á los pueblos, y por lo tanto el ignorante es inconcientemente un apoyo de la tiranía. Aprended, pues, á leer y á escribir, ciudadanos. Perfeccionaos en la hermosísima letra de Iturzaeta. Por la mayor ó menor corrección con que un individuo escriba este caracter maravilloso de letra, así puede juzgarse de su amor á la *libertad*, á la *igualdad* y á la *fraternidad*. ¡Viva la República Federal y viva la Iturzaeta! Ciudadanos. Si supiéseis gramá-

tica castellana por Avendaño y algunos rudimentos de la latina por Iriarte, sabríais lo que significa república y no repetiríais su nombre sin saber su significado como los loros. En latín *Res pública*: *Res*, cosa: *pública*, ya está dicho: suena lo mismo. Aprended, aprended y dejaos de tontadas de manejos de armas.

Por supuesto, *surdo canere*.

.

Baco solía, con alguna frecuencia, enredarse con mis sargentos, y entonces, cada uno exageraba su nota. *Cárdenes* superaba en crudeza á Timurlen y pretendía empalar á *Resplandor*. *Ricardo*, hecho todo una pura miel, no llegaba, á fuerza de tantos cumplidos y demandas de venia, á romper en una voz de mando, y *Manuel* no se contentaba con que aprendieran á leer y escribir, ni llevaran el caracter de letra de Iturzaeta á la perfección los voluntarios, si no que era preciso recibiesen, además, un curso completo de Pedagogía por Pestalozzi ó Froebbel.



Y no quiero terminar sin volver de nuevo al sargento Ricardo, para presentarlo al lector bajo otra nueva faz, que estará muy lejos de suponerse.

Pues era mi simpático hombre uno de tantos espontáneos *bardos errantes*, como salían del pueblo en aquellos felices tiempos en que teníamos alma para sentir algo que no fuera el alta y baja de las *bananas* y el recuento de las quintaladas de carbón mineral que embarcamos (que es un decir, por que embarcan ellos) por el Puerto de la Luz.

He aquí como muestra una composición suya, que si no en corrección, en sentimiento no desdice de otra cualquiera celebrada:

*La palabra que yo dí,
con honor la cumpliré:
cuya palabra lo fué
dada á Pepito Negrín.*

*Se arrepiente un borrachín,
un loco y un majadero,
el hijo del mandadero
Ricardito Calderín.*

Donde es de notar á la par que la candorosa confesión que hace de su defectuosilla inclinación á exagerar el culto de Baco, su sincero arrepentimiento y la formal promesa que jura á un señor de respetabilidad que era su vecino y casi mentor.

—¿Y la cumplió?

—Joven lector, déjate de majaderías y cuenta en todos tus juicios sobre los mortales con la debilidad ingénita á su flaca naturaleza.

XVII

Trabajos para la elección del primer Ayuntamiento

Como las hijas de Elena en número y con las mismas condiciones negativas de bondad, sin tener la otra fundamental, por cuestión de sexo, eran los partidos liberales que se fogueaban de muerte en los tiempos de entonces en nuestra Ciudad.

Formábanlos los restos de los antiguos progresistas semi desbandados y relegados al olvido al terminar sus funciones la Junta Soberana, y los dos republicanos federales, que salieron de su seno, y eran realmente los dueños de la situación.

De más está decir que aquella trinidad, antes de la Revolución y en sus primeros momentos, formaba una unidad, hasta cierto punto compacta. La del partido progresista, de añeja cepa, con su cáfila de ñoñerías y dejos populacheros y su ingénita torpeza en la práctica de los asuntos.

Porque efectivamente: allá en la Madre Patria como aquí en nuestras peñas, eran los mismos.

El sempiterno conjunto de agrupaciones ó partidos inútiles, cuando no dañosos, que en otro orden de cosas, fuera de la política, se resolvían en individualidades de tanto valer como pudieran otras.

En nuestra Junta Soberana de Gobierno hubo, pues, médi-

cos de fama y abogados de nota, ricos propietarios y personas instruidas; y todas ellas, aisladamente, y cada una de por sí, correctísimas y merecedoras del general aprecio.

Pero cuidáraos de reunir las, así fueran tres, en nombre de la *idea*, por que entonces el mal ingénito, la enfermedad de origen se desarrollaba con toda su fuerza de modo esporádico.

En ellos se verificaba lo contrario de nuestro dicho popular; pues la *canónica* era buena y mala la *Cubilda*.

Y basta de juicios y digresiones.

Aquellos dos hijos de la misma madre, los dos partiditos republicanos federales ¡cómo se odiaban! ¡y cómo despreciaban, á la par, á la pobre que les diera el ser!

Aún no teníamos la *Gallera* para nuestras reuniones y las verificábamos en la escuela de San Francisco, los federales moderados: los otros, los avanzados, las tenían en una casa particular de la calle de Torres: la de mi buen amigo Pepe Bravo, que era de sus ideas.

La *Gallera* vino mas tarde, cuando cayendo en su cuenta, despues de la elección del primer Ayuntamiento popular, los federales de uno y otro bando, se unieron, bien que mal, en un solo grupo.

Esa elección había de verificarse á plazo breve y por sufragio universal, que iba á ejercerse por primera vez.

Y no debo seguir sin hacer patente, que si en algún tiempo el dicho sufragio fué entre nosotros una verdad, fuélo entonces, en la elección aquella y en las dos ó más que le siguieron luego.

Aún no se conocía el encantamiento, ni esa porción de mixtificaciones y subterfugios que vinieron después; y sobre todo, hasta el elector más infeliz depositaba su voto espontaneamente sin que lo llevara á las urnas ningún poderoso, ni ningún cacique.

¿Qué cacique ni qué poderoso hubiera hecho votar forzosamente á un federal de aquellos, pobre como una rata, pero libre como el aire que respiraba?

¡Los ricos! Los ricos muertos de pavor no salían de sus casas, y si lo hacían y encontraban en su paso á un hijo del pueblo, le saludaban con la misma cara de pascua que les ponía el propietario aquel, nuestro amigo y compañero de cenas, de quien hablaré luego.

No: había que catequizar á cada uno de aquellos electores de por sí: había que predicarles con insistencia y calor la *buenana nueva* para soliviantar, en favor de los ideales respectivos los sentimientos de su alma libre, *y si non, non*, porque pudiera recoger alguna buena bofetada el que pretendiera emplear contrarios procedimientos.

¡Electores *carneros* de la actualidad, infelices criaturas humanas que sois *encantarados* á placer del cacique, cuando por el mejor parecer no os arrastran en *recuas* los esbirros de éste para llevaros á las urnas; aprended de aquella gente pasada: aprended á saber lo que era dignidad y viril independencia.

No se presumía que lucharan en los comicios sino los dos partidos republicanos. ¿Qué otro podía atreverse á ello? El progresista? ¡bueno estaba después de su gestión en la Junta y de la deserción de sus miembros más activos!

Sin embargo, susurrábase algo de que la *tiranta* apoyada por los individuos del régimen caído, pretendía levantar la cabeza. Hablábase de un *cherno* que trataba de comerse en las playas del Puerto de la Luz, como base de la formación de un nuevo partido.

¿Pero quién daba crédito á estas conversaciones? Los tiranos habían caído para no levantarse jamás, y de esto estábamos convencidos los buenos federales.

La lucha sería fratricida porque se trataba de hermanos en ideas, ¡pero qué le habíamos de hacer! En cambio no tendríamos que luchar con nadie de fuera.

.
El presidente nuestro, el de los franciscanos, que también nos llamaban así por el local donde nos reuníamos, abrió la sesión.

—Ciudadanos: en el seno del partido se ha elaborado una candidatura republicana para ocupar los puestos del municipio en las próximas elecciones. Por primera vez hará el pueblo uso de ese derecho que le habían usurpado los tiranos: el del sufragio universal. Los nombres que figuran en la candidatura que seguidamente tendré la honra de leeros, pertenecen en su totalidad á hijos del pueblo, á esa honrada clase que los scides de la tiranía han tenido hasta el día subyugada y sujeta con las cadenas de la reacción. Os aconsejo que la voteis sin discusión porque el tiempo apremia y los contrarios trabajan desesperadamente por deshacer nuestros planes. Para abreviar tiempo y facilitaros el trabajo, propongo que después de la lectura, los que digan *sí*, se pongan de pié y los que digan *no* se queden sentados.

Y comenzó á leer nombres de individuos hasta veinte y uno que era la cuenta.

Pero, ¡qué nombres! El ciudadano *Resplandor* podía considerarse de talla gigantesca comparando la suya con la de aquellos. Eran hijos del pueblo; pero como en los pueblos y en las familias los hay de todas clases, se habían elegido, de esta vez, los peores. Ni aún podía asegurarse si tenían oficio ó profesión conocida; en cuanto á responsabilidad ¡para qué pensarlo!

¿Qué idea se llevaba el presidente para proponer aquellos hombres?

Ya iba á procederse al medio propuesto de votación, cuando todos nosotros, los de *El Federal*, pedimos, á la vez, la palabra.

—No la hay, que estamos en votación.

—Esa no es votación, ni esos son procedimientos. Esa es una imposición que nunca hubiera ideado el tirano. ¡Fuera las imposiciones y la tiranía! Entre republicanos no se procede á cencerros tapados. El partido tiene derecho á hacer sus cosas por sí mismo ó á delegar, si no quiere, en quien le convenga, pero siempre guiado por su voluntad omnímota. Se quiere hacernos votar sin proceder al estudio y á la discusión. Se huye de la luz y se emplean procedimientos obscurantistas.

Estas frases dichas apresuradamente y casi gritadas, no sé si llegarían completas á los oyentes, por que se ahogaban con el ruido que hacían con sus movimientos y murmullos, y se confundían con los conatos de interrupción del presidente.

—Que se discuta, dijo una voz perdida entre las masas.

—Ciudadanos: en esto no cabe discusión: se trata de hijos del pueblo: es que acaso ¿no quieren los que me combaten ver sentados en los bancos del municipio á los hijos del pueblo? ¿Es que quieren tenerlos, como los tiranos, sumidos en el olvido?

—*El pueblo tiene muchos hijos: ¿quién os dá derecho para elegir esos con preferencia á otros? ¿Quién sois vos para erigiros en dictador por vuestra despótica voluntad? ¿Por qué tratáis de imponernos, forzosamente, vuestros planes? ¿No creéis la vuestra bastante tiranía? ¡Ah! ¡pueblo!, no obraban de otra manera los monstruos de que os ha libertado la revolución.*

Nosotros éramos el martillo del presidente, hombre largo si los había; pero él era sólo y nosotros muchos y manejábamnos mejor, con nuestra constante lectura de los girondinos,

la jerga del estilo revolucionario: por todo lo cual, generalmente, salíamos victoriosos en nuestras contiendas.

Nos llamaban sus *moscas* y tenían razón que les sobraba los que tal decían.

De no habernos apresurado á contestar su supuesto incidioso, de no haber dado á tiempo con la palabrilla de *dictador* que resaltaba más concreta entre las de tiranía y monstruos de nuestra perorata, la victoria hubiera sido suya.

—*¡No quiero dictadores! ¡ni á mi padre le hubiera consentido el serlo!* ¡Al pueblo no se le impone nadie! ¡la tiranía ha muerto para siempre! exclamó una voz respetable. La del popular anciano que había sido en la escuela de Comercio y en el Colegio nuestro profesor de idiomas,

(Pueblo) ¡abajo los dictadores!; ¡fuera! ¡fuera!

—Ciudadanos:—interrumpió apresuradamente uno de nosotros.—El presidente ha dicho que la candidatura que ha propuesto se había elaborado en el seno del partido; que nombre, pues, los individuos que para el caso se consultaron.

(Pueblo).—¡Qué se explique el presidente! ¡qué explique su conducta!

(Presidente aplanado evadiéndose)—¿Se cree aquí que yo tengo interés en esa candidatura? ¡Ah! Ciudadanos: lo tengo tanto como en otra cualquiera. No: la voluntad del pueblo, vuestra voluntad es la mía: mi misión es llevarla á cabo: ¡y ay del que se presente á estorbarme! Si el pueblo no admite esos individuos que me han indicado, yo seré el primero en execrarlos.

(Masás) ¡bien! ¡muy bien!

El triunfo era ya nuestro y no quisimos insistir; dejamos pues, correr la declamatoria evasiva.

—Ciudadanos:—dijo entonces uno de *El Federal*:—Obremos con la medida propia de los hombres libres. Pensemos

que hemos venido de un partido político á quien debemos el triunfo de nuestra gloriosa revolución. Pensemos que en el seno de ese partido hemos mamado la leche de la libertad, que ha sido allí donde primero se nos enseñó á odiar á los tiranos. Pensemos que si este partido se ha detenido en su marcha, es debido á sus muchos años de servicios patrióticos que lo han postrado; nuestros padres llegan también con la edad á ese estado, y, ¿quién de vosotros es el monstruo de ingratitud que tratará por semejante causa de abandonarlos?

(Pueblo)—¡Ninguno! ¡ninguno!

Orador.—Por otra parte, el municipio es un cuerpo puramente administrativo, ajeno en un todo á la política, ¿no lo creéis así, ciudadanos?

Pueblo,—(por no parecer negado en el asunto.)—¡Lo creemos!: ¡lo sabemos muy bien!

Orador.—Propongo, pues, que en prueba de reconocimiento al partido progresista y en la hipótesis de que no se trata de un cuerpo político, se dé cabida en el seno del municipio que vamos á elegir, á algunos de los hombres de esa procedencia.

(*Metida de pata del orador. Estupefacción en el partido.* La bonanza que parecía reinar está á pique de romperse con un sí es ó no es de rumores contrarios á la proposición. El estado de abatimiento del presidente va desapareciendo y tomando en cambio actitud de buscar la revancha.)

—¡Así me gusta la juventud!—increpó entonces la voz salvadora del profesor.—Así: ¡generosa y valiente!: me adhiero á la proposición y pido que se nombre una Comisión que pase al partido progresista á conferenciar sobre los asuntos electorales.

—Que vengan ellos acá, si quieren (voz áspera de un masa.)

—No, ¡fuera el que interrumpe! ¡Son mis discípulos los que han hablado con el valor y generosidad de la juventud! Yo me regocijo de haberlos oído y me complazco en reconocer sus talentos. ¡Son mis hijos por la educación!: verdaderos republicanos con más amor á la idea y más entusiasmo que nosotros los viejos, á los cuales no queda sino el compás.

Pueblo (tornadizo como siempre.):—¡Vivan los niños de *El Federal!*, y que se proceda á nombrar la Comisión; ¡que formen ellos parte y el ciudadano que la ha propuesto!

En efecto; vencedores en toda la línea, se nombró una Comisión compuesta del respetable profesor nuestro, del ciudadano Garachico, excelente y honrado sujeto, de dos redactores de *El Federal*, entre los cuales me contaba yo, y del amigo que nos facilitaba para el periódico las noticias de la Península y del Extranjero.

Y aquí suspendo para seguir en otro artículo, pues la cosa da tela para mucho y tengo cada uno de estos cuadros arreglado á llenar doce cuartillas.

XVIII

Continúan los trabajos para la elección del primer Ayuntamiento

Preparábase á salir la Comisión nombrada para concertar con los progresistas la candidatura que había de formar el nuevo Ayuntamiento, cuando se oyeron en la calle voces cercanas á la puerta del local donde estábamos reunidos, á las cuales siguió la entrada de un pelotón de gente nuestra que había salido y tornaba gritando:

—¡Ciudadanos! ahí está, ahí está. Una Comisión del partido progresista pide venia para entrar y fraternizar con nosotros.

—¡Qué entren! ¡qué vengan en buen hora! gritábamos los de adentro. ¡Ciudadano presidente!, ¡qué se les permita la entrada! ¡Qué se les haga los honores de la sesión!

(El presidente apuntando en sus labios la risa del conejo, porque no había salido antes con la suya):

—Los republicanos aquí reunidos y yo, su indigno presidente, recibiremos con júbilo á la Comisión que viene á visitarnos y tendremos gran placer en fraternizar con ella.

Y penetró en el local la Comisión en medio de los aplausos y bravos más entusiastas.

No recuerdo de cuantos individuos se componía, ni quienes eran. Sólo me fijé en el que la presidía. Era éste un joven amigo mio, aunque de algunos años más que yo, que había sido, antes de los sucesos, mi compañero de redacción en el

Eco de Gran Canaria, y entre los lectores del partido progresista, que jamás se enteraba de propia cuenta de los asuntos políticos que le incumbían, figuraba como el primero por que daba más sentido y mejor entonación que ningún otro á los artículos de Calvo Asensio.

Yo también había sido, con otro segundo amigo, lector del partido, pero á éste no le entendieron jamás una palabra de su lectura, ni era ni ha sido posible entenderlo después, aún para las entendederas más aquilatadas, ni yo tampoco pude nunca, por mi parte, aunque me entendían, causar en los ánimos de aquellos señores la emoción más pequeña y pasajera.

Pero no así el que ahora presidía la Comisión. Apenas comenzaba á leer los fondos de *La Iberia*, ya se bebían las lágrimas nuestros buenos hombres, ó caían en éxtasis de la más tierna sensibilidad.

Y estas lágrimas y estos éxtasis fueron la base en que se afianzó su encumbramiento actual, pues el joven de entonces, hoy anciano, ocupa altos puestos administrativos en la Villa y Corte.

No es esto, y conste, quitarle otra clase de méritos.

Y al asunto.

—Extrañareis mi presencia aquí sabiendo de donde procedo. Pero si os fijais en ello no encontrareis motivo para extrañarlo. ¡Pues qué! ¿No hemos combatido juntos la tiranía? ¿No hemos perseguido á la par con vosotros á la monstruosa reacción? ¿No hemos combatido en el mismo palenque á los malvados *neos*? ¿Y quién ha derrocado al tirano? ¡Pues bien! Llenando la misma misión en favor del pueblo, rompiendo nosotros y vosotros sus cadenas, ¿no nos hallamos ambos en el deber de fraternizar? ¡Sí!, pueblo aquí reunido... ¡Sábelo y entiéndelo! Tu misión y la del partido progresista, en cuyo nombre vengo, es la misma. *Las mismas doctrinas defende*

mos: un mismo credo político sustentamos: sólo nos separa una ligera valla: valla que al fin y al cabo hemos de romper.

En este momento, sin esperar á más ni dar tiempo á otra cosa, el compañero que formaba parte de la Comisión republicana, el que nos facilitaba las noticias de la Península y del Extranjero, saltó como un rayo de su asiento y balanceando con aire de superior suficiencia su cuerpo, apoyando las manos en el espaldar de la silla delantera que estaba vacía, exclamó con su énfasis especial:

—Ciudadano presidente, pido la palabra.

—La tiene el ciudadano.

—*Pues ya que romperemos la valla; ya que la romperemos...*

Y no dijo más, ni añadió más nada, cuando nos esperábamos, dada su actitud y preparativos un discurso de media hora, lleno de un montón de gruesas cosazas.

Resumiendo: de allí partimos juntos al punto de reunión de los progresistas las dos Comisiones, porque acordóse en el partido republicano, generosamente, que las conferencias se celebraran en aquel centro.

Y ahora explicaré cómo y por qué se presentó tan extemporaneamente á la puerta de la escuela de San Francisco aquella Comisión.

Uno de mis compañeros de redacción, el de más chispa y el de más ingenio, aunque más tumbón, hijo de uno de los prohombres progresistas, y yo estábamos al cabo de todo y conocíamos con antelación la candidatura que el presidente quiso imponernos, y á mayor abundamiento también estábamos inteligenciados de la que fraguaba el comité de la calle de Torres, que no le iba en zaga, sino que la superaba en pésimas condiciones. De modo que nuestra Ciudad, según juzgá-

bamos, se veía condenada en la cuestión de Ayuntamiento, si salía de Guatemala á meterse en Guatepeor.

Almorzábamos juntos con su padre en su casa, hablábamos de política y, como estaba en el horno, de la elección municipal. Nosotros disgustados con lo que pasaba y con algo de bochorno si no de remordimiento, oíamos con sobresalto las amonestaciones que aquel señor con elocuente voz nos hacía; pintábanos, aunque nada sabía, pero por presunción, lo que sería la población nuestra, entregada en manos de gente inepta, oscura y sin responsabilidad y acabamos, confundidos, por confesarle nuestro sentimiento y lo llegado á nuestras noticias.

—Y ustedes—nos dijo entonces—jóvenes instruidos y patriotas, ¿permiten que se lleven á cabo tales proyectos?

De donde salió que nos comprometiésemos á combatirlos con toda nuestra fuerza, en lo que pudiéramos.

Y esto explica la oposición tenaz que hicimos en la reunión del partido de aquella noche: de ahí, que al suponer segura nuestra victoria, enviásemos á los progresistas un emisario, preparado por un si acaso, que les diese parte de lo que pasaba, y de ahí, finalmente, que ellos viendo la breva ó la mitad más bien, porque con la otra fracción republicana nada podíamos, en estado de madurez, nos enviaran en comisión á su Benjamín, que podía además extender hasta nosotros su acción enternecedora.

.

En una casa de tres pisos con un gran balcón en el último, situada detrás de la Catedral y haciendo esquina con la calle de los Balcones, tenían su oculta madriguera los restos del partido progresista. Allí se reunían, aprovechando para salir de sus casas respectivas las sombras de la noche, y allí en la intimidad de sus fieles, entonaban sus

jeremiadas llorando la ingratitud de sus espúreos hijos.

Á veces, para consolarse algún tanto, se lanzaban á un mundo ideal y echaban mano, para despertar este sentimiento, á la colección de *La Iberia*, conservada como en un santuario, y repasaban la lectura de los fondos de Calvo Asensio, acompañándolas con el acostumbrado enternecimiento. Á veces también, se evocaban los manes de los amigos difuntos y sobre todo de aquel que se llevó Dios sin haber presenciado la *Gorda*, que esperó con paciencia beatífica, por tantos años, en cada correo.

Allí, pues, entraron las dos comisiones y ¡cómo recibieron á la nuestra!; ¡qué abrazos me daba aquel venerable anciano á quien tanto quería!

Ni el hijo pródigo tuvo de su padre tan amante acogida, y si faltó en mi obsequio el cordero mejor cebado que el partido tuviese, culpárame á mi mismo, que no á ellos, que no dí parte de mi venida.

Se me olvidó decir, y lo digo ahora, que cuando se indicó el nombramiento de nuestra Comisión y su objeto, una voz propuso que se conferenciase á la vez con los republicanos de la calle de Torres, pero ó no queríamos tener en cuenta esta proposición ó, en el calor en que se hallaban nuestros ánimos, pasó desapercibida.

Pues allí encontramos al ciudadano dueño de la voz, que, á pesar de sus años, se nos adelantara en aras de sus laudables deseos de general concordia.

—Son republicanos también, decía con insistencia, mientras recibíamos los abrazos y felicitaciones.

—Ellos también lo son, añadió cuando ya entró la calma en las efusiones y sobrevino el estado normal.

Bien hubiéramos querido hacernos los bobos y desentendernos de sus reticencias, pero no era posible.

—¿Y usted, qué quiere?

—Que deben ir á conferenciar con ellos para que propongan. Deben de proponer por su parte, que son republicanos.

—Nosotros somos mandados; nuestros mandatarios han concretado sus órdenes y á ellas debemos atenernos.

—Pero, como lo son también...

—¿Quiénes somos nosotros para variar las determinaciones del partido? ¿vamos á emplear procedimientos reaccionarios? ¿Vamos á obrar á cencerros tapados, medio que tanto hemos combatido? ¿Qué decís á ésto, compañeros?

—Que tienes razón que te sobra, *porra*, contestó por todos el digno profesor que tenía en la comisión sus dos discípulos más queridos.

—Yo protesto, insinuó el oficioso mediador.

—¿Protesta V. de los acuerdos del partido? ¿No está usted afiliado con nosotros? ¿Ó quiere que desobedezcamos en obsequio de V. á quien tiene derecho para mandarnos?

El mediador sofocado con nuestras contestaciones que destruían sus buenos deseos de conciliación, tomó su sombrero y se lanzó á la calle.

Los progresistas se llenaron de miedo.—Va á la calle de Torres á dar parte á los energúmenos. Síguelo y deténlo.

Y salí detrás, alcanzándole al volver la esquina; le hice reflexiones, le supliqué que entrara y se negó á venir.

—No hay cuidado,—me dijo quedo, cuando entraba en el zaguán desesperanzado, un individuo apostado allí, cuyo color político no conocía, ni el motivo que le llevaba al sitio.—El *cherne* se va agrandando.

Subí las escaleras sin llegar á entender la frase.

Comenzamos luego á redactar la candidatura. Escribí el primero el nombre del ciudadano Garachico y seguidamente el de otros cuatro, escogidos entre los más juiciosos y trata-

bles de nuestro partido y seguí poniendo en lista todos los republicanos de los Estados Unidos (en otro cuadro diré quienes eran) que recordaba en aquel momento, dejando para el final un regular número de progresistas de los más avanzados pero que tenían algo que perder y no harían locuras.

El ciudadano Garachico, al ver su nombre en primer lugar, encontró superior la candidatura, y la hubiera encontrado lo mismo así le hubiera seguido una cábila de bereberes, (*vani-lus canitatum*, que dijo el sabio). El anciano profesor no dijo nada: quien calla otorga, que así nos convenía en aquel caso.

Los progresistas no se dieron por molestados, aunque obramos sin su consulta; sacamos una copia y dimos nuestro asunto por terminado.

—Pero se van ustedes á comprometer con aquellos, nos dijeron.

—Los hombres libres, para garantizar la independencia de nuestras opiniones tenemos algo en este sitio,—les contestamos con bravuconada, llevando nuestra derecha mano al bolsillo interior del abrigo.

Aludíamos á los revolvers que llevábamos siempre con nosotros y que nos hubiera dado miedo de descargar; pero esta fórmula era de rigor para asemejarnos á los republicanos de la América del Norte que una novela de Laboulaye, *París en América*, había puesto en moda.

Cuando retornamos á dar cuenta, el local de nuestras reuniones estaba cerrado.

—*Pastel del presidente*,—dijo el viejo profesor.—Ha levantado la sesión y ha cerrado la puerta y aun no son las once. ¿Qué habrá pasado?

XIX

Concluyen los trabajos para la elección del primer Ayuntamiento popular

La puerta de la Escuela de San Francisco no se había cerrado con intención buena.

Se temía, sin duda, la cuenta que diéramos en el Comité del resultado de la conferencia celebrada con los progresistas, y no convenía que se supiese, ó se fraguaban otros ardidés contra lo acordado.

Y así era. Nuestra candidatura, que por alguien había llegado á noticia del presidente, no le cuadraba; y para evitar que el partido la aceptara dado el entusiasmo en pro de la idea que había precedido á su formación, buscó un pretexto habilidoso para terminar la sesión aquella, sin disgustar á los concurrentes, y ganar tiempo para desarrollar sus contrarios planes.

Y que se pintaba, ¡Dios lo haya perdonado! como pocos, el presidente nuestro para hallar esos pretextos, si le convenían.

Aquel sí que se agarraba con el rabo, como los machangos del ciudadano Domenech (que se dirá luego), cuando lo creíamos caído.

Y ¡es claro! Se aprovechó de nuestra ausencia y del abandono que hicieron del local los amigos que allí quedaron, al salir en busca nuestra para entrar unidos á participar del

comun triunfo; y al quedarse solo, sin oposición, hizo su antojo.

Y así pasaron días, hasta cinco, sin que se tratara de nueva convocatoria, y se habló de un catarro atrapado por el presidente en la sesión última, y en tanto crecían la agitación y el movimiento de los de la calle de Torres y el atolondramiento y desbarajuste de los nuestros.

¿Qué hacían á la sazón los progresistas? Pues más desbarajustados y atolondrados, apenas si se reunían en su guarida.

Y ya nos íbamos temiendo un fracaso para aquella candidatura tan disputada cuando el partido la conociera, porque nos daba muy mala espina la opinión de algunos, de los más templados entre los nuestros que de ella sabían con antelación, los cuales le achacaban el defecto de estar muy nutrida de individuos de la clase de republicanos que, en son de burla, denominábamos de los Estados Unidos.

Uníanse á estas dudas el cansancio y mal estar de ánimo que nos causaba la feroz polémica que sosteníamos con los colegas de la prensa republicana, en defensa del espíritu del lema que encabezaba nuestra publicación; que se empeñaban con miras torcidas, en interpretarlo como un reto ó cartel de desafío á los partidos militantes de nuestra ciudad. Y no sólo era esto, sino que trataban de colgarnos la nota de sospechosos por la numerosa suscripción que contábamos entre la gente del régimen caído.

Cierto que nuestro periódico, en su primera época, ostentó en su lema que «no era órgano de los partidos republicanos de la localidad», y cierto también que la gente de orden y buen sentido, viéndose obligados á aceptar un mal, aceptaran el menor posible; y en este concepto lo era la publicación nuestra, que jamás halagó, ni aduló, como lo hacían las otras,

los descarríos y extraviados intentos de las muchedumbres.

Si alardeaba de independencia, según su lema, no cejaba á sus colegas en republicanismo, sino que les ganaba en más científica y nueva doctrina, y daba al hombre un valor individual, desconocido para aquellos, y, como consecuencia, una libertad que llegaba casi á la utopía.

Consolábanos en nuestras contrariedades y en las mayores que presumíamos el apoyo tenaz que el venerable profesor nuestro, que era un carácter, prestaba á la candidatura y el empeño con que la gestionaba; en cuya misión le ayudaba muy cumplidamente el ciudadano Garachico que tenía más influencia entre los republicanos de lo que parecía.

Pero dábase un caso bastante extraño.

Las gentes del antiguo régimen, los que tenían que perder y los pacíficos que no deseaban sino orden y tranquilidad, viniera de donde viniera, no habían estado nunca, después de la revolución, tan tranquilos y menos alarmados.

¡Y cuándo!

Cuando veía crecerse como la espuma la fracción de los de la calle de Torres; cuando se pronosticaba un triunfo, casi seguro, á su candidatura: cuando se susurraban rumores de entrevistas secretas entre los jefes de las dos fracciones; cuando se hablaba de pactos fraguados en las sombras; cuando los cañones de la artillería voluntaria no cesaban de rodar por las calles y los redobles del tambor *Machaca*, que salía tras ellos de propia cuenta, no se daban tregua.

¿Y por qué era ello?

El *cherne* de que días atrás se susurraba, iba tomando cada vez mayores proporciones, y al final, tomó las de un *ballenato* en nuestras imaginaciones alarmadas. Lo que en un principio nos pareció cosa de broma, concluyó por despertar nuestros temores.

En cambio, los del régimen derrocado y la gente tranquila y pacífica vieron en el humilde pescado *aquel*, muerto y *salado*, mucho de la salvadora ballena de Jonás; y como de ahí esperaban días mejores, se explicaba su tranquila beatitud que no perturbaban nuestras tremendas agitaciones, ni el ruido escandaloso del arrastrar de los cañones, ni el insopor- table y continuado redoblar de la caja de guerra del tambor *Machaca*.

Unos días antes de la elección se comió en las playas de la Isleta el tan traído y llevado *cherne*, por una concurrencia numerosa. De los regüeldos de su laboriosa digestión salió á luz un nuevo partido que ostentaba nombre extraño y asaz estrambótico: *Bombero*.

Más adelante dió su programa en que parodiaba la jerga liberal; programa que el ciudadano Domenech llamó el llanto de los *cocodrillos* que había oído en América, como se verá en otro cuadro.

No había duda: la reacción se nos echaba encima y el peligro era común para toda la gente de procedencia liberal.

Para conjurarlo, se pensó en la unión de las dos fracciones republicanas. Nuestros presidentes, avistados de antemano y puestos de acuerdo, trataron de algo salvador que se nos había de comunicar en nuevas sesiones que se celebrarían en los respectivos locales, en tanto se hallaba uno á propósito para reunirnos en común.

De aquí el origen de que la Gallera fuese, algunos días después de verificada la elección de Ayuntamiento, el sitio de las reuniones de los dos partidos, fundidos en uno, que se celebraron en lo sucesivo.

Acordóse por cada una de las dos fracciones: que las candidaturas formuladas no tenían valor, vistas las circunstancias, y era, por lo tanto, de clavo pasado el formular otra

compuesta exclusivamente de republicanos de uno y otro bando, con exclusión de toda gente extraña á nuestras ideas.

Una comisión de diez y seis individuos de cada fracción habían de tratar el asunto de un modo sumario, reuniéndose para deliberar en cualquiera de los dos locales, que era indiferente.

Eligióse el de la calle de Torres en completa conformidad de todos, incluso de nosotros, que preferíamos el desastre seguro, antes que ayudar directa ó indirectamente al nuevo encumbramiento de la *reacción*.

.

Y entramos los diez y seis franciscanos en el salón donde los otros se reunían, en medio de un tumultuoso—ahí están los *pasteleros*—aludiendo, sobre todo, á nosotros, los de *El Federal*, lanzado por voces roncadas y semi-aguardentosas.

¡Qué cuadro para nosotros, los republicanos de la Escuela de San Francisco, hechos á un relativo orden y compostura entre nuestros correligionarios de allí, el que presentaban aquellos rojos espatarrados, cuando no tumbados sobre los bancos y despidiendo de sus cigarros nubes de tabaco virginiense que formaban en la habitación una atmósfera irrespirable!

¡Qué de palabras sueltas, incultas é insidiosas y qué de movimientos y gestos provocativos! ¡Qué reconcentramientos de roncadas sonidos y qué dureza de voces amenazadoras!

Y entramos á ocupar nuestros sitios, gachas las cabezas, trémulas las piernas y sin mirarlos. Nunca con más oportunidad y mejor aplicación pudimos emplear el *non raggionar di lor* de nuestras polémicas.

Antes de todo debí haber dicho que en la casa de nuestro presidente tuvimos una reunión preparatoria. Él nos aconsejó el plan de conducta que debíamos observar y entre otras

indicaciones, nos significó que dejásemos hablar primero á los de la otra comisión.

Tratábase, según comprendimos después, de *lagarto á lagarto*; igual consigna habían recibido del suyo los comisionados de la fracción roja.

Respiramos cuando nos vimos al fin, sentados en torno de la mesa presidencial.

Propúsose para la presidencia entre los que lo eran de las comisiones, al más anciano; y el nuestro, que en este punto no discutía, indicó desde luego, sin esperar á más esclarecimiento, á su colega, que sin disputa le mermaba diez años.

Quedó de Secretario el primer teniente de la *segunda* el que se resistió á vestirse de *moharracho* ó *monicuaco*, como decía, en la procesión del Rosario, que ya veremos.

Sonó un campanillazo y un:

—Queda abierta la sesión, seguidamente.

Silencio sepulcral, en espera los unos de los otros, según consigna.

Situación violenta, porque el silencio se alargaba y las masas estaban impacientes.

Voces de: *pastel, pastel*; todos son iguales; todos *pastele-ros*; todos *vendidos*.

Y arreciaba en *crescendo* la tormenta y no sabíamos á donde aquello iría á parar.

—Pido la palabra, ciudadano presidente.

¡Oh voce di angelo, tú salvaste la situación con tu *pido la palabra* tan oportuno!

Silencio sepulcral en el salón.

—Ciudadanos, —continuó la voz:—creo que todos vosotros sabreis los elementos de que se compone el aire. (Estupefacción). El aire no es un cuerpo simple como creían los griegos. (Bocas y bocazas abiertas, como diciendo ¿adónde irá á parar

este buen ciudadano?)... la respiración humana desaloja carbono... (admiración) Cuando el carbono satura el aire se hace mortífero... En Calcuta (respingo de las masas sobre los bancos) estaban reunidos en una habitación cerrada, unos chinos y unos ingleses... el aire se vició (orejas aventadas para no perder una sílaba)... y murieron los chinos y los ingleses ¡también!... Aquí está todo cerrado... ¿quién es el dueño de la casa?

Este que era un buen hombre y complaciente se apresuró á decir: Yo, ciudadano, yo.

—Si se pudiera abrir un poco esa ventana...

Y la ventana se abrió el poco que se pedía.

Pero ¡oh fatalidad! un chorro de aire frío, como un cierzo polar penetró por la abertura yendo á herir por detrás la cabeza calva del Secretario.

Dos ojos de la más feroz expresión que he visto en mi vida se clavaron en el orador, y un gesto imperioso hecho por un brazo enérgico precedió á la siguiente tonante frase:

—Que se cierre inmediatamente esa ventana.

El dueño se abalanzó á cerrar.

—Señor...

—Cabral es mi nombre.

—Mire que lo de Calcuta fué verdad.

Y aquella lección de física dada gratuitamente por el orador que era el oficioso personaje que trataba de poner de acuerdo todos los elementos liberales, fué el final de la sesión, porque los rojos se retiraron del local bufando y nosotros les seguimos riendo... de alegría y desbandándonos.

—Vamos á tu casa á consultar á tu padre; estoy decidido; no pensaba en otra cosa durante la sesión.

—Pensarías lo mismo que yo; pero mi padre está en Telde.

—Y los demás señores progresistas en el Monte, en Tafira, ¡qué se yo!; en sus propiedades del campo cada uno.

—Pues obremos sin consejo, que será mejor. Á buscar los cajistas; á tirar la candidatura y á repartirla mañana al amanecer.

Y se tiró la candidatura que era la acordada con los progresistas en la imprenta nuestra, y se repartió con tal prisa que en las primeras horas de la mañana siguiente todo el mundo tuvo un ejemplar.

Habíamos cometido una defección; pero nuestra conciencia estaba tranquila.

¿Para qué decir que los bomberos la apoyaron con todas sus fuerzas y que por consiguiente salió adelante?

He ahí el origen del primer Ayuntamiento popular.

Todo lo que en contrario diga la historia sería una de sus tantas falsedades.

Á pesar del extraño apoyo, en la mesa de San Francisco sacaron mayoría los de la sección roja, en lucha reñidísima.

Los bomberos, envalentonados, habían concluido por convertirse en jefes, de auxiliares, como comenzaron.

Uno de sus seides que la presumía de *entendido* en la Ley electoral y la daba de hombre de *trastienda*, no cesaba de querer enredar al presidente en favor de sus intentos.

—Fijese en lo que dice el artículo 25 y hágalo cumplir ó sentaré protesta, señor presidente.

—¿Y V. no sabe lo que dice el artículo 26?—contestó éste fastidiado ya.—Pues dice que se ponga V. inmediatamente en la puerta de la calle.

Y tuvo que hacerlo quieras ó no quieras el sabihondo y

triquiñuelista bombero intimidado por aquella energía federal de *no temo ni debo*.

Y para final del cuadro encuentro oportuno (á mi humilde entender) el tratar de una cuestión de luces.

El Presidente real de la fracción de la calle de Torres no era precisamente el faraute que la manejaba: el letrado guitarrista. (No sé si así lo habré dicho antes, porque no me tomo el trabajo de repasar lo escrito, que es ya mucho.) Éralo un buen señor que llegó á ser Alcalde popular, aunque no en la primera elección; célebre, entre otras cosas, por haber propuesto, como economía en la Hacienda Municipal, la supresión del alumbrado público que existía, para sustituirlo por el que se usaba en tiempos de los Corregidores, por él conocido.

Que consistía, sencillamente, en llevar cada *quisque* su linterna consigo y darse la cantidad de luz que le saliera de sus entretelas ó quedar á obscuras si así le placía más

Este era un extremo que yo combatí entonces en *El Federal* con la *chacota* de la gacetilla; pero entre éste y el otro que me espera en mi vejez lo elijo sin titubear.

Entiendo que nuestras hermosas noches, casi tropicales, presentan como uno de sus mayores encantos, que se une al de la fresca brisa que corre en el verano, la semi-obscuridad en que nos deja el alumbrado actual.

¡Y qué poéticamente agradable resulta en esa estación, con tal matiz de luz, aquella puerta de mi querido amigo Bojart, situada en el pasaje más hermoso de nuestra Ciudad, donde *descabezo* mis sueños de viejo acompañado de otros ancianos, amados compañeros de mi juventud!

¡Ah! ¡referidos ancianos! La única voluptuosidad que nos es dable, dados nuestros años, esa de los *descabezamientos*, vendrá á quitárnosla muy pronto el *coltífico* si no los *col-*

táicos que colocarán en nuestras mismas narices, sin compasión alguna.

Y *ainda mais* habrá que temer á las *oftalmias* de que se ven amenazados nuestros cansados ojos.

¡Ah tiempo de los corregidores, cómo te echo hoy de menos y cuánto me pesan las insulsas gacetillas que escribí combatiendo los planes de aquel digno previsor alcalde cuyo genio *luminico* no comprendí entonces!

Pero no así aplaudo la medida del otro su colega (el capitán de mi compañía) que prohibió las hogueras de San Juan, (él se sabría la causa), quitándole, en nombre de la libertad, al pueblo que regenerábamos una de sus costumbres tradicionales que tanto le agradaban.

—¿De dónde te han venido siempre las pedradas, pueblo soberano?

Los Bomberos

—¿Qué ruido estrepitoso escucho, ciudadanos? ¿Qué sonar de pesados hierros sienten mis oídos? Yo veo *cráneos machucados*, veo esqueletos *partidos por la nuca*. ¿Y qué son esos ruidos? ¿Qué son esas visiones? ¡Ah! ciudadanos; los ruidos son el chocar de las cadenas con que quiere aún sujetarnos la tiranía; las visiones son sus víctimas.—(Pueblo, ¡bien! ¡bien! ¡muy bien!) Nidos de *cocodrillos* son los tiranos. Yo he estado en la América y allí los *cocodrillos* imitan el llanto de los niños para atraer á los caminantes y devorarlos. Los bomberos son los tiranos: lo han sido siempre, aunque ahora vengan con el programa que han lanzado á la calle, diciendo que admiten las ideas de la Revolución. Ese es su llanto, ciudadanos; si los creéis sereis devorados por esos *cocodrillos* y os tiranizarán de nuevo.—(Pueblo: ¡Mueran los bomberos! ¡mueran!) En vuestras manifestaciones conozco que no os dejareis engañar en adelante. Ciudadanos, *pues si no queréis nidera cocodrillera gritad conmigo*: ¡Viva la República Federal!

—¡Qué viva!

Y continuaba el orador:

—Yo he visto á los *machungos en América tirarse de*

un árbol á otro, y cuando me creía que vendrían al suelo, se quedaban agarrados de una rama por el rabo. Así, ciudadanos, son también los bomberos: ahora, después de la Revolución parecen que están caídos y que no volverán á levantarse; pero, ciudadanos, tened mucho ojo, temed al rabo de los bomberos y estad alerta.

El orador que así se expresaba era el ciudadano Domenech: su ilustración no era de lo más vasto, pero tenía el don de poseer una oratoria particular llena de imágenes de sabor apocalíptico, con las cuales conmovía como ningún otro á las masas.

Yo era uno de los admiradores de su inculta retórica, porque veía en ella mucha novedad original, mucho color de situación que la hacía completamente apropiada á las cosas y hombres á quienes se dirigía. Aquella voz potente, de una monotonía que cansaba, se desataba en frases gráficamente extrañas y en tropos de giros extravagantes, pero adecuados siempre. Considerábala como la verdadera voz del pueblo, con su áspera rudeza y su cerril pero gráfica expresión.

Oradores había entre mis compañeros de redacción buenos y muy buenos también, pero jamás me apuraba por oírlos, porque me resultaban los mismos retóricos de escuela más ó menos atildados de siempre; mas, nunca dejaba de asistir á una sesión donde el ciudadano Domenech hiciera uso de la palabra.

Y ahora, vamos á cuentas: ¿quienes eran esos clasificados por el tribuno de *cocodrillos*? ¿quiénes los que tenían la habilidad de los *machangos* de América de agarrarse con el rabo cuando parecía segura su caída?

Los hombres de la situación anterior á la Revolución, verificada ésta, se metieron en sus casas dejando la cosa pública entregada á los del partido progresista.

Estos formaron la Junta soberana de gobierno, que desde sus primeros momentos comenzó dando palos con el rabo en todos los asuntos de su competencia; acentuáronse los pinitos de independencia, á que de antemano venían preparándose los más avanzados en ideas de sus individuos; cuyos pinitos terminaron bien pronto en separación completa, formándose del núcleo desertado, dos partidos republicanos, ambos federales, que odiaban á la madre Junta, de donde habían salido, casi tanto como se odiaban entre sí.

Estas divergencias de la gente liberal, el poco tino con que se trataban los negocios, el afán á la populachería que dejaba indemne las barrabasadas de las masas—y gracias que fueron muy pocas, y las que fueron sin gran trascendencia,— el predominio que sin saber cómo tomaron ciertos hombres oscuros, desconocidos antes, y otro conjunto de cosas análogas, crearon una atmósfera de mal estar y desbarajuste que asemejaba á un estado de anarquía.

Y anarquía era, aunque mansa y bastante mansa, pues el buen carácter de nuestro pueblo no daba márgen á otra cosa: pero, ¿quién podía adivinar á qué extremos podríamos llegar, de continuar sin rey y sin roque, pues aunque roque y rey teníamos, eran de la madera del tablón de las ranas?

Hé aquí, pues, la situación que dió origen á la formación del partido bombero, porque los hombres que tenían diez duros que perder cayeron en su cuenta y aún muchos de procedencia liberal se unieron con los de la situación caída, formando poderoso núcleo que luchó con los avanzados y triunfó en las primeras elecciones municipales.

Verdad era que el programa que lanzaran á la calle, vestido con un amanerado fárrago de principios revolucionarios, era ciertamente el llanto del *cocodrillo* que en América había oído el ciudadano Domenech. Ellos no fueron liberales antes,

ni lo fueron después. Buenos patriotas siempre y en todas ocasiones, eso sí.

¿Por qué se denominaron bomberos? ¡Vaya V. á saberlo!

Esa palabra que nada significaba en política y que más adelante sus partidarios quisieron hacer olvidar, no ha dado todavía á conocer, á ciencia cierta, su origen.

Consecuente con la ninguna significación política del partido, era el lema de su bandera: *todo por y para*, que decíamos los periodistas contrarios abreviando: «todo por la Gran Canaria y para la Gran Canaria».

El lema podía ser muy patriótico, pero indicaba un patriotismo estrecho en demasía, limitado á una localidad, cuando nosotros los federales, entendíamos por patria algo más que estas peñas, algo más que la Nación misma: La Humanidad entera de Naciente á Poniente y de Norte á Sur.

Eso era patriotismo, lo demás gollería.

Ocasión es ahora de advertir que á más de los republicanos federales divididos en dos partidos que deseaban su mútuo exterminio (¡qué fraternidad!), existía un pequeño contingente que no comulgaba con ninguno, y denominábamos «republicanos de los Estados Unidos.

¿Eran, acaso, oriundos de aquella república?

No: tan canarios como nosotros. Los republicanos de los Estados Unidos, eran los que blasonaban de profesar las doctrinas republicanas en toda la amplitud de su credo, pero que, por no estar, según decían, la Nación *preparada*, (y nosotros tampoco por consiguiente), se abstenían de figurar como partidarios militantes, exclamando luego con simulado desaliento: ¡Si estuviéramos en los Estados Unidos!...

Habíalos también que les hubiera bastado estar en Suiza, pero esta casta de pájaros era más rara.

Cuando alguno de nosotros se retiraba de la activa can-

dente política, ya sabíamos que se pasaba á los Estados Unidos.

Pues este contingente de republicanos, que, aunque pequeño, tenía hombres de posición y de valía, fué uno de los núcleos que contribuyeron á la formación del expresado partido bombero.

Y también muchos progresistas temerosos de la prole que habían dado á luz.

Y á más, alguien que no era de los Estados Unidos, ni progresista, según se vió cuando traté de la elección del primer Ayuntamiento popular. (Indirectamente, obrando como los anteriores, fijarse bien.)

El jefe de los bomberos, Alcalde antes de la Revolución, era el patricio más excelso que tal vez haya producido Gran Canaria. Su acendrado patriotismo y poderosa iniciativa fueron la base de nuestro progreso material é intelectual. Su campo de acción se limitó á la isla por que en élla quiso vivir siempre en sus tiempos mejores, pero su poderosa cabeza é inmenso corazón estaban organizados para actuar en campos mayores, en horizontes más dilatados.

Sin embargo, para nosotros, amamantados con la leche progresista, era el Tirano. En él tomaba vida real el ente de razón á quien atribuíamos nuestras soñadas cadenas, nuestra opresión y servidumbre ilusorias; y los *bomberos*, por ende, eran sus seides, sus sicarios encargados de oprimirnos y ahorrarnos.

Yo me daba el parabién de tener un tirano de tanta talla, que comparaba á un Felipe II ó un Luis XIV, contra quien lanzar toda mi retórica de periodista republicano; pero, yo, no sólo admiraba, á pesar de combatirlo, al tirano aquel, sino que lo quería con todas las veras de mi alma.

Porque, además de ser un gran hombre, era un hombre simpático.

.
Caracterizados, netos, solo quedan, después de tantos años como han pasado, dos ejemplares de bomberos. Ambos son amigos míos: el uno es comerciante de ultramarinos en la calle de Triana: el otro se ha establecido en Tafira con un bien montado restaurant.

Cuando voy á su casa siento alegría y bienestar: parece que me rejuvenezco. Y no causa este efecto la agradable temperatura del Pago ni lo apetitoso y bien condimentado de los platos que allí sirven, cáusalo los recuerdos de nuestra juventud, de aquellos tiempos de fiebre política; y mi cariño y estimación por el que fué mi contrario se expansionan con regocijo de mi alma de viejo.

Han pasado los tiempos para ellos como para mí: se han cambiado, con las mías, sus ideas con nuestros rostros marchitos y cabellos encanecidos, pero el sello bombero no se les ha borrado, ni se les borrará.

¡Bombero!, dígame siempre para mis adentros, cuando los veo, y ¡bomberos! dirá también por intuición en el mismo caso hasta el que no tenga idea de que existió tal partido.

Relata refero..

Aquel *llanto de los cocodrillos* de los bomberos, es decir, su programa, no se dió á luz tan facil y hacederadamente, sino que tuvo también sus repulgos y previa discusión, aunque era de creerse, que siendo el color político del partido lo de menos, se adoptara sin escrúpulos ni *tiquis miquis* el documento ese, como quiera que viniese á mano ó se le antojara al jefe.

Pues no; no era, contra lo esperado, el documento de referencia cuestión de *tanto monta*; y era de meditar lo que del fárrago de doctrinas y principios de aquella excepcional actualidad, había de escojerse para cobijarlo por lo pronto,

bajo el patriótico lema de *todo por la Gran Canaria y para la Gran Canaria*.

Reunidos en los salones de su primer local, que era el edificio que hace esquina con la carretera del Norte y la del Puerto, el presidente, con su tono desafinado y quejumbrosa voz, dió lectura al manifiesto, que consignaba, como *desideratum* político, *la admisión de la monarquía con todos sus atributos esenciales*.

Y que no fué chico el júbilo que la lectura de esta frase de sabor arcáico, despertó en el alma de temple romántico del vate aquel, mi amigo, dramaturgo y bueno además.

Ni el férvido entusiasmo, que, de modo exabrupto, se reveló en la faz del gigantesco maestro mampostero y del otro su amigote y compañero de oficio, que les hizo exclamar cual paladines de otros tiempos:

—Con rey hemos nacido y con rey queremos morir.

Ni menos el gráfico arranque:

—¡Aquí somos *reyunos!*—del célebre patrón que condujo su *Buenaventura*, cuando se evadieron, á los generales deportados.

Pero como donde menos se piensa salta la liebre, he aquí que antes de que el ardor monárquico se comunicara al completo de la reunión, como parecía, un viejo farmacéutico, á quien le ha caído la lotería en el moderno trasiego de nombres de calles, de dar el suyo á una, apagó los fuegos declarándose partidario de la *cuasi extrema izquierda*.

Este *logogrifo* monárquico ó especie de rompe-cabezas, parto de los *cimbrios*, donde el quid estaba en dar con el monarca, que era de esta madera la menor cantidad posible, halagó á los directores bomberos, no por lo que empequeñecía la institución, antes al contrario, sino por lo del *cuasi*,

que respondía á sus pretensiones de la *cuasi* tintura política que imaginaban para el partido.

Y buscando el término prudente, pues no era cosa de romper lanzas por una fórmula más ó menos lata, que no era lo esencial, se convino en que en el manifiesto se dijese simplemente, sin darle más vueltas: *queremos la monarquía*, y así, cada cual podría cortar por donde le agradara.

Lo que no quitó que el anciano alquimista se retirase disgustado, pues hacia hincapié en su *cuasi extrema izquierda*.

¿Qué le iba ni qué le venía al respetable viejo en la clase de disfraz político que adoptara el partido, que era indiferente?

Decíase que el secreto estaba en un anillo que allá por los años del 47, había recibido en Ecija, de Rivero; joya, que, sin duda, consideraba con los deberes de anillo nupcial, cuyo acto no pudiendo realizarlo, por imposibilidad manifiesta con el donante, se emperraba en hacerlo con su idea *cimbrica*: á no ser que como Pérdicas, capitán de Alejandro, que se creía llamado por haber recibido de éste una prenda igual, á heredar su inmensa monarquía, se considerara con el derecho exclusivo de ser aquí el representante de los ideales de aquel político español.

Y si este apéndice dijeres ser comento,
Como me lo contaron te lo cuento,
porque yo que, como republicano, no podía ni quería asistir á las reuniones bomberas, no estaba en autos sino de oídas.

XXI

Primeros síntomas de socialismo

Aquella noche era una de las pocas en que la paz reinaba en las reuniones de la Gallera.

Habíase dado tregua á las violentas peroratas que ocasionaban las acusaciones recíprocas de *pasteleo* y *traición* y calmádose también las rabiosas invectivas contra los *bomberos*.

La oratoria había abandonado su acostumbrado tono agresivo para tomar el doctrinal; y cuando se trataba de republicanismo docente la exclusiva nos pertenecía á los redactores de *El Federal*.

Las masas, con la atención más correcta, nos escuchaban en silencio, y no parecían sino una agrupación de buenos y aplicados escolares que procuraban oír con el mayor aprovechamiento las enseñanzas de sus profesores.

¡Y qué fuertes estábamos en aquel asunto de magisterio republicano! y sobre todo ¡qué modernizados!

Habíamos estudiado á los economistas más en boga, leído y releído las obras de Laboulaye y nos preparábamos para las sesiones con largas empolladuras en el periódico *La Razón*.

Las ideas y principios que en la Gallera explanábamos, explicábamos y comentábamos, tratando de ponerlas al alcance intelectual del auditorio, pero sin abandonar por eso

la forma de sabor krausista que entonces privaba, (lo que tenía la ventaja de dejarnos á todos, oradores y oyentes, en el mismo grado de obscuridad) no eran otros que los que contenía nuestra publicación desde que vió la luz, en su ardiente continua polémica con los demás colegas liberales.

Aquellos periodistas, que provenían de antiguos progresistas convertidos en republicanos después de la Revolución, no habían ojeado otros libros que el *contrato Social*, los folletos de *Roque Barcia* y las novelas político-sociales de *Aguals de Iseo*. Nada sabían, por lo tanto, de achaques liberales más allá del *pacto consabido*, de la *ley de las mayorías* y del *cúmplase la voluntad nacional*, cuya fórmula daba por bueno todo lo que el pueblo pretendiera, fuese ó no la mayor de las barrabasadas.

Sus apóstoles continuaban personificados en *Riego* y el *Duque*, y su principal desideratum era el equipararse en liberalismo á aquel simplón de militar que, por ignorarlo todo, ni aún llegó á escribir con la medianísima corrección de un cabo de escuadra.

En sistemas de gobierno y planes políticos, seguían los mismos de antaño: armar milicias populares con su continuo séquito de escándalos y motines; destruir conventos, así fuesen joyas de arte antiguo ó peregrinos monumentos arqueológicos, de cuyas cosas no entendían; perseguir y expulsar religiosos, máxime siendo jesuitas, aunque con ellos dieran largas á la buena enseñanza y cultura de la juventud, y entonar jeremiadas contra los perennes engaños que suponían les jugaban la *pérfida reacción* y las malas artes que, en su sentir, á diario les fraguaban los *neos*.

Para aquellos políticos *mata-frailes* de ¡viva Riego! y *morrion*, eran un logogrifo nuestras doctrinas, de la más rigurosa novedad.

Cuando por vez primera les hablamos muy campanudamente del *Self Government*, del *habeas corpus*, del *laissez faire laissez passer* del *home rule* y de otros novísimos principios *ejusdem furfuris* que involucrábamos en nuestro sibilítico estilo de vaho krausista, se consideraron amagados por un poder científico, tanto más temido cuanto menos lo comprendían, y aunque tuvieron conatos de lucha en un principio, comenzaron á cejar y á entrar en arreglos.

El *individualismo* estaba entonces á la orden del día y era sostenido por las publicaciones de más nombradía de la Corte, reprochándose el socialismo gubernamental progresista, como anticuado y propio de los tiempos del *corbatin-dogal* y *larga melena* de nuestros padres.

Ya habia llegado á noticias de nuestros periodistas la cogida que el pontífice de la idea, el Sagasta que aún padecemos, sufriera por su pública manifestación de que los derechos individuales—inaguantables que llamaban algunos—le pesaban como losa de plomo, é iban temiendo la nota de ñoños y hueros en política, ellos que habían avanzado hasta la república.

Dieronla al cabo de *individualistas* para no ser menos y no quedar atrás; pero sus resabios de educación y ningunos conocimientos en la nueva algarabía liberalesca, les hacían bambolear y enredarse en sus antiguas mañas á cada paso y nos daban el continuo gustazo de poder señalarles, para confusión suya y exacerbación de su inquina, las puntas de doctrina socialista que calzaban los artículos suyos, que más limpios de esa anatematizada nota consideraban.

Y terminemos la digresión.

—La mayoría,—decía en la Gallera en su peroración doctrinal uno de mis compañeros—no forma ley en todos los casos, como se ha enseñado hasta el día. Esta doctrina es socialista, ciudadanos, y el socialismo es la tiranía. Debeis,

pues, saber, que los derechos individuales, inherentes á la personalidad humana y anteriores, por consiguiente, á toda legislación, están por encima de toda ley. Nada limita la libertad del *yo* mio, sino la del *tu* del otro. La *lenteja* krausista con que se simbolizan trascendentales cuestiones psicológicas, es aquí circular; puede tomarse más bien por un *altramuz*. Así, pues, la libertad de cada individuo de la especie humana es un círculo cuyo centro está en el individuo *yo* y cuya extensión no tiene otro límite que la del círculo del individuo *tu*. Ahora bien: dados estos principios incuestionables, ¿cuál debe ser la misión asignada á la entidad Estado para que sus funciones no inclinen al socialismo gubernamental, que es, como si dijéramos, la tiranía, y el individualismo quede boyante? Pues simplemente obedeciendo al saludable principio del *laissez faire, laissez passer*, la de vigilar los círculos para conservar su *scidad*, conteniendo con un *¡arre allá!*, si es preciso, al ciudadano que con su círculo autonómico, que así se denominan, quiera meterse en el ajeno. (Pueblo, sin entender, como el orador, de lo que se trata; y por eso mismo...: ¡bien! ¡muy bien!)

El derecho de propiedad nace con el hombre, y ésta es sagrada é ilegislable; entendedlo: hay, pues, que respetar la propiedad de cualquier manera que se encuentre constituida, sin tratar de investigar sus orígenes ni procedencia, que sería barrenar el derecho.

—¿Y la de los curas?—interrumpe con voz dura un federal de las masas, sin pedir la palabra.

El orador cree en su interior que esta propiedad no debe formar una excepción, pero, sin embargo, teme impopularizarse contestando en el sentido que le dictan su saber y conciencia, y se salva del aprieto con una salida de pié de banco.

—¿Quién habla aquí de los curas? ¿Quién es el vendido á

la reacción que osa profanar este templo de la libertad mentando á esos farantes del fanatismo: ¡sólo nombrarlos es un crimen! (Pueblo: ¡bien! ¡muy bien! ¡muera ese! *Ese*, que es el de la voz, corrido, procura el modo de meterse debajo de un banco para que no lo vean.)

Y continúa el discurso: ¿Qué hay ricos roñosos y egoístones? Dejad que los haya: usan de un derecho individual, tan ilegislable como cualquiera otro, como el de ser espléndidos y generosos. (Murmillos de descontento en las masas: el orador comprende que en el entusiasmo por las doctrinas individualistas ha metido la pata y se arranca para salvarse con esta salida):

—La conciencia del hombre es libre, ¡muy libre!: los curas han querido aherrojarla en todos tiempos: de ahí el obscurantismo, la tiranía y la reacción, cuya mano negra es el partido bombero. (Pueblo: ¡bien! ¡mueran los bomberos!)

Libre el orador de una nueva embestida, gracias á su segundo habilísimo capeo, da por terminado su discurso y pide otro de los nuestros la palabra. Este era el que trataba en *El Federal*, con toda la inocencia del sectarismo más infantil, las cuestiones de economía política.

—No os afijais, ciudadanos, porque no tengais dinero: ¿sabeis lo que vale el dinero? ¿lo qué significa? Pues leed á los más autorizados Economistas, á Federico Bastiat y á Juan Bautista Say, por ejemplo. Estos insignes varones os enseñarán que el dinero no es nada, que no vale nada. Así, el que tiene un duro tiene un nada, y el que tiene un millón, un millón de nada. Este último es el más digno de compasión para un filósofo economista. Tantos nada agobian, ciudadanos. Cambiad libremente aunque sea el destrozado jergón de vuestra cama por una desfondada cacerola, y ya teneis resuelto el problema social. Os he dicho que el dinero no es nada, y

ahora os añado que es peor que nada: el dinero es *un medio*, y bien sabéis que en el mundo abundan, en demasía, los *malos medios*. Os aconsejo de nuevo que cambiéis con libertad. Ahí está la piedra filosofal que traerá la felicidad de los pueblos y de los individuos. He dicho.

—Pido la palabra para disertar sobre la igualdad,—añadió otro de nuestros compañeros de redacción.

—La pido antes, ciudadano presidente, para hacer una urgente pero corta proposición referente á lo mismo.

—La tiene el ciudadano Domenech.

—Quería decir al partido que la palabra ciudadano con que nos denominamos es contraria, en cierto modo, á la idea de igualdad, aunque de buena fé la hubieran adoptado los grandes hombres republicanos que nos precedieron. Hay ciudades, villas, aldeas y caseríos. ¿Pues esta palabra no es una distinción irritante entre los hombres de las ciudades y los de las pequeñas poblaciones? Yo propongo que desde este momento se sustituya por la de *igual*, y que nos llamemos el *igual* fulano, el *igual* zutano.

La proposición fué acogida con entusiasmo, pero en la práctica no se tuvo en cuenta ni aún por aquella noche.

.

—El ciudadano Mármol tiene la palabra, dijo el presidente.

—Ciudadanos: yo soy el primero que oigo con entusiasmo lo que predicán los niños. (Los niños éramos nosotros los de *El Federal*.) Son estudiantes, saben mucho y hablan bien. Yo soy un hombre obscuro y como no tengo instrucción no sé explicarme, pero á republicano federal no me gana nadie: y digo que hace más de dos meses que aquí nos reunimos y nada de provecho hemos sacado. Yo me alegro cuando los niños van á mi casa á cenar por la noche, y no por el gasto que me hacen,

sino porque me gusta oír lo que hablan allí, que es todo en favor de la república federal. Pero, ¿por qué en este local no tratan con nosotros de cosas de más interés para todos? ¿Por qué no buscamos juntos la manera de *agasajarnos y ver como el que tiene más se arregla con el que tiene menos?* Ciudadanos, ¿os parece bien que unos tengan tanto y otros tan poco y no tratemos de remediarlo?...

—El derecho de propiedad es sagrado é ilegislable... (voz del libre cambista inocente).

(Masas:—¡fuera ese!: ¡fuera el que interrumpe!)

—¡Sagrado!: cuando oigo esa palabra, me acuerdo de los curas; con ella han engañado al pueblo y lo han puesto á los piés de los tiranos; la otra no la entiendo. Pero, ya que le nombrado á los curas, ¿no debían hacerse en ese edificio tan grande de la Catedral *viviendas para una porción de ciudadanos, que no tenemos ninguna formando compartimientos con tabiques de ladrillos?*

(Masas: ¡bien! ¡muy bien!

La voz dura de antes: ¡La casa de Manrique tiene *muchas tierras!*

El libre cambista inocente:—El derecho de propiedad es...

Otro con voz estentórea, interrumpiendo y señalando para nuestros asientos:—¡Aquí hay quien *pastelea* en favor de los ricos!

.....
Y qué á tiempo vino la interrupción. Nuestro inocente libre cambista tenía preparada, para continuar, una disertación sobre la ley de *Maltus* y trataba de aconsejar á los ciudadanos una resignación estóica para morirse de hambre si á mano venía, de no hallar puesto en la mesa hipóética de limitados manjares de aquel escritor.

Le hubieran pegado, de llegar á ese extremo, y muy bien

hecho y mejor merecido, como lo fué la impopularidad que comenzamos á adquirir desde aquella noche.

¿Qué nos iba ni qué nos venía á nosotros, pobres como ratas, en sacar á colada el derecho de propiedad para tomar su defensa, ni á qué principio de justicia obedecíamos al hacerlo tan radicalmente?

¿Cómo nos habíamos dejado seducir por el falso concepto de *sagrada é ilegislable* llevado al extremo de aquella ley perversa, haciendo el juego al duro egoismo del burgués rico que ganara á su bando á los hambrientos filósofos que tales cosas nos embaucaban?

¿Era ese el cristiano concepto que de la propiedad enseñan los Santos padres?

¿No estaría más en lo firme el ciudadano Marmol con su caritativa teoría del *agasajo mútuo*!

La muestra del botón nuestro.

«... y allí donde se predique que la propiedad se proteja «sólo como medio de desarrollar la riqueza y bien estar de «los pueblos (aludíamos á *El Eco de Gran Canaria* que tal «predicaba) y no por su carácter de *legítima, sagrada é ilegislable*, (afirmábamos nosotros); allí estará nuestra protesta «enérgica y digna; allí estará nuestra oposición bien intencionada, limpia de manchas que la desacrediten, tan limpia «como está nuestra conciencia política».

(Y nuestros bolsillos, pudimos haber añadido. ¡Valientes mentecatos!)

Y esta despampanada de cándida retórica, tomada á la letra de uno de los tantos números de *El Federal*, que la repetía con pocas variaciones durante el curso de la primera época de su publicación, no fué jamás tenida en cuenta por

ninguno de los egoistas burgueses á quienes tan gratuita y oficiosamente defendíamos lo *suyo*.

Á viejos hemos llegado los que sobrevivimos de aquel inocente y entusiasta grupo de jóvenes escritores; y levante el dedo aquel de nosotros que pueda alabarse de haber visto entrar por sus puertas el *cesto de papas* que, en pago, como menor señal de agradecimiento era de esperar.

XXII

Ateísmo de brocha gorda

Cenas más opíparas y succulentas que las que nos propinábamos en la casa del ciudadano Mármol los redactores de *El Federal* de seguro que las había; pero dudo que tan alegres, bulliciosas y regocijadas.

¡Qué compañía más agradable la de aquellos pocos distinguidos amigos, que nos acompañaban sin pertenecer á la redacción y aun disentían, en mayor ó menor grado, de nuestras opiniones pero que resultaban unos ingeniosos y entusiastas camaradas!

¿Cómo no recordar siempre, con entrañable cariño, al célebre oficial de infantería, mi amigo íntimo de la juventud primera, cuyo excepcional talento y variada instrucción le daban sobre nosotros lugar preferente?

¿Ni cómo poder olvidar al simpático y chistoso andaluz, comisionista en libros, hermano de un notable escritor, que tantos y tan graciosos chascarrillos en competencia con el oficial amigo nos contaba?

¡Y qué decir de aquellas dos respetables personas que nos sobrepujaban la edad, hasta el punto de poder ser, con sobra, nuestros padres, pero que no podían pasar sin nuestra compañía en aquellas alegres horas, donde parecía que nues-

tra juventud y satisfacción de una vida sin cuidados se les comunicaban?

Por supuesto, aquellas cenas, á pesar de sus teorías de *mútuo agasajo*, predicadas en sus discursos de la gallera, nos las cobraba el ciudadano Mármol; no eran grátiis.

Para ser verídico debiera haber dicho las cobraba, quitando el nos, puesto que siempre hacía el gasto el de menos edad de los dos señores respetables, rico propietario que era franco y generoso, y añadía á estas excelentes cualidades el buen sentido de conocer el estado más que democrático de nuestras bolsas.

No estaba, aun, significado en política. Su *desideratum* era el prestar ayuda al partido, cualquiera que fuese, capaz de mantener el orden y garantizar la propiedad, quitándole de encima á los *perdidos*. Así llamaba, en el secreto de la amistad (y era como pocos un excelente amigo), á los republicanos federales, por más que en público les hiciera las más risueñas y halagadoras carantoñas.

De seguro que su conducta en el estipendio de las cenas realizaba, en parte, sin que cayera en ello el ciudadano anfitrión, la preconizada teoría de éste: *de ver como el que tuviera más le daba al que tenia menos*.

Dudando del afianzamiento de los bomberos, titubeaba en pasarse á este partido, pero conservaba, por si llegaba el caso, relaciones estrechas con sus prohombres, aunque no ostensibles.

En cambio, alardeaba de sus amistades con los republicanos moderados y nos incitaba á que combatiéramos en nuestra publicación, sin descanso alguno, los instintos de la demagogía y sus conatos de socialismo; lo que no le quitaba el proteger, por debajo de cuerda, con su peculio, á los ciudadanos *Judas* y *Suelta el pollo*, sin atreverse á contradecirles en sus ideas demoleadoras.

Su compañero, el otro respetable señor, sí que estaba caracterizado en la política.

Afiliado, desde los primeros momentos, en los Bomberos, era un enérgico sectario apuntado al fanatismo. Adoraba en el gran patriota que desempeñaba la Jefatura, y no hubiera tenido sentimiento alguno de que hubieran mandado al palo á toda la ralea liberal y republicana. Pero esto, mediante el proceso correspondiente y con la condición de ser él testigo presencial de todas las diligencias é inspirador de algunas, á cuyos asuntos era furiosamente aficionado.

Pocas veces, y sirva de paréntesis, las menos posibles, no por la cuenta que nos tenía, sino por lo mucho que queríamos á los dos señores de que hablo, cenábamos solos, y entónces, el ciudadano Marmol, con poco gusto suyo, veía realizadas en una gran parte, sus utopías.

Y allí tratábamos de todo: de política, de historia, de ciencias, cuando no narraban sus saladísimos cuentos el oficial y el comisionista en libros.

El ciudadano Marmol, sirviendo á la mesa, terciaba á la vez en los debates políticos, y su esposa, desde la cocina, ponía atención á todo, sin decir jamás esta boca es mía.

Á veces se entablaban ardientes discusiones y nos batíamos con la dureza de enemigos, sobre todo, si del dogma republicano se cuestionaba: pero estos debates acalorados se extendían, si bien con menos fuerza, á principios de ciencias físicas y astronómicas ó á problemas de filosofía histórica, que estaban entonces muy en boga.

—Seamos justos, decía yo á mi contrincante: ningún dogma católico se opone á la redondez de la tierra. En ningún texto bíblico se habla de su planicie: más bien puede deducirse de ellos lo contrario.

—Niego: antes de Colón, la tierra se consideraba plana.

—Ni antes de Colón, ni nunca: los griegos la definían redonda y en este concepto que no de otro modo, se explica la medición del grado terrestre que hiciera Erastótenes.

(El ciudadano Marmol con el servicio en la mano, pasmado, sin acercarse á la mesa, y expuesto en su estupor, á dejar caer la fuente y romperla):

—Que la tierra no es llana. ¿quién dice eso?

—¿Ahora nos salimos por ahí, ciudadano?

—Yo soy un hombre ignorante, poco leído, pero cuando vine de Málaga á Canaria, no vi en parte alguna que la tierra ni el mar fueran *ahuerados*.

En vano fué el empeño de demostrarle lo contrario, ni aún insistiéndole que su creencia era un absurdo condenado por las ideas de progreso. Persistía siempre en su opinión, y los ojos de su flaca y negruzca consorte, fijos en nosotros, parecían querer matarnos en castigo de nuestras reticencias.

No sé cómo, ni por qué, uno de mis compañeros nombró al Sér Supremo.

—Llámale Dios, y deja esa expresión de mal gusto que sabe á trasnochado enciclopedismo.

—¿Cree V. en Dios como los curas y los reaccionarios?, saltó el ciudadano Mármol, espantado, vertiendo la salsa del guisero sobre el mantel.

Y entonces comenzamos todos á desarrollar una serie de argumentos probatorios, que si no convencieron, aturdieron al ciudadano.

Él, que tenía que atender al servicio de la mesa y á contestar á las objeciones que se le hacían, no sabía con las que ganaba ni con las que perdía. Cuando á su mente venía un argumento que juzgaba contundente, un:—sírname vino,— por ejemplo, se lo cortaba apenas comenzaba á desarrollarlo.

Á una lucida peroración sobre la existencia de la Divini-

dad hecha por el comisionista, fué su contestación, mientras aliñaba una ensalada, que todo podría ser, pero que el *Papa tenía unos chapines bordados de oro.*

Á otra de mayor lucimiento del oficial de infantería contestó: que no decía que sí ni que nó, *pero que la Catedral era muy grande y que dividida por tabiques de ladrillo, daría habitaciones para más de mil familias pobres.*

No cabía duda: ó se iba convenciendo ó aturdiendo. Nosotros le concedíamos lo de los *chapines del Papa* y no nos oponíamos á la *división de la Catedral.*—¿Pero eso qué tiene que ver con la existencia de Dios?—le decíamos.

Apurábamosle por la contestación y le apurábamos también por que nos sirviese pronto unas copas de coñac.

—Coñac, ciudadano, le decían unos.

—Conteste antes nuestra última razón, le manifestaban otros.

Un: *es verdad*, que á punto fijo no podía determinarse su referencia, salió á medio decir de sus labios.

Los ojos de la ciudadana esposa lanzaban chispas y su obscuro semblante se contraía, al parecer de rabia.

De pié, á la puerta de la cocina, derecha como un huso, y con la inquisitiva mirada fija en su marido, contemplaba muda como la estatua del silencio, el atolondramiento de éste.

—Confiesa, ha confesado,—exclamó aquella loca reunión.

—*Yo no he dicho nada*, se apresuró á decir el infeliz contrincante, fascinado por la mirada de su mitad, dejando caer al suelo cinco ó seis platos, que para reponer servicio traía en las manos.

—¡Qué sí! ha dicho ¡que sí!

—*Bueno, lo que ustedes quieran; no me mareen más.*

Entonces tercié yo.

—Compañeros, no continuemos por esta noche esta dis-

cusión; no abusemos de la victoria. Quede sentado que el ciudadano Mármol ha reconocido la existencia de *medio Dios*: la del otro *medio* se la probaremos en la noche de mañana. ¿No está V. conforme, ciudadano?

Otro *bueno* dicho de mala gana y á media voz fué la contestación que salió de sus labios, mientras recogía del suelo los platos rotos.

De súbito, una voz acre, de nota destemplada, extraña, por que la oíamos por primera vez, hirió nuestros oídos.

—*¿No te había dicho que no te metieras con esos estudiantes? Ya has confesado que hay Dios. Pues ahora te van á hacer creer que la tierra es ahuevada.*

Así habló la esfinge, muda hasta entonces. Aquella noche la oímos por la primera vez y por la última.

El peligro en que veía las opiniones de su marido, que eran las suyas, si bien en ella más afirmadas, le hizo romper el silencio.

Del sentido de sus sibilíticas palabras podía deducirse que tal vez perdonaría al debil esposo su defección en pro de la Divinidad, pero la creencia en la redondez de la tierra, si llegaba á tanto, ¡nunca!

.

La pagará quien ha tenido á sabiendas la culpa: quien ha perturbado los cerebros incultos de los infelices de ese género. Con ellos que no saben lo que hacen, ni lo que dicen, habrá misericordia.

Aquellos consortes eran después de todo, honrados y trabajadores y buenos padres de familia: peor que peor para los que extraviaron sus inteligencias.

XXIII

El *cherne* de los bomberos

¡Dichosos los tiempos aquellos en que celebrábamos nuestros extraordinarios de la vida con tan modesto, barato y clásico plato!

Pero, antes de continuar, en el supuesto de tener lectores de fuera de la Provincia que no sepan de nuestras costumbres, ni conozcan nuestros alimentos, debo manifestar que el *cherne* es, como si dijéramos, la fina flor del pescado *salpreso*, y no explico lo que por *salpreso* se entiende porque esto me llevaría á disertar sobre la pesca del salado y sus beneficiosas consecuencias, haciendo interminable mi escrito y distrayéndolo de su objeto, y porque, además, si el lector es buen entendedor le bastará con lo dicho, y si no lo es, lo confundiría con más explicaciones.

Pero sí debo dejar sentado que el pescado en cuestión compartía con la *cazuela de gallina* la honra de dejar ampliamente satisfechos los paladares de mis contemporáneos de entonces, cuyos gustos gastronómicos no se habían apartado de los de sus padres, que fueron los de sus abuelos y aún más allá.

Cierto que ya se iniciaban los actuales tiempos del reinado del *beefsteac*, que había de dar al traste con nuestra antigua sabrosa cocina; alimento este tanto más vulgarizado cuanto

es menos masticable y más indigesto (y aplíquese la clasificación á los *beefsteac* de Las Palmas y á los *bisteles* de Santa Brígida, lo mismo confeccionados en el hotel de más campanillas que en el fonducho más humilde); pero contados eran los que entonces tenían valor suficiente para comer *carne cruda*, como decían.

Cruda ó no, era mucha inocencia la de llamar carne al trozo de pellejo ó pedazo de suela que hoy satisface más que al paladar, la vanidad del tartanero, cuando exige en el figón donde para: *misté* y *pretorales* para fumar luego!

Que era una satisfaccion de primer orden, en nuestros buenos tiempos, el comer entre amigos un *cherne frescal* con vino del Monte, mojo colorado y papas sancochadas, acompañándolo con grandes atracones de pelotas de gofio, ¿para qué decirlo? ¡Y cómo alardeábamos de glotonería, sobre todo con este último alimento, cuando había convidados de fuera de la Provincia! ¡Qué empeño en hacerles creer que el gofio era nuestro delirio, aún los mismos que lo desterraban de sus casas, porque no les gustaba ó no podían digerirlo!

¡Y cómo resultábamos patrióticamente groseros, obligando á esos de fuera á que participaran de nuestra bazofia, y no para probarla por delicadeza y cumplido, sino para que nos imitaran en buenas tragaderas!

Pero, fuese como fuese, nada más socorrido, en ciertos casos, que el manjar citado. Con el patriotismo por delante, disponíamos un banquete para doscientas ó trescientas personas, sin más dispendio que doce pesos; lo que hoy cuesta por barba una mala comida en los Metropoles, Catalinas, Buenasvistas, y aún en los Europas y Cuatro Naciones.

Que se incluyen el adorno de la mesa y el servicio.

¿Y qué valor tienen las manidas flores del decorado, ni qué importa el frac y la corbata blanca de los mozos si nos

humillan al llevar esas prendas mejor cortadas, y se humillan ellos, porque equipados como señoritos, se ven obligados á presentar en grotescas posturas, los bandejones del servicio?

¿Y la presencia del *manager* también se paga?

Cuesta dinero esa cara de palo, caricaturesca, que nos atisba y quita la alegría, afectando una respetabilidad de *vaudeville* del género más risible?

No: nuestros convites no se celebraban en salones que nos ahogan; ni estábamos obligados á entorpecer el manejo de nuestros miembros embutidos en el ridiculo frac ó en el maricón *smoking*. Se hacían al aire libre, servidos por los criados y los comensales mismos, en sitios agradables: en Los Laureles, en las playas de la Laja y en las del Puerto de la Luz, libre entonces de las mezquinas ó destartaladas construcciones que lo pueblan hoy; con los manteles puestos en el suelo y con nuestros cuerpos desaflojados. Es decir, en mangas de camisa, como decimos nosotros, ó en seno de *idem* que dicen los indios.

No había menú, y, ¿para qué haberlo? Los sanos alimentos que nos nutrían no necesitaban del aperitivo de esa cartulina, ni de estar consignados en la extranjera jerga con que disimulan los modernos guisotes, los aceites de ricino, las mantecas rancias y los sebos de muladar con que están confeccionados.

Y en vez del espantajo del *menager* que nos atraganta la comida y nos mueve el estómago, teníamos lo que hoy no se tiene, lo que ha desaparecido, lo que hacía el solaz y regocijo en las reuniones, lo que no cuadra con esta generación tristonía y aplanada, encastillada en sus ambiciones y en sus egoísmos.

Teníamos el gracioso ó más bien dos graciosos, cuando menos, en cada festejo.

Y no era este el bufón antiguo, obligado por *fas* ó por *nefas* á divertir al señor; no, era uno de tantos de nosotros, un amigo nuestro que tenía cosas, y era feo ó se empeñaba en serlo y sabía hacer muecas, que hubiera envidiado en la Noel antigua un papa de locos.

El gracioso hacía reir sin hacer gracias, con solo presentarse, con guiñar un ojo, con sacar la lengua, con cualquier tontería.

Y reinaba alegría franca y espontaneidad en los comensales, regocijo y satisfacción en los anfitriones y libertad amplia en los graciosos para hacer trastadas ó decir sus frescuras é insolencias sin agravio de nadie.

¿Qué era eso de los graciosos?—preguntará el joven lector de hoy, desconocedor de nuestras antiguas costumbres, y se contestará á sí mismo sin esperar á que yo se lo diga. Hombres de ingenio, de fino *sprit*, de cuyas bocas salían intencionados epigramas, y cuyos agudos talentos se desbordaban en frases de la más delicada sátira: nuevos Aristófanés y Juvenales, tal vez.

Pues no, joven lector, no eran nada de eso. Permíteme que te entere que yo lo sé mejor, que soy del tiempo.

Los *turnillos*, ¿no has oído jamás hablar de esas célebres reuniones que daban los abuelos de los de mi edad, que son los bisabuelos tuyos, cuando no tus tatarabuelos?

Pues ahí, en ellas, está el origen de los graciosos; yo no alcancé los de aquel tiempo, pero sí y mucho los del mío.

¿Les era preciso el talento? No, para nada.

¿El gracejo aquilatado en el decir, la finura mordaz de la frase? Tampoco; no los hubiéramos entendido en ese caso.

¿Qué cosas hacían, pues, para merecer ese dictado?

Pues te diré.

Que te ibas á sentar en la silla de donde te habías levanta-

tado y te clavabas una aguja en las nalgas. He ahí una gracia del repertorio que te preparaban.

Que ibas á continuar fumando tu colilla que dejaste distraído al borde de la mesa de juego, por ejemplo. Pues te encontrabas con que la colilla se te convertía en purgante eficaz, en virtud del acibar con que la untaban.

¿Y qué decirte del infeliz jornalero que venía del campo en busca de trabajo, y casualmente topaba con un gracioso que le daba señas de cierta casa donde le darían ocupación, y en ella encontraba otro colega que le cargaba un enorme peso sobre sus espaldas, (la célebre piedra de cerda pongo por caso) ordenándole que lo llevara á una parte señalada, donde vivía otro del gremio que lo enviaba á otro de idem con la misma carga, y así lo llevaban y traían muerto de hambre y fatiga, sin que jamás se les ocurriera á aquellos majaderos darle una peseta en recompensa de la mala pasada que le habían jugado?

Si ibas á bañarte con tus amigos, Dios te librara de que entre ellos hubiese gracioso. Al salir del baño, tiritando de frío á buscar tu ropa, te la encontrabas retorcida y anudada (hecha *galletas*) y en media hora lo menos no podías vestirme arriesgándote á alcanzar una pulmonía.

¿Qué te diré de la cervatana, prenda obligada de todo gracioso con la que te largaba un garbanzazo en un ojo, á pique de saltártelo, si te descuidabas? ¿Qué del canuto del *pica pica* de que iba provisto para introducirte la por el cuello de la camisa y que no pudieras luego sufrir la comezón de las espaldas?

Que querias aprender natación é incantamente topabas con un gracioso para profesor; pues héte que, al efecto te ataba en cada pié una vegiga llena de aire y al lanzarte al agua confiadamente, según su consejo, zambullias, como era indispensable, cabeza adentro y pataleabas y tragabas agua

en vano, pues él no te ayudaba en tanto y cuanto no estaba seguro de que la asfixia fuera inmediata.

¡Pero cómo se divertían los buenos señores de entonces y las buenas señoras también, con estas chuscadas dignas, cuando menos, de carcel, si no de presidio! ¡Cómo las reían, como las comentaban y como las circulaban!

Contábase en mi tiempo, refiriéndose á los turnillos, de una especialidad del género, que tenía la extraña particularidad de contraer, á voluntad, la piel de su vientre junto al ombligo. Pues en una de esas reuniones presentóse vestido de enano, figurando el rostro con el desnudo vientre cuya boca era el sitio mentado, haciendo con la piel movable muecas asquerosas (regañizas) que fueron muy celebradas, sobre todo, por las damas de la concurrencia.

Pero todas las habilidades referidas no eran bastantes para hacer un gracioso. Se necesitaba, además, una cualidad esencialísima que á todos no era dada.

Preciso era poseer un estómago flatulento y de ventosidad ruidosa y manejable.

—¿Qué hora es? Preguntabas cándida ó descuidadamente á un gracioso, y si eran las dos, por ejemplo, te largaba tan fresco, dos ventosidades de á folio. Estas mismas y otra más apagada, te indicaban que eran las dos y media; y gracioso había que distinguía con el cromatismo ventoso correspondiente los cuartos y aún los minutos.

Y no pasaba esto en juntas de rabadanes, como suele decirse. El gracioso tenía carta blanca para hacer sus gracias de todo género en la casa más encopetada, en la reunión más seria.

Repartía dulces á las señoritas uno de esos entes en una tertulia. Al llegar con aquéllos á una de las últimas, quedaban los peores, escogidos ya por las que precedían.

—¿Con eso tan inferior me convida?—dijo sonriendo en son de broma la jovencita, que lo era, y muy hermosa por cierto.

—Pues tome usted;—fué la contestación del gracioso, y la finura del *calembour* estaba en si era el dulce que con su dedo señalaba lo que había de tomar, ó la enorme ventosidad que le largara al mismo tiempo (1).

Y no lo empalaban al groserote, sino que le reían la gracia y se la celebraban y la aplaudían, aún la misma ofendida niña, después que el primer natural rubor se le disipaba (2).

.

Y qué lejos estoy del cherne de los bomberos y de su reunión.

¡Qué afán de digresiones y de dar vuelta á las cosas es este mio alejándome del asunto que me propongo!

Pero de esta vez, mis digresiones y mis salidas tienen objeto.

Como republicano que era, de más está decir que los bomberos no me convidaron á comer su cherne, y por tal motivo poco ó nada supe de lo que allí pasara; de modo que comprometido á escribir este artículo con arreglo al epígrafe que lo encabeza, ó tenía que inventar sucesos, lo que no debo hacer ni hago, por mi carácter de historiador que no de nove-

(1) En honor de la verdad debo decir que este caso no era común y hasta puede asegurarse que el del ejemplo citado fuese peregrino. Cítolo, á pesar de todo, por habérmelo contado en mi juventud un anciano señor concurrente asiduo á los *turnillos* donde diz que pasó (sobre su alma vaya si no estuvo verídico); añadiéndome que podía considerarse el hecho como casual, por más que el prohibido aire, con intención ó no, se lanzara asaz ruidoso y resultara bien repercutido.

(2) Refiérome en este indebido éxito al mismo narrador y repito de nuevo que sobre su alma pese si no ha dicho lo cierto.

lista, ó contar lo poco que llegó á mis oídos, que hubiera dado material escaso para dos cuartillas.

Y he aquí lo que supe:

Que asistió mucha gente de posición y de arraigo; muchos altos comerciantes; muchos artesanos jefes de taller en los ramos de carpintería y albañilería; mucho maestro calafate, mucho carpintero de ribera, (zapateros ninguno: el gremio era nuestro en totalidad) y mucho abogado joven y procurador.

Que se comió y bebió de lo lindo; que hubo brindis y vivas y un discurso solemne del jefe.

Que allí se ideó el célebre lema: *todo por la Gran Canaria y para la Gran Canaria*.

Que allí se bautizó el partido naciente con el nombre de partido bombero (*¿quare causa?*)

Que se hicieron protestas y juramentos de defender el orden de nuestra ciudad, metiendo á raya á los perturbadores, mostrando buena cara á los liberales templados y hasta ayudándoles en sus intentos si de aquel objetivo no se apartaban.

La muerte del célebre Larra fué el motivo de darse á conocer, muy joven aún, el primero para mí de los modernos poetas: el inmortal Zorrilla.

Aquí, en la reunión bombera, se dió un caso semi parecido: la entrada en la vida de este partido, la dió también á un jovencito, que allí debutó como lucido orador y fué más tarde uno de nuestros mejores periodistas.

Era mi amigo; por cuestiones de ideas tuvimos rozamientos, que se olvidaron algunos años antes de su prematura muerte. Él introdujo el *barroquismo encomiástico* que han imitado los periodistas actuales.

Dios lo tenga en su descanso eterno.

Los graciosos fueron más de cuatro y dieron suelta á todo su repertorio según me contaron; y, ¡calcúlese, con el atracón de *cherne, papas y gofio*, cómo saldrían de aquellos vientres ingeniosísimas manifestaciones!

¡Que cualquiera podrá tomarlas como hijas de estómagos débiles ó enfermizos! ¡Bien está! El fenómeno fisiológico explíquelo quien sepa. Pero parta de la base de que *gracia* obligada, *sine qua non*; en los convitazos, era el comerse cada gracioso una ó dos velas de sebo en son de postres.

XXIV

Instrucción al pueblo

Por supuesto, que los dómínes, que bastante parte tuvieron, *pro domo sua*, en la propaganda, se llevaron un chasco solemne, porque después de la Revolución, no volvieron, ni han vuelto, ni volverán, si Dios no lo remedia, á vislumbrar una *perra* de sus haberes, salvo poquísimas y muy contadas excepciones.

¡Ya! Como se hablaba tanto de la instrucción al pueblo para que este conociese mejor sus derechos y pudiera ejercer con conocimiento de causa sus funciones cívicas; como se insistía en la enseñanza gratuita y obligatoria, no cayeron en la trampa que resultó haberla, aunque, á la verdad, no se tuvo la intención.

Pero, á la desdichada Gloriosa de Septiembre, los gatos le parían ratones, y donde menos se curaba le salía un absceso.

—He aquí, se habían dicho los ilusos maestros, que España será una jauja para nosotros. La instrucción al pueblo es el más alto objetivo del *fausto acontecimiento*, y como consecuencia lógica, ganaremos en consideración, (ya nos llaman apóstoles de la enseñanza), y aumentarán las pagas con lo de *obligatoria*, en razón directa al número de forzados granujas que los municipales ó los de orden público vayan metiendo, *velis nolis*, en nuestras escuelas.

Cierto que de realizarse á la letra la obligatoria instrucción, las escuelas se convertirían en casa de corrección más que de enseñanza, y que los pillastres desarrapados de que se llenarían, darían á los maestros cruda guerra y pesada mortificación; pero el inconveniente tendría su lado bueno, pues serviría de base para fundar reclamaciones en petición de aumentos más pingües.

Y no había que dudar que se resolvieran como se pedía por los reclamantes que, aparte de la justicia que les asistía, en el supuesto dado, se consideraban, y así se los hacían creer, como el *deus ex machina* de la era de libertad y bienandanza que se inauguraba.

Pero vino la trampa tan presto como fué la ley en el *ridiculus mus* que abortó la Revolución, convertido bien pronto en *gigantesco paquidermo*: en el cacique, que ha sido la huésped con quien no se contaba; que, entre otros sus depravados, aplastantes gustos, tenía el ingénito, y no se ha enmendado, de no *petarle* el pobre maestro.

Y se dijo el de aquí para su *camisuela*, cuando los de allá para su capote, sayo ó prenda que usen, lo decían también.

—*Pos, no los pagaré, aunque se joroben.*

Y no les pagó entonces, como lo dijo, ni les ha pagado después, ni lleva trazas de pagarles nunca: y yo no empleo, claro, el grosero terminacho, más grosero en su caricaturesca boca, de risibles olímpicas pretensiones, así disguste á la bella lectora, fanática de Zola; porque soy escritor púdico de arcaicos tiempos.

Y al crimen de no pagarles se ha añadido la burla; por que burla es, y bien cruel por cierto, el que la literatura teatral de la Revolución haya tomado á la pobre víctima y á los aprietos en que la ponen sus hambres, como tipo y asunto de muchas de sus obras del *género chico*.

Aseguran algunos, aunque yo lo dudo, que siguiendo la tradicional costumbre de nuestra nación con sus funcionarios, se les da algunos años la paga de Navidad; de ser cierto esto, el crimen es mucho mayor, porque es condenarlos á reventar, el nutrir, de golpe y porrazo, á estómagos débiles hechos al ayuno.

Pero, habíais de purgar las tontainas y sandeces que vertísteis á granel en vuestros periódicos *Roma y el Evangelio*, y otros del mismo jacz, y las especiotas que propagábais en el *Círculo Cristiano Espiritista* ¡oh, maestros elementales, superiores y normales de instrucción primaria!

Con uno de estos, amigote mío, fuí comprofesor, después diré cómo y por qué, y no era, por cierto, de los menos entusiastas y esperanzados, como puede enterarse el lector por sus escritos si da con la colección de los periódicos republicanos de entonces, y quiere leerlos.

No sé si quedarán también algunos de sus *sainetes*, pues, más tarde, dedicó su pluma al teatro, precisamente cuando comenzaron á entibiarse sus ilusiones políticas y á entrarle el convencimiento de que las pagas estaban condenadas á no salir del estado ilusorio.

Y en estos nuevos trabajos literarios, que no le resultaron del todo mal, puesto que el público no los rechazaba, veía yo lo que no le era dado al *respectable*: el reflejo de la angustiada penuria en que le había sumido la Revolución que, cual engañosa sirena, le había sacado de quicio con halagadoras promesas que descaradamente se negaba á cumplir.

De ahí el constante argumento de aquellos juguetes cómicos, que jamás varió en los muchos que produjo. Siempre el repetido matrimonio que no almorzaba ó almorzaba mal y

poco, y las subsiguientes cuestiones domésticas, que terminaban tirándose los platos á la cabeza.

Y no digo por metáfora esto de los platos: el director de la compañía, dueño de la empresa, se me quejaba, al leer una de mis revistas teatrales, siempre laudatorias para las obras de aquél, de la incomprensible manía de esos argumentos que obligaban á romper tantas docenas de loza en cada representación, con perjuicio de los intereses que representaba, que podían llegar á la quiebra, si no había enmienda.

¡Incomprensible manía! ¡Bien estaba! ¿Por qué no había de ser el inspirador y Mecenas de aquella literatura anti-locera el comerciante de vajilla de la calle de la Peregrina, con quien estaba el autor en estrechas relaciones?

Y ahora pasaré á decir el cómo y por qué éramos ó fuimos profesores.

Uno de los primeros acuerdos del partido republicano, de la fracción nuestra se entiende, porque la otra no se ocupaba de esas cosas, ni las entendía, fué el establecer clases nocturnas de enseñanza gratuita para el pueblo, con el laudable aditamento de no distinguir partidos ni opiniones políticas.

¡Si, que á pesar de esta aclaración iban á entrar allí los que no fueran de la *idea!*

¡Dijéranlo, si nó, los dos entendidos muchachos de San José, parientes de aquel republicano unitario (¡extraña chifladura la de este zapatero!),—de quien creo haber hablado y si no, hablaré en otro de mis escritos—, oficiales de carpintería, que con tan buen desco entraron en mi clase de geometría y dibujo lineal y tuvieron que salirse á los dos días!

¡Dijéralo yo también, que, á pesar de mi carácter de profesor y de jefe militar voluntario, no pude meter en caja á los majaderos de la clase, que lo eran todos, conteniendo con la debida energía las pesadas rechiflas y provocativas insi-

nuaciones con que mortificaban á aquellos exóticos condiscipulos, por temor ¡oh debilidad humana! á que me consideraran *reaccionario* ó me llamaran *bombero!*

Pues en los salones del Ayuntamiento que se nos antojaron, y de los cuales disponíamos á nuestro sabor, sin más permiso que el de nosotros mismos, que éramos el pueblo, y como tal, los dueños absolutos del edificio.

—¿Y el Alcalde?

—Joven lector, los alcaldes en aquellos días no tenían otra voluntad que la de nosotros; y como eran populares y nosotros el pueblo, éramos los amos.

En cuanto á las clases que se daban, te lo diré de corrido para evitar tu rosario de preguntas.

Pues, Historia, en sus manifestaciones de universal, patria, provincial y local: Literatura con su retórica correspondiente: Economía política: Filosofía con su psicología y su ética: lecciones de sociología: idiomas vivos, francés é inglés: Matemáticas y dibujo lineal: Derecho político y derecho internacional.

Había más, ¡ya lo creo!, pero los años transcurridos y mi memoria debilitada de viejo, me impiden recordarlas.

Pero sí recuerdo, como si lo estuviera presenciando, el huracán de denuestos (te he dicho los que usábamos: *reaccionario, obscurantista, neo etc...*) que cayó sobre uno de mis compañeros de redacción, muchacho instruidísimo y muy entendido en achaques literarios, al proponer, como base para la de gramática castellana, la de lengua latina.

—Pero, ¿fundábais una Universidad?

—¿Pues qué te habías figurado, joven lector? Y los *bomberos*, que se levantaron, poco después, no quisieron ser menos, y nos igualaron en la abundancia de clases, y no nos superaron porque no había entonces más ciencias que enseñar

ó no las conocíamos; pero en cambio, establecieron profesores dobles en cada asignatura y pensaron construir un edificio *ad hoc*, de cuya primera piedra y de sus poco perfumadas consecuencias trataré en otro escrito.

—¡Ya aprenderían mucho! ¡Ya sacaríais un pueblo de sabios!

—¿Qué íbamos á sacar? Ni nosotros sabíamos lo que enseñábamos, ni en caso contrario ellos lo hubieran aprendido.

—No, joven lector: cada clase era una repetición del club, con los mismos alborotos; y los profesores no teníamos sobre los discípulos más autoridad que la que querían concedernos.

Tantito que se disgustaran con uno, ó lo juzgaran sospechoso, lo destituían y nombraban por su libérrimo sufragio á otro, cuya competencia en la materia que enseñaba no se discutía, con tal de que fuese más puro y avanzado en ideas.

La clase de derecho internacional se explicaba, según los planes de su profesor, autoridad en el asunto, letrado y buena persona en lenguaje llano, con frase vulgar é imágenes de bulto, á fin de que la asignatura estuviese siempre al alcance del pueblo oyente. ¡Feliz idea, que no nos había ocurrido á nosotros, que explicábamos con el lenguaje confuso y pedantesco de los libros de texto!

Era clase alterna, y cuando tenía lugar dejábamos desiertas las demás, profesores y discípulos, para asistir á aquella.

—Ciudadanos:—decía el profesor en su disertación—Esta noche corresponde tratar del conflicto entre dos naciones; supondremos primero uno, para después entrar en consideraciones filosóficas sobre el modo como en los tiempos modernos deben evitarse. En mi conferencia usaré el lenguaje que acostumbro para que me entendais mejor.

—¿Usted que es?—añadía luego, preguntando al azar á uno de sus discípulos.

—Carpintero,—contestaba éste.

—¿Y ese otro ciudadano?

—Picapedrero,—se apresuraba á replicar el segundo aludido.

—¿Usted tiene?...

—Un serrucho.

—Y yo una escoda.

Dijeron respectivamente uno y otro artesano, juzgando con acierto que á preguntarles por las herramientas de sus oficios se dirigía el profesor.

—Bien; pues V. ciudadano carpintero, quiere obtener violentamente la escoda del ciudadano pica-pedrero; y V. ciudadano pica-pedrero, desea conseguir por iguales medios el serrucho del ciudadano carpintero.

—No, ciudadano profesor, no me hace falta esa herramienta para mi oficio, dijeron á la vez y con iguales palabras, como si se hubieran avisado, los dos menestrales.

—Pues es preciso...

—No quiero sino lo mío, sobre todo, cuando lo ajeno no me sirve,—añadió el encastillado duo.

—Pues se necesita que lo quieran para que haya conflicto y explicar la tesis.

—Pues no lo queremos, y de ahí nadie nos saca (el duo siempre).

—*Pues entonces no hay conflicto:* decídanse para que lo haya y poder seguir la conferencia.

Pero, nada; ni con hurones los sacaban de su laudable propósito, que, como verá el lector, les abonaba de que no había en ellos la menor punta de socialismo.

Y terminó la clase sin pasar adelante, por la insistencia de los menestrales en no *armar conflicto*.

Mi colega bombero en el profesorado de geometría, publicó á la sazón un tratado elemental sobre esta ciencia, que no tenía láminas, como entraba en sus planes, para aclarar el texto.

Estaba dedicado á sus discípulos, y hasta el día estoy admirando la penetración maravillosa de estos bomberos educandos, que pudieron echarse á pecho y aprenderla, una asignatura de suyo obscura, presentada con iguales dificultades que un logogrifo.

Las zapaterías

De qué vivían ellos, los zapateros, digo, y cómo estábamos calzados, era un misterio en aquellos días.

Porque si bien las zapaterías continuaban abiertas y los maestros y los oficiales estaban en sus puestos, salvo los días de alguna bullanga, la verdad sea dicha, no iban á la tienda para ocuparse en los trabajos del oficio.

Cierto que este hacía algunos años había dejado de serlo, y ahora era un arte (arte de obra prima), y sabido es lo indispensable de la inspiración en las artes para el trabajo; y como esta no acude siempre que se quiere, permite largos días de holganza á los artistas.

Del por qué de la calificación de obra prima que se dá al arte dicho, no he podido jamás hacerme cargo, ni cuál sea su primacía sobre los otros que con él contribuyen á la indumentaria del sér humano; ni creo que se suponga como primera necesidad la de calzarse.

Al echar mano nuestros primeros padres, de la hoja de higuera, después del pecado, fué para aplicarla á otra parte del cuerpo bien distinta de los pies, por cierto; lo cual confirmó el Señor, al sustituir con pieles aquella frágil cubierta, que al menor movimiento había de romperse y exponer á lo mismo.

Así, pues, la verdadera obra prima debiera ser el vestido, con lo cual están conformes la tradición y la historia y la opinión autorizada de los que padecen de *callos*, y son muchos, que afirman que el calzado es *obra del demonio*.

Pero dejemos esta cuestión para los sabios.

Puesto que los zapateros no trabajaban, ni por sus casas disfrutaban rentas, y puesto que vivían, preciso era que algo, que no fuera lo natural, mediara en esto.

Podía suponerse que el glorioso San Crispín, patrón del gremio cuidara milagrosamente de sus discípulos y cambiando sus psicológicos modos de ser, sin modificar sus formas ni esencia humanas, concediera, por gracia especial, naturalezas de camaleones para vivir del aire.

Y todo era posible, pero podía dudarse que la bondad del Santo se extendiera á tanto, cuando sus ingratos patrocinados por razón de la *idea* ya no creían en él, ni le pedían nada, ni nada la hubieran admitido si gratuitamente hubiera pensado en concederles, porque era Santo y, por ende, *neo*.

Pero Dios, que cuida de lasavecillas del aire y hace llover sobre buenos y malos, no quiso dejar de su mano á los *pedestres artistas*, por más que su rabioso republicanismo les empujara, si no á negar, á empequeñecer su soberana Magestad denominándole Sér Supremo, á guisa jacobina.

¿Y si no hacían calzado, para qué tenían abiertas las zapaterías y para qué asistían á ellas?

Pues las zapaterías no eran entonces tales, aunque lo parecían, y conservaran sus muestras. Eran otros tantos clubs republicanos federales, donde se discutían todos los principios de la *idea* con el mayor calor; donde se insultaban mutuamente por la menor disidencia, acusándose de reaccionarios, cuando no de *bomberos*; donde solía escaparse, y no con poca frecuencia, algún bofetón, y donde el tirapié y las hor-

mas hacían en las contiendas oficios bien ajenos á sus destinos.

Reinaban también días de calma en estos establecimientos, pero no se aprovechaban en pro del arte. Entonces se leían los discursos de Castelar ó de Roque Barcia (hermano Roque, como familiar y cariñosamente le decían), se les aplaudía con transportes y hasta con lágrimas; se les comentaba por los más leídos; y aún, á veces, alguno de estos artistas, sintiéndose inspirado, se lanzaba de pié sobre una banca ó sobre una mesa, donde ya de tiempo holgaban las herramientas, se suspendía la lectura emprendida; y él, por su parte, endilgaba su peroración, más ó menos correcta, pero siempre caliente al rojo cereza, que terminaba con el obligado: *ha he dicho*.

Los demás oficios y profesiones de nuestra ciudad suministraron contingentes más ó menos numerosos á los diversos partidos políticos que se agitaban; pero no se dió el caso de que el gremio de zapateros diera un solo individuo de su seno al partido *bombero*. Todos eran republicanos, y de los federales más exaltados que formaban el núcleo más batallador del *club* demagogo de la calle de Torres y pertenecían á la compañía *segunda*. Algunos, pocos, muy pocos, figuraban con nosotros en los *franciscanos* y en la *primera*.

Pero como no hay nada completo en este mundo, el gremio tenía una mancha: pero mancha negra como la pez que introducía una solución de continuidad en el color rojo subidísimo de que blasonaba.

—¿Acaso algún monárquico vergonzante aunque no perteneciera al partido *bombero*?

—No era nada de esto.

—¿Algún tibio, algún indiferente, que no quería significarse?

—No va por ahí; su mancha era un republicano.

—¿Un republicano? Algún bandido, quizá, algún presidiario.

—No, peor que todo; un republicano, hombre de bien, á carta cabal, pero *unitario*.

No pueden comprender los lectores del día el ser execrable, que era para los federales un republicano *unitario*. Admitían en su trato al *bombero* más emperrado; aún, á veces, le concedían sus amistades; soportaban, aunque no muy gustosos, al republicano de los Estados Unidos; pero al *unitario* se le declaraba guerra mortal, sin tregua ni cuartel.

Y el de referencia tenía la fortuna de vivir en el extremo del barrio de San José, que se conservó exento de la fiebre política, porque, de otro modo, mal lo hubiera pasado con sus colegas.

¿Qué le llevaría á ese infelizote hacerse republicano unitario, y por qué ya que el diablo había de llevárselo, no había de ir en el mismo coche que los de su oficio?

Pues la razón de ser unitario era *porque sí*, la misma que podían alegar los que eran *federales*.

Cuando la avalancha republicana se nos echó encima, nos envolvió con aquel aditamento; y ni ellos que profesaban la idea como soldados, ni nosotros que la predicábamos como oficiales, ni el mismísimo Castelar, general en jefe que la introdujo en España, sabíamos á ciencia cierta de lo que se trataba, ni en qué consistía, ni cómo había de ser la federación.

Pero no todo era política en las tiendas de los zapateros. Con el mismo calor se ventilaban otra clase de cuestiones.

Tratóse en aquellos tiempos de proveerse una canongía y el asunto se hizo ruidoso, inclinándose la gente republicana á favor de uno de los canónigos opositores (que luego salió rana) porque su contrincante era el protegido del Padre Obispo, y

esta autoridad se les atravesaba después de su visita á la Gallera.

Los actos se verificaban en lengua latina y duraron varios días, y sin embargo, en las horas que tenían lugar, no había una zapatería que no estuviera cerrada y el contenido de este continente, en la Catedral.

Y era de verlos por la tarde, después de la salida de los ejercicios, formar sus comentarios y entablar sus disputas.

De donde resultaba que el obispo era un reaccionario que perseguía á un sacerdote ilustrado porque era liberal (rana como se vió más tarde), y en cambio favorecía al menos entendido porque era *neo*.

—Ciudadano—dijéronme en la zapatería del ciudadano la O, parándome cuando pasaba.—¿Qué cree V. del Obispo? ¡Ha visto mayor injusticia!, le ha dado la canongía al que supo menos porque es un *neo*.

—¿Y de dónde deduce V. que supo menos?

—Para qué tengo oídos? Yo no he perdido un día ni un momento; desde que comenzaron hasta que concluyeron fuí un centinela en las oposiciones, y aseguro y apuesto con quien quiera que el otro sabía más, (el rana que salió al fin).

—¿Pero si trataban de ciencias desconocidas para nosotros y además hablaban en latín?

—Pues á eso voy: el agraciado sabía menos latín.

—Es V. latinista?

—Lo será V. y los curas sus amigos. Yo soy republicano federal y no sé, ni quiero saber latín. Pero, sin embargo afirmo lo que digo ¿cuánto quiere *poner*?

—No me gustan apuestas, ni me interesa la cosa; no he pisado en estos días la Catedral, porque no entiendo el idioma en que se disertaba. Por lo demás, el Obispo en su iglesia y nosotros en nuestros asuntos. No olvideis el *lai-*

sscz faire, laissez passer que se explicó há pocas noches.

—*Pasteleando* siempre, ciudadano, *pasteleando*:—y comenzaron á reunirse los demás oficiales.

—Fraternidad, ciudadanos, y adios, dije retirándome antes de que se entablara una discusión majadera que había de redundar en perjuicio de mi popularidad.

.
La zapateía más empingorotada en republicanismo, la más roja, la más candente y la escogida para las reuniones por los federales que no eran del oficio, pero que se distinguían por la exaltación de sus ideas, era la del ciudadano la O.

Los acuerdos que resultaban de sus acaloradas discusiones, si venían en alguno, no quedaban allí, sino que influían en las determinaciones de otros centros más altos, que, por su carácter y los intereses que representaban no debieron jamás admitirlos.

Con el tiempo, á los pocos meses, su influencia fué desapareciendo y pasando á la *talabartería*.

Nosotros teníamos también nuestra zapatería adicta: una sola (rara avis in terra), cuando todas las demás pertenecían á los exaltados de la calle de Torres.

Su patrón, joven de nuestro tiempo y verdadero artista en su oficio, alcanzó la honra de presidir la gallera en la noche que fué visitada por el Obispo. Amigos en la juventud y consuegros hoy, algunas veces nos entretenemos recordando nuestros antiguos alegres tiempos políticos.

Trataba mi pié con el cuidado más exquisito, y procuraba para las cañas de mis botitos los tafletes más brillantes de colores más subidos y rayado más complicado, que era el sumum del gusto reinante y yo exageraba.

Nosotros pasábamos largos ratos en su tienda, y muchas veces le leíamos los artículos de *El Federal* antes de publicarse.

Allí también comentábamos la prensa de España y disertábamos sobre los hombres que nos gobernaban y sucesos que tenían lugar.

Por supuesto, que las zapaterías todas y casi, casi aquella consideraban ser *muchas tierras* las de la casa de Manrique para una sola familia.

Preliminares para la procesión del Rosario

Las creencias se conservaban enteras, si bien algún tanto bamboleadas por los embates de los tiempos y circunstancias que se atravesaban, influidos por la desalmada y bestial propaganda materialista que comenzaba á despuntar.

Sin embargo, había sobre todo dos cosas con las cuales no transigían ni aún aquellos en quienes hiciera menos mella el trastorno revolucionario y las disolventes doctrinas que formaban su séquito.

Una de estas dos cosas eran las tres *avemarias* que *pro ecclesia et pro papa* se acostumbraban á rezar al terminar el último evangelio de la misa.

Como alma que lleva el diablo huían del templo los republicanos más piadosos, antes de que el referido rezo comenzara, con lo cual creían dejar sentada su protesta de que si bien eran católicos, apostólicos, no así romanos ni cosa que se le pareciera.

¿Cómo habían ellos, republicanos federales, aunque cristianos, de rogar por el Rey de Roma que ordenara la muerte de Monti y Toguetti?

Estos dos bandoleros de primera marca, asesinos é incendiarios de la peor madera, estaban entonces muy en boga, y los periódicos avanzados los presentaban como dos víctimas

políticas del obscurantismo y la reacción, personificados en el Santo Pontífice Pío IX, que si alguna falta había cometido como soberano temporal, era, obedeciendo á su carácter bondadoso, la de no haberlos mandado á *escabechar* mucho antes.

La otra se refería á la santidad de Santo Domingo, de Domingo de Guzmán, como se le llamaba, apeándole de *propria auctoritate* la santidad y añadiéndole su nombre de familia para sacarlo de cierto modo del calendario, secularizarlo y tutearlo.

Pues bien: la fiesta del Rosario se acercaba y Santo Domingo había de salir en procesión con la Santísima Virgen.

¿Cómo era, pues, que el capitán de la *segunda*, que tanto había declamado, como todos nosotros en contra del Santo en cuestión; que tanto le había tachado de inquisidor, aludiendo tal vez, si es que lo sabía, á lo sucedido con cuatro perdularios de albigenses, que por *fas* ó por *nefas* consiguió meter en collera; cómo era que tratara de activar la instrucción de su compañía y se empeñara por la de las otras, gestionando á la par la terminación de los uniformes y no dándose un momento de reposo con el fin de prestar lucida escolta al Santo aquel como resultaba por carambola?

¿Cómo era, por otra parte, que el cura más acusado de reaccionario en aquel entonces, mi virtuoso compadre, modelo de sacerdotes, fuera el agraciado, eligiéndose para inaugurar la exposición pública de las fuerzas voluntarias la procesión que de su parroquia había de salir?

¿Y para qué meterme yo en las profundidades de los corazones humanos? Mi propósito al escribir estos cuadros es el de presentar los hechos como han pasado, sin entrometerme en formar juicio de las cosas ni de las personas.

Pero como todos los hombres tienen sus debilidades, la del capitán de la *segunda* parecía ser la de la indumentaria

republicana, que prevalecía sobre la exaltación de sus ideas y sobre su inquinilla, bastante inocente por otra parte, contra el santo aquel. No me atrevo á asegurar si se extendía también á sus colegas.

¡Ah! si la desperdiciaba, tan pronto no se le presentaría una ocasión igualmente propicia para lucir su uniforme totalmente rojo, que parecía teñido con la sangre de todos los tiranos habidos y por haber; tan pronto no podría hacer ostentación de su pseudo gorro frigio adornado con aquella interminable serie de menudos galoncitos de plata y oro.

¿Cómo había de quedar relegado á las sombras de los salones del cuartel de San Francisco, aquel gigantesco corpachón uniformado y aquella larga y poblada barba entrecana, pudiendo darse á luz en pleno día y ante numerosa concurrencia para consuelo de los buenos patriotas y terror de los malvados?

—Debe V. salir también con su compañía—decía al capitán de la *primera*;—lo de federales no debe quitarnos lo de cristianos. Además la religión católica es la oficial y el acto á que vamos á concurrir oficial es; conste que yo no voy á prestar honores á Domingo de Guzmán, el reaccionario, el amigo de los neos. Yo voy á hacer escolta á la Madre de Jesus, el primero y mejor de los republicanos. Honrándola á ella honro á su hijo, el ciudadano Cristo.

¡Oh! y era un hombre sencillo y excelente aquel hombrón capitán de la *segunda*; el convencional, como nosotros le decíamos. En el cólera del 51, su conducta humanitaria había penetrado, tal como suena la palabra, el límite donde empieza el heroísmo. Su historia de abnegación y sacrificio en esa época aciaga de tan tristísimos recuerdos, si bien olvidada hoy como se olvida en la decaencia moral que nos domina todo lo que sale del círculo del mercantilismo utilitario, no

por eso es menos grande y conmovedora para los corazones generosos y levantados; que aun algunos quedan.

Desde niño conocíe íntimo amigo de mi adorado padre y me acostumbé á quererlo, y en estos momentos en que escribo, acude á mis labios una plegaria por el eterno descanso de las almas de ambos.

Creo haber manifestado en otros escritos que el capitán de la *primera*, en ciertos casos, llevaba con cuenta y razón sus entusiasmos liberales. Aplaudió, por lo tanto, los buenos deseos de su colega de la *segunda*, opinó de igual modo que se debía honrar al ciudadano Cristo en la procesión de la ciudadana su madre, añadiendo que ninguno con más empeño y entusiasmo que él concurriría á la procesión, pero que sentía no poder hacerlo por encontrarse enfermo; por lo cual delegaría en su segundo su representación y el mando de la compañía.

No sé hasta donde quedaría satisfecho el capitán de la *segunda* con la perorata y las excusas del de la *primera*; pero cuando á mí, que era el delegado en cuestión, se me comunicó la determinación de mi jefe, con el aditamento de que activara las hechuras de los uniformes, comprendí que éste no quería echarse á la calle y servir de monote de nadie.

Pero á pesar de los esfuerzos del capitán de la *segunda*, el entusiasmo no se propagaba en las filas, ni la instrucción militar avanzaba lo bastante para que no nos expusiéramos á un ridículo papel en nuestra primera pública salida.

Había por otra parte un escollo poderosísimo que contrariaba los entusiasmos de aquel capitán: su segundo, que era refractario á los uniformes y á toda clase de públicas manifestaciones de las milicias voluntarias, así fuesen religiosas como civiles. En su concepto, las milicias no debían vestir otras ropas que las de paisano, ni salir de sus casas, una vez reci-

bida la instrucción precisa, sino para batir á la reacción y al tirano, si se atrevían, lo que no era de esperar, á levantar aún la cabeza.

.
—*Yo he venido aquí á buscar una idea*—decía en la *Gallera* en el uso de la palabra el mencionado capitán;—una idea que no encontraba en el partido progresista de donde he salido, por más que nuestro lema antes de la Revolución fuese el de *ideas y no hombres*. Y aquí como allí, *la idea la veo pospuesta á las miserias y pasiones de los hombres*.

Con sentimiento de mi corazón digo al ciudadano presidente y al partido que me escucha, que las milicias voluntarias de la libertad cuentan en sus filas pocos hombres que sean verdaderos republicanos aunque haya muchos que alardean de serlo. Yo *ha* querido hacer una manifestación pública de las fuerzas del pueblo para que los tiranos que con el nuevo nombre de bomberos empiezan á levantar cabeza, se atemoricen y desistan de tendernos sus funestas redes y no *ha* encontrado sino pocos, muy pocos que me secunden.

Ciudadanos hay que ocupan en las milicias puestos que les obligan á ser los primeros en el ejemplo, y obran de modo contrario. Los hay que tienen á menos el vestir el honroso uniforme de voluntario de la libertad, ¡ciudadano presidente!

—Pido la palabra.

—La tiene el ciudadano primer teniente de la *segunda* compañía.

—¿Es alusión á mi individuo la que hace el ciudadano capitán que me ha precedido en el uso de la palabra?

--Hablo en general y me lamento de un mal que va cundiendo entre nosotros, mal que acabará, ciudadanos, por hacernos víctimas de los bomberos.

Masas:—¡Mueran los bomberos! ¡Mueran!

El ciudadano *Suelta el pollo*:

—Los bomberos quieren esclavizarnos de nuevo y hay quien *pastelea* aquí dentro en favor de ellos.

El ciudadano *Resplandor*:

—¡Mueran los *pastejeros* de todas clases!

Masas revolviéndose en sus asientos.—¡Viva la república federal y abajo los vendidos á la reacción!

Voces de algunos hombres de buena voluntad:

—Orden, ciudadanos, orden.

El primer teniente de la *segunda*:

—No me intimida la *vox populi* irritada que sale de esos bancos cuando mi conciencia está limpia, y me dirijo al ciudadano capitán de mi compañía manifestándole que me doy por aludido y que recojo la alusión. Pues de una vez, sepa el expresado ciudadano, que tanto él como yo estamos viejos para salir á la calle vestidos *de moharrachos*. He dicho.

—Ciudadano Presidente: que se escriban esas palabras; ¡calificar de esa manera el honroso uniforme de los voluntarios de la libertad!

—Lo repito, ciudadano capitán; ambos estamos viejos para vestir de *monicuacos*.

.

Y siguieron los lamentos y las denigrantes calificaciones, armándose de nuevo el tumulto, donde los ciudadanos *Resplandor* y *Suelta el pollo*—que no tenían medios para costearse el uniforme—se significaron ahora en sentido opuesto, yendo con ellos las mayorías, por lo cual el capitán de la *segunda* salió del local determinado á emplear otros medios fuera del apoyo del partido para salir airoso de su empeño.

Algo consiguió al fin y á la postre, pues pudo llevar á la procesión contingente, aunque pequeño, de fuerza compuesta de hombres de su compañía, de la *primera* y de algunos artilleros.

.
Que yo no asistí á la procesión, siguiendo el ejemplo de mi jefe, no tengo para qué decirlo. Yo no me consideraba un mamarracho con mi uniforme; al contrario, me gustaba y tenía un gran placer en hablar con mi novia así vestido, y en enredar mi sable entre las piernas de mis conciudadanas del Risco cuando danzábamos; pero de esto á salir á la calle en formación burda, con escopetas de museo de antigüedades, ya era otra cosa.

Ni siquiera inclinó mi voluntad el atento oficio que, decían, pasó al capitán el sacerdote interesado en el acto.

Omnis potestas a Deo, dice San Pablo, y muy bien hecho, por consiguiente, lo del oficio, si es que lo hubo.

XXVII

Genialidad militar

En sendos salones del cuartel de San Francisco recibían instrucción, separadamente, las dos compañías que formaban la infantería de los voluntarios de la libertad.

De entónces acá, aquel edificio ha sufrido reformas tales que me sería imposible señalar hoy esos dos departamentos, si es que no han sido derribados, ó indicar, en caso contrario, el lugar de su emplazamiento.

Recuerdo sí que no se hallaban muy apartados el uno del otro y que era fácil y pronta su comunicación, lo cual favorecía los pases de una á otra compañía que continuamente, en las noches de instrucción, se verificaban entre los libérrimos voluntarios que componían las filas.

Porque eso sí, epidermis más delicada no la tuvo jamás ninguna fuerza popular.

Por un quítame allá esas pajas, por la más mínima amonestación, por la nonada más pequeña, salía de la formación con tono quijotesco un:

—¡Ciudadano oficial! (ó ¡ciudadano sargento!); me paso á la *segunda* ó vice-versa.

Y lo hacía el autónomo ciudadano con la frescura más desvergonzada, con el tupé más escandaloso, sin decir adiós y con la agravante de llevarse el arma consigo.

Bien es verdad que para lo que valía la dichosa arma...

No era una espada de Bernardo, que no cortaba ni pinchaba; era peor: era generalmante un fusilote viejo, de yo no sé quien, que alguna vez cumplía con cualquiera de esos dos oficios, ó con ambos á la par, pero en contra siempre del infeliz que lo manejaba.

¡Claro! ¡cómo que los militares de verdad, al proveernos por orden superior, del armamento, nos jugaron un bromazo pesadísimo!

¡Como que nos dieron, para defensa de la *idea*, lo más anticuado é inútil que existía en sus depósitos! ¿Qué íbamos á hacer en caso de apuro con aquellos fusiles de cazoleta y de pistón, que no tenían, en su mayor parte, ni la cazoleta completa ni el gatillo en buen estado?

Mas, antes de continuar debo advertir que además de los dos salones ó cuadras mencionados, teníamos inmediato un cuartito reducido, de pavimento empedrado y húmedo con el cual hacían *pendant* las descarnadas paredes comidas de mugre.

El objeto de aquel cuartito, en su principio, era para descanso y reunión de los oficiales; podía llamarse un cuarto de banderas, pero esta denominación nos sonaba á *tiranía* y nosotros lo titulábamos *sala de la igualdad*.

De más está decir que el local en cuestión cumplió bien pronto rigurosamente con su nombre; más rigurosamente de lo que nosotros esperábamos y deseábamos, aún los oficiales demagogos de la *segunda*.

Los dos bancos desvencijados que componían el mueblaje, cuya tapicería dejaba escapar á trechos cercanos la borra del relleno, sirvieron casi desde el primer día, más que de asientos á los oficiales, de *echaderos* á los voluntarios más avanzados, entre los que se distinguían como abonados de pri-

mera fila los ciudadanos *Resplandor* y *Suelta el pollo*.

Nada les importaba á estos individuos, cuyo círculo autónomo no tenía límites, que un oficial entrase y los cogiese infraganti; no solo no se movían de su posición y le convidaban con el asiento, pero ni siquiera recogían sus estiradas piernas para hacerles un puesto.

¡Aquello sí que era *igualdad* y autonomía hasta el delirio!

Si alguna vez el utópico sargento Ricardo pasaba y en semejante guisa los veía, saludándolos con cariñosa sonrisa, les endilgaba una de sus respetuosas y almibaradas frases *pro populo*; que formaban por sí solas un cuerpo de doctrina.

—Teneis el derecho individual, anterior á toda legislación, de echaros donde primero os lo pida el cuerpo. Usad, pues, libremente de ese derecho, y que os aproveche, ciudadanos.

Pero no así el sargento Cárdenes, para quien aquel cuarto era el de banderas, á pesar de nuestras protestas, y como tal, lo creía el *sacer locus* de los oficiales. Éste, pues, echaba de allí á los que creía sus profanadores, empleando brutales frases, cuando no hacía uso de los empujones ó las patadas.

Y con él no chistaban ni alardeaban de iguales y libres, como lo hacían con nosotros los oficiales por motivos levisimos.

.

Pero se acercaba la fiesta del Rosario, y los ejercicios tenían por principal fin el de presentarnos correctamente en la procesión para no ser el hazme reir de las gentes.

Á todos y á cada uno de los voluntarios se les había ya convencido de que aquel acto nada tenía que ver con Domingo de Guzmán, como le llamaban, por mucho que de la procesión formara parte; tal así como aquel individuo que no nos agrada, cuya presencia en casa extraña no nos quita el ser cortes y galantes con el dueño.

Y ¿con qué fuerza contaban las dos compañías para echarse á la calle por vez primera, cuando las deserciones eran continuas y la voluntad de los individuos omnímoda para decir *nones* en el momento preciso?

¿Qué instrucción podía darse ni recibirse con la base de aquel inútil armamento?

Contestaré á estas preguntas.

La compañía *primera* contaba con un núcleo fijo asegurado de deserciones.

Componíase este núcleo de algo más que una docena de boquirrubios salido de los gremios de amanuenses y horteras, de ideas moderadas, aunque tan republicanos federales como los primeros, que encontraban, por otra parte, muy de su agrado, el uniforme que vestían, y se horrorizaban en cambio, del que llevaban los de la *segunda*; de los discípulos de la escuela nocturna que daba el sargento Manuel, que, si bien más avanzados, y tanto quizá como los de aquella compañía, querían á su maestro y le seguían con fidelidad, y, sobre todo, de los gallistas de San José.

Pues sí; este, el de los gallistas, era el elemento principal de nuestra compañía.

Estos pertenecían á la humilde clase que en la *afición* ejerce los oficios de *revolcadores*, *corredores*, *ponedores al sol*, *pesadores*, *abosadores*, *afiladores de espuelas* etc. que se remuneran con modestísimos jornales, y adoraban en el capitán y en su segundo, dueños de numerosas cantidades de gallos de pelea, y jefes de partido.

Porque una de las bases de la gran popularidad de que gozaba el capitán, que además era un buen señor y un buen caballero, era la de los gallos.

Las deserciones de la *segunda* las limitaba la exaltación política de la parte más candente de sus individuos, que mi-

raban como un crimen enorme abandonar sus filas, creyendo que con hacerlo renegaban de las ideas republicanas federales, que suponían encarnadas en la compañía y en su jefe.

.
Sabían marchar regularmente, y lo principal en el manejo del arma era enseñarles la carga para las salvas de la procesión.

De las armas se había hecho una escoja y se entablaron reclamaciones á los militares, que con algo mejor que nos dieron y lo poco menos malo que resultó de lo escogido, vino á reunirse un contingente de quince fusiles que hicieran fuego sin peligro del tenedor; los demás no lo hacían, como no lo hicieron, pero se fingiría la pantomima de cargarlos, cebarlos, apuntarlos y todo.

Mis tres sargentos y yo instruíamos por cuartas la gente de la *primera*. La operación de la carga se hacía difícil en los boquirrubios que elegí para mí, temiendo que cayeran en las manos del sargento Cárdenes y los estropeará.

Este había eliminado á *Resplandor* por impresentable y descargaba con los demás que instruía el montón de ira para él acopiado.

¡Y cómo purgaba su falta de conocimientos en la numeración hablada, el ciudadano Juan Chufia que cierto día al numerar por la derecha, había prorrumpido en un *veinte y diez!* al oír el *veinte y nueve* del voluntario que le precedía en la fila!

En cambio, la finura del sargento Ricardo con los suyos se quintaesenciaba.

—¡Carga elemental!—ordené á mi gente.—¡Prevénganse para cargar!... y seguí dándoles voces de mando hasta llegar á la de ¡bajen el martillo!

—El martillo se bajaba con la mano para colocar el pistón y después de colocado, se continuaban los demás movi-

mientos hasta terminar en el ¡apunten... fuego!

Pero ¡qué si quieres! por un lado los martillos llenos de herrumbre se resistían á bajarse, y por otro las manos débiles de mis boquirrubios sin más ejercicio que los de la vara de medir y los de la pluma, no tenían fuerza bastante para obligarlos.

Á mí, que hacía á la par los mismos movimientos, para enseñar con el ejemplo, me sucedía lo mismo: mi martillo no quería ceder.

—Ciudadano oficial: mi martillo no baja,—gritaban mis imberbes voluntarios desde las filas:—que nos den otros fusiles.

—No hay otros, y es preciso hacer un esfuerzo.

—No podemos más—y para demostrarlo cargaban sus cuerpos sobre el lado del martillo, como queriendo llevar refuerzos á la mano que ejecutaba, lo cual iba dando un aspecto grotesco á la formación.

—¡Alto! ciudadanos; dejadme discurrir un poco.

Y comencé á reflexionar, y de súbito, luminosa idea se acogió á mi mente.

—Ciudadanos:—exclamé lleno de inspiración y de regocijo:—no hay otra cosa como servir en los ejércitos del pueblo para salir de pronto y sin antecedentes hecho un genio militar. Ahora comprendo los Hoches, los Marcean y otros jóvenes generales que dió la república francesa de un día para otro. Salvada está la situación; la táctica de los grandes capitanes se ha sujetado siempre al armamento; cuando éste cambia, cambia también aquella. ¿Que nuestras manos no pueden bajar los gatillos? Pródiga naturaleza nos ha dado otras extremidades que pueden hacerlo. Observadme para que me imiteis luego.

Y seguidamente, teniendo el fusil en la posición que precede á la bajada de aquella pieza, emprendí un movimiento en

tres tiempos, combinados de modo que en el último, viniendo el arma al descanso, recibía sobre ella un gran golpe con el pié que la hacía bajar; luego, bajada ya, en otros tres tiempos se colocaba el fusil en la actitud del cebe y se le ponía el pistón.

De pronto mis boquirrubios tomaron á broma la innovación, pero yo la defendí, llamé en mi ayuda al sargento Ricardo, que la aprobó felicitándome, y la gente mudó de parecer.

Decidiéronse, al fin, y era cosa de ver á los diez minutos la precisión, la marcialidad y el entusiasmo con que la ejecutaban.

Ordené satisfecho un momento de descanso, cuando se presentó el capitán á enterarse del estado de instrucción de la compañía. Enteréle de la novedad, no sin hacer elogios de mi inventiva; pero como no me comprendía, mandé que se maniobrara la carga en su presencia.

.

¿Qué significaba la carcajada homérica en que prorrumpió, continuándola durante su marcha al Casino, puestas las manos en el vientre, no terminándola sino después de un largo rato de sentado en la puerta?

¿Por qué aquello de exclamar al finalizar su inextinguible risa:—¡ya me mató la compañía!

¿Á qué venían las miradas fieras de Cárdenes que tanto me estimaba?

Apegados á la rutina no comprendían el valor de mi reforma.

—¿Qué hubieran hecho esos ciudadanos,—decía Ricardo consolándome—si delante del enemigo se hubieran encontrado con tal deficiencia en el armamento? ¿No hubieran admitido la innovación?

Y aún hoy afirmo que el sargento Ricardo razonaba como un libro.

XXVIII

Fraternidad femenina

Jóvenes, en la mejor etapa de esa hermosa edad ocupando puestos en las directivas de los comités republicanos, escritores y oradores populares; los que redactábamos *El Federal*, nos creíamos los seres más felices del universo.

Nuestra vida era una constante agitación; un no parar, un continuo ir y venir. Y tan pronto estábamos en el comité como en la imprenta: por la noche á la reunión del partido, donde tenía su máximo de expansión nuestra oratoria. Hoy entusiasmábamos á las masas con nuestros discursos y las teníamos de nuestra parte; mañana hacían bambolear los rojos nuestra popularidad. Al otro, ésta se levantaba más alta achantando la de ellos. Vuelta á caer al día siguiente: vuelta á levantarnos de nuevo. Hoy nos acusaban: mañana éramos acusadores.

Nos considerábamos como nuevos girondinos y nos gloríabamos de ser los constantes combatientes de la demagogia: ya con nuestra pluma, ya con nuestra palabra: ora evitando las redes que nos tendían, ora librando á los contrarios franca batalla.

Esta continua lucha con dos enemigos; uno de fuera (los

bomberos) y otro de casa (los intransigentes) nos causaban algunos disgustos: sobre todo con estos últimos (los rojos que provenían de los clubs de la calle de Torres), por aquello de que «de los tuyos te vendrán las pedradas». Pero, ¿qué nos importaba, si estos disgustos eran sacrificios que ofrecíamos en pro de la exaltación de la virgen democracia que pretendíamos libre de toda mancha, pura é inmaculada?

Pero no todo era batallar deshaciendo intrigas, increpando tiranos y apabullando demagogos; no todo era la polémica del periódico y la perorata del club.

También teníamos nuestros solaces.

En el teatro nuestra condición de periodistas y revisteros y nuestra juventud nos garantizaban siempre una buena y casi gratis acogida, tanto en el cuerpo de *suripantas* (como se llamaba á las ninfas del coro, después de la reciente aparición del Joven Telémaco), como en las tiples más ó menos absolutas, único absolutismo con que transigían, cualquiera fuese su grado, nuestras ideas republicanas.

Y que tenían su *miga* esas artísticas relaciones; y no resultaba *tan mala* aquella carne, como afirma la premisa vulgar, ni *tan cara* tampoco.

¡Cara! ¡Para carne cara estaban nuestras bolsas! De ahí, que nuestras alegres cenas las *pagaran ellas*, ó las quedáramos á *deber* para *in eternum* al ciudadano Marmol.

Por lo que á mí respecta, mi *bella ninfa Eucaris* cobraba en tiradas de versos las distinciones que la merecía, (que no pasaron de los límites de un recreo honesto, debo confesar).

Pero donde estábamos más á nuestras anchas, donde con más entusiasmo se nos recibía, era en el Risco de San Nicolás, especie de arrabal de San Antonio (recordando á la revolución francesa), donde dominaban, hasta la exaltación, las ideas republicanas más avanzadas.

Hermosísimas y garridas ciudadanas federales, capaces en vuestros férvidos entusiasmos por la idea de comeros un cura de una sentada: bellísimas muchachonas que la menos agraciada de vosotras hubiera podido representar dignamente un papel de Diosa Razón, si, como á los franceses aquellos, nos hubiera dado por ahí (que no nos dió á Dios las gracias, que se sirvió evitarnos esta mayor caída): ¡con qué gusto os recuerdo aún, con qué placer inefable, á pesar de hallarme en el principio de mi vejez y haber cambiado tan radicalmente mis ideales!

Generalmente dedicábamos las tardes de los días festivos á fraternizar con las arrogantes mozas del barrio federal por excelencia. Raras eran las veces que las visitábamos en traje de paisano, sino con el uniforme de voluntarios; pero con uno ú otro traje, era de indispensable rigor llevar corbata encarnada, anudada á la marinera, y esforzarnos en pronunciar el bulto que debajo de la americana ó de la garibaldina indicaba el sitio de nuestra cintura donde ceñíamos el obligado revólver.

Debo advertir, á guisa de paréntesis, que nuestras visitas al barrio de San Nicolás no eran de lo que más hacía gracia á los demagogos de la *segunda* compañía, que creían ver en esto una usurpación de sus dominios; pero no así á las hermosas ciudadanas que nos recibían con todas las alegrías de sus almas, prefiriéndonos á ellos, á pesar de la misma exaltación de ideas.

Inmediatamente, cualquiera fuese la casa republicana—y lo eran todas las del barrio—donde nos dirijíamos, se reunían, á más de las mozas de la familia, algunas otras de la vecindad, que iban anmentando en número á medida que circulaba la noticia de nuestra llegada.

El baile, como es de suponer, no se hacía de esperar. Elegíase, y por mucho tiempo reinó sin rival, una habanera propia de aquel entonces, cuya música y letra, ésta especialmente, simbolizaban nuestras aspiraciones políticas.

Del porqué una música tal sustituía al himno que faltaba á la Revolución hecha, una vez que el de Riegó, resucitado en los primeros dias, empezó á oler á muerto por lo anticuado y soso; no puedo dar cuenta, y es uno de los rompe-cabezas de la época, el averiguar de donde vino su estrambótica letra, ya que no importa tanto el origen de su tontaina música.

Solo puedo decir que desde los primeros albores del movimiento se decretó un concurso para premiar el mejor himno que se compusiera en loor suyo y sirviera de prólogo ó acompañamiento á los actos cívicos.

Pero la Gloriosa, como también se decía, parece que no estaba destinada á inspirar música alguna, siquier mediana, y más de trescientas composiciones hechas con tal objeto fueron desechadas, concluyéndose al cabo por desistir del empeño.

Mas cuando todo se creía perdido, cuando empezábamos á convencernos de que Euterpe nos negaba su ayuda, surgió, como he dicho, no se sabe de dónde ni de quién, la habanera en cuestión, y como no teníamos donde escojer, nos conformamos con ella y bien pronto llegamos á tomarla como la verdadera composición musical que necesitábamos, y concluimos por llegarla á crecer apropiada y digna de su alto fin, y la cantábamos con entusiasmo, sin parar mientes en lo mezquino de sus rasgos musicales ni en los conceptos disparatados de su letra.

El que no tiene otro remedio con su mujer se acuesta, dice con elocuencia abrumadora, un adagio vulgar.

Y hétenos en pleno baile.

Nuestras ideas de *libertad* nos autorizaban para tomarnos algunas con nuestras parejas y las *de fraternidad* nos daban carta blanca para enlazar lo más íntimamente posible sus cuerpos y los nuestros.

Lo que ellas no extrañaban por la unísona marcha de nuestros mutuos sentires políticos.

Generalmente nosotros cantábamos bailando, cuando la emoción causada por la íntima estrechez no nos obligaba á tartamudearla, la primera parte de la letra:

*Tengo los zapatos rotos
de subir á la azotea,
á ver si veo venir
al valiente Salvochea.*

Luego entraba el coro en el que ellas tomaban la parte principal:

*Republicana,
Sal á bailar
Que siempre ha sido
De la república federal.*

Y subrayo el *ha* del coro porque jamás oí decir *he* á ninguna de mis apetitosas federalas.

Parece, por otra parte, que la confusión de personas del verbo auxiliar haber, en el presente de indicativo, era peculiar á muchos de los que profesaban la *idea*.

Por ejemplo: el capitán de la *segunda* se expresaba con frecuencia del mismo modo en sus discursos.

—Yo no *ha* dicho: el ciudadano *he* dicho.

Pero ajustadas ó no á las reglas gramaticales, que importaba poco, lo cierto era que las ciudadanas iban resultando cada vez más encantadoras.

La emoción del baile, el ayuntamiento *fraternal* de cuerpos de diferente sexo que se iba extremando con el progreso del danzar, y alguna que otra copilla de democrático ron (que ya empezaba á falsificarse con los actuales mejunjes infernales), con que ellas y nosotros reponíamos nuestras fuerzas, nos transportaban á ese mundo ideal de ardiente amor libre, casi perruno, que se espera en el avanzar de las ideas, en el porvenir.

Allí sí que podíais haber venido, vosotros, los tiranos de

la tierra à contemplar, muriéndoos de envidia, la felicidad que disfrutábamos los hijos é hijas del pueblo, libres de las cadenas con que nos habíais oprimido y de las supersticiosas preocupaciones que nos habíais embaucado.

La pareja de mi predilección no podía ser otra que la hermosa rubia de apretadas y sonrosadas carnes, seno exuberante, ojos lánguidos azulados y boca de clavel, á quien dedico estos escritos.

Sus ropas modestas, limpias como el oro, hechas por sus manos, no carecían de gracia, y el pañuelito rojo con que tocaba airosamente su linda cabeza la hacía divina.

Yo, en mi clasicismo revolucionario, la llamaba Fraternidad y jamás le daba su nombre de pila que era Petronila (Pretolina le decían su madre, vecinas y amigas).

Y de que ella se congratulaba con el clásico nombre probábalo en el baile, cuando extremando la idea que simbolizaba, hecha la cadena, soldaba mi cuerpo al suyo, repitiéndome transportada y hecha un ascua:

—¡Cómo me gustas y cómo te quiero, ciudadano *oficiar!*

Ya creo haber dicho que su único defecto, para el purista que no ve otra cosa, y para mí una monísima monada, era el trastrueque de las *erres* y *eles* de las palabras.

¡Oh rubia hermosa! Todavía perturbas de vez en cuando, los anacoreticos sueños de este *oficiar*, que envejece. Tú sola tienes ya el privilegio de convertir con tu recuerdo, por desgracia, alguna que otra vez, bien tardía, por cierto, en *brochure de garçon*, que más es imposible, al *petit enfant* que, en un concepto dado, es generalmente.

Pero el que se haya figurado que los transportes de *fraternidad* federal á que nos entregábamos ellas y nosotros pasaban de la exaltación y delirio del baile ¡cuán equivocado está!

Allí terminaba todo; porque se trataba de chicas formali-

tas, y en las primeras horas de la noche nos separábamos.

Honi soit qui mal y pense, digo al joven lector, que bien pudiera dedicarse á repasar sus libros en lugar de entregarse á maliciosas cavilaciones.

Casi todas esas ciudadanas de entonces, entre ellas mi hermosa rubia, se casaron con hombres honrados de su clase y condición; ninguna ha dado pábulo á murmuraciones en su juventud de casadas, como no lo dieron en la de solteras. Muchas son abuelas, como yo soy abuelo, y con muchas me estrechan relaciones de amistad.

En el Puerto, entre la aristocracia del cambullonaje, figuran algunas, y me enseñan, cuando las visito, sus montones de libras esterlinas, y me hablan del cambio, y me preguntan á cómo las negocio yo.

¡Sencilotas ancianas á quienes mi ropa larga, mi aire decente, que dicen, y el verme pegado á un instrumento topográfico les impiden darse cuenta de la realidad!

¡Á cómo negocio yo las libras esterlinas! ¡Yo que no he visto otras que las que ellas se dignan mostrarme y que me moriré con el deseo de poseer una, para muestra siquiera!

Y pensar que después de estos dulces momentos de inocente felicidad, á pesar de lo subido de su color, volvíamos de nuevo á los clubs, á lanzarnos en cara las mismas recriminaciones del día anterior; á acusarnos mutuamente de traidores, pasteleros y bomberos, ó corríamos á la imprenta á darle más intención al suelto insidioso ó á introducir nuevas candentes y provocativas frases en el artículo!

Bien que yo muchas veces me iba á comerme un pescado frito en el Toril, del que aún quedaba un resto, en la frituría de otra de mis amigas, á quien igualmente apreciaba, aunque era bombera.

XXIX

Los primeros mandiles

—Pero, Ciudadano Venerable, si V. no me entera del destino que se vá á dar á cada uno de los departamentos, mal puedo sacar adelante el proyecto que me ha encargado.

Se trataba de un templo masónico que los *hijos de la viuda*, surgidos como espuma en aquellos dias, cuando ni siquiera se tenía idea de su existencia en esta tierra nuestra, habían confiado á mis pobres conocimientos arquitectónicos, por conducto de una Comisión compuesta de su Venerable, de uno de sus caballeros Kadoshs y de su Hermano terrible.

Yo que había ya dado fin, con aplauso de la Comisión, al dibujo de la fachada, en la que empleé, por parecerme más alegórico, el estilo egipcio, y los había entusiasmado con las dos esfinges que colocara al ingreso del pórtico, á pesar de mis dudas de que las convirtiera en vacas yacentes el escultor encargado de su ejecución, que ya había transformado en groseras mata-vinos las estátuas de bellas ninfas que se proyectaron para la fuente del Espíritu Santo; quería acertar con la distribución interior, y de ahí mi insistencia, en la cual había también su punta de curiosidad, en que se me enterase del objeto y fin de cada habitación.

—Nada tienes que saber para hacer tu trabajo, contestaba el Kadosh en voz del Venerable, poniendo su dedo en el

comenzado plano.—Aquí, una sala de las dimensiones que se te han dicho...

—¿La de *pasos perdidos*?—le interrumpía con un poco de sorna, muy disimulada.

Me miraba con el ceño propio *de su grado*, que me hacía temblar, á pesar de nuestra amistad, y continuaba sin hacerme caso.

—En este sitio, una habitación más pequeña...

—¿El *cuarto de los miedos*? ¿La guarida del *cocodrilo*? —me impulsaba á indicarle mi sarcástico humor, sin curar del estado intranquilo en que el *gesto del grado* ponía á mi ánimo.

—No te permito bromas en el asunto—me intimaba el Kadosh, atufándose. Tratamos de cosas serias.

Y no me hubiera vuelto el alma al cuerpo, arrepentido ya de mis imprudentes reticencias, y temeroso de que el Kadosh, á pesar de nuestra amistad, me hiciera probar la punta de su puñal de *secretas venganzas*, si no interviniera el *hermano terrible*, hombre pacífico, si los había, y de bellísimo carácter.

—En sus manos de V. está el satisfacer sus curiosidades, —dijo el Venerable.

—Eso mismo le he dicho yo, —añadió el Terrible, —que se decida de una vez á *ver la luz*.

Ver la luz, en la jerga de la secta, era meterse en ella.

Pero como uno no podía hacerlo de rondón; como no era el entrar como Perico por su casa, de ahí que á pesar de las repetidas intimaciones de ambos *hermanos*, no me había encontrado con ánimo para salir de la *oscuridad*.

Es de advertir, que entre el Venerable y yo, existían cordiales relaciones que comenzaron al vivir bajo un mismo techo, en un pueblo del campo, durante el tiempo, (que aprovechó para insinuarme algunas puntas de su propaganda) em-

pleado en los estudios profesionales que me había encargado.

En cuanto al *Terrible*, amigo de mi familia y mio también, á pesar de nuestras diferencias de edades, me iniciaba la idea, halagándome con la promesa de que *sería algo* dentro de la logia, dada la instrucción y talentos que, gratuitamente, me concedía.

A él debí enterarme de mucho referente á la secreta sociedad, que podía hacer público.

Supe por su boca que el verdadero origen de la Masonería databa, por mas que otros escritores masones le dieran más antigüedad, de los tiempos en que se construía el templo de Salomón, cuando los hermanos *Júbelas*, *Jubelas*, *Jubelorum* (extraños nombres para hebreos y fenicios de aquellos remotos tiempos), asesinaron al cuitado maestro *Hiran* para arrancarle la *palabra*.

—¡Buena manera de saber un secreto para que de boca cerrada no salieran moscas, que no de que entraran se trataba, era el dar de puñaladas al que lo poseía! Pero así y todo los compañeros del maestro de obras juraron vengar su muerte y no revelar á nadie la *palabra* aquella.

Triste y cariacontecido encuentrele un día y cariñosamente le pregunte la causa.

—No me digas nada, que llevo un disgusto...

—Pero no te apures, que eso pasó hace mucho tiempo.

—¿Estás enterado de lo que me aflige?

—Sí: de que la muerte de Hiram no se haya vengado aún.

Y como nada me contestó en contrario, de ahí que creyera que las causas de sus tristezas habituales tuvieran por motivo la no realizada venganza del trágico suceso aquel, acontecido algunos miles de años.

Yo no sé si al cabo llegaron á satisfacerle su eterno deseo de saber la *palabra* (otra preocupación suya), aunque fué

Rosa cruz y llegó á *Real arco* antes de que lo hicieran *hermano terrible*; cuyo cargo encontré siempre anómalo en aquel ser, que en lo moral era bueno como el azúcar é inofensivo como un niño, y en lo físico ostentaba un aspecto enfermizo y desaparecido.

Y debo confesar que mi resistencia á afiliarme como *hijo de la viuda* y á ser uno de los tantos vengadores de la muerte de *Hiram*, con quien podían, cuando menos, ligarme simpatías profesionales; no provenía de escrúpulos religiosos, pues aunque no hubiera olvidado la religión de mis padres, ni mucho menos, no dejó de pegárseme algo de las despreocupaciones de la época.

No: lo que impedía mi determinación eran temores pueriles, miedos de vieja, que puedo llamar así, y aunque me avergüence de ello, me obliga á hacerlo constar mi cualidad de verídico historiador.

La imprescindible *mueca*, en todas sus variedades, que traté, para preparar mi iniciación, de estudiar con el ritual en la mano, ensayándola al espejo, me dió miedo de mi mismo, y sobre todo, temblaba como un azogado y se encogían mis nervios de pavor, ante la idea de considerarme liado con el *cocodrilo*, por más que mi propagandista me asegurara lo que sabía de antemano, que era simplemente una piel de ese saurio rellena de paja.

Yo no sé á punto fijo, porque el templo, cuyo proyecto terminé por completo como Dios me dió á entender, (si es que El ayuda á los de la Viuda en sus asuntos), no llegó á levantarse; ni nunca pude hacerme cargo de la relación que tuviese este hecho, según contaban, con la venida de un hermano Hildebrando ó Aldobrando, marino, portugués de nación que arribó á nuestras playas.

El primer escrito de la secta, con su sibilítico, enreda-

do estilo, su rompe cabezas de medias palabras terminadas por tres puntos en forma de triángulo y sus repetidos A. G. A. D. U. lo firmaba un tal Zuricalday, y lo leímos en el corredor del Letrado guitarrista, sin que ni él, ni nosotros entenderamos la mitad de su contenido.

Debo decir aquí que yo, á pesar de nuestras rivalidades políticas era uno de sus amigos, y formaba parte del grupo de asistentes á sus homéricas comidas, que terminaban con la obligada rapadura de melado y el descomunal vaso de agua correspondiente, después de zampada la última papa de la formidable pirámide; era su capricho que le sirvieran los populares tubérculos en la dicha forma geométrica.

—¡Zopla!,—exclamó pasando la mano por el lomo de la *gata*:—eze hombre ez un demonio: ¿de donde ha zacado lo de Zuricalday y eza jerga del diablo?

Y sabía él quien era el hombre ese que usaba el nombre simbólico de Zuricalday, mejor que el lector sabe de su *gata*, que fué entonces tan célebre como lo ha sido después el *perro* de Cánovas.

Y se hablaba de hermanas *androginas* y de *agapes*, de *planchas* y de *tenidas* y se celebraban bautismos *masónicos*, y algunos la daban de entender la *mueca* sin ser de la lógia y otros concedían proporciones inmensas al *cocodrilo de prueba*, y exageraban los horrores del *cuarto de los miedos*; pero aún no podía decirse á punto fijo quienes eran los masones, y hasta había algunos que lo tomaban como cosa de cuento.

Pero acaeció el fallecimiento de una persona muy conocida en la población y este suceso los dió á conocer. Corrióse la voz, unas horas antes, de que era masón el finado y que su entierro se verificaría con arreglo al ritual, acompañándole sus hermanos vestidos con el consabido mandil y la obligada

banda, tan deseado de ver, y de ahí el reunirse en los alrededores de la casa del difunto media Ciudad.

Desde luego que no serían las últimas en curiosear las federales de San Justo y San Nicolás, y que, por de contado, no se quedaría atrás mi hermosa rubia.

Ellos se presentaron muy graves con todos sus trebejos simbólicos á formar el cortejo, pero á lo poco se les notaba cierto embarazo y un marcado aire de azoramiento; sobre todo, cuando la impertinente concurrencia de mujeres les señalaba con insistencia, exclamando:

—¡Ave Maria, mujer!, ¡si es don fulano!

—Y mira, ¿no vés el mandil de D. Zutano que lo lleva desatado?

Y en efecto, así lo llevaba, sin que se lo permitiera observar lo corrido que iba.

—Y D. Perencejo, que vá con los de *alantre* es un noventa y tres.

—¿Y eso que es?

—Uno de los que mandan más. Y yo lo sé, porque me lo dijo mi *oficiar* que es un caballero, y los conoce á todos.

—¡Qué fantasiosa está esa con su oficial!

..... , ..

Por supuesto, que fuese por eso, ó por lo otro, ó por lo de más allá, esa fué la primera y la última manifestación pública de nuestra masonería, según mis noticias.

Mi rubia alcanzó un mediano bofetón que lastimó algún tanto su boquita de clavel, al querer meterse en medio del cortejo para saber á ciencia cierta, palpándolo, de qué materia estaba confeccionado uno de aquellos mandiles.

¡Groserote Rosa-cruz, vejestorio que debías haber sido al rechazar tan bruscamente á mi adorada rubia! Tuviste

suerte de que esta no te conociera, porque de otro modo, el sable de su *oficiar* le hubiera sentado las costuras á tu ropa.

Sería aquella bofetada el motivo, porque al visitarla después del entierro, se echaba en mis brazos medio llorosa, diciéndome: ¿Es verdad, querido, que tu no sos masón? ¿Qué no lo serás nunca?

Que todos eran *dones*, y *dones bomberos*, en su mayoría, los del cortejo, era un hecho; pues, pocos, muy pocos mas.* * ví de nuestros republicanos; sobre todo, de los rojos de San Nicolás, ni uno para muestra.

Explicáte ahora, jóven lector, si puedes, el enigma ese, que yo bastante haré con explicarte el mio.

A mis miedos cervales por el *Cocodrilo*, y horror á la *mueca* se unió la bofetada á mi rubia y sus amargas lágrimas, y por estos sencillos medios, la Providencia, jóven lector, me libró del abismo, si abismo podía llamarse la sainetada de Kadoses y Reales arcos, De Rosa-cruces y Treinta y tres que padecemos.

No: mi nombre, á Dios gracias, no figuró en ninguna *plancha*, ni fué mentado en ninguna *tenida*, ni lidié con otros *triángulos* que con los obligados de mi profesión.

La cual, tampoco, me inspiraba tanto apego y entusiasmo como para haberme preocupado por la falta de venganza de la violenta muerte de aquel antiquísimo y desgraciado compañero.

Créclo joven lector: no tuve más pecados del género mas.* * que el de haber formulado el proyecto del templo.

¡Dios me lo perdone!

La talabartería

—¿Dicen que ha vinío la República?

Me preguntaba el portero de mi oficina descansando, con su familiaridad acostumbrada, permitida por nosotros que lo estimábamos, sus codos sobre la mesa donde trabajaba, para encararse conmigo.

—Sí; ha venido ¿y qué? Contestele levantando la cabeza del dibujo que tenía entre manos y soltando el tiralíneas.

—Por que dicen que es para *agasañar* á los pobres.

—Pues todo podría ser.

—Y usted no podrá estar disgustado, porque también es pobre como yo y algo ha de tocarle.

—Desde luego: la casita donde vivir y la fanegada de tierra para coger el gofio;—añadile con seriedad aunque riéndome para mis adentros.

Y se pasaron los días y el *agasaño* no venía, y mi buen portero estaba impaciente, y al mes, ó cosa así, me asestó á guisa de escopetazo esta pregunta.

—¿Y cuando *pegan á repartir*?

Como comprendía de lo que trataba, me apresuré á decirle:

—Es preciso tener un poco de calma y aguardar. Se están formando primero los amillaramientos y las listas de los po-

bres para proceder al reparto y para que no quede alguna riqueza oculta, los vecinos que nada tienen, que son los interesados, están facultados para denunciar las ocultaciones al ayuntamiento. Ya está medio arreglado lo de las tierras y quizá toquemos á fanegada y media. Lo de las casas principia ahora.

El semblante de mi hombre se anubló algún tanto.

—¿Y se apuntan las casas?

—Sí: y ahora que recuerdo; el Judas dijo en el Comité, que V. tiene dos en el Risco de San Nicolás y que de ellas, una le debe tocar á él que es pobre y republicano.

—Vaya al... (bueno: al jinojo,) el Judas. ¿Pos qué ha estado yo trabajando toda mi vida para que ese vergante se disfrute de lo mio?...

Y por aquí continuó añadiendo denuestos y palabras soeces que tenían que oír y que no sé como no las escribo todas y con todas sus letras, y me ando con jinojos y puntos suspensivos, cuando hoy nada se disimula y es mejor escritor y más castizo el que más desvergüenzas, limpias y mondas larga en sus escritos.

El bueno del portero adoraba en sus dos casitas y por otra parte no podía ver al Judas (ignoro la causa) y le indignaba hasta la soberbia, el agasajo que este pretendía.

—¿Quién era el Judas?

El Ciudadano Avedanc que tenía ese nombre de pila y era el dueño de la talabartería establecida en una accesoria de la casa oficina, y por consiguiente vecino nuestro.

El título del artículo hace suponer que no hubiera entonces en nuestra Ciudad otro establecimiento de aquella clase que el mencionado; habría más, aunque no lo aseguro, pero sólo esta era la genérica, la típica, y no por el esmero de los trabajos que de ella salían, lo que importaba poco, en el

entonces, sino porque era el centro de la candente república nuestra, la Meca del federalismo más exaltado, el *sacro locum* de reunión de los patriotas más furibundos.

Los trabajos que se confeccionaban en la *talabartería* en cuestión, no dudo que pudieran resultar de primera marca y figurar en cualquiera importante exposición, si se hubieran hecho; pero allí, como en las zapaterías, no se trabajaba, ni entonces había tiempo para ello, ni el que había bastaba para atender á la discusión continua, á la urdiembre de intrigas, á la lectura de folletos rabiosos y al manejo de los asuntos públicos, que se fraguaban é imponían á los populares centros y autoridades.

Porque hay que decirlo con entera verdad. Hubo un lapso de tiempo en que la Talabartería influyó como quiso en los presidentes de los comités, en los Jefes de las milicias y en el municipio mismo. Y si no causó males de trascendencia el influjo de esta reunión ignorante y exaltada, contribuyó en primer término á formar aquella atmósfera de desbarajuste y el estado aquel de semi-anarquía en que vejetábamos.

¿Cómo es que se forman en tiempo de revueltas esas popularidades y esos prestigios en individuos oscuros, sin posición social y sin instrucción ni criterio alguno?

¿Cómo aparecen de la noche á la mañana, espontáneamente, como los hongos, manejándolo todo, imponiéndose á todos y dando á los hombres y á las cosas su sello de vulgaridad é ineptitud, si á peores no pasan?

La populachería, mal endémico de los partidos avanzados, es el escollo donde fracasan sus instituciones y hombres de más valer.

¡Cuanto carácter, cuanta energía y cuanta entereza no se necesitan para manejar un pueblo libre! De otro modo, los pastores se truecan en corderos y son ellos los manejados.

Los más osados, los más atrevidos, los más bribones, arrastran al pueblo y...; nada que me meto á filósofo y que no entiendo de eso.

Trato de explicar cómo el Ciudadano Avedanc y los paniaguados asistentes á su taller de talabartero se quedaron entonces, ó poco menos, con nuestra Ciudad, y me voy enredando en fraseologías que no sé escribir y que nada dicen.

Pero hechos son amores y no buenas razones.

Hablen, pues, por mí, los hechos.

Y ahí vá uno de tantos.

Algunas veces, las pocas que iba á la oficina, casi *pro formula*, porque en esos días de revolución, nosotros republicanos, y no de los de tres al cuarto, éramos los dueños y señores, y nuestros Jefes nada nos decían, ni se atrevían á ello, tal vez porque sus conciencias les impidieran obrar como tiranos, ó tal vez porque temiesen que en la gallería y en los periódicos como á tales los denunciásemos; digo, que algunas veces pasaba la mitad del tiempo antes de entrar en mi oficina, en la *talabartería*, que encontraba al paso, y echaba mi cuarto á espadas en las discusiones que allí tenían lugar y hasta llegué á hacerme con la amistad del dueño.

¡Y cómo me sirvió este vínculo en aquella noche terrible en que se dió en la gallería el grito de ¡abajo los morenos!

Presentóse cierto día un federal de San Nicolás, muy apurado, sofocado y molesto, y sin más preliminares ni razonamientos exclamó:

—Compadre, desengáñese V.: el alcalde popular es un pastelero.

—¿Por qué lo dice, compadre?—le argumentó el Judas.

—Sepa V. que me ha puesto una multa hoy mismo; pero no la he de pagar así me maten. Que me lleve á la Cárcel si se atreve.

—¿Pero el Alcalde no sabe que V. es mi compadre? ¿Cómo se ha atrevido entonces á insultarle?

—Ciudadano Avedanc,—tercié yo—entérese primero del motivo de la multa y después hable.

—No tengo que enterarme; tratándose de mi compadre debió avisarme antes. Pero bien: ¿porqué lo han multado, compadre?

—Compadre: como V. sabe, estoy fabricando en el Risco, en lo alto de la ladera; la calle es estrecha y el material depositado para la fábrica la coge toda; y la coge porque no puede ser menos, y yo soy un hombre libre y tengo derecho á fabricar...

—Y á cogerse la calle y jorobar al vecino, (yo otra vez.)

—El vecino se queja porque tiene que saltar sobre el montón de piedras para entrar en su casa. ¡Qué lástima de patas! Que se jorobe que es un sacristan, un neo, amigo de los curas, y además bombero.

Debo hacer presente que la literatura moderna me permite sustituir el verbo jorobar por el otro que disimulo, así me lean niños y señoritas.

Y continúo.

—¿De modo que el Alcalde, que la da de republicano, lo ha multado á V., que es mi compadre, por darle gusto á un bombero? Váyase tranquilo, compadre, que yo arreglaré eso.

Y se marchó el ciudadano con otro talante.

Y el Judas envió de emisario al pequenuelo que tenía de aprendiz.

Y el Alcalde se presentó en la *talabartería* inmediatamente; y yo me ruborizé de asistir á la conferencia por mucho que me instara el Avedanc para que me quedase y presenciara los detalles de su triunfo.

Y triunfo fué; porque la multa se levantó inmediatamente,

continuaron los montones de piedra en su sitio, y el pobre sacristan, *bombero* y *neo*, tuvo que purgar estas sus culpas y pecados, continuando sus saltos por las piedras.

Y como no hay mal que por bien no venga, ¡quién sabe si esta gimnasia le convendría para disminuir la grosura que se iniciaba en su vientre!

Pero como este hecho que he narrado pudiera citar algunos más, si no fuera acercándome á las doce cuartillas obligadas.

Este cuadro podría haber formado parte del titulado las Zapaterías, por la analogía de los oficios, que con cueros lidian; pero, en primer lugar me lo hubiera impedido las dimensiones que ha venido tomando, y en segundo, la creencia de que la *talabartería* en cuestión, por la misión que desempeñara, merecía un artículo aparte.

¿Cómo no, si ella parodiaba el antiguo club jacobino que imponía su ley al Ayuntamiento de París y á la Convención misma? ¿Tendría el ciudadano Chanmette ó el ciudadano Herbert otro tipo distinto en lo moral y físico que el ciudadano Judas? ¡Quién sabe! ellos actuaban en un teatro grande, que llevaba á lo trágico, y el pequeño de éste no permitía sino el género cómico.

En poco tiempo la talabartería se encimó sobre la zapatería del *ciudadano la O*. Muchos de sus concurrentes, los más exaltados, se pasaron á aquella y empezó ésta á llevar vida lánguida como si fuera, y permítaseme la paradoja, una zapatería de bomberos.

El punto de situación favoreció en mucho á la talabartería. Las avalanchas federales que bajaban por la calle de San Justo, del barrio de San Nicolás, se veían obligadas á pasar por allí. Comenzaron por detenerse unos pocos, que fueron aumentando, hasta concluir, como la bola de nieve, en el máximo de grandeza.

Demás está decir que en la talabartería no se perdía el tiempo en contar las tierras de la casa de Manrique, sino en idear el modo de repartirlas.

¿Qué signo tenía esta respetable casa con sus propiedades, que sólo de ella y no de otra, se acordaron entonces en los conatos de socialismo?

Los consumos, que cayeron por unos días, al grito de un ¡abajol de la Revolución, volvieron á reponerse en su mismo reinado.

Pues bien.

Desde el nombramiento del *administrador* (primer fa-raute del grito) hasta el del último *media ronda* (colilla del mismo), fueron obra é influjos del ciudadano dueño de la talabartería.

El establecimiento presenció entonces una corte tan asidua de pretendientes, como no pudiera blasonar el rey más poderoso. No le fué en zaga á la de Luis XIV.

El único de aquellos *rojos* solicitantes que trató siempre, también en esto, de *igual á igual* al ciudadano Judas, fué el compadre cuya fábrica, con el depósito de sus materiales, impidió el tránsito al sacristan bombero.

—Compadre: se lo digo por *esta* (y, aunque federal y descreído, la *hacia* y la *besaba*, en son de juramento) que si no me dá *ese*, porque no quiero el *otro*, me paso al *bombero*.

—Conque ya lo sabe.

XXXI.

¡Ya no hay Pirineos!

Y, á priori, era generalmente manteado el que de allí venía, por más que después de este acto de brusquedad le distinguieramos con cordial amistad y le acogieramos con el agasajo de un compaisano.

Nuestro patriotismo, si bien un mucho de brusco y un tanto de cerril, pero noble y levantado, como virtud cívica de clásicos tiempos, pedía lo primero, y lo segundo era consecuencia de esa misma virtud que nos imprimía, después de cumplido lo que como deber considerábamos, generosidad y grandeza de alma.

Desgraciado de aquel de la vecina isla que al llegar á Las Palmas no confesara, á pesar del terrible *reboso* con que había, con riesgo de su vida, desembarcado, que nuestro mar era un mar de leche, plácido y tranquilo como en puerto cerrado, mientras que el *otro* daba cruz y raya al temido Ponto de la mitología griega.

Malaventurado el que manifestara que nuestra calle de Triana, formada entonces por mezquinas casuchas, tenía peor aspecto que la del Castillo ó media de longitud dos varas menos que la de San Francisco.

Los casos de lesa patriotismo para el peregrino de allá eran muchos y difícilísimos de sortear, por más que deseara vivir tranquilo entre nosotros ó fuera indiferente á las cuestiones de los dos pueblos.

¿Que puso mala cara al oír los denuestos que en sus barbas lanzaban, en tertulias y reuniones, contra su patria? Sospechoso.

¿Que no supo elogiar debidamente la arboleda de nuestra alameda, y dijo que si sus laureles de la India estaban bastante bien, no eran peores los de la del Príncipe de la ciudad de allá? Sospechoso.

¿Que oyendo una función en el teatro de Cairasco hizo un movimiento de incomodidad por lo molido que la dura tabla de la luneta tenía su trasero? Sospechoso.

¿Que al visitar la Catedral no abrió bastante boca, indicando con esto que su pasmo no era gran cosa, ó que era un pasmo de pura cortesía? Sospechoso.

¿Que puso en duda la verdad de la lámina que en aquellos tiempos dibujara en su buen deseo, con cándida inocencia un artista nuestro de patriotismo férvido, donde los barcos figuraban anclados en el Guiniguada? Sospechoso.

¿Que no creía que sus pedruscos de acarreo, caldeados por el sol y salpicados de suciedades, fueran linfas de oro donde se recreaban las graciosas ondinas ó ninfas bellas que cantaban nuestros poetas? Sospechoso.

¿Que le llamó *barranco*, sencillamente, sin mala intención, y no *río* como nuestros vates le apellidaron? Sospechoso.

¿Que puso en duda que antes ni después cristalinas aguas corriesen, al decir de nuestros Virgilio, por el pedregoso lecho y en ellas se bañaran las citadas ninfas y las dichas ondinas? Sospechoso.

Y no acabaría si fuera á citar los casos todos que podían despertar sospechas en el hijo de *allá* que por accidente nos visitaba.

¿Ni qué importaba, por otra parte, no merecer tal nota, si esto rara vez evitaba el indispensable manteo de recepción?

Muy amigo nuestro, muy estimado, muy obsequiado luego y muy bien tratado, fué el Director de la Escuela Normal, que de allende vino, y, como á sus paisanos, se le manteó.

¿Y qué hizo el pobre Pompadour para que se le atormentara con aquella burda y soez serenata, peor que el manteado que le suprimieron por insuficiente, y fué concertada y dirigida por altas y encumbradas personalidades?

Y así vejetábamos odiando á la *interina* y regocijándonos cuando los tiempos del segundo cuadrante, levantando las ordinarias gruesas mares de fondo, impedían los desembarcos en nuestra rada, y la bandera negra señalaba el peligro, porque suponíamos que allí lo contarían peor.

Jamás se nos oía decir: «¡qué mal tiempo tenemos!» ni «¡cuántas lanchas se nos han volcado!» y así pasaba generalmente en esos días si no eran timoneadas por los prácticos Machín ó Velazquez. En cambio, «¡cómo estarán allá!»: «¡qué será eso allá!»; «no habrá quedado un barco allá que no haya ido á la playa», era la cantinela.

Y discutíamos larga y acaloradamente con aquellos periódicos, por que allí se pensaba y obraba exactamente lo mismo, para probar cual de ambos puertos fuese el mejor, sin echar cuentas de que entonces uno y otro lo eran peores, y peores de todo punto. Ropa sucia y muy sucia que jamás debimos lavar sino en casa.

Nuestro desideratum, el cúmulo de nuestras ambiciones era la división de la Provincia. (Más tarde se nos dijo, á guisa de ukase, que no pensáramos en eso, y acatamos y pusimos sobre nuestras cabezas la alta disposición). Y no la deseábamos la división esa por el lucro de empleos que trajera consigo, porque yo conocí la segunda, joven de 16 años, y ví ocupados todos los puestos por peninsulares y santacruceros.

No: en tal aspiración la idea dominante y exclusiva era la patriótica con toda su pureza, y bien lo manifestaban los versos de los himnos que se cantaban en los festejos de las divisiones.

¡Oh ventura! Canaria ya es libre,
De Tinerfe cesó la opresión.

Y esto, el cesar la opresión de Tinerfe, modo clásico de llamar en verso á Tenerife, era lo que se pretendía. Y conseguido ¿qué importaba que todos los empleos se ocuparan por peninsulares ó por hijos de aquella tierra? ¿No se les daba, en el hecho de ser empleados de la provincia de las Canarias Orientales una significación y una acogida extremadamente superior á sus máximos de doce mil reales, y á los de Tenerife no se les exceptuaba, además, del riguroso manteado?

¡Mantearlos!

¡Cómo, si dividida la provincia, el odio feroz que con la leche mamábamos contra la *interina*, se trocaba en plácida ternura y amor entrañable!

¡Cómo, si este sensible sentimiento inspiraba á nuestros vates, que con más encono emprendieron la lucha, redondillas como la siguiente que apareció en el trasparente que decoraba en una de sus fiestas la fachada de la casa condal:

Con muy sincera lealtad
Hoy ofrece Gran Canaria
Á su vecina Nivaria
Unión y fraternidad.

Lo cual, si para alguno más difícil de contentar que yo, no era verso del todo, no por eso era menor expresión de la viril virtud de un pueblo, duro en el combate y clemente en la victoria.

Pero la provincia se unía y los odios de pueblo á pueblo, adormecidos en el lapso de tiempo de las divisiones, renacían con igual saña.

Y ahora, ¿quereis saber hasta que grado de alteza y virilidad llegaba el patriotismo, grande en esencia, si rudo en formas, de aquella gente?

Os citaré un hecho, que á vosotros los que lameis las manos de los que reparten destinos, os parecerá fabuloso.

Un pobre señor, pobre, sin otros recursos que el modesto destino que desempeñaba, y á quien conocí anciano, fué nombrado para desempeñar una plaza de escribiente en las oficinas de Hacienda, porque estos puestos, por sus mezquinos sueldos, eran despreciados por los peninsulares y los tinerfeños. Su inteligencia y buen comportamiento le hicieron ascender, hasta el extremo de llegar á oficial al unirse la provincia; buen destino entonces y que además le ponía en carrera, pero que le obligaba á residir en Santa Cruz.

—No tendrá la *interina* el gusto de que mis plantas pisen su suelo,—contestó al recibir la credencial, y renunció al destino, sin tener otra cosa.

¿Comprendeis esto los de Puerto Franco?

Sé que esa respuesta, digna de un lacedemonio ó de un numantino, os hace reir á vosotros que iríais por ocupar plaza en esas oficinas, no digo á la *interina*, que ya llamais Santa Cruz con toda impudencia, sino al mismísimo centro de los infiernos, si os la ofrecieran.

Pero yo no me río como os reis vosotros, sino que admiro y ¡oh! quien me diera pluma de diamante y tinta de oro para escribir el nombre de ese patriota, que no cede en grandeza clásica á los Escevolas y otros héroes de la antigüedad.

La historia sería no lo mentará tampoco, porque la historia sería jamás hace historia sino inventario de hechos que no dan idea del color de la época en que pasaron, ni marcan su carácter y modo de ser.

¿Qué íbamos á trabajar por conseguir carreteras ni otras concesiones de interés material?

¿Qué nos importaban las necesidades de la materia cuando las del alma no estaban satisfechas?

¿Quien incomodaba á un Diputado por un destino ni por una credencial, cuando la alta aspiración patriótica estaba sin realizar?

La célebre copla aquella de

Pan y peras no seas bobo,
Camina con precaución:
Pues más que tú no lo quieras
He de pedir división,

lo concretaba todo. División, división y siempre división eran nuestros deseos: ni más ni menos, ni menos ni más; y en *Pan y peras* simbolizábamos á la pérftda *interina* que nos usurpara nuestros derechos á la capitalidad, de la cual habíamos estado en posesión, al decir de nuestros escritores de más talla, durante centenares de años.

Y eran de ver los festejos, cortados en el molde de las saturnales, que celebrábamos en las épocas en que Dios quería que estuviésemos divididos.

Esas épocas, desgraciadamente, fueron dos no más, y desde el alto al bajo, desde el rico propietario al infeliz jornalero, corrían la juerga ébrios de patriotismo y de algo más, juntos, confundidos en fraternal francachela, cantando tras de los carros simbólicos,—en uno de los cuales, dicho sea de paso, figuré de angel en la primera división,—la consabida tonadilla

¡Ay D. Tomás! ¡Ay D. Tomás!

Que la cosa, que la cosa vino ya,
cuando no la de

¡Ay D. Simón! ¡Ay D. Simón!

Que vino, que vino la división.

¡Oh tiempos felices en que nuestras aspiraciones eran tan levantadas, en que había alma para sentir lo noble, en que pobres, tapando nuestras desnudeces con nuestras capas raidas, no pensábamos en nuestro bien particular sino en el general, y esto lo simbolizábamos en una idea de independencia, en la idea de libertad y de recabación de nuestros fueros!

De grandes alturas se nos mandó más tarde hacer *mutis* en el asunto; sumisos lo hemos hecho; pero nuestros viriles caracteres, nuestras altiveces de astures, han decaído hasta el extremo del aplanamiento que expresa la siguiente característica frase:

Dáme pan y llámame perro.

Y así nos han encantarado por luengas décadas y nos seguirán encantarando hasta que se harten de ello, si quieren hartarse, que es potestativo.

De vez en cuando tratamos de simular algo de las virtudes patrióticas de nuestros abuelos, pero mutuamente nos vemos el paño, y nos largamos á reir en nuestras respectivas narices.

¿Qué mayor señal de decadencia?

Ni una vez por respeto siquiera á la tradición, llamamos á Santa Cruz la *interina*.

Le decimos Santa Cruz de Tenerife, con todas sus letras.

Y dejo el asunto para otro cuadro, pues este ha llenado ya la medida del convenio.

Pero no quiero terminar dejando en el tintero lo del *juramento* de hace pocos años.

Cierto que nos hicieron una perrada negra en aquel angustioso viernes santo; cierto también que *juramos*

solemnemente en la plaza de Santa Ana no volver á pisar el suelo del enemigo pueblo.

Pero es cierto, igualmente, que al siguiente día, como aquel que dice, ya todo olvidado, fraguamos con *ellos* planes de ligas políticas que se realizaron.

Que nos vimos el paño en el momento mismo del juramento aquel, y nos reimos estrepitosamente para nuestros adentros.

¡O tempora, o mores!

Y que el *delenda Cartago* era, por supuesto, recíproco entre los dos pueblos, vuelvo á repetir.

¡Ya no hay Pirineos! (Continuación)

Y un Gobernador de la Provincia, que me parece fué el personaje que algo mas tarde se distinguió como autor dramático de primera fila, tuvo la desdichada ocurrencia de deportarlos á Canaria.

Antes de continuar, creo que explicar debo las anteriores palabras de *me parece*, y la de *desdichada*, y allá voy en el acto, del modo mas breve.

He dicho *me parece*, porque no aseguro si fué ese ú otro el Gobernador del caso, pero averigüelo la historia seria, si le precisa, que para la mia, más verdadera, no es indispensable; y bueno fuera que para escribir escenas reales y positivas, tal cual han pasado, necesitara de los nombres y orden cronológico de los Sanchos de todos géneros y matices que de la Revolución á la fecha han dispuesto como han querido de estas Baratarias.

Desdichada llamo la ocurrencia de la deportación, porque surtió el contrario efecto que se proponía la autoridad deportadora. Sin esa medida, tal vez, y sin tal vez, una de sus pretendidas víctimas no hubiera alcanzado la popularidad que le llevó á sentarse en los bancos del Congreso.

Fueron cinco los agraciados, que así puedo llamarlos, excepto á uno, un viejo amigo y compañero de oficina que, desde entonces ha venido postergado desempeñando modestos destinos cuando ha valido por sus talentos claros y especiales aptitudes más, de seguro, que todos ellos.

Con intimidad, aunque éramos correligionarios, no traté, fuera del amigo referido, sino á otro, el de más edad, que era un tipo especial y lleno de carácter.

Fuí su constante compañero mientras el tirano lo tuvo relegado en nuestra Ciudad. Era un gran corazón dirigido por una cabeza de chorlito.

Me recordaba, á mí que tanto me empollaba en lectura de los girondinos, al convencional Larrasvaille Lepoux, el teofilántropo; y efectivamente, aquella fantástica cabeza era una balumba de principios católicos, de procedimientos de cuáquero de ideas fourrieristas y de doctrinas de masonismo sentimental.

Incomodábanle sobremanera las sandalias de oro que, á su juicio, usaba el Papa, y podía asegurarse que si este aditamento de la indumentaria pontificia hubiera sido de grosero cordobán ó ruda baqueta, su catolicismo no hubiera envidiado el nivel del místico más ferviente.

Era masón en tanto y cuanto veía en la secta un culto á la Divinidad, simbolizada en un asequible maestro de obras, sin el cortejo de frailes y curas que el Dios mal entendido de la reacción necesitaba, y no se avenía con su educación *progresista*. Y tras la *mueca* de los hermanos no descubría las tunantadas de los lagartos Rosacruces y Kadoses, sino que creía con toda la sencillez de su alma buena y la fantasía de su cabeza á pájaros, en la fraternidad universal que predicaban para uso de los pobres diablos afiliados.

Uno de los federales de la *interina* tuvo un hijo y se le invitó para que lo apadrinara.

Aceptó y llevó á la iglesia á la criatura con un séquito regular de ciudadanos *gangocheros*.

—Señor Cura,—le dijo al que lo era de la parroquia,—yo no quiero nombre de Santos para el muchacho. Bautícelo V., que no hallo mala esa ceremonia del culto católico, y sus padres lo son además; pero póngale V. *Teide número primero*.

Si el cura accedió, que no lo creo, á la petición, ó si en el bautismo que se repitió en la lógia hubo menos escrúpulos, que es lo más probable, es lo cierto que el chico en cuestión quedó con tal nombre.

Era *Teide número primero*, según me dijeron al preguntar, porque me chocó el muchacho.

Un recuerdo quedó entre nosotros, por algún tiempo, del víctima que alcanzó puesto en el Congreso de Diputados.

Era un gracejo frailuno que nos narraba, un chascarrillo burdo, en el que se empleaba con aplicación desacertada una palabra latina, que era la punta.

Yo *me flumen de te* ó *ego me flumen de te*, que bien no recuerdo, en donde *flumen* (rio) se tomaba por un mal estudiante ó por un lego; que tampoco recuerdo, como un modo y tiempo del verbo reir.

¡Y cómo era oírlos y qué pesados estaban mis correligionarios, que le hacían la córte con su eterno *ego me flumen de te*, ó simplificando, que no quitaba lo plúmbeo, *ego me flumen* á cada paso.

Dios me perdone; pero en caso del Sancho que lo deportó, yo no lo hubiera hecho por lo de su política, pero por lo de su cuento lo hubiera mandado á Fernando Pío ó aún más lejos, que entonces teníamos bien lejos adonde mandar.

¡Cuidado con el *ego me flumen*, que venía á reforzar el insufrible repertorio defastidiosos modismos que en aquellos dias se nos vinieron encima! Parece que teníamos pocos con

el *¡pues ya!...* el *ya lo sabe V.*; *sos bobo y vas al tunel*, ¡qué gracioso! y *¡la mar!* que se introdujo entonces y no se ha quitado aún, ni lleva trazas de ello!

—Ciudadanos,—decía el Presidente en la reunión de la Gallera:—ahí tenéis en esos correligionarios nuestros á las víctimas de una tiranía desatentada; ellos sufren la persecución del tirano por ser consecuentes con sus ideas liberales y republicanas. Fraternicemos con ellos y no nos miremos sino como hijos de la misma provincia y de la misma patria. Españoles somos todos y Canarios, y á más nos une el mismo amor á la república Federal. ¡Viva la república federal, ciudadanos!

El viva no fué contestado con mucho entusiasmo, porque el pueblo allí reunido no acababa de digerir la idea de que los de Santa Cruz fuesen canarios, por más que así lo dijera el presidente.

Era éste en aquella noche el mismo de los republicanos de la escuela de San Francisco, cuando la república nuestra estaba dividida en dos fracciones que se querían con igual amor que el diablo á sus hijos.

Poseía, como creo haber dicho, y si no lo digo ahora, una voz dulce y persuasiva y una oratoria llena de maturrangas y subterfugios que lo llevaban siempre á su objetivo, cuando nosotros no éramos sus *moscas*; y á la verdad hacía tiempo que habíamos dejado de serlo.

—Ciudadanos,—dijo uno de los deportados:—nosotros os damos las gracias por vuestro fraternal recibimiento; no era de esperar menos en vuestras ideas republicanas; los republicanos todos somos unos, y entre nosotros no hay diferencias de pueblo ni de localidad; el republicano de Santa Cruz y el republicano de Las Palmas, son dos hermanos que deben que-

rerse con fraternidad entrañable: somos hijos de la misma madre: de la misma provincia, ¡Viva la república federal, ciudadanos!

Este segunda viva fué contestado con menos entusiasmo que el anterior.

¡Hijos de la misma madre, hermanos los de Santa Cruz y los de Las Palmas! la idea se les hacía cada vez más indigesta á las masas.

—Ciudadanos, saltó otro, la república federal será la solución y el lenitivo de todos nuestros males: dos federaciones caben en la Provincia: la Oriental y la Occidental; pero estas dos federaciones vivirán ligadas por estrechos lazos fraternales. La tiranía ha educado en el odio mútuo á dos islas hermanas, á dos poblaciones que están llamadas á apoyarse la una en la otra y á ayudarse mutuamente. Ciudadanos: ¡vivan las repúblicas federales de Oriente y Occidente de las Canarias!

¡Viva!, se contestó entonces con algún entusiasmo.—Desaparezcan los odios que nos tienen divididos; no haya Canarios ni Santacruceros, sino republicanos federales de uno y otro pueblo, que profesan la misma idea y hablan el mismo idioma. ¡Viva Santa Cruz de Tenerife y viva Las Palmas de Gran Canaria!

Milagro patente: los odios de pueblo habían desaparecido. Ya podían volcarse lanchas en el muelle nuestro; Santa Cruz sería la primera en guardarnos el secreto. Ya podían venir á la playa los barcos fondeados en aquel puerto; nosotros haríamos chitón sobre el asunto.

¿Y por qué era ello, cuando tan reacios se habían mostrado? Averígüelo Vargas. Sería el poder de la idea de fraternidad republicana, ó una mudanza repentina y sin ton ni són de las masas, ó algún olorcillo á División que pudiera trascender del último discurso.

Pero lo cierto fué que el doble viva se contestó con entusiasmo y frenesí que rayaba en delirio.

—Ya no hay Pirineos, dije al capitán de la *segunda* que estaba á mi lado.

—No te burles de un acto tan serio; aplaude como todos, y únete á esa manifestación tan augusta de fraternidad republicana.

Y me uní como todos y salí de bracero, terminada la sesión, con mi teofilántropo, que iba ideando la manera más económica de reunir ambos pueblos en fraternal banquete.

—¡Qué festividad más hermosa, digna de la complacencia del Ser Supremo, no sería la fraternidad en masa de esos dos pueblos hasta hoy rivales!

¡Qué espectáculo que regocijaría á Cristo, el ciudadano Redentor, el ver á esos dos pueblos confundidos en un abrazo de hermanos! ¡Cómo bendeciría el Gran Arquitecto del Universo esa conmovedora efusión!

¿La madre del cordero?

Pregúntome á mi mismo si sería la base de aquella inesperada explosión de olvido y concordia el suceso que, fuera de lugar, voy á referir ahora.

Ostentaba el Casino, en sus buenos tiempos de Gabinete Literario de verdad, antes de la Revolución, en su fachada principal, á guisa de lápida conmemoratoria, una especie de cuadro ó tarjetón de madera donde en áureas letras se leía:

A LOS DIGNOS DIPUTADOS

DON JACINTO DE LEÓN Y DON CRISTÓBAL DEL CASTILLO

La Ciudad de Telde, reconocida

Marzo 17 de 1852

Diez y seis años, pues, había disfrutado en tranquilo reposo el tarjetón dicho de honorífica vida, á contar desde la primera división en que fué traído en son de pleito homenaje, para ocupar el distinguido sitio, por la Comisión *ad hoc* de la ciudad oferente.

Vagamente recuerdo, por ser entonces muy niño, algo así como haber visto desde mi puesto de angel en el carro de Guía, la marcha solemne del distinguido cortejo, la no menos solemne recepción, y aún la *quindada* al sitio de colocación, en cuyo detalle la solemnidad vino un poco á menos, como era natural.

Pues bien.

Sic transit gloria mundi.

En la noche de nuestro Glorioso Movimiento, parte de la turba multa que nos acompañó, en tanto estábamos dentro del local con nuestra Soberana, se lanzó á descolgar el ante dicho cuadro llevándole luego en grotesta procesión, en medio de vivas á Prím y mueras á los diputados á quienes honraba, á depositarlo en lugares excusados del edificio, donde lo abandonaron.

Y quién lo vió y me lo ha narrado vive aún, y

*lo que consigno en este papel
mantenido estará por él.*

Y aunque el incivil y grosero acto solo tuvo por causa ú objetivo el demostrar la enemiga contra los dignos representantes, por sus ideas favorables á la situación derrocada, no por eso dejaba de ir en cierto modo de rechazo contra la augusta idea ó simbolismo de la División, aún no mancillada directa ni indirectamente, ni con el pensamiento, por nadie.

Hechos más ó menos análogos se daban en aquellos tiempos, en la Península y fuera: por ejemplo, la manifestación contraria á la fiesta del Dos de Mayo y el derribo de la colum-

na de Vendome. Por ahí comenzaban á soplar los vientos: por destruir los emblemas de tradicionales glorias so pretexto de mal entendidas ideas de fraternidad universal. ¿Quién sabe pues? Pero no me atrevo á sospechar otra idea distinta á la de la enemiga á los diputados en lo de la lápida.

Y termino con un toque de atención á vosotros los periodistas modernos.

Ved cómo en aquellos tiempos se creía haberlo dicho todo con llamar *dignos* á dos eminentes varones á quienes tantos beneficios debíamos.

Dignísimo llamáis vosotros al primer zascandil que toque á vuestras puertas en demanda de un suelto.

¿Qué guardáis, pues, para el personaje que merezca de veras tal adjetivo?

¿El de *rosicler* que habéis empleado en cierta ocasión?

Pues que os aproveche.

Lúcas Gómez.

El lector sabe, sin explicación, el equivalente de esta frase que la cito por que los cajistas ó *quien corresponda* se han comido un párrafo en la página 247 que no quiero pase por alto.

Después de el «chico en cuestión quedó con tal nombre», debió seguir:

Algunos años más tarde, en uno de mis viajes á Santa Cruz, un grandullón de picaresco semblante y robustas formas, llevaba mi maleta del muelle á la fonda de Durval, Dourvan ó Derval, que he concluido por no saberlo de seguro.

Y luego:

«Era Teide número primero.»

Por lo que respecta á la mala ortografía del nombre del convencional francés ¡vaya con el demonio!

XXXIII

Del rabiar de los perros y de otros asuntos menudos de la época.

El hecho es incuestionable; y tantas son las pruebas que lo acreditan, cuantos son los nombres de los que aún viven, de aquellos tiempos.

Repito, pues, que no es chuscada mia, ni yo las tengo, ni las necesito, el afirmar que con la Revolución vino la rabia de los perros nuestros, hasta entonces libres de esa enfermedad.

Explique la causa el que tenga ciencia y sepa hacerlo bien; que no siempre están unidas una cosa y otra, porque hombres de ciencia conozco yo, y muchos, que no saben ligar dos voces hablando, ni escribiendo, para darse á entender; y por el contrario, *cerrojos* y *muy cerrojos* trato, cuya verbosidad hueca y palabra fútil les hacen aparecer como sabios á los ojos del vulgo.

Médicos entendidos á la par que buenos escritores tenemos, por suerte: hablen ellos, que ahí tienen su *jerga* para explicarnos el fenómeno.

Y, por mi parte, ahí van los datos que puedo procurarles.

No se habían aún introducido, á lo menos abundantemente ó en cantidad notable, perros extranjeros en nuestra isla. El *bardino*, el *de caza*, el *ratonero* y el perro *sato*, campaban por su cuenta, sin extraños rivales.

El *bardino* que la gente culta llama *verdino*, y dispénsemme estos señores si prefiero la primera denominación, que derivo de *bardo* ó *barða* (cerca de propiedad), y alude al oficio que de guardarla hacen estos perros, en tanto no veo, porque se necesitan ojos privilegiados, el tono verdoso que entra en el color de su piel, y es el fundamento de la otra; según opinión autorizada de un historiador amigo, proviene del cruce del perro indígena con el perro peninsular: es decir, de la liga del conquistado con el conquistador.

Y cita un documento que presenta auténtico, como prueba evidente.

Que es nada menos que un peregrino contrato celebrado entre el *Vizco*, furriel de las tropas de Juan Rejón y un tal *Magado*, *caracolero* de órdenes de Maninidra, que textualmente termina así:

..... e por quanto nos los subsodichos, Magado, moro de Canaria, e el Vizco, cristiano viejo de Castiella facemos pacto de cobrir la mi *mastina*, con el su *chancha* (perro en aborigen)... e ansi mesmo, de suso, pactamos, ende, e contratamos, e nos comprometemos e nos enredamos e nos líamos a facer mesura por parte y metad de las sus crias sanas, e vivientes e permanentes e non de las hueras.

Y dado el remoto y castizo origen de este perro, nadie puede dudar que sea el modelo del heráldico de rabito enroscado, que, en pareja, custodia la palma central de nuestro escudo de armas.

El *perro sato*: este es un enigma para mí que he estado oyendo hablar de ese animal, año tras año, sin haberlo visto ni una vez siquiera.

—¿Qué se ha hecho de la breca que nos regalaron? dije en Gando, hace muchos años, al capataz Galindo encargado de las provisiones.

—Se la llevó un perrillo *sato*, que se metió en la cocina.

—¿Un perro *sato*? y que es un perro *sato*?

—Un perro así... pues... un *satillo*, que dicen.

Y es lo más que he podido alcanzar de definición, sin que hasta el día nadie me haya dicho de un modo terminante:

—Ese: ahí tiene V. un perro *sato*.

No: será siempre para mí el perro en cuestión un animal fantástico como el hipógrifo, el león alado, el peje Nicolás y la serpiente de mar.

No puedo dar cuenta exacta del espanto y zozobra que causó en nuestra ciudad el primer caso de rabia declarada y, sobre todo, al hacerse pública la muerte de la persona mordida.

—¡Cuántas calamidades,—decían los pacíficos, que en aquellos tiempos estaban muy lejos de ser bienaventurados,—nos han venido con esa malhadada Revolución! La gente está como loca: gritos en las calles, carreras, redobles de tambores y teje meneje de cañones, que no dejan dormir; por vestirse de *machangos* y meterse en los *comiteles*, los hombres no van al trabajo. La horca que nunca habíamos visto, levantada en la plaza de la feria y para fin de cuento, los perros rabiando.

Y el miedo á esta última plaga era general.

Las noches que no teníamos que hacer en el Club, ni nos apuraban gran cosa los trabajos del periódico, nos íbamos al Casino á leer ó á oír leer sobre rabia. Era la ocupación nocturna de los socios; hasta el juego se había abandonado.

Generalmente, uno de nuestros amigos, el compañero de redacción libre cambista, era el lector obligado y tenía para ello buenas condiciones de voz, entonación y oído. Surtía los tratados sobre el asunto (que no sé de donde sacó tantos y tan buenos), el comensal aquel que pagaba nuestras cenas en casa del ciudadano Mármol.

Por supuesto, que durante la sesión no se oía el vuelo de una mosca; tal era el silencio con que el pavor al mal reinante nos obligaba á prestar atención á aquella enfadosa y larga lectura de casos, remedios y curas... cuando los había.

Y comenzaban á las ocho de la noche para terminarse, por punto general, á las doce ó doce y media, las sesiones dichas.

Que de durar sin los nuevos incidentes que las interrumpieron, llevando á otra parte la atención de aquel público, y trataré luego, nos hubieran enterado, en cuestión de rabia, hasta el punto de haber estado aptos para dar lecciones al famoso *Pasteur*.

Y al final salíamos cari-acontecidos y temblorosos para nuestras casas, siguiendo las calles por el arroyo para mejor guardar la descubierta, con el bastón levantado ó el estoque desnudo, temiendo ver un can en cada bulto y un rugido de rabia en cada ruído.

En una de esas noches, un grito estridente, horrísono y pavoroso, lanzado á la par por cuatro voces, espantó é hizo huir á un desdichado *perriendriago*, tiñoso y hambriento que roía anheladas piltrafas al volver de la esquina de la calle del Espíritu Santo con la de los Reyes.

Cuatro estoques avanzaron sus temidas puntas contra... el mal olor que dejó en el sitio el can-oblea, que se hallaba ya lejos, y cuatro rostros se encararon mutuamente como diciéndose:

—¿Sin nuestra valerosa actitud qué nos hubiera pasado?

Quizá adivine el lector quienes fuesen los de los gritos, estoques y rostros encarados, y si no es así, no seré yo el que se lo diga.

El tratado sobre la rabia que se leía en aquella primera noche era de los más interesantes; su autor, alemán, corría por

lo mismo, como una celebridad europea, y todos escuchábamos la lectura con la mayor atención, cuando vino á interrumpirla la entrada de un individuo que en actitud de *arrogante moro estás*, se presentó en el salón, diciendo con energía:

—Vengo á esta digna Sociedad á hacer pública manifestación de que X es un víl, un canalla, un indecente; que no merece el nombre de caballero; y á hacer constar que soy hombre para decírselo en su cara.

Y cogió la puerta de la calle, en seguida.

¿Por qué buscar entonces la cara de nosotros? ¿qué le impedía dar con aquella, la interesada?

Pasmados, como era consiguiente, quedamos al escuchar tal exabrupto y suspendimos nuestras rabiosas lecturas para entrar en comentarios sobre el asunto.

Los que fueron igualmente interrumpidos con la entrada del X que, á su vez, y en igual actitud se plantó, y dijo:

—Señores: acabo de saber que Z ha venido aquí y ha manifestado que yo soy esto y esto y lo demás allá: pues sepase que es él quien lo es y que estoy dispuesto á cantárselo en su cara.

Y esta era, otra vez, la cara nuestra.

¿Qué impedía que aquellos bravucones se buscasen las respectivas suyas, y no que las procurasen en el Casino entre los que nada que ver teníamos con sus cuestienes, ni en ellas nos iba ni nos venía más que lo que pide la ingénita ruindad humana, que se regodea con el escándalo del prójimo?

Y por este estilo se desempeñaban la mayor parte de los lances de honor que en aquellos tiempos tuvieron lugar sin más consecuencias. Porque en tanto cuanto ambos contendientes vomitaban por turno las cosazas que se tenían preparadas, á nosotros que pacientemente las recibíamos, ya estaban satisfechos.

Era muy cómodo y conveniente para que la sangre no llegase al río, elegir el centenar de caras de los socios aquellos, para largar en ellas lo que en las de sus contrincantes no osaban largar.

Eramos muchachos, en lo mejor de nuestra juventud, y nada más natural que tuviéramos novias.

Y quería yo á la mía, que pocos años más tarde llevé al altar, con toda mi alma, á pesar de lo embotado que me tenía el capricho de género casi, casi *non sancto*, que me inspiraba mi arrogante federala de San Nicolás.

Pero las teníamos ¡pobrecitas! en continuo sobresalto.

Leíamosles las cuartillas de nuestros escritos de atrevida doctrina ó candente polémica; hablábamosles de los planes que fraguaban para perdernos los contrarios á nuestra política; y como esto lo pintábamos con colores subidísimos para darnos á sus ojos los humos de *terribili viri*, de ahí que les tuviésemos, por lo regular, el ánimo en un hilo, y de ahí el sempiterno lloriqueo de ellas y el rogarnos que no expusiésemos de tal modo nuestras vidas, que eran las suyas.

—No corren peligro,—les contestábamos empleando nuestro más hueco tono:—aquí está nuestra salvaguardia, y les enseñábamos el revólver, cargado y todo, que, á guisa de federales norte-americanos, nos acompañaba constantemente.

Lo que en lugar de tranquilizarlas aumentaba sus sustos y temores.

—Quita eso, niño, que está cargado:—chillaban más que decían, muertas de miedo.

¡Que no vieran el risible sainete trás aquella trágica balumba!

¡Pero á mi bravía rubia podían asustarla con polémicas rudas, planes tenebrosos y revólvers cargados! ¡A ella si,

que en aquellos días había arrastrado por el moño, en mitad del mercado, á la gigantona revendedora bombera que trató de sisarle el peso!

—Mi *oficiar*,—me decía cogiéndome por la cintura en son de honesto juego,—¿tú *sos* valiente?

—Pues, hija, cuando se ofrece ¿y porqué lo preguntas, clavel de mi alma?

—Porque el bulto que tienes en este lado, debajo del chaqué, es un *rebelbero*, ¿vás á matar á arguien?

Confundía los nombres la sencillota; que en otro caso, también hubiera errado diciendo *revórvel*.

¡Pero, si era tan monísimo el juego de su boquita de coral y tan dulce su argentino acento, al largarme sus *soses* y sus *rebelberos*!

Cuando la *dictadura* se entronizó sobre el partido republicano nuestro, unido y compacto después de las elecciones municipales, el *dictador*, que no tengo para que repetir era el mismísimo Jefe militar que la Junta comisionó para reducir al rebelde Agaete, lo organizó con arreglo á su bélica profesión y guerrero temperamento.

Y en efecto, creó los *sub-comités* que entre sus íntimos llamaba *sub-comiteillos*.

Uno de ellos lo presidió un mi amigo, completo caballero, de generosos rasgos y corazón de oro. Vosotros, avaros mercachifles, llamais *infelices* á esos elegidos que yo estimo y admiro; y podeis ir al diablo con vuestra al parecer compasiva clasificación, redondeadas chinchas repletas de duros, que no creéis que haya quien prefiera un quebranto honrado en sus intereses á una sucia jugada de puerto franco.

Jamás se abrieron las sesiones de aquel *sub comité* ó siguiendo la denominación *dictatorial*, *sub cometeillo*, sin

que las precediera bien provista mesa de apetitosos fiambres y escogidos licores ¿Cómo, pues, no había de ir aumentando el número crecido desde un principio de sus afiliados? De seguir funcionando, que lo hubiera, sin el mal parar á que al fin llegaron los intereses pecuniarios del presidente, hasta á los bomberos se hubiese atraído.

. , . .

Pasóse un año, y yo, ya carlista, ingresaba en el partido microscópico que formábamos, remido en su casa, ahora terrera y no alta, como la que vivía en tiempo de su republicanismo.

Él me había precedido en el cambio, en algunos meses.

—Es preciso obsequiarte, oveja descarriada que vienes al redil.

—Y en efecto, buscó y rebuscó en modesto armario sustituto de amplia y repleta despensa, y encontró por fin una mediana botella de licor aceptable.

—¡Cómo van los tiempos—dije apurando mi copa:—para la idea *extraviada* teníamos esa y otras muchas botellas llenas que se reponían, y para la *salvadora* apenas queda un resto de culo que no da para otro trago.

Y así se lo dije.

Según rumores, que no afirmo ni niego, el ciudadano *Resplendor* fué el primero (y si los otros no lo imitaron, se dieron á sí propios patentes de bobos) que supo realizar algo relacionado con las teorías de *mutuo agasajo* que el ciudadano Mármol preconizaba en la Gallera.

Y no esperando á que la Catedral se dividiera en departamentos por los tabiques que ese otro ciudadano proponía, para atraparse uno, sino procediendo mas rápida y directamente con lo que tenía más á mano: con la casa que vivía en inquilinato.

La ley de la república sobre el asunto, que no hicieron *caseros* seguramente, como es de notar, y las artimañas que de su articulado sacaba la curia á favor del moroso *inquilino*, le ampararon en su determinación.

—Que es *improcedente, injusta y temeraria*, era el contestar de los demandados de desalucio; y con esta al parecer sencilla frase, pasaba en cierto modo el predio urbano, de las *manos muertas* del dueño á las *rivas* del arrendatario.

Y digo, en cierto modo, por que si bien la ley esa no tenía el descaro de negar al amo de *la cosa* su derecho de propiedad, metíalo en tal lío de procedimientos para acreditarlo (condición *sine qua*), que bien podía el otro esperar sentado, pero no en la calle, todo el tiempo que le conviniese.

De donde el dueño de la casa que vivió el ciudadano dicho, para poder recabar lo *suyo*, tuvo que perdonar la respetable serie de *atrasos*, pagar las *costas* y halagar á este ciudadano y al *otro*, con no módica suma, á fin de que con tal aliciente se les moviese la voluntad de tomar el portante.

Y al *otro* dije, porque ahí está la singularidad del caso, pues, sin lo del *otro* se daba con frecuencia. Y era que el ciudadano sub-arrendó (y cobraba) el predio, que, en tanto no pagaba él; y el sub-arrendatario implicaba para el dueño legítimo una segunda demanda, y esta otra imprescindible contestación de *injusta, improcedente y temeraria*.

Esta era la *palabra* de más eficacia y trascendencia que la que vanamente buscaban los *hijos de la viuda*, del género inocente.

Y digo lo que siento para acabar.

De no darse con un justo medio que satisfaga á todos, prefiero la ley republicana que burlaba al casero (burgués, generalmente, de no buenas entrañas), cuyos contratiempos bien merecidos, son siempre cómicos, á la conservadora que ampa-

ra á este de un modo brutal, y da lugar á tristísimas escenas.

Presenció la de un honrado trabajador, lanzado con sus hijos á la mitad del arroyo, en tanto la curia hacía el embargo de sus miserables trastos; y la desesperación que revelaba el semblante del desgraciado y el amargo llanto de sus pequeños hijos, no podrán borrarse de mi memoria.

¡Dios mio! ¿No será mejor no tener nada, teniendo corazón, para no verse expuesto á ser causa de tales procederese?

En aquellos revueltos tiempos tuvieron su origen, en lugares *non sanctos*, los célebres remedos de inmundas lupercales que se denominaron *bailes de taifas*, sin que pueda precisar el por qué ni la analogía de tal denominación.

El bestial culto que recibían en esas reuniones de aquarelle, Venus del arroyo y Baco del tugurio, se significaba con una nota característica, cual era el original procedimiento de que se valía el dueño del local y empresario de la fiesta, para resolver su cuestión de *pane lucrando*.

Refiérome al *jociqueo*, que voy á explicar en lo que consistía.

Ningún concurrente podía tomar parte en el baile sin comprar antes á su elegida uno de los rudimentarios dulces que se exponían á la venta en el pequeño departamento unido á la sala de reunión. Este era el *obsequio* (jociquéo, que así se corrompió muy pronto la palabra); cuya originalidad estaba en que la agraciada no lo disfrutaba, sino que volvía, terminado el baile, á deponerlo en la misma mesa de donde lo tomó.

Y allí quedaba para que sirviera de nuevo obsequio á otra pareja, y por consiguiente de nuevo depósito, y luego á otra y á otro; y así, mientras duraba la larga temporada de taifas, y aún para cuando se renovara.

Dos poderosas razones impedían que la pareja se comiera el obsequio: una la económica que llevamos dicha, pues con la indefinida venta y reventa del dulce realizaba el empresario *su operación* y de hacer lo contrario hubiera sido atentar á sus sagrados intereses; y otra la de imposibilidad, pues no había diente de obsequiada, por duro que fuese, que pudiera emprenderla con el dulce en cuestión, pasado hacía tiempo al estado fòsil.

De estos famosos centros se distinguían dos: uno donde tuvieron lugar las *clíticas* del presidente, denunciadas en la Gallera, que se mencionarán en otro cuadro, y otro donde el Argos que lo regentaba, sin necesidad de los *cien ojos* del de la fábula y sólo con los *cuatro suyos*, no dejaba perder uno de sus pétreos dulces, ni cometer el fraude de danzar sin que precediera la compra obligada.

De suponer es que mi frescachona Fraternidad no concurriera á esas *taifas*, que por otra parte nada que ver tenían con los bailes que celebrábamos en San Nicolás con nuestras federalas, honestitas siempre.

En una de las primeras elecciones de Diputados á Córtes comenzó á decaer la libérrima virilidad con que hasta entonces se había ejercido el derecho del sufragio.

Se estaba muy lejos, sin embargo, si así lo ha creído el lector de hoy, de llegar al actual procedimiento del *cántaro*, pero los electores no conservaban la bravura é independencia de almogavares, ingénita en los primeros tiempos de la revolución, aunque en honor de la verdad debo decir que el rebajamiento de caracteres no rezaba del todo con nuestros federales de la Ciudad y apenas si pasaba del *peonaje rural*, sin ideales propios, que se empleaba en las faenas del cultivo de la cochinilla, boyante aún.

—Contando—decía en el Casino á un grupo de colegas (bomberos por supuesto) uno de los ricotes cochinitos, siguiendo la conversación que era la comidilla de aquellas visperas electorales,—con los *sesenta* del Monte podré llevar lo menos *doscientos*.

—Pues los míos, sin entrar los de la Paterna, no bajarán de *trescientos*.

—Sin los de la Vega tengo *cuatrocientos* seguros.

—Yo pico de quinientos sin los del Madroñal.

Y así pujando el número el que habla por último, con rasquera del que lo hizo antes por quedarse corto, las cifras iban en escandaloso *crescendo*, hasta que la puja era interrumpida por parda voz insistente.

—Pues el *Sordo* está pronto cuando se lo diga.

Y más ruido hizo en aquellos días el *sordo* en cuestión, siendo el único voto de un modestísimo individuo del gremio cochinito que los *centenares* sumados de que blasonaban sus opulentos *nabás*.

—Ahora cuando venía de *Tajadita*, me crucé en el camino con el *Judas* y el *Resplandor*. Yo me lo sospeché: me iban á sonsacar al *Sordo*. Pero á mí no me la pegaron, porque volví para atrás y llegué primero.

Decía en otras ocasiones entrando en el Casino desalentado é interrumpiendo un compute de cifras fabulosas.

Y como el grupo á quien se dirigía en la Olímpica altura á que le habían elevado sus centenares de *sacos* y *votos*, le oyera como quien oye llover, añadía insistiendo:

—El *sordo* está seguro y apuesto lo que quieran á que el *Judas* no me lo quita.

Nada; que había siempre modo de hacer parecer á este viejo mayordomo de desecho como la rueda principal del cotarro electoral que se estaba confeccionando.

Pero á veces tenían sus desalientos los superhombres de la grana y á pesar de sus optimismos les entraban sus dudas sobre el éxito de la elección.

Y ahí entonces de mi hombre que, creciendo en fé y confianza en su *impedido Deus ex machina*, les largaba para consuelo su frase de cajón:

—Pues lo que es con el *Sordo* pueden contar de fijo. Cuando lo quieran ahí lo tienen.

Y no podía llamarse *quien* el que no tuviera en los tiempos dichos *cien votos*, como menos tener, á más de los *cien sacos* y la correspondiente *mina* de humedades en explotación con su mínimo de *cien* metros de galería abiertos ya.

Y las salidas por la culata fueron muchas al fin y á la postre entre estos poseedores de *centenares* de cosas.

El Danton y el Marat

Ruego á mis lectores que no se asusten al fijarse en los nombres con que encabezo este artículo.

No voy á tratar en él de las sangrientas jornadas de Septiembre, ni mucho menos á ocuparme del feroz ogro que iniciara en la Revolución francesa el reinado del Terror.

A Dios gracias, lo trágico no se dió en el movimiento revolucionario de la Ciudad nuestra. Todo lo que entonces pasó entre nosotros no tuvo otra nota que la cómica del género más burdamente sainetesco.

El Dantón y el Marat á que me refiero son otros López, como lo verá el que no tenga escrúpulo de seguir leyendo.

Así, pues, lector benévolo ó malévolo, que de todo hay en la viña del Señor, aunque padezcas del corazón, puedes, sin temor alguno, continuar hasta el fin; que más bien encontrarás en la lectura motivo de risa que de espanto.

Y, si te parece, podemos ya sin más preámbulo entrar en materia.

Hasta ahora no he tratado sino de paso y corriendo de la Compañía de Artilleros voluntarios; podría creerse que la citada compañía hizo poco ruido en nuestra revolución ó pronunciamiento, ó que yo, por rivalidades de cuerpo, me intereso en dejarla olvidada; pero ni lo uno ni lo otro. Ninguna más ruidosa, porque apenas dejaba pasar un día sin que sus cañones recorrieran las calles, arrastrados por un pelotón de su tropa;

ni cañoncitos más pequeños y escandalosos se vieron jamás.

Y ahí, en esos cañoncitos, como se verá luego, está la explicación del epígrafe de arriba.

¿A qué repetir de nuevo que los militares de veras, al proveer de armamento á la citada compañía, hicieron la misma burla y chacota que con las de infantería, entregándole lo mas inútil que tenían en sus parques?

De lo cual resultó que los artilleros voluntarios se vieron agraciados con un par de violentos tan pequeños y monos, que bien hubieran podido denominarse cañones de bolsillo, aunque tenían sus cureñas, sus cajas de municiones y todo.

¡Afortunado del tirano que no hubiera tenido para castigo de sus desmanes otras amenazas que las que aquellos dos *bibelotes* de Santa Bárbara podían dar de sí!

Y sin embargo, con gran regocijo y entusiasmo los recibieron desde el último artillero de fila hasta el capitán, que expuso su flamante uniforme de rico terciopelo de seda á sufrir las manchas del orin, porque no se cansaba de palparlos y revolverlos, al pasarles revista.

No hacían los artilleros muchas migas con nosotros los infantes: no digo que nos quisieran mal, ni mucho menos, pero sí que se creían algo superiores. Blasonaban de más demócratas y republicanos que los de la primera y de más buenos mozos y menos *cerriles* que los de la segunda.

En efecto; en cuanto á buena estampa, allí estaba lo más escogido de la gente federal. Sus uniformes, siguiendo la norma que les daba el capitán, si no eran de rico terciopelo como el de éste, eran de más fina lanilla que los nuestros.

Los de la *primera* envidiábamos tanto rodar de cañones, y más que nada, el llamativo que su estridente ruído, al rebotar en el empedrado, era para las arrogantes federalas de las calles de San Justo y San Nicolás.

Y nos dolía, cuando agolpadas á las puertas, á las ventanas ó á los terrados de sus casas, exclamaban regocijadas.—¡Ahí vienen los artilleros! ¡qué guapos!

Entre ellas, mi apetitosa rubia no se quedaba atrás.

—Mi *oficiar*, ¿por qué no te haces *artillero*?—me dijo un día con su boquita de clavel, que entre otras monísimas gracias tenía la de *trastocar*, como he dejado dicho, el empleo de las *eles* y las *erres* en las palabras.

Y la proposición me llenó de celos y de despecho.

Para darse más importancia aquellos señores voluntarios y no estar confundidos con los de infantería, rechazaron la cuadra del Cuartel de San Francisco que se les ofrecía, y se albergaron en un salón bajo de la Cárcel, cuya puerta de entrada dejaban abierta intencionalmente de par en par, para deslumbrar al público con la exposición de los cañones colocados en *primer término* sobre sus cureñas, á uno y otro lado de un pabellón trofeo formado con los atacadores, deshollinadores y demás chirimbolos del servicio.

Nosotros no teníamos para competir, en cierto modo, con su alarde de estética guerrera otra cosa que nuestro tambor, el ciudadano *Machaca*, deseado y solicitado por todas las compañías, que redoblaba su *caja de guerra* con una perfección rayana en el arte. Y si ellos menudeaban los arrastres públicos de sus cañones, nosotros nos hacíamos atrás con las salidas del tambor nuestro. Así era que obligábamos al infeliz, sin darle treguas, á echarse á cada instante á la calle á tocar *dianas*, *asambleas*, *retretas*, ó lo que á bien le viniera, con tal de que metiera ruido, pero mucho ruido.

Los vecinos pacíficos que tomaban por lo serio lo de los cañones y lo del tambor, vivían en continuo sobresalto y no ganaban para sustos, y los que á broma lo tomaban no por eso dejaban de comprender que se

hacía pesada y que la integridad de sus oídos corría peligro.

Mi hermano, que Dios haya, el único que tuve; mi queridísimo hermano que tanto valía por sus talentos claros y especiales conocimientos, era el segundo de la compañía, y me llevó consigo para ver las piezas el día que las recibieron.

—¿Qué te parecen? Me preguntó.

—Con ustedes han estado más correctos que con nosotros. Les han dado un armamento mejor. Pero se me ocurre una idea: deben bautizarse.

—¿Cómo bautizarse?

—Sí, republicanamente: debe llamarse uno de estos cañoncitos el Dantón y el otro el Marat. Esto tiene sabor clásico y da carácter. ¿No lo crees así?

El me miró sonriéndose. Otros oficiales sus compañeros y los cuatro sargentos encontraron buena la idea, que cundió luego, y la aplaudieron.

Y desde entonces los dos cañoncitos se quedaron para toda la Compañía y para todo el mundo con los nombres dichos.

No ganaba el capitán de la segunda á su colega el de la de Artillería en deseos de *fantochar* con la exhibición del uniforme y de las fuerzas de su mando. Y si no acompañó á la procesión del Rosario, hízolo porque la compañía suya no participara del fiasco que preveía para la de aquel, guardando prudentemente para mejor ocasión satisfacer sus anhelos.

Y esta sería cuando su gente estuviera bien instruída y equipada, primeramente, y después, para cuando se presentase otra festividad religiosa de más universal carácter que no se concretase á la Virgen ó á un Santo dado.

Y vino esa festividad en la del Corpus, y sus artilleros estaban bien equipados y mejor instruídos, y él mismo se había encargado para estrenarlo un nuevo uniforme, también azul y de terciopelo de seda, pero de más fina clase.

—Ciudadanos,—decía en la Gallera,—la fiesta del Corpus que celebra el culto oficial, á la que vamos á asistir los artilleros voluntarios de la Libertad, puede tomarse en un sentido altamente filosófico. Es algo así como la fiesta del *Ser Supremo*, y en tal concepto hemos de concurrir á prestar el homenaje de nuestro culto, acompañando la manifestación, (procesión no podía decirse porque olía á *neo*.) Pensad que en ella no se ven los símbolos de la superstición, solo se muestran los de la naturaleza en los emblemas del pan y del vino.

Y ya estamos en el esperado día.

Los artilleros están formados en la plaza de la Libertad que, gracias á Dios, ha vuelto á llamarse en los actuales tiempos, plaza de Santa Ana. Su aspecto es vistoso y su actitud marcial, tanto como podía pedirse á soldados de similar.

Los dos cañoncitos, el Dantón y el Marat, están al frente á cuatro pasos de distancia de la fuerza; la mecha encendida espera la orden.

El Capitán y los oficiales se colocan á retaguardia: el uno para mandar el fuego y los otros para resguardarse.

Un gentío inmenso llena la plaza, y á pesar de los tiempos y de las ideas que corren, guarda religioso silencio y respetuosa compostura.

En las ventanas del Liceo, los demagogos más furibundos, entre ellos el ciudadano *Resplandor*, imitan la piadosa actitud; sólo que aquellos la ostentan en honor de Dios y éstos del *Ser Supremo*.

Suenan alegremente las campanas; escúchanse más próximas las músicas y los cánticos de los Sacerdotes. Es que la procesión se acerca á las puertas del templo.

Ya sale.

El trono se detiene en el atrio para recibir la adoración de los fieles. Acompáñalo el séquito de Canónigos y beneficiados

presididos por el Obispo y síguenlo las Corporaciones civiles con el Alcalde popular á la cabeza.

El pueblo se descubre y arrodilla y, á no dudarlo, dirige á Dios sus plegarias. También ruegan los rojos de las ventanas del Liceo, pero es al *Ser Supremo* y por la salud de la República, para que la conserve siempre federal y jamás se trueque en unitaria.

De súbito, óyese la voz de mando del Capitán:

—Primera pieza... ¡fuego!

Y disparó el Dantón, haciendo trepidar el aire y caer al suelo los cristales de tres paños de vidrieras de la fronteriza casa de Don José de la Rocha.

El espectáculo que se ofrece es imponente. Un pueblo, esclavo ayer y libre hoy, se prosterna ante *Aquél* que es origen de toda libertad y vengador de toda tiranía.

El trono y su comitiva continúan en el atrio recibiendo las adoraciones que se le tributan.

Los rojos de las ventanas piden ahora al *Ser Supremo* que les libre de las malas artes de los bomberos, que las del demonio les tienen sin cuidados desde que Roque Barcia apagó el *infierno* con sus folletos.

Y de nuevo óyese la voz de mando:

—Segunda piezaaa...; ¡fuego!

Brum... um.

Y descargó el Marat.

Y de esta vez, no solo vino abajo el resto de los vídrios de las ventanas de la fachada de la casa en cuestión, sino que el cataclismo se extendió hasta las interiores y las traseras.

No será cierto; pero una moza de servicio de la casa, que intimaba con el Sargento Cárdenes, le aseguró que los perjuicios causados por el disparo del Marat afectaron hasta la rica vajilla de sus amos.

Así me lo contó el sargento: *relata reffero*.

Después la procesión emprendió su marcha, formaron la escolta los artilleros, arrastrando sus cañones, y recorrió las calles de costumbre.

Nosotros, los de la *primera*, tuvimos con la artillería un rasgo de nobleza y generosidad.

A pesar de la inquinilla que nos dividía, les cedimos para la fiesta al ciudadano Machaca, que podía por su habilidad especial llamarse entre las milicias de aquí, y aún de la madre patria, el «rey de los tambores.»

.....

Más tarde el semblante del ciudadano *Resplandor*, bastante *encopado*, manifestaba que había olvidado por completo el momento de mística emoción que, en pró del *Ser Supremo*, había sentido con sus *conrojos*, en las ventanas del Liceo.

Susurrábase entonces que el movimiento de correrse hacia la Catedral, una vez formados, los artilleros de la Libertad, hasta dejar sus cañones embocados con el callejón del Obispo, que en un principio no se explicara, obedeció á un consejo de un conocido militar veterano dado graciosamente á nuestro *Henriot*.

Parece, según se afirmó luego, que de no seguirlo, la mampostería y carpintería de la casa dicha hubieran acompañado en desgraciada suerte á la vidriería.

No, ¡que eran dos monadas de rinconera el Dantón y el Marat!

XXXV

En pro de la dama

La imprenta de *El Federal* se albergaba en una más que modesta pieza baja de la calle de los Canónigos.

Y llámola más que modesta, porque si bien poseía esa virtud tenía también el vicio de ser estrecha é incómoda.

Del dueño de la imprenta, á quien dejábamos como estipendio el dinero íntegro de las suscripciones—y era el nuestro el periódico de más circulación de entonces—diré que pertenecía en cuerpo y alma al régimen derrocado, y que si permitía en su establecimiento la tirada de nuestra publicación obligábanlo á ello las necesidades de la vida que reducen y achican los catonismos.

Por eso, como protesta que nosotros le permitíamos, limitaba su misión puramente á dejar hacer; y por lo tanto, no se ocupaba de vigilar la impresión, ni de practicar, como era obligación suya y establecida por sus colegas, la corrección que en el argot del oficio se llama de *pinzas*, ni de poner fajas ni llenar recibos, ni de ningún detalle, en una palabra.

Llevaba sus escrúpulos hasta el extremo, no digo de no leer el número, pero ni de tocarlo con sus manos, por no contaminarse.

Continuamente sosteníamos polémicas en las que si llevaba la peor parte, se desquitaba con llamarnos *niños bobos*.

Después de todo, era un honradísimo sujeto á quien

apreciábamos; y no nos pesaba el cargarnos con todo el trabajo de su incumbencia, aunque nos molestara y nos hiciera perder tiempo.

Porque, efectivamente, nuestro tiempo estaba limitado; no solo teníamos que redactar el número sino ocuparnos, excepto de la composición, de todo el trabajo material que requería.

En esto nos ayudaban los cajistas, dos simpáticos y fuertes muchachones que nos querían entrañablemente, y cuyos robustos puños, en un caso dado, hubieran podido salir con éxito en defensa de nuestros ideales ó de nuestras personas, si lo queríamos.

La agitada lucha de los clubs, las violentas peroraciones de la Gallera, la asistencia á los ejercicios de la milicia voluntaria y los ratos de solaz que necesitaban nuestros juveniles años para expansionar nuestras almas, ya en el teatro ó ya en los bailes á que nos invitaban las ciudadanas de San Nicolás, nos ocupaban el tiempo de tal modo, que las últimas manos del periódico, para que no se retrasara su publicación, se daban, con muy pocas excepciones, en las altas horas de la noche.

Y aún á veces sucedía que, ya preparada la lámina, se presentaba algún escrito ó suelto que exigiera publicación inmediata, por convenir á los intereses de la propaganda ó á las oportunidades de la polémica; y entonces era el correr á las casas de los cajistas para despertarlos y dar mano, rayando el alba, ó poco menos, al deshacer en parte la composición y al componer de nuevo.

¡Que era un batallar este que solo podía resistirlo la robustez de nuestra juventud, alimentada por el entusiasmo que sentíamos por nuestros ideales!

En cuanto á los cajistas, su adhesión á nosotros y nuestro fuego político que se les comunicaba, les hacían someterse gustosos al sacrificio.

Que tenía también su compensación.

No todo era trabajar en esas veladas, pues para sostener nuestras fuerzas y las suyas nos proveíamos de cantidad respetable de arenques ahumados con su correspondiente frasco de ron; y entre mordida al arenque y besuqueo al frasco, vertíamos al papel nuestras ideas, las *componían* ellos y salíamos del común empeño agradablemente.

Y tragaba arenques como un Gargantúa el bueno del cajista Tabares, el hercúleo mocetón de cuyos labios no se apartaba jamás la risa.

La fraternidad más completa reinaba en aquel estrecho local, que apenas si daba cabida á nosotros y á la prensa con sus accesorios. Todos nos considerábamos iguales trabajando en armoniosa comandita por la emancipación de nuestros hermanos.

Y ¡viva la república federal! y aprieta á la faena para que el número salga al día siguiente á la hora acostumbrada.

¡Qué tiempos para nosotros tan felices!

.....

Combatíamos á la Reina antes de la Revolución, pero respetamos á la dama en su caída.

Jamás salió de «El Federal,» á lo menos en su primera época, nada que pudiera hierirla. Lo de republicanos no nos quitaba lo de caballeros.

Así opinábamos la mayoría de la redacción y esta conducta, á pesar de la exaltación en contrario de los más jóvenes, fué siempre la norma que seguimos.

Hablé antes de la primera época de «El Federal,» y esta es ocasión de manifestar que nuestro periódico tuvo dos, bien distintas por cierto: la primera cuando estuvo bajo mi dirección, y la segunda cuando yo, con otros amigos, nos retiramos. En aquella, su conducta fué siempre sensata y huyó de caer en los groseros desvaríos de la demagogia; en esta,

se dejó llevar por la corriente y se fué al polo opuesto.

Cuantas referencias haya hecho y haga en estos escritos á dicha publicación deben entenderse de la época primera.

Y sigo adelante.

Muchas tentativas, fuera de la redacción y en su mismo seno, se pusieron en juego para que «El Federal» publicase, como lo hicieron los demás periódicos de la localidad, las diatribas insolentes y groseras que contra la Señora destronada, insertaban los diarios de la Península; llegóse hasta la amenaza por medio del anónimo.

Pero no cedimos.

Ni aún la pretendida carta de Victor Hugo en la que se achacaba á la desterrada Reina los males todos de la Nación, tan solo porque era *gruesa como las monarquías vampiros del siglo XVI* y porque tenía la *corva redonda*; cuya carta, si era del célebre escritor, no por eso dejaba de ser un atajo de simplezas, porque *aliquando bonus dormitat Homero*; ni aún esa inocente y risible carta, digo, pudo tener cabida en las columnas de nuestro diario, por no faltar á la norma de conducta que nos habíamos impuesto.

El corresponsal de Agüimes nos dió también su tiento. Se dirigía á mi, como Director, en carta confidencial, manifestándome el gusto con que verían los republicanos de su pueblo la publicación de esas chocarrerías.

—¡Oh! republicanos de Agüimes y ¡oh! igualmente, tú su corresponsal; bien hubiéramos querido complaceros, pero la caballerosidad estaba primero.

Debo advertir que las cartas de los prohombres, de los literatos célebres y de muchos que no eran aquellos ni estos, tratando de las cuestiones que se agitaban, se habían puesto de moda.

El célebre Victor Hugo había dado la norma y una infinidad de escritores de medio pelo, de tribunos cursis y héroes

de café la seguían con todo empeño, desde Marselan á Fernando Garrido y desde Roque Barcia á Pepe Garibaldi.

Pero nuestra entereza surtió su efecto. Pasaron los dias y cesaron de importunarnos, sin que perdiéramos un suscriptor; ni aún volvió á escribirnos sobre el asunto el correspondiente citado, si bien, en cambio, nos remitió un comunicado que cogía medio periódico, lleno de impertinencias contra el cura del pueblo y los vecinos de alguna posición, que para compensarle publicamos íntegro.

Vino entanto el correo de la Madre patria, y con sus periódicos un articulazo que llenaba el colmo de lo soez: nada tan desvergonzado ni tan inmundo se había escrito aún contra la caída Reina; y no pude entonces, ni puedo ahora admitir la pública opinión que atribuía á Olózaga aquel libelo.

Vuelta, pues, á repetirse, y con más insistencia, las exigencias anteriores, y vuelta á negarnos con igual energía.

.....

Redactaba un corto artículo, conciso y lleno de vigor el de más talento y chispa de nuestros compañeros, en el que justificaba la armonía que con las ideas republicanas guardaba nuestra caballerosa conducta, cuando uno de los cajistas vino á decirnos:

—Allí está el ciudadano Andrés y otros compañeros suyos que quieren hablar con ustedes.

Ninguna gracia nos hizo la petición del ciudadano Andrés, el más avanzado de nuestros demagogos cuyo semblante tosco y huraño no inspiraba tranquilidad. Adivinábamos el objeto de su venida y nos esperábamos alguna violenta escena.

—¿Es cierto que ustedes no quieren publicar el artículo que traen todos los periódicos liberales de España contra la Borbona?

—Cierto es, ciudadano. Somos tan republicanos como V.,

pero nos parece una vileza ensañarnos contra una persona caída, y más si es mujer. A enemigo que huye puente de plata.

—Pues el pueblo quiere que el artículo se publique en el periódico de V. V., como se ha hecho ya por los demás periódicos de aquí.

—Nuestro periódico, no es del pueblo, es de nosotros, y no nos dejamos imponer de nadie.

—¡Son *bomberos!* saltó uno de los acompañantes.

—¡Monstruos!—interrumpió al oír esta imputación uno de mis compañeros, asiduo lector de la Revolución francesa, que vivía imaginariamente entre sus hombres y hablaba en las ocasiones solemnes en su estilo declamatorio.—atropellad si os place nuestros cuerpos, pero no insultéis ¡crueles! nuestras libres ideas. Tiranizadnos, puesto que sois los más fuertes, que algún día nos hará justicia la posteridad.

O no pensaban atropellarnos, que era lo más cierto, ó la actitud nuestra, amparada por los dos corpachones y los cuatro robustos puños de los cajistas les impuso y les cortó los vuelos, ó no se hallaban dispuestos á sufrir los anatemas de la posteridad con que les amenazaba mi compañero.

Por lo cual, se limitaron á decir en tono de amenaza.

—Pues si no se publica el artículo, en seguida lo diremos en el partido, y ya veremos.

Y sin añadir más palabra salieron bufando.

Efectivamente, nuestra popularidad y la del periódico, de consiguiente, fueron mermando, cada vez más, desde aquel día.

.....

Rira bien qui rira le dernier.

Aunque sainetescos, los polvos de acá, unidos con los trágicos de allá, trajeron los lodos que desgraciadamente hemos alcanzado en su plenitud.

Si la augusta Señora que aún vive en el destierro, no albergara en su envejecido cuerpo un alma tan genuinamente española como su noble corazón es caritativo y generoso, bien podía reír, y reír mucho, porque es la última para hacerlo.

Pero no ríe; que llora y llora lágrimas amargas, al contemplar desde extraña tierra la terrible catástrofe final á que han conducido á nuestra pobre Nación, que es la suya, los *regeneradores* que la lanzaron del trono secular de sus abuelos.

Y todos los que de buenos españoles se precian acompañan á la excelsa dama en su duelo, y con ellos yo que inconscientemente la combatí en mi juventud cuando reinaba, pero que la respeté caída.

Yo, sí, que en mis últimos tiempos siento especial placer en declararme á la faz del mundo su anciano caballero y á considerarla, aunque más avanzada en años, como á la adorada dama de mis pensamientos, aparte de guardarla los respetos, fidelidad y pechos que á su verdadera y legítima reina debe un buen vasallo.

. Quiero que conste.

La entrega de la pólvora y el consumatum

Los dos humildes borricos pertenecían al conocidísimo arriero, hombre maduro entonces, que llamaban el tío José de las Cabras.

Pero antes que de los borricos me ocuparé del arriero y dueño, no solo por la supremacía que le es debida, como ser racional que era hasta cierto punto, sino por la celebridad que había adquirido á causa de ciertas exuberancias físicas de sus bestias mulares, á más de lo relacionada que estaba con su personalidad, la estancia en nuestras aguas de la *Macedonia*.

Y ahora por la *Macedonia*:

Cuando yo comenzaba á *pollear*, se decía entre nosotros, de varias jóvenes ya en las postrimerías de esa hermosa edad *que habían bailado en la Macedonia*; con lo cual les conferíamos la merecida patente de jamonas que ellas repugnaban, pues á pesar de sus treinta más que cumplidos, seguían echándola de niñas de quince.

Aún quedan varias de esas bailadoras, y á pesar de hallarse en plena ancianidad, no han renunciado á sus maneras de gatitas dengosas, ni al aire coquetuelo que las distinguía en los felices tiempos de sus primeras ilusiones.

Creyérase al verlas tan añiadamente equipadas, tan vi-varachitas á pesar de sus reumas, y con sus lindas bocas tan

sonrientes, que esas viejas alegres, casi todas solteras, abrigan la esperanza de repetir sus bailes con el Comodoro Perry ó sus oficiales y guardiamarinas.

Pero, yo era muy niño cuando vosotras bailábais; sabedlo, viejonas, y quiero que conste en pena de que olvidais el rosario y las dais conmigo de contemporáneas. Vosotras que fuísteis testigos presenciales, podríais dar por mí, respecto al buque en cuestión y á lo sucedido durante su estancia, las noticias que yo solo puedo mentar por referencias.

Y éstas, en concreto, no pasan de manifestar que la *Macedonia* era una fragata que pertenecía á la marina de guerra Norteamericana; que visitó nuestras aguas larga temporada; que obsequió en grande á las bellas paisanas; que su tripulación andaba, según tradicional costumbre, borracha por las plazas y calles y que los asuntos del buque, de sus jefes y equipaje, fueron motivo por largos años de conversación preferente y animadas relaciones.

Pues de esta época de la fragata dicha, parte el nombre alcanzado por el viejo arriero, que era dueño entonces de un buen número de caballos, de bestias mulares y hasta de pollinos.

Pocos eran, sin embargo, los tales animales para satisfacer las peticiones de los marineros del buque, que deseaban, á porfía, correr gineteadando sus borracheras.

¡Y cómo cuidaba con ellos de sus intereses el machucho arriero!

Apenas el americano montaba en la bestia y á lanzarse se disponía, el tío José cortaba sus ímpetus con la sacramental frase:

—*Ay sel! Jorse te cuesta guan dola; si nó, abájate.*

Y á pesar de su soberbia *curda*, sacaba su duro el extranjero y pagaba al arriero antes de partir.

No sin que las gentes que presenciaban dejasen de admirar, con cierta envidiecilla, aquellos conocimientos en el idioma inglés, que hubieran sido hoy la risa del menos políglota de nuestros tartaneros.

—Miá como tió José entiende á esos moros, pos que ya ves como sacó el duro y se lo dió en seguida, y como se apeó el otro que no quiso darlo.

—Pues lo que tío José sabe de inglés es naa comparao con lo de nuestro amo Caballa viva, que ha navegado por todos los mares de afuera y ha estado en *Livrepul* y en *San Sáson*.

Debo decir que en aquella época no llegó á mis noticias de que alguien hablase en nuestra ciudad otro idioma que el patrio, excepción hecha del tío José y nuestro amo Agustín, que así era su nombre de pila: y valga la verdad, éste último estaba mejor enterado en *aquellas retahilas* y en *aquellos ladridos*, que decía la gente.

Por lo cual debían ser los únicos que eximieran al extranjero, al contestar á sus ininteligibles frases, de la suspicaz y obligada de rúbrica:

—..... de la tuya por si acaso.

Yo presencié del señor Agustín los dos hechos siguientes:

Un tripulante de un buque ballenero norteamericano, pretendía adquirir de uno de nuestros costeros, en cambio por mala navaja, un cuchillo de factura patria, y el trato no podía hacerse porque no se entendían. Nuestro amo Agustín cruzaba el muelle, á la sazón, con su gravedad propia, y en él vió el costero la solución del problema.

—Tu eres un animal—dijo de introducción al acercarse acudiendo al llamado:—no entiendes porque eres un bruto que no has visto mas que la Costa. Ahora verás.

—*Sel: naife no chinche por chinche; si lo quieres, tuel-fe chilín te cuesta.*

—*Fes*, contestó, creo que por decir algo el extranjero, ó porque entendió lo último y le convino.

—*Sel*: yo no quiero engañarte. *Naife veri gut* cortando *ansina* (y cortaba para adentro); pero pa cortar *palante* (y hacía la demostración) *no gut*.

Algo, cuando menos por los gestos, entendió el costero que dijo interrumpiendo.

—Nuestramo no me jaga perder el trato que soy un probe.

El buen corazón del señor Agustín le hizo apresurarse á rectificar:

—*Sel*: es *gut* también cortando *palantre*, por no *tan gut*; quiero decirte, pa que me entiendas, que siempre es *gut*.

—*Fes*, volvió á contestar el extranjero, que le había dado por ahí, y soltó los *tuelfe chilín*, tomando el *naife*.

Partió muelle arriba el sabio nuestro amo, contoneándose lleno de satisfacción y quedó mudo de admiración el marinero.

En cuanto al norte-americano, tomó un pedazo de madera que encontró en el suelo, se separó también, y continuó muy satisfecho con su *naife* cortando *palantre* y cortando *ansina*.

Y voy al otro hecho:

Venus Mitra, del montón más podrido, era requerida en bestial *yogamiento* por *Baco inglés*.

Ella alargaba la mano como pidiendo, y él no entendía ó se hacía el sueco.

Mortificaba á nuestramo la pantomima que observaba retirado, y gritó desde su puesto:

—¿No entiendes *aise!*? Dice que si no hay *monis* no hay *conis*.

Ya sé que me tienes por pulcro y remilgado, bella lectora empapada en el naturalismo de Zola, cuyas obras lees, porque no traduzco al castellano claro la palabra inglesada del Sr. Agustín.

Pero, ¿y los dos burros? De fijo que voy á llenar las cuartillas que faltan sin tratar de ellos, ó decir, al menos, qué papel juegan en los cuadros revolucionarios que estoy escribiendo.

¿Dónde está la pastora? podría muy bien decirse de algunos de mis artículos, por mi afán de meterme en digresiones y narrar incidentes ajenos al asunto.

Pero vamos á llenar con este lo que nos queda.

Y subían los dos pollinos, paso entre paso, con las orejas gachas, el camino ferozmente encumbrado que conduce al castillo del Rey, custodiados por dos sargentos y cuatro cabos de los artilleros voluntarios de la Libertad.

¿Dónde vais, sufridas bestias, con paso tan lento por esa empinada ladera? ¿Por qué vuestro amo, el tío José afamado, no os acompaña, en lugar de esos hombres de armas tan fatigados y jadeantes como vosotros? ¿Es cierto que no quieren los soldadotes deslucir el brillo de sus uniformes con el parangón de las sucias y mal ataviadas ropas del que si os da buenos palos mejor ración os sirve?

Y héte á burros y clases de artillería en la explanada del Castillo, encarados con un jefe de aquella arma, pero de verdad. Ved cómo uno de los sargentos, un amigo mío, apreciable muchacho, toma con gravedad el pliego que lleva un cabo entre la baqueta y el cañón del fusil, como es la costumbre, y lo entrega al jefe.

—Ciudadano comandante, leed esta orden que se os envía y dadle cumplimiento.

—Una orden á mí ¿de cual de mis jefes?

—Podeis enteraros.

(El comandante después de leer.) La orden está en regla y dada por quien pueda. Es para que os entregue pólvora porque vais á hacer salvas en la fiesta del Corpus. ¿Pero no

teneis miedo de abrasaros la cara ó quemaros los dedos? ¿No son para broma estas cosas; con los cañones no se juega y yo os aconsejo que no os metáis en eso.

Los rostros de los artilleros se pusieron rojos de indignación.

—No os pedimos consejos sino pólvora, y debeis entregarla porque se os ordena. No os envidiamos nada en el manejo de las piezas, y á la mitad de vuestros soldados podríamos dar lecciones.

Y todo podía ser, porque no les pasaba dia sin haer ejercicios con sus dos *bibelotes* de violentos que habían bautizado con los nombres de *El Danton* y *El Marat*.

El Comandante era un hombre de pequeña estatura y genio chistoso, tomó la cosa á broma y mandó que se les dieran los saquitos de pólvora de cañón que rezaba la orden.

—Buen provecho,—les dijo despidiéndolos:—y cuidado con soplar bien en caso de quemaduras.

Cargóse la pólvora y emprendióse la marcha de retorno.

Burro y badajo para abajo, dice gráficamente un grosero refrán, (ya me entienden las bellas lectoras que leen á Zola), y séase por ésto ó por que se sintieran ufanos los dos pollinos con el bélico cargamento que los parangonaba á caballos, era lo cierto que con sus cabezas levantadas y sus largas orejas enhiestas, lanzando alegres rebuznos, bajaron con ligero trotito las calles de San Nicolás y de San Justo, desarreglando algún tanto la gravedad del paso de las clases de artillería que los convoyaban.

Las lindas federalas asomadas á sus puertas y á sus ventanas, daban gritos de alegría al ver los borricos.

—Mira, mujer,—se decían unas á otras—ya tienen pólvora nuestros artilleros. Adios tú—añadían dirigiéndose á los voluntarios de su intimidad, á guisa de saludo.

Que ellos no contestaban, porque iban en formación y con todos sus sentidos puestos en impedir que se acercasen curiosos correligionarios á palpar los saquetes para convencerse del contenido, sin tener la precaución de quitar los cigarrros de sus bocas.

—Ciudadanos, apártense, que puede caer una chispa. Á la pólvora en convoy no se acerque nadie.

Lo que no quitaba que hubiesen imprudentes que tratasen hasta de aumentar con su peso la carga de los burros.

—Que haremos uso de las culatas de nuestros fusiles para separaros, ciudadanos,

—Ciudadano *salgento*, decía mi bella rubia, dame una poquita de *pólvora* para hacer una *ringlera*.

Siempre con su monísimo trastrueque de *eles y erres* y sus caprichitos de niña mimada.

Pero el poco galante sargento no le hizo caso.

—¡Miseriento!—le decía—pues no va haciéndose el grande con su *pólvora*!

¡Que no hubiera sido yo oficial de artillería, como lo era del arma de infantería (voluntaria se entiende) para darte toda la *pólvora ó pólvora* que pidieras por tu boquita!

¡Y cómo me regodeo, recordándote y recordando esos felices tiempos, rubita adorada, y como me entusiasmo con la idea de esa encantadora boquita, sin parar mientes en que en la actualidad los años la han puesto con el mismo monísimo aspecto de un culo de gallina!

Ya no tendrás caprichos por las *ringleras* ni quien desee satisfacértelos, como lo hacía yo, á los menores que se te antojaban.

Pero convoy de pólvora menos temido y menos respetado, no ha cruzado jamás calle ni camino público. Los chiquillos de los riscos que lo miraban como cosa propia, dado su

destino, fueron armando guerra hasta el cuartel mismo de los artilleros, y allí trataron de penetrar, sin temor á la presencia de los jefes que de todo uniforme esperaban á recibirlo.

Hasta hubo muchachos que tiraban piedras sobre los saquitos y los conductores, cuando no puntas de cigarros. Y cómo la pólvora de la libertad no mató cuando menos una docena de chicos, no habrá quien lo explique.

Parecía que guardaba sus fuerzas para las vidrieras de don José de la Rocha.

Sic transit gloria mundi: y este latinajo puedo aplicarlo lo mismo á mi rubia hermosa que á los fastos militares de nuestra revolución.

En efecto, pasados unos meses, vino el decreto de desarme de las milicias voluntarias; y los mismos dos borricos destinaron sus lomos á llevar al cuartel de San Francisco para hacer la entrega, los haces de los fusiles de *musco* de *anticuallas* que de los militares habíamos recibido.

También cargaron con los dos cañoncitos, el Danton y el Marat, para quienes habían llevado el contingente de pólvora con tanta alegría.

Por supuesto que el respetable Sr. D. José de la Rocha, aplaudió la medida en temor de que viniera otro Corpus y se repitiera el destrozo de vidrieras que había repuesto.

La piedra de los bomberos

Población más aficionada que la nuestra á la fabricación urbana, dudo que exista.

Con un poco más de aticismo en esta laudable idiosincrasia, de seguro que nada hubiera tenido que envidiar á la que se desarrolló, en todo su incremento, en las ciudades griegas del tiempo de Pericles.

Pero lo mismo al cultivador de plátanos (el forraje inglés que llaman bananas) que al cambullonero, estas dos aristocracias *plutónicas* de la actualidad, (derivo el adjetivo, joven lector, de Pluto, dios del dinero, que no de Pluton), en el hecho de separar de sus respectivos *gatos* repletos de libras esterlinas, (pues no conocen otra moneda, que poseen fuera de los de Albión entre nosotros, ellos solitos, y saben negociarlas á los cambios más altos), el capital preciso para la edificación, no les atormenta la mejor ó peor disposición de las comodidades interiores, el *comfort* más ó menos acertado de las viviendas, sino el éxito de la fachada.

—¡Qué frontis puede hacerse aquí!—dice cualquiera de ellos y otros de más campanillas, en achaques arquitectónicos se entiende, que en lo otro, en lo del *gato* de las esterlinas no puede suponerse.

Y no se les ocurre al examinar el local de buena situación y mejores condiciones á que aluden, exclamar una vez cualquiera:

—¡Qué cómoda fábrica puede hacerse en este sitio!

Y conste que yo soy el primero que aplaude y admira esta predilección *sui generis*; que no tuvieron otra los helénicos pueblos, y sin la cual esta sería la fecha en que no poseyáramos la célebre docena de piedras corroidas y fuera de quicio que forma los restos del Partenon, por no mentar otras ruinas de menos importancia artística que nos ha legado la antigüedad clásica.

Y admírola más y apláudola con más entusiasmo cuanto que por este uno se sacrifica el otro: que sacrificio es, y grande; el parapetarnos, voluntariamente, tras de una tapia ornamentada, sufriendo estrecheces y arriesgando la salud en departamentos mezquinos mal acondicionados, y por consiguiente de peor higiene.

Un gusto vale más que cien pesos. Y yo lo creo así; y os aliento á vosotros, paisanos míos, á que sigais la senda que en cuestión de fábricas habeis emprendido.

Por la época aquella los condiciones artísticas de un frontis no se apreciaban por la pureza y acierto de sus líneas, armónica y elegante disposición de sus partes, buen gusto y novedad de sus motivos de ornamentación: no, eso no era lo esencial. La mayor cantidad de sillería (cantería que decíamos y seguimos diciendo), resolvía el problema.

Y como el—¡eche usted jigos!—del cuento, decía al arquitecto ó maestro de obras, el cochinillero de antes, tipo ideal de opulencia burda á que no ha llegado, ni llegará el *cambullonero*, ni tampoco el *embarcador* de forraje inglés (plátanos ó bananas):—¡eche usted cantería!

Admito como un progreso la *casearilla* con que se *afeitan* los actuales frontis de *punto de crochet*; pero como soy viejo y aferrado á mi tiempo, dispénsenme que me quede con mi piedra negrusca y mi *pasmarrótico* antiguo estilo.

Pensóse, siguiendo el asunto, en aquel entonces emprender la edificación de un nuevo teatro de mayor capacidad que el de Cairasco, pequeño ya para la población que se iba creciendo. El arquitecto de fama á quien se encomendó el proyecto, tuvo la idea acertada de apellidarle con el nombre de *Tirso de Molina*, que hubiera quedado sin la interdicción contraria de nuestra ampulosidad denominativa de *peus de caballo*, que ha querido llamarle *Gran Teatro*.

Pero esto no es del caso.

Quería decir, y por tal traje á cuentas el *Gran Teatro*, (que yo también lo llamo y muy á gusto, pues no voy á romper lanzas con mis compaisanos en defensa y pro de ningún escritor de comedias, por buenas que estas sean, y más si está muerto); que la primera y principal condición que se puso al arquitecto fué la del frontis; y como el edificio estaba aislado, nos largó cuatro monumentales y todo, con su correspondiente desbordamiento de cantería, que si bien llenaron en todos los extremos los gustos nuestros, nos han baldado en cambio para *in eternum*.

Y volviendo á la afición nuestra por las construcciones, es de advertir que apenas nos asociamos tres para plantar tabaco, pongo por ejemplo, ó rascar un violín, sigo poniendo, nuestra primera y principal idea es acordar la erección de la indispensable *cáscara monumental*, sin disponer casi siempre de medios para ello.

Que ahora nos da por fundarlas (¡oh aprovechados magi-nes los nuestros!) sobre *tánqanas* de hierro, cubriendo el Guiniguada.

Y basta de fastidiosa digresión, innecesaria para venir á parar en que los bomberos pensaron también en eso: es decir, en llevar á cabo su fábrica monumental para celebrar allí sus sesiones y establecer su centro de enseñanza popular.

De la ceremonia para colocar la primera piedra de esta construcción, cuyo solar se eligió en la calle del Progreso, trataré en este escrito (ocupado casi en su mitad con el relato de mil tonterías ajenas al asunto), y del *mal hacer* que á la piedra en cuestión *hicieron* los *malandrines* de los federales.

La de *El Grillo*, única que tenía nuestra Ciudad, después de muertas sucesivamente la de *El Carnero* y la de *El Siglo*, se resistió indignada, como gato panza arriba, á la impudente invitación bombera. Y atrevimiento magno se necesitaba en estos sectarios para suponerse que accedieran á sus deseos aquellos hijos de Euterpe, rojos hasta encandilar, prestando á la solemnidad de su acto el concurso de sus más ó menos afinadas notas musicales.

Y con tal caler de protesta tomaron la bomberil frescura, que costó la expulsión inmediata, sin dejarlo siquiera pestañear, á uno de sus individuos que se figuró poner las cosas en su verdadero lugar, largando la idea de que, aparte de lo de federal estaba lo de músico, y que puesto que la banda, ó lo que fuese, vivía de sus tocatas, no tenía que mirar á quien se la pedía sino á la cuantía y seguridad de la paga.

Malas lenguas dijeron entonces que no todo fué expresión de civismo ofendido en el hecho de la expulsión, y que ruínicas rivalidades de Tenorios, que lo eran ó lo daban á entender el Director expulsante y el músico expulsado, jugaban un papel importante.

Antes de continuar debo una aclaración á favor de la *murga*, *charanga* ó *banda*, que no sé á punto fijo la clasificación que le es debida. No se la llamó de *El Grillo* para indicar analogía entre las notas que salían de sus instrumentos y las que este insecto saca de sus alas, según enseñan los naturalistas; llamósela así por la plaga de esos bichos que evo-

caron, sin duda, al rededor del edificio de sus ensayos, los primeros acordes que surgieron de la batuta directriz. Esto es una opinión particular en la que no insisto.

Pero á rey muerto rey puesto, y á falta de aquel pan no vinieron tortas, sino otro pan más fino; y vista la negativa de la música federal, Telde prestó la suya, su célebre banda, la de sus no menos célebres malagueñas.

Música tenían ya, ¿qué faltaba pues?

¿Voladores? los había por docenas de docenas, por gruesas de gruesas. ¿Público? No solo estaba allí reunido todo el partido bombero que era numerosísimo, sino curioseando mucha gente federal, sobre todo del sexo femenino, y de lo más recrudecidito del riñón del barrio rojo. Ella, mi linda rubia ¿cómo iba á faltar? Y yo á su vera, contemplando su hechicero semblante realzado por el pañuelito encarnado del tocado, figurando como su caballero, si nuestras ideas republicanas nos hubieran permitido que me clasificara así.

Y en medio del estallar estrepitoso y continuado de los cohetes, sonaron las primeras notas de la banda de Telde.

—Ejecutan acordes de *séptima diminuta*, de los cuales opina un célebre zarzuelista que no debe usarse sino cuando ocurre alguna desgracia de familia;—me dijo, al pasar de largo en busca de mejor sitio, un amigo entendido en el arte de Verdi.

—¿Si será—me dije para mí en tanto se izaba solemnemente la piedra,—un arrepentimiento del pecado de lesoprogresismo, festejando un acto reaccionario, que le habrá entrado al director de la banda. que viene de ese origen?

Pero cambiaron las fúnebres notas y sucediéronse las del martilleo del aire «la donna e movile» de *Rigoletto*.

—¿En qué piensa ese director? «¿La donna e movile», cuando se está dejando caer en tierra un pesadísimo sillar? ¿Dónde ve la analogía?

Y seguían más voladores, y más y más, y también más «*donna é mobile*», que en un tris estuvo que no hiciera bailar una general *maxurca* á toda la concurrencia, sin distinción de ideas. Las federalas comenzaban ya á cojerse y mi rubia se había lanzado á mi en *tren*, haciendo ella de hombre.

—Que van á hablar.

Y tomó la voz el presidente del partido y le siguió su *alter ego*, su *ad latere*; y ambos con distintas palabras y distintas frases, mejor coordinadas y mejor expresadas las del segundo, dijeron lo mismo.

Concluyó el primero su disertación, manifestando: «que el partido bombero estaba de acuerdo con lo hecho por la Revolución; que su política era admitir las conquistas realizadas por aquélla; pero que sobre todas las políticas, estaban los intereses de la Gran Canaria, y que por ende, el partido estaba dispuesto á cambiar casacas, (así no lo dijo pero se entendía) teniendo por norte el objetivo del patriotismo local. Que el lema del partido bombero no era otro sino el de *todo por la Gran Canaria: todo para la Gran Canaria*.

El *alter ego* repitió el estribillo, y la turba multa bombe-
ra prorrumpió en un ¡viva la Gran Canaria! ¡Todo para ella!

—¿*Á cual* de esos dos viejos es el tirano? Me preguntó mi rubia.

—¿Qué tirano, amor mío?

—El que nos puso las cadenas que rompieron ustedes la noche de la Revolución.

—Pues hija, el que mejor te cuadre. Ya verás, de seguir esto, como en adelante no te faltarán tiranos donde elegir.

—Señores: nosotros, y con nosotros el partido bombero aquí reunido, aceptamos la monarquía democrática. ¡Viva la monarquía democrática!

¡El demonio! No se sabe si los vivas á la monarquía fueron

en mayor cantidad que los vivas á la república dados por nuestros republicanos que funcionaban de espectadores.

—¡Y federal! ¡Y federal!—chillaba mi rubia, al notar que se había olvidado ¡caso raro! el aditamento.

De en medio de un grupo de bomberos se oyó claro, tonante, lanzado por robusta voz de joven, un viva á la república que contestó al ¡viva la Monarquía!

Parecía inminente una colisión. El joven se hallaba solo y los bomberos del grupo tomaban actitud hostil.

Pero todo lo apaciguó el grito tentador de ¡á beber cerveza al almacén, muchachos! (En todo nos parodiaban, hasta en lo de ¡á mi bodega!)

Y se fueron corriendo al almacén, dando la ceremonia por terminada.

Murmuraciones de entonces decían que entre los bebedores de la cerveza bombera, había algunas bocas republicanas, y de las más rojas, que no le hacían asco al tentador brevaaje, ni lo hacían tan mal.

—Mi *oficiar* ¿quién era aquel muchachote tan guapo que que dió el viva á la República y que los bomberos querían castigar?

—No tan guapo como lo ven tus ojos,—contesté, despechado:—pero ese es un noble que participa de nuestras ideas, una especie de marqués de Sainte Hurugues, como el de la Revolución francesa.

Y vino la noche de aquel día que pasó para dar lugar al siguiente.

Olia y no á ambar, á más de doscientos metros á la redonda el sitio donde se colocara la primera piedra del edificio bombero. Algunos de los vecinos que se levantaron al amanecer

cer del día nefasto, así lo afirmaron. Yo no lo supe sino por referencia, como lo supieron la mayor parte.

También se aseguraba que otros de narices más encallecidas, tuvieron valor para acercarse al foco matemático de donde partía el no ambarino olor, y que vieron la susodicha piedra totalmente desaparecida bajo espesa capa de fecales materias de origen federal que delataba algún grano de *millo de afuera*, alimento barato que nutría el estómago del pueblo rey de abajo, y no se digirió.

Y se hablaba de alguien que observó escondido el principio y fin del *fecho felon*, que dirigía un rojo exaltadísimo, pariente cercano de bomberos muy significados.

Y dice que vió en la obscuridad relativa de la noche, sombras no escasas en número, que acudían á *bajarse* alternativamente, sin interrupción, sobre la piedra mentada, y dice que cree haber *catado* entre esas sombras, alguna femenina.

¡Capaz era mi rubia de haber estado entre ellos!

No sé si por el villano fecho, ó por la orden que más tarde vino de allá para que no se llamaran *así*, que disgustó á algunos, el edificio no se llevó á cabo, pero en cuanto á llamarse *así* siguieron llamándose aunque el *así* acabara al fin por incomodarles.

XXXVIII

La manifestación republicana

Como protesta al artículo 33 de la Constitución del 69, el Directorio republicano de la Nación dió á los Comités de provincias orden para que hicieran, en su contra, manifestaciones públicas.

El malhadado documento remache de nuestras desgracias de entonces y base y plantel de las catástrofes actuales, elaborado y dado á luz en medio de aquellas escandalosas sesiones de nuestras Cortes, que llegaron al colmo con la denominada gráficamente *de las blasfemias*; tuvo la desdicha de no gustar á nadie y ser, desde su origen, la tea de la discordia, que exacerbó más y más las pasiones y rencores que nos dividían á la gente española.

Porque no satisfizo, en primer lugar, á los progresistas, sus principales progenitores, que se vieron en contra de sus sentires, obligados á rechazar la acostumbrada meta del morrión de miliciano; ni á los otros partidos cooperadores que tuvieron que transigir (¡ellos los hombres de las trascendentales ciencias sociológicas!) con muchas de las ñoñas tontainas, inarrancables del credo de aquellos; ni al clero y gente católica que tenían pegado el tufo del semillero de groseras impiedades y bestiales sacrilegios (que así nos *amañamos*, y no respetando nuestras mutuas creencias para

ejercer la libertad religiosa) que prometía surgir de su artículo 11: ni tampoco á nosotros, los republicanos, que nunca acabábamos de comprender como después de hostigar al poptro y hacerlo desbocar, se pretendiera sujetarlo con el débil cordel del artículo 33.

¡Era peregrina aquella manera de constituir á un pueblo, echándonos á pelear unos con otros; estableciendo un *rin*, como dicen en su jerga los aficionados á gallos!

Pero noto que voy filosofando y tal vez apuntando opiniones, exponiendo mi escrito á tomar el corte de la historia seria que no pretendo ni quiero.

El repetido artículo 33, para el que no lo sepa, trataba de la forma de gobierno, y no era precisamente la republicana, que había de darse á la Nación; y entremos en materia.

¿Cómo no suponer que se trató de imprimir á nuestra manifestación toda la lucidez é imponente brillo posible y que no se perdonaron medios para ello?

Nombráronse, pues, al efecto, comisiones que recorrieran nuestras gentes federales y las prepararan con antelación, despertando en sus pechos el fuego del entusiasmo con amonestaciones y discursos; confeccionáronse lucidas banderas con lemas alusivos para que llevaran en representación cada uno de los sub-comites (eran los tiempos en que la dictadura estaba en su periodo álgido); adquirióse respetable número de voladores á fin de que fuese más sonado nuestro cívico acto, y la de *El Grillo* comenzó los ensayos de sus más exaltadoras tocatas, sin olvidar por de contado la de «tengo los zapatos rotos...»

Queríase que nuestra manifestación coincidiera con la promulgación del documento motivo de nuestra pública pro-

testa, cuyo día, hora y lugar había anunciado ya la autoridad civil que nos gobernaba.

Que ahora diré que su restauración fué precursora de la de los Borbones, que vino algunos años después, pues era el mismo Subgobernador que la Junta soberana había de-
puesto.

Nada te cuajó, pobre soberana de mis entretelas, que fui tu secretario, sin voz ni voto.

In partibus, por supuesto, con *Pepe tinta* mi viejo amigo, otro de los pocos que sobrevivimos.

—Á tí no te han *encalgado* ninguna pintura, ni nada, para estas fiestas, *porque* dicen por ahí que tu *sos* bombero: me decía mi rubia, entre bromas y veras.

Y, en efecto, yo que había sido el David de la revolución nuestra, había tenido que guardarme mis lápices y pinceles porque ya mis correligionarios no me llamaban, ni pensaban en mí para el adorno y decorado de sus festejos.

Y no era porque no tuviesen ya en cuenta el valer artístico de mis trabajos; nada de eso. Echábanlos tanto más de menos, cuanto que la brocha gordísima de mi sustituto podía clasificarse, y la clasificaban, como una verdadera calamidad, pero manos de *puro federalismo* manejaban el grosero *escobillón*, mientras que mis casi *finos pinceles* lo eran por sospechosas de *bomberismo*.

Cierto que hacía algún tiempo que apenas me llamaba Pedro en la idea republicana, pero de eso á ser *bombero* iba mucha diferencia. No merecía la pena el pasar á un partido que, para mis adentros, llamaba la *mona liberal*, por lo que remedaba nuestras aspiraciones y tendencias, que no sentía; y de cambiar casaca hubiera sido para hacerlo de un modo igualmente radical, sin andarme con medias tintas, que jamás me han gustado ni entran en mi franca y abierta condición.

¡Con lo cual, por otra parte, he sacado siempre un pan como unas tortas!

Por eso, cuando me *viré*, como dicen entre nosotros, me fuí de golpe y zumbido al partido carlista; que he dejado hoy, al verlo aquí convertido, ó sospechármelo, en partido de salón, con sus puntas anglómanas, además.

Tupida de gente federal estaba la Gallera en la noche de la víspera de la manifestación.

Cada Comisión daba cuenta, por turno, del resultado de sus gestiones, siempre favorable; presentóse el trofeo de las banderas de los Comités terminadas del todo; dióse relación del número de docenas de voladores que se habían comprado; el Director de la de *El Grillo* participó lo bien ensayada que estaba la música y que el «tengo los zapatos rotos» se ejecutaría como no se había oído hasta entonces.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravo!

—¡Viva la República federal!

—¡Que viva! y que se dé un voto de gracias á las Comisiones.

Penetró sofocado, en el entretanto, con el semblante que hubiera puesto Hércules al terminar sus mitológicos trabajos, el Teniente *de la Segunda*, y sin descansar ni tomar resuello, pidió la palabra.

—La tiene el ciudadano,—otorgó el presidente, que por ausencia del dictador, lo era mi queridísimo profesor que fué de Economía política, y á quien publicaba en «El Federal,» sus célebres artículos sobre «el Estado federal de las Canarias orientales,» invención suya, de tanta trascendencia en aquellos tiempos.

—Ciudadano Presidente: Partido reunido: Vengo á daros cuenta del cumplimiento del cometido con que me habeis hon-

rado. Yo he recorrido la población de un extremo á otro, de Norte á Sur, de Naciente á Poniente. La he visitado *de casa en casa, de casucha en casucha; de accesoria en accesoria; de tugurio en tugurio; de zaquizami en zaquizami; de chirivital en chirivital; de antro en antro; de caverna en caverna y hasta de pocilga en pocilga*. Todos sus republicanos moradores han prometido concurrir á la manifestación: *todos, sin excepción, como un solo hombre. Ninguno faltará*.

Y luego encarándose con el presidente, fijando en él su insistente pesquisidora mirada, añadió:

—Digo que ninguno faltará, y ¡Guay del que falte!

—No faltará ninguno...

—Repito que *¡guay del que falte!*

—Y si falta alguno,—objetó el presidente,—ese será un hijo espúreo del partido, un traidor á la idea (y para dar más fuerza á sus expresiones, afirmaba sus manos sobre la baranda de la tribuna y alzaba y bajaba su cuerpo, acompasadamente, sobre las puntas de sus piés). El que deje de concurrir no merecerá figurar entre nosotros y se hará digno de nuestros anatemas. Le acompañará como un remordimiento la execración de sus hermanos, y su rostro se cubrirá con la vergüenza de los que hacen traición á su causa...

Y no podía más el buen señor ni daba con más frases su suave vocecita que meter en su peroración de *anathema sit*.

—Me afirmo en lo dicho,—insistió el viril teniente de la *segunda* que no daba, al parecer gran importancia á los *trenos* del discurso presidencial,—me afirmo en lo dicho, y vuelvo á repetir que ¡guay del que falte! ¡Guay del que falte, señor de Chia!

La de *El Grillo*, los voladores, las banderas y los manifestantes, todo estaba ya en la calle á las puertas de la Gallera,

Puesto ya el pie en el estribo para emprender la marcha, faltaba el Presidente.

Se le había estado buscando toda la mañana y no parecía. Sucediáanse los emisarios unos tras otros, y nada que era un contento.

—Pasan de las once—decían algunos—y las doce es la hora señalada por la *reacción* para leer su infame documento.

—Y lo leerán, sin la protesta de nuestra manifestación.

Desalado se presentó un federal joven, en aquel momento.—Ciudadanos compañeros,—dijo;—ya tienen terminado el tablado.

—¿Y colocado el banquillo?—pregunté yo. Y aquel gracejo al cual deseo que el amable lector vea la punta, me reconcilió con mis correligionarios, por algunos instantes.

—Mandemos al presidente al... (Ya lo sabe el lector adonde manda en España la gente del pueblo, y la que no lo es, á quien no les cuadra) y vámonos sin él.

Y la manifestación siguió su camino calle de Santa Bárbara abajo, y luego calle de San Ildefonso y después calle del Colegio.

—¿Y no vamos á la Plaza de Santa Ana (debieron decir de la Libertad, pero la costumbre les hizo equivocar) preguntaron á sus directores los de la cabeza.

—Todavía no es hora,—les contestaron.

Y siguió la manifestación por la calle de la Carnicería y pasó por delante de la plaza de mercado y tomó después por la calle de Triana.

—¿Y á la plaza de la Libertad, no vamos?—nueva pregunta á la cabeza.

—La hora no ha llegado aún,—replicaron de nuevo los directores.

Y así tomó por Mata arriba, y al final se encontró en ple-

no San Nicolás, en su propio centro, en donde apenas la dejaban avanzar los obsequios y copas con que sus correligionarios de allí (que se habían quedado por causa de sus tiendas) les prodigaban con entusiasmo férvido.

Desprendidos al fin de aquella *Capua*, al terminar la calle de San Justo, repitióse la pregunta.

—Vamos allá ahora,—fué la contestación de los directores, terminando al fin aquel *anda, anda* de la leyenda de asevero.

En tanto la manifestación hacía su *periplo*, el subgobernador subía al tablado y leía, de cabo á rabo, la constitución dicha que era escuchada por un centenar de granujillas, única cantidad y representación del pueblo que se dignó acudir.

Pero dudo que los menudos ciudadanos pudieran enterarse del montón de derechos que aquel papel les daba, pues su tenáz apego á los silbos y gritos había de distraer la atención que, en otro caso, tal vez, hubieran puesto.

Y por fin llegó la manifestación á la plaza de Santa Ana y la halló desierta. Dijóse, según supe después, que la autoridad civil y los jefes republicanos se habían puesto de acuerdo, con prioridad, para que no se diera el caso de encontrarse allí en los momentos críticos de la lectura, con el fin de evitar alguna mala consecuencia.

Pero ellos no cayeron en cual era el objeto de aquel jugar al *cedacito*, que emprendieron al salir á la calle, y muchos quedaron con la idea de que la reacción cogió miedo al pueblo y no se atrevió á leer en público su papelote.

Desquitáronse una vez en la plaza, con lanzar voladores, hacer discursos y tañer música de la de «El Grillo,» y allí estuvieron una hora bien larga ocupados en estos recreos. Mi linda federala los había seguido con otras amigas de su vecindad y me fuí con ella.

—Eden de mis amores...

Y no acabé mi frase llena de galante almibar, que había preparado, porque me dijo brusca.

—*Sos bombero* y no quiero *ajuntarme* contigo donde nos vea la gente.

Se me negaba el agua y la sal por mis amigos los federales y ella no quería ser menos en presencia de ellos.

Desde aquel día nuestras relaciones fueron perdiendo su entusiasmo y nuestras entrevistas, cada vez menos frecuentes, concluyeron por terminarse; tuvo novio, á lo poco, y se casó luego. ¡Y que era honradote y trabajador el mozo!

También se terminó disolviéndose la manifestación republicana en la plaza misma de la Libertad, no sin repetir sus discursos, sus voladores y vivas; pero del juego al *cedacito* ó á *quirgó* que hicieron con ellos los jefes del partido, no se apercibieron nunca los manifestantes.

¿Qué se *fixo* del presidente? Quedó en el misterio, por algún tiempo, el motivo de su falta de asistencia.

Más tarde, personas bien informadas hablaron de un *raptito*. Parece que deudos suyos muy allegados y bomberos de primera fila lo *raptaron* poco después de su salida de la sesión de la víspera.

Si esto es así, tanta culpa tuvo en su falta como la que tiene la incauta joven atropellada por brutal cultivador de bananas.

¿Y el *guay*? Por iguales consideraciones, sin duda, no pasó de enérgica exclamación, sin consecuencias.

—Ciudadanos;—dijo de retorno en la Gallera entre los discursos que se pronunciaron para disolver la manifestación,

uno de los manifestantes, cuya profesión de *artista de obra prima* se habrá supuesto desde el momento en que lo introduzco como orador.—Mi alma republicana está lleno de regocijo y entusiasmo con el espectáculo que ha presentado esta manifestación *tan bella como inícuo*.

Y aunque no hay duda de que la significación contraria de los dos adjetivos anula la resultante de la calificación, tampoco la hay del buen intento del ciudadano al *arrancarse* con su encomio, en favor del cual contribuía con el término de su repertorio que más á *fino* le sonaba.

XXXIX

Del Maestro Matias y de la oratoria espontánea de entonces

No: en el orden físico no creo, ni hay quien me haga creer, en la generación espontánea; en el moral ya es otra cosa.

Y no dudo que el célebre sabio que dió el golpe mortal con sus experimentos al supuesto primero, opinará de distinto modo con respecto al segundo, sin embargo de no tener la suerte que tuve yo de ver la prueba con mis propios ojos y oirla con los oídos de mi pertenencia.

¿Y qué otra cosa era el parto aquel, de desbordadora elocuencia que de súbito y sin esperarlo padecimos en los días de la *Gloriosa revolución*, sino los efectos de una espontánea génesis? ¿Cuándo y cómo se habían visto entre nosotros, oradores ni aún en los mismos que debieron serlo por razón de su oficio?

La misma fácil oratoria forense de entonces, auxiliada por el apuntamiento, que podía leerse cada vez que la *togada* pata estaba á pique de deslizarse, no era dada á todos; y de cada diez *doctores de la ley*, ocho por lo menos, encargaban sus trabajos de *estrados* á los contados compañeros que poseían la especialidad.

Y cuenta que ni la prensa aquella se ocupaba de sus discursos, ni fuera del oficial concurría á oírlos distinto público que la docena de empedernidos *pica-pleitos* y alguno que

otro *sacador de capellantas*, ni ellos de discursos clasificaban sus peroratas, ni daban á sus frases el dictado de *bien meditadas* (y hacían, justo es confesarlo, lo que podían á toda conciencia), ni las creían de elocuencia arrebatadora, ni juzgaban sus *canilleos* como *contundentes razones*, ni sus *triquiñuelas* como *argumentos incontestables*.

Contentábanse, sin aspirar á más, con la sencilla denominación de *alegatos*, que á sus peroraciones daba la *jerga* profesional, y lo de *bien probado* de añadidura no era hijo de su petulancia (que no la conocían), sino dictado indispensable exigido por la *jerga* misma.

Las obligadas *eternas tres horas*, tres dias más moderadamente; *meta* desesperante para los *pipiolos* del oficio, que, sobre toda otra buena condición, se exigen á los elocuentísimos y arrebatadores discursos del foro moderno, no las conocían, ni en sus caletres hubiera cabido la idea de lo indispensable de este *lapsus* de tiempo para dejar á un cliente en las tablas, ó *arramblado* del todo, que dice el vulgo nuestro.

Como en *la de Setiembre*, acompañamos á la madre patria en su larga série de trastornos y sacudimientos; nos *pronunciábamos* cuando ella lo hacía, y, al igual de ella, nos *reaccionábamos*; pero, á noticias mias no llegó el caso de que terciaran en esos pasados movimientos, oradores ni tribunos de ninguna especie.

Y no quiero con esto significar que nuestros antepasados fuesen mudos ó que se entendieran por señas en sus políticas manifestaciones. Claro es que hablaban, pues racionales eran, pero si afirmo que no *peroraban*. ¡Y cuidado si para atreverme á esta afirmación he consultado el hecho con ancianos de entonces bien enterados!

Pero mentía si afirmara el extremo de un modo absoluto.

Hubo en los pretéritos *pronunciamientos*, un célebre orador popular de fama indiscutible, que fué el alma de ellos y de sus consiguientes corolarios de motines ó conatos de asonadas; pero hubo uno solo, porque, en buena justicia, no merece parangonarsele otro medianísimo que, como Castelar debutó el 54.

Sobre su política, no bien definida, encimaba su amor entusiasta á la patria local, (la *chica* que dicen, copiándose con insufrible amaneramiento los escritores de hoy); y allí se iba con su bien provisto arsenal de popular oratoria, donde creía que aquella lo necesitaba, posponiendo siempre á sus intereses el ideal político.

Por eso, su enérgica palabra, puesta á las órdenes de los *casacones*, movió á las masas en la reacción que siguió á los *tres llamados años*, é hizo derribar á Maria Cebolleta; por eso, más tarde, en la *revolución de las papas*, preparó el famoso *bollo* al sombrero del Gessler que tiranizaba; por eso fué el *alma mater* del embarque violento del *Regente* de marras. Su voz y no otra enardeció los ánimos en la cruenta batalla de *pan caliente*, y á sus viriles acentos surgieron los *chuzos* que habían de defendernos de la invasión de Ortega. ¿Y acaso no fué él quien, con sus candentes peroratas, inspiró la numantina resolución *de no disolverse* al presidente de la trabajada Junta del 54?

—*¡Que hable el maestro Matias!*

Decía el pueblo en sus triunfos y contrariedades; y esta frase, que ha pasado á la historia, hace el panegírico de aquel orador.

En mis tiempos ya no existía este Mirabeau de nuestra oratoria, y lástima ha sido que sus discursos, que no se escribieron, no los haya conservado la tradición oral. Solo queda la frase histórica que los realza y dá gráfica idea de su valía.

¿Por qué se pierden esas cosas que son, generalmente, las que dan más completa y mejor idea del modo de ser de un pueblo y de su carácter, en una época dada? ¿Por qué la historia sería no es la más empeñada en conservarlas, y va á buscar sus datos en generalidades que nada dicen y á todos los tiempos hacen de igual color?

Y estas reflexiones que ahora me hago, me congratulan conmigo mismo, y me doy, por ende, el cumplido parabien, por haberme decidido á escribir estos *cuadros* al natural, de las cosas *menudas* que se sucedieron en la *nuestra de Setiembre*, donde tuve parte.

¡Pero cómo se repiten siempre y en todas épocas y lugares las ingratitudes de los pueblos!

¿Cómo era de esperar que el popular tribuno topara un rival, no digno, cuando con más holgura se hallaba espatarrado sobre sus laureles?

Pues sí, el que con su viril palabra y entusiasta acento, cual otro Tirteo hizo brotar los *chuzos* el 54, vió recogido por otro al siguiente día el pan que sembró.

¿Quién era aquel hombrón, que trepado en las rejas de San Agustín, con ronca voz de trueno arengaba á las masas, incitándolas á que rechazasen la temida arribada del General Ortega, con los mismos *chuzos* que el otro por milagro oratorio había hecho surgir al parecer por arte de birlibirloque? ¿Por qué aquel pueblo versátil se cargaba en hombros al pseudo Barnabe y trocaba la acostumbra da frase á él referida, por la nueva *¡Que hable Caravallo!*

Los mismos *casacones* que á su verbo debían la tirada de *Maria Cebolleta*, le fueron ingratos, colmando de gracias á su rival, nombrándole portero de la Escuela de Comercio (donde lo conocí estudiante) y proveedor del alumbrado de los círculos de recreo de la ciudad, cuando á él, si le dieron alguna

honra, no así un ardite de provecho. Pero yo, en mis condiciones de historiador verídico he querido dejar las cosas en su lugar relatando todo lo que he sabido y me han dicho.

—¿Y quién era *Maria Cebolleta*?

La primera vez que preguntas con juicio, joven lector. *Maria Cebolleta* llamaba con malicia el pueblo, (no sé si diré cuerdo ó previsor, visto lo sucedido) de *caenas queremos* del año 23, á la estatua de la Libertad que se erigió en la plaza de Santa Ana, por el parecido que diz que tenía con una hembra de entonces que avanzada á su tiempo, lo era de todos.

Pero no vino de arriba para abajo la espontánea fiebre oral, como creerá alguno. No: nuestra democrática revolución no podía permitirlo, y así, los principales oradores (de golpe y porrazo, como los hongos; no se olvide esto) salieron del pueblo, y sobre todo de la masa candente de los zapateros.

Como la peste de la oratoria surgió tan de súbito y cundió tan pronto en estos buenos hijos de San Crispin, fenómeno es patológico, que dejó á la explicación científica de mis amigos médicos.

Modelos de menos retórica y de más fácil imitación tenían que no Castelar, pero éste y no otro se habían empeñado en copiar, é igual pensaban que estos oradores otros de jaez más alto, exceptuándome yo, no porque lo deseara, sino porque no tenía mi lengua lo suficientemente expedita, ni bastante clara mi voz, para entonar, sin trabarme y quedarme ahogado, el más corto de los kilométricos gorgeos del *maestro*, que yo, nuevo Demóstenes (en constancia, digo) me empeñé en ensayar, pero sin resultado.

De rigor era en las pedestres parodias el sacar á baleo, viniera ó no al caso, al Dios del Sinaí con sus truenos y rayos

y la luz cernida por los vidrios de colores de las Catedrales. Y lo mismo hacían en sustancia, en su oratoria, los zapateros más incultos que los bachilleres más ilustrados.

No había, pues, entre aquellos y estos, otra diferencia que la frase final, donde el *he dicho* de los *segundos* se convertía en el *ha he dicho* de los *primeros*; sin que pudiera nunca explicarme el porque de este lujo de personas en el presente de indicativo del verbo auxiliar.

La mayor parte de los oradores, trabajaran ó no en calzado, se enmarañaban, generalmente en sus *soi dissant* castellanianas frases, y al devanar la enredosa madeja de las churriguerescas metáforas del mal parodiado estilo perdían comúnmente el hilo, y, por lo tanto, se veían forzosamente obligados para salir del paso, á lanzar con la brusquedad de un escopetazo su *he dicho* ó *ha he dicho*.

Lo que no quitaba que el pueblo aplaudiera más, á medida que era mayor el enredo y más atascado quedaba el orador, pero era porque antes del *ha he dicho* ó *he dicho* de terminación, se lanzaban sin tomar resuello, tres ó cuatro vivas á la *República Federal*, dos *mueras* á los *neos* y un *abajo á los Borbones*.

Y más bulla y jaqueca causaba el desbordado raudal de oratoria que lo inundaba todo, que el redoblar de la caja de guerra del tambor Machaca ó el arrastrar de los cañones de la Artillería voluntaria.

Pero del discurso podía uno evadirse porque nadie le obligaba: era potestativo el hablar ó callar, más no así del *brindis*, otra manifestación oratoria también esporádica.

En nuestras antiguas comidas nos reíamos, nos festejábamos, charlábamos como loros, los graciosos hacían de las suyas, pero no *brindábamos*. Así nos prestaban, nos acarreaban carne y nos libraban de la *diabetes*, tan generalizada

hoy; porque yo achaco, sin broma, esta enfermedad, antes casi desconocida, á la introducción de los brindis en nuestros banquetes, ó á lo menos, al desarrollo que ha venido tomando desde entonces.

Porque, ¡gracias si se le vuelve azúcar la sangre á uno, y no demonios, cuando desde que empieza á comer la sopa no le abandona la tenaz idea del brindis que le aguarda pronunciar á los postres!

Y que no puede evadirlo, porque el anfitrión lo espera en loor suyo ó de sus ideales, y da de comer por eso, no por cumplir la obra de misericordia. Y á ello le incitan los comensales, que quieren hacer á otro lo que quieren hacer con ellos, y evitan que alguno se escape de la pena común.

Algunos más *cucos* ó menos *pretenciosos* salen del paso con un *¡brindo, señores, por la salud y prosperidad del dueño de la casa, su señora esposa y sus niños!* Y con esa frase galante, aunque inocente y manoseada, como de carta de la Habana, cumplen y se evitan el decir sandeces, que es lo más común, sobre todo cuando la cosa se busca corta é intencionada al tenor de la regla

La picó, sacó miel, fuese volando

Con aquella fórmula, aunque se caiga de vulgar y tonta, me quedo, de no poder emplear el bestial *hip hip ¡hurra!* de los hijos de Albión que ellos han ideado con el fin higiénico de recalcar la comida y preparar mejor las digestiones, como prácticos en todo, que dicen son sus admiradores.

¡Pero si quisieron discursar también nuestras federalas!

Convidóme un día *Fraternidad* con varias de sus amigas, á unas *carajacas*, y alzándose de pronto á media comida, y tomando en su manita, regordetita y rosada, llena de monísimos hoyitos en las coyunturas, un vaso en colmo de regular *pirujo* exclamó:

—Voy á *blindar*.

Y salió de su monísima aclavelada boquita, un:

—¡*Blindo* por la República federal, primero, y *en después* por tí, querido *oficiar*, porque *sos* un verdadero republicano y no *sos* (¡qué avisada!) capaz de *virarte*. *Ha he dicho*.

Y yo también; consignando antes que los únicos que se escaparon del mal tegido plagio casteleriano fueron el *Capitán de la segunda* y el ciudadano Domenech; este último fué el orador de más originalidad de frase y de más nuevas y gráficas imágenes que tuvo la república nuestra y á quien me desalaba por oír.

De aquellos brindis de entonces hay uno, que aunque no es político, no ha perdido aun su popular celebridad.

Aludo al pronunciado en un campo, en cierta ocasión por un modesto artista en obras de yeso, que despuntaba por fino y retórico.

El público, sin embargo, solo ha hecho hincapié en ciertos solecismos de las voces y extraño culteranismo de las expresiones, sin atender á su acertada *miga*; bajo cuyo concepto, el brindis dicho puede servir de norma y ponerse como clásico modelo á esta suerte de limitadas y sustanciosas peroraciones.

Convidado á un *clerme* en una de sus fincas por rico propietario, abrió el partido en momento oportuno con el obligado

—¡Brindo señores!

Añadiendo luego

—¡*Qué frescosidad!* ¡Y qué *brembilleros!*

Y con estas dos primeras frases de acabado sabor bucólico, tan de circunstancias, precisas además y cortas, siguiendo la regla, á la par que lisongeaba al *burgués* anfitrión en la belleza de su *terruño* y le halagaba en su vanidad de dueño,

hacía evidente la virgiliana sensibilidad de su alma despertada por los encantos de aquella naturaleza.

Y continuó, aludiendo á la *pella* de *gojfo*, que *resobaba* en su alzada diestra:

—*Con esta me ha he creado y con esta debo preceder y no puedo negarle la consecuencia. Ha he dicho.*

Manifestación concreta y desbordando el *jugo*, que revelaba su agradecido entusiasmo por aquella forma de *pan cotidiano*, que le deparaba la Providencia, y hacía, de paso, la apología al obsequio del elegido que la servía de medio.

Y si á todos no les es dado el traducir á claro castellano las dichas cabalísticas expresiones, evidente es que solo los escogidos son los llamados á apreciar en su verdadero valor el juicio hecho.

El Obispo en la Gallera

—Pido la palabra.

Increpó al Presidente, antes de abrirse la sesión, un individuo extraño al partido, pero muy conocido por su continuo ferviente culto al diós que la mitología corona de pámpanos, colado de rondón, á pesar de la resistencia que tuvo á la entrada, y de las *eses* y *traspie's* anacreónticos que ayudaban á contrariar su intento.

Por supuesto que el presidente no se la concedió, pero tampoco en contra le dijo nada, suponiendo, con muy buen acuerdo, que al no hacerle caso había de desistir. Pero él cuadrándose y tomando la actitud y empaque que remedaba, de cierto alto bombero personaje, *cogiendo* dijo:

—*Tengo la honra de manifestal al señol plesidente que en casa de Mamelto lo han estado cliticando esta noche. Ha he dicho.*

Y tuvo la buena ocurrencia de marcharse luego, y evitó así conflictos y entorpecimientos á la sesión aquella, que se preparaba, dado su objeto, con no acostumbrada solemnidad.

De fijo, que la expresión contrariada que se notaba en el semblante del presidente, no había de depender del mal efecto que pudieran causarle las delatadas críticas; ni él daba importancia á lo que en su contra, tal vez, por algunos de sus presididos, pudiera decirse en casa de *Mamerto*, desacredi-

tado antro, donde el culto que se rendía á *Venus* venérea y á *Baco amílico* podía trastornar sus acaloradas cabezas y soltar sus torpes lenguas.

No: aquella expresión provenía, con toda seguridad, del continuo imaginar y cabildear constante sobre la trascendencia y espinosas dificultades del acto que le había tocado presidir.

Y era natural: se esperaba la inmediata visita de un príncipe de la Iglesia, y esto, á pesar de los aires de indiferencia religiosa que corrían, y, tal vez, por estos mismos aires, no podía tomarse como cosa baladí y de llano hacer, para que la sorteara con el debido éxito un modesto obrero de luces limitadas, si bien de honrada y recta condición.

El virtuoso Obispo que en aquellos dificultosos tiempos regía la Diócesis, era un modelo acabado de celo apostólico, y este le despertó el laudable deseo de querer celebrar una reunión pública para conferenciarla con fines propios de su alta misión.

A efecto de lo cual, juzgando el núcleo más avanzado de la gente liberal, y por ende el más difícil de *enredilar*, al partido republicano, llamó á palacio á nuestro presidente para tratar del asunto.

En las llanas y afectuosas palabras que el *pastor* terció con la *oveja*, esta le apartó de la idea de la plaza pública en que había pensado, haciéndole entender, que si algo había que enderezar en el sentido que deseaba en la ciudad nuestra, no lo hallaría sino en la *Gallera* y en el grupo de gente roja que allí se reunía las noches de sesiones.

—Con republicanos como V. iré á todas partes,—dijole al despedirse convencido, la Señoría ilustrísima al presidente, estrechando su mano.

Hago mención ahora de esta frase episcopal y de este apretón de despedida, en loa de las rectas ideas de ese honrado trabajador, que me hubiera guardado muy bien de hacer entonces públicos, porque el que mejor le hubiera tratado de nuestros federales, lo hubiera increpado de *neo y vendido á los curas*.

¿Y quién puede asegurar que no hubieran olido algo ó sospechándolo de antemano, y de ahí las *clíticas* en el *lupanario Mamerto*?

Pero, al grano, que no vamos á acabar nunca.

—Se trata, ciudadanos, de recibir á un príncipe de la Iglesia que quiere honrarnos con su presencia y debemos prepararle un sitio distinguido.

—Propongo que se traiga un sillón y se coloque levantado un poco más alto, como señal de deferencia, al lado de la silla presidencial.

—Muy bien... dicho, mi amigo. (La habitual muletilla de este orador le hacía generalmente olvidar el tratamiento de ciudadano, que se había adoptado).

—Todo lo que se haga es poco,—terciaba el presidente— para corresponder al gran honor que recibirá el partido en esta noche. (El apretón de manos y las cariñosas frases diocesanas habían hecho su efecto.)

—Irá á palacio una comisión del partido para traerlo.

—Desde luego, mi... amigo..., digo, ciudadano. Eso no tiene vuelta. Y la comisión que sea numerosa.

El ciudadano anterior.—¿De tres?

—*Otro más entusiasta*.—No, de nueve.

Otro más fervido.—Que sea de nueve.

—De doce, mis amigos. Ciudadano presidente: que sea de doce; voto por... ese número.

La robusta carpintería del capitán *de la Segunda* se había alzado altiva en tanto, de su asiento, con toda la enérgica expresión de su imponente y clásica solemnidad. Su alma catoniana se iba alarmando con la proporción, tal vez indefinida, que iba tomando el múltiplo de tres, delatora del falso arraigo que las ideas de *igualdad* habían hecho en aquellos mezquinos pechos, que blasonaban de republicanos federales.

—Pido la palabra.

Prorrumpió con su voz sombría y viril acento:

—Aquí, en este local—dijo—no se reunen sino republicanos federales, iguales todos. En este templo de la igualdad no se *erifican* *idolos*. Ese sillón que se pretende poner más alto que la silla presidencial merece la protesta de los hombres libres. De aquí no se va á buscar á nadie por medio de comisiones. *Abiertas están las puertas; el que quiera venir que venga. Yo no soy enemigo del ciudadano Obispo; no lo soy de nadie. Tampoco soy irreligioso; pero si el Obispo quiere venir aquí á fraternizar con nosotros, que venga en buen hora, pero que venga como igual; que venga solo.*

Mas, al partido no le daba por allí. Su poca lógica republicana no comprendía la rigurosa consecuencia de la completa del orador con sus principios políticos sobre la igualdad, y por entusiasta aclamación, en medio de los—*se trata... mis amigos, de un príncipe de la iglesia*—del que iniciara el nombramiento de la comisión, se nombró esta con el máximum de *doce*, sin otra protesta que el adusto silencio del preopinante opuesto, que se vió solo, y de unos conatos de rumores lanzados á miedo, que salían de los bancos más escondidos.

De fijo donde se sentaban los de las *clíticas al presidente* en casa de *Mamelto*.

Y como el sillón de honor se había traído y colocado de

antemano en el lugar propuesto, el prelado lo ocupó después que verificó su entrada en medio de un silencio respetuoso, escoltado por la docena del acompañamiento.

--El Excelentísimo ó Ilustrísimo (¡qué tratamientos para aquel local!) Señor Obispo de Canarias, nuestro dignísimo prelado, al venir á este sitio donde se reúnen los hijos del Pueblo, está en medio de sus fieles, que desean con ansia oír su apostólica palabra.

Levante el dedo, si otro, fuera de alguno de mis compañeros de redacción, arregló esas frases que pronunció el presidente. De seguro que á ninguno de los otros colegas, redactores de los demás diarios republicanos, se les hubiera ocurrido para saludar á un Obispo otra cosa que la rociada de terminachos progresistas, hijos de su primera educación, cuya cáscara, al transformarse, no pudieron soltar nunca.

No quisiera decirlo, pero la verdad histórica me obliga á ello. Nosotros teníamos en «El Federal» un compañero que, en el empleo de los terminachos dichos, cantaba en la mano; y hubiera dado, sin nuestra constante retenida, cruz y raya á aquellos redactores de estilo progresista y á quien los diera á luz.

Como sucedió cuando en un momento de descuido, aflojándose la retranca dicha, salió á luz el célebre suelto de fondo «de la clerigalla inmunda y reaccionaria» que me obligó á salir con otros amigos de la redacción de «El Federal.»

Y así consta en el número correspondiente, por supuesto disimulando el hecho con la obligada coletilla: *Por causas ajenas... etc.*

El Prelado, pues, comenzó á desarrollar su alocución en el estilo llano, fácil y lleno de unción, que es propio de los escritos pastorales y de los sermones de los Obispos, y que tan buenos efectos causan en las almas de los que leen ó escuchan.

Trató de la armonía entre la libertad bien entendida y las enseñanzas evangélicas. Díjoles que los conceptos de *Libertad*, *igualdad y fraternidad*, no mistificados, tenían su verdadero origen en las doctrinas de El Redentor, que la forma republicana de gobierno no estaba reñida, como ninguna otra, con la Santa doctrina, y que de apurar las cosas, aquella era la más adecuada; que siendo buenos cristianos podían ser, sin inconveniente, todo lo republicanos federales que les pidieran sus cuerpos. (El semblante de medalla romana *del capitán de la segunda*, al tocar el prelado este punto, se iluminó con una alborada de complacencia y su rígida boca de Mucio Scévola apuntó una sonrisa de satisfacción.) Añadió que la *cari-*
dad, palabra más lata que la *fraternidad* y de más significación bienhechora, era la esencia del Cristianismo; que las órdenes religiosas se habían distinguido siempre por su amor á los pobres; que los conventos (un ligero murmullo general), fueron en todas épocas el amparo de los desheredados. (Estupefacción en las masas de abajo que no tenían de esos establecimientos otra idea sino la de que eran guaridas de frailes *gordos que comían bien, y folgaban mejor*, según la propaganda *progresista*) cuyo amparo perdieron al ser sus bienes desamortizados; que con el pretexto de que estos bienes pertenecían á *manos muertas*...

Y aquí yo, el historiador verídico de estos sucesos, que pudiera, por mi buena fé é imparcialidad, á tener otros dotes indispensables, escribir una buena historia seria, me permito interrumpir el hilo del discurso episcopal para hablar por mi cuenta.

Cierto era que el Obispo, hombre de agudeza y andaluz, además, continuó con ingeniosos juegos de palabras (que á mi me encantaron, aunque republicano federal y algo indiferente, pero admirador siempre del talento cuando se manifies-

ta en expiritual y ática espresión) sobre las *manos muertas* de las comunidades religiosas y las *manos vivas* de los desamortizadores; pero cierto también que esos ingeniosos escarceos no fueron la causa, como quieren algunos, de que la peroración perdiera su primitivo entusiasta efecto.

No: la masa federal neta, allí reunida, ó no le vió la *punta* al juego de palabras, ó no le dió importancia, en contrario caso, y aún hubo algún rojo, de cerviz menos dura, que se sonrió. Dolióle, á la verdad, á la media docena de progresistas republicanados, que veían en el retruécano amarga sátira ó recriminación dura á antiguos procederes relacionados de cerca con sus pasados ideales, que no habían olvidado del todo.

Y ¡es claro! ¿Qué teníamos que hacer los federales de nacimiento, sin otra propiedad que la reducida área en lontananza de nuestra sepultura, con las *viveces* de aquellas *manos vivas*? Envidiarles, si acaso, la *exclusiva*, que se tomaron, trabajando el asunto *pro domo sua*, sin dejarnos nada para cuando llegase, como había llegado, al decir de diarios y publicistas, nuestro San Martín.

¡Para resentirse por los gracejos episcopales estaban los tertulianos de la *talabartería*, que pensaban, en tanto, en buscar su fórmula propia para declarar de *manos muertas*, ó cosa análoga, las *muchas tierras*, de la casa de Manrique!

—Cuando los progresistas,—se decía el ciudadano Marmol,—*que han pasado por bobos*, dieron con la suya, no será de extrañar que los federales demos con la nuestra para *agazajarnos*.

—Ellos—decía en ocasión posterior el ciudadano Domenech que era hombre de frases, contestando á una consulta que le hacía Resplandor,—se *agazaparon* la de los otros, considerándola de *manos muertas*; nosotros con mejor derecho nos

agazaparemos la de los *agazapadores*, considerándola de *manos enterradas*.

Entiéndase que yo no hago juicios al paladar de mis opiniones, como es costumbre en los que escriben la historia seria; narro simplemente.

Y, sin embargo, los progresistas republicanizados, á pesar de su *rasquera*, no hicieron otras manifestaciones de sus protestas, que dejar oír apagados murmullos que estaban muy lejos de ser amenazadores, ni aun injuriosos.

Mas impertinentes eran los que provenían de los federales del último montón, que se sentaban en los bancos ocultos; pero no los causaban las reticencias de las palabras episcopales que creían muy lejos de rezar con ellos, y ¡pretender era creer lo contrario! ¡Bastaba contemplar la variada colección de remiendos de sus vestidos y los caprichosos zig-zag de los girones que los surcaban! No: ellos, que eran los de las *cliticas* del *lupanarium Mamertinum*, trataban solo de comprometer al presidente.

Daba el prelado señal de retirarse por creer terminada su peroración, cuando un «pido la palabra» le hizo volver la cabeza.

—*No he venido aquí*,—contestó dignamente,—*á discutir. He venido como Pastor, á aconsejar y á amonestar.*

—¡Oh!... Entonces...

Y sin atender (¿á las razones? ¿á las majaderías?) que se le preparaban salió de la Gallera escoltado por los mismos doce que lo trajeron; y si bien su salida estuvo muy lejos de parecerse á su entrada, no oyó tampoco una palabra, ni vió ningún gesto que lo molestara.

El letal silencio en que quedó el local en los primeros momentos de su partida, fué interrumpido muy pronto por la

misma voz que había pedido la palabra en son de discutir.

Nada, que le estaba rebosando la oratoria en su cuerpo, y la pedía *otra vuelta*.

—*Si el Señor Obispo de Canarias se hubiera limitado...*

Así comenzó su perorata, que trataba, según se le comprendió en un peregrino momento de lucidez de expresión, de probar que todos los males y persecuciones que la humanidad, y más que ninguna otra, la humanidad liberal había sufrido, le dimanaban de los hombres del catolicismo, de sus ministros, principalmente. ¡Y qué bien lo probó! ¿Cómo se compondría para ello? De su larga, tortuosa y enrevesada disertación, no pudo sacarse otra cosa en limpio, y esta clara y patentizada, referente á persecuciones, ni se citó otro personaje perseguido, sino que *Calvino* la emprendió contra *Miguel Servet...* que era *médico...* y ¡lo quemó!... *Podía citar el libro.*

Pocas eran para este paso cómico las costaladas de *risum teneatis* que aquel mi compañero de redacción tenía en reserva para sus polémicas.

.....

Y salió el *torpedo* con todo su horrísono furor.

—¡....! de ese empedernido tirano papa rey, que titulándose representante *de Cristo ha hecho guillotinar á Monti y Tognetti!!!*

¡Lástima de muchacho, porque lo era, y compañero de redacción, con instrucción y buen talento, que no hubiera tenido un poco de buen gusto para apartarse de su pedestre afición á las burdas frases y á las gruesas palabras!

¡Qué empeño el suyo en manejar la escoba de albeador, cuando tuvo condiciones, y no comunes, para emplear finos pinceles en su oratoria y en sus escritos!

Lo que no ha quitado, ni quita, que antes y ahora, le haya

querido y quiera como á uno de mis mas apreciados amigos.

En parte ó en mucho hay que dispensarle, era el mas joven de todos nosotros, casi un niño aún.

Debo advertir que estabamos en aquellos dias en plena dictadura, y que, á consecuencia de hallarse ausente el dictador, presidía *per accidens* mi hoy consuegro, el maestro dueño de la única zapatería que armonizaba con nosotros en lo templado de las ideas.

Y aunque no sea del mayor interés, no estará de más que dé cuenta de las frases con que hacía el juicio de la sesión en las cercanías del *Gabinete literario*, gritando con todas las fuerzas de sus pulmones, el referido émulo de Baco delator de las *cliticas* al presidente.

—*Vayan á vel, si quieren saber lo que es jablal, como jabla Ulquina.*

Y se retiraba luego en el sumum de su emulación por el dios de las vides, de los alrededores del *Foco literario*; no sin lanzarle antes su anatema de siempre.

—*Ese Gabinete debe de caer.*

No: que estaría agresiva la sesión celebrada y que el prelado sufriría molestias de mis confederados.

Si tal creías ó suponías, joven lector, ya habrás visto por lo relatado cómo las ideas de paz y armonía reinaban en el espíritu de aquellos rojos.

Y aun te añado que las de la galantería más delicada y cortesana. Y si no te basta, para prueba, lo de la *elevación* del sillón y lo del *número de comisionados*, traeréte á cuenta la proposición del ciudadano Domenech que fué aceptada y cumplida con todo rigor.

Antes de la venida del Prelado, la atmósfera del local no

tenía nada de los elementos que constituyen la que respiramos, por gracia de Dios, pobres y ricos, todos los mortales.

Densas nubes formadas por el humo del *virginio* más pestilentemente democrático los habían sustituido, y el fenómeno de la respiración se iba haciendo imposible para el tibio en las ideas y sobre todo para el que venía de fuera con otras contrarias

—Ciudadanos—insinuó el ciudadano Domenech.—No importa que la Comisión que va en busca del ciudadano Obispo sea lo más numerosa posible si lo hemos de traer aquí para asfixiarlo. Propongo, pues, que se abran las ventanas todas para que el local se ventile y que desde ahora no se fume más hasta que termine su visita. En tanto, voy á hacer os la historia del tabaco desde sus orígenes.

Que nadie oyó, ocupados en las operaciones del ventileo ó por otra causa, pero no se fumó más sino cuando el prelado se retiró.

¿Qué dices ahora, joven lector conservador, que fumas en las procesiones y en los entierros y en otros actos de igual seriedad?

¡Abajo los Morenos!

Que había introducido en las filas de los voluntarios de la Libertad, con la intención aviesa de ridiculizarlos, á un negro de verdad, GUACHINANGO y todo. (Cargo del ciudadano Resplandor.)

Que había dado origen á la indisciplina de la gente joven del gremio horteril, que siguió resistiéndose en «la primera» á bajar el martillo de distinto modo que con el pie, según mi reforma. (Cargo del ciudadano Suelta el pollo.)

Que me había reído con burlona expresión al frente de las fuerzas, cuando «la primera» se numeraba por la derecha como había mandado, de aquel VEINTE Y DIEZ que siguió á un veinte y nueve; mofándome así de los ultra democráticos saberes en aritmética del voluntario que lo lanzó. (Cargo del interesado, el ciudadano Chufía.)

Y estas que he citado eran las más baladíes de las inculpaciones que se me venían haciendo de algunos tiempos atrás, porque las había más gordas y de más trascendencia.

Alguien más encopetado que los ciudadanos dichos, entre ellos los regidores populares, ciudadanos Andrés y Media leche, me acusaban:

Primero: de que fui el correceidile en tiempo de la Junta, de sus consultas y pasteleos con el Tirano, cuando estaba en el Monte.

Segundo: de que sorprendí al pueblo fraguando una candidatura cuya apología la hacían el apoyo y el triunfo que le dieron los Bomberos.

Tercero: de que me había resistido á publicar en mi periódico el artículo que circularon los diarios de la Península contra LA BORBONA, llamándola en público, DESGRACIADA SEÑORA.

Etc., etc.

No trato en estos escritos de disculparme de ninguno de los cargos é inculpaciones que entonces se me hicieron; pero si debo hacer constar que sentía y siento aún, á pesar del tiempo transcurrido, que se vieran con miras tan torcidas mis laudables sentimientos (tal vez exagerados, pero dignos siempre de elogio) en pró de la *igualdad*, manifestados en el apresuramiento con que corrí á meter al *negro* en mi compañía. También me causaba cierto escozor y lastimaba mi amor propio, que llamasen burla lo que yo consideraba como verdadero rasgo de genialidad militar: mi reforma en los movimientos de la carga.

Lo demás no me apuraba gran cosa, porque podían tener razón, sino en tanto en cuanto.

Y yo, por otra parte, antes que conjurarla daba pábulo á aquella impopularidad, latente aún, porque no se había manifestado de un modo verdaderamente agresivo. Precisamente, hacía pocos días que había comenzado á salir en «El Federal» un folletín mio que vino á remachar el clavo, de cuyo folletín no vió la luz pública sino su primera mitad, y eso en medio de protestas y amenazas á la redacción, que hicieron renunciar á la publicación del resto.

Titulábase «Bajo los naranjos» y á los coleccionistas de periódicos viejos puede irse el lector, si tiene algún empeño en saber su contenido. Yo no se lo diré: pero le haré saber, en

cambio, que «El Federal» se hallaba en su segundo período, y yo ya no era su Director, ni simple redactor siquiera, aunque colaboraba en él, de vez en cuando porque le tenía cariño.

Temeroso de que la tempestad que en mi contra bullía sordamente en los pechos de mis correligionarios estallase cuando menos me lo pensaba, y estállase de un modo brusco, y tal vez con majaderas consecuencias; medio retraído como estaba, acabé, después del malhadado escrito, por retraerme del todo.

Pero fué difícil desprenderme de la costumbre de ir á la Gallera; donde me limitaba á ser espectador y oyente, y aún así, de un modo vergonzante, sin atreverme á más.

Por eso, aunque asistí á la sesión del Obispo, no desplegué mis labios ni me metí en nada; por lo mismo no me atreví á formar cortejo en la manifestación republicana, y aunque se me iban los piés tras ella impulsados por un restito de corazon que aún guardaba inclinado á la *idea*, me contenté con seguirla á la distancia menos honesta que me fué posible.

Tocóle también al dictador estar fuera de Las Palmas, y recayó la presidencia de aquella sesión en el letrado guitarrista.

Había duplicado en su comida, que era siempre tarde, la acostunbrada pirámide de su tubérculo favorito, y, apenas le habían bastado para iniciar su laborosa digestión, la doble ración de rapaduras de melado que tomaba *ad hoc* y el duplicado púlpito de agua que hacía venir, generalmente, de los *chorros*.

La escolta de *adlateres* que lo trajo, lo colocó delante del sillón presidencial de pié y con las manos puestas sobre la baranda como en actitud de dirigir los debates; y así lo deja-

ron y se quedó en esa posición, dominado por la *media modorra* que delataban sus adormidos ojos.

La sesión se abrió por sí sóla, no por él, ó por algún federal vecino, que tocó de cuenta propia la campanilla, y dijo ó no dijo la frase de apertura.

Y dábase que aquella noche, sin que nada de extraordinario de que tratar se hubiese anunciado, la concurrencia resultaba de las más numerosas y de las de más subido color federal. Los Riscos habían contribuido con su contingente más rojo, y de los voluntarios de la segunda, no había faltado uno.

Hacíase cada vez más sofocante el calor que reinaba en el local, y la atmósfera semiviciada que respirábamos se saturaba más y más, tendiéndolo á la asfixia, con las nubes que despedían los cigarros virginios; porque parecía que se habían concertado á fumar todos á la vez y con reincidencia no acostumbrada.

Aquel calor y aquella atmósfera de virginio cortaba la digestión que se iniciara penosa del Presidente; y así lo daban á entender los sordos resoplidos que dejaba oír por intervalos acompasados, y las contracciones que, de vez en cuando, interrumpían el estado de amodorramiento de su semblante abotargado.

Así, en aquel estado patológico, (dispénsenme los médicos amigos, si el calificativo no está bien aplicado, pero debo como todo escritor blasonar de erudito) ¿cómo podía enterarse de nada, ni seguir el hilo de las discusiones, ni dirigir las?

De pié, delante del sillón presidencial y con las manos sobre la baranda lo colocaron cuando lo trajeron, y en el mismo sitio y actitud supina, y con igual colocación de manos continuó todo el tiempo de la sesión, hasta que se lo llevaron.

¡Ni un momento le perturbaran sus peripecias, incluso la final, de tanta escandalera, que vino de súbito!

Yo me hallaba en el acostumbrado sitio de la galería alta donde se sentaban los de «El Federal,» en medio de ellos, y semi escondido, y desde aquel sitio contemplaba y podía escudriñar toda la reunión.

Veía abajo junto á la valla de los gallos al teniente de la *Segunda*, que jamás dejaba ese puesto; cercanos, dos ciudadanos *tablajeros*, (dos Legendres) de aspecto terrible, y en medio, al exaltado ciudadano Ramos; en la misma galería que los de «El Federal» y bastante próximos, al capitán de la *Segunda* y al ciudadano Avedanc; en la parte opuesta al ciudadano *Domenech* y al constante citador de Plinio el jóven, el que propuso el máximo de la Comisión la noche del Obispo; y en la galería de encima, al ciudadano Perfume, acompañado del dueño de la bodega que por mi oportuna indicación no liquidaron las masas el día en que la Junta se inauguró.

Y prometía, al juzgar por los comienzos, ser aquella noche una noche de paz.

El ciudadano Domenech disertaba doctrinalmente con su gráfico estilo y pintoresca expresión, que era mi deleite, sobre la libertad de asociación, proponiendo una á sus *iguales* con el objeto de comprar un barco y dedicarlo á la pesca del salado; idea no del todo original pues se había iniciado en el *sub-cometeillo* que celebraba sus sesiones con mesa bien puesta de sabrosos fiambres y ricos licores.

Esta idea la encontraba buena y la apoyaba el ciudadano Marmol, aunque le chocaba la palabra *comprar*, que con la de *tomar* podía sustituirse, de establecerse sus principios de *agasajo mútuo*, que ruego al lector no crea socialistas.

—Mis... amigos, digo, ciudadanos. (El proponente de la comisión del Obispo) Plinio el jóven... y continuó, después de haber citado al escritor romano, que era su muletilla, su peroración, en la cual buscando un medio justo entre *comprar* y

tomar, indicaba el *fiado*; por supuesto con la sana intención, para que resultara, de no pagarlo nunca.

¡Inocentes recreos federales, quién hubiera adivinado que íbais á ser los precursores del suceso trágico que luego sobrevino!

Y ahora quisiera abandonar mi poco seria pluma, inclinada al tono ligero, para tomar una de lechuzo, si es que con esta solución conseguía mi objeto, que es entonar con tremebundos tonos la narración de lo que me queda.

¡Oh noche lúgubre aquella, digna de ser cantada por Jacobo Younk ó el Coronel Cadalso, que no por mí, ignorante de esos estilos y á quien falta mucho para ser hombre serio, al decir de los que me tratan, á pesar de que mis sesenta se van aproximando.

(Será porque no pongo jeta al soltar mis palabras ni escupo en grave cuando tomo resuello).

¿Cómo se vino lo que sucedió? ¿De qué causa motivó el escándalo que de súbito y sin preparación alguna se presentó?

¿Quién dió márgen á aquellas inculpaciones al Benjamin de la redacción de «El Federal»?

¿Por qué aquel empeño de impedir que se oyesen sus explicaciones y dar sus descargos?

Y sus voces medio llorosas eran ahogadas por el gritar de la multitud de abajo que se le echaba encima, y en vano aplababa al presidente para que pusiera coto á aquella infernal algarada y pudiera hacer su defensa.

No puedo dar explicaciones del porqué y como tan subitamente se formó aquella bola de nieve; pero si aseguro que me llenó de noble indignación el ver el modo brutalmente tiránico

con que se coartaba la libre defensa de un acusado, y más, siendo un amigo de mi tan querido.

Ocurrióseme, arriesgándome á todo, terciar en el debate y tomar su defensa, y ya tenía en la boca la clásica imprecación robesperiana.—*¡Presidente de asesinos!*—que me inspiraba mi lectura de la Revolución francesa, cuando caí en la cuenta de que el presidente no oía ni se daba cuenta de nada, sumido en las angustias de su digestión, cada vez más penosa. Contentéme, pues, con pedir la palabra.

El presidente, tal vez eructaría, pero contestar no contestó ni para concedérmela ni para negármela.

La estupefacción que causó en la asamblea mi atrevimiento fué causa de que sucediera á la gritería un silencio sepulcral.

—Imposible parece,—dije levantando mi cuerpo y presentándolo á todas las miradas, con la voz más enérgica que me fué posible—que en un partido que blasona de republicano, se trate de ahogar uno de los derechos más sagrados que tiene el hombre, cual es el de defensa.

Y no dije más, ni mas pretendía, pero allí fué Troya.

—*¡Abajo los Morenos!*—gritó la voz de fanático sectario del ciudadano *Ramos*.

Y cual si fuese señal convenida, el horroroso grito al repercutir en los ámbitos de la Gallera, fué secundado por todas las masas federales que, al mismo tiempo se movían y removían como queriendo tomar una dirección fija.

Y en medio de la estrepitosa bulla que causaban los movimientos y en medio de los estentóreos fatídicos gritos, una voz destemplada, aguda y chillona, cual campanilla de misericordia, no cesaba de repetir su desalentadora exclamación—*Hermanos: nos quieren dividir; nos quieren dividir, hermanos.*

En el primer momento, dicha sea la verdad, mi primera impresión fué la del espanto, y volví mis ojos instintivamente al grupo de los míos, como quien busca amparo, ¡pero que si quieres los míos! Por arte mágico habían desaparecido, no solo del sitio, sino del local.

En tanto, la oleada en su movimiento se me venía acercando: ya la creía encima y una reacción se operó en mi ánimo.—No me atropellarán, sin que me defiendan, me dije á mi mismo—y apreté con mi mano el revólver, que, como he dicho otras veces, llevaba como mis jóvenes compañeros, en nuestro empeño de remedar á los republicanos Norte-americanos.

Uno de los *nos quieren dividir hermanos* se confundió entonces con un *tírenmelos abajo* (y hablaba en plural, cuando estaba yo solo para desgraciada muestra del botón,) lanzado por el ciudadano *tablajero* de mas edad, el más fiero de los dos Legendres. Y he aquí que mis ánimos se aguaron, sentí un síntoma de destemplanza en mi estómago y me olvidé del revólver dejando caer inerte la mano que lo había empuñado. ¿Y como no, si cruzó por mi mente la idea del cuchillo largo y horroroso con que aún se sacrificaban las reses en el matadero?

Cerré, pues, mis ojos, me encomendé á Dios (si, joven lector, porque era creyente, y con el *yo pecador*, católico, aunque blasonaba, algún tanto, de espíritu fuerte) y esperé por momentos el último de mi vida.

Oí en aquel estado, acercándose cada vez más, ruidos de pisadas que rebotaban sordamente sobre el tablado.—*Ahí está mi carnicero—Consumatum est*, exclamé para mis adentros, apretando cada vez más mis cerrados párpados; moriré como un buey.

—*¡Para tocarlo es preciso pasar sobre mi cuerpo!*

Sin darme cuenta exacta de lo que pasaba, abrí mis ojos

al oír esta frase lanzada por ruda voz para mi simpática y conocida.

¿Y qué encontré á mi lado?

La noble y magestuosa figura del consecuente capitán de la *Segunda*; nuestro Catón de Utica, el incorruptible, que era bueno como el buen pan y generoso como el vino añejo, cubriéndome con su gigantesco cuerpo, en disposición de defenderme, y dispuesto á dejarse atropellar, si necesario fuera, antes que me pusieran un dedo encima.

Con satisfacción y verdadero agradecimiento cúpleme confesar que si en aquella noche salvé mi vida, ó me libré de brutal acometida de mala consecuencia, lo debí á la enérgica actitud del magnánimo capitán.

Solo yo, que lo conocía bien, sabía hasta donde llegaba á pesar de su exterior rudeza, la nobleza y buen temple de su fondo, que muchos de sus mas allegados no supieron comprender.

Tambien estaba cerca del capitán el ciudadano Judas, que ordenaba á las masas mas bien que las arengaba, para que se retirasen y no me molestaran.

En tanto comenzó la algarada, el ciudadano Perfume marchó desalado en busca del Subgobernador de entonces que trajo consigo, diciéndole que en la Gallera se estaban matando. ¡Qué miedo no sería el del buen ciudadano que tales visiones le hizo ver!

Lo sucedido con el capitán de la *Segunda* y el ciudadano Judas y la venida del Subgobernador lo apaciguaron todo incluso el campanileo de agonía *nos quieren dividir*, que continuó repitiéndose hasta última hora.

El presidente, el mismo durante el incidente, porque en igual estado de dificultad seguía su digestión.

Salí acompañado, cuando todo se acabó, del capitán dicho

y del otro ciudadano. No se hizo en mí contra la menor demostración cuando estuve en la calle.

Al saber mi desgraciado lance, *Fraternidad*, aunque ya con novio y casi entibiadas nuestras relaciones, hizo porque nos viéramos para consolarme.

—No podemos pelear *yo y tigo*,—me dijo al verme,—yo siempre te quiero, pero *sos temoso*. Si estabas *virado* ¿á que *fiste á dir* á la Gallera que por *mor* de tuya me has dado un disgusto?

Buena *Fraternidad*: tus palabras dichas aquella misma noche me consolaron más de lo que te figuraste.

Y aquí, en este cuadro, terminan mis trabajos históricos de la Revolución de nuestra Ciudad. No quiero ocuparme de lo que sucedió, cuando al dejar de ser republicano, no tomé parte activa en los sucesos que siguieron. No he querido narrar sino lo que ví y presencié, ya como *agente*, ya como *paciente*, por mis propios ojos.

Lamartine, al escribir sus Girondinos no por eso escribió la historia de la Revolución francesa y terminó la suya cuando ellos terminaron, y lo que con ellos se relacionaba mas directamente. Los de «El Federal,» de la primera época, aunque lo éramos de aquí, girondinos fuimos, por nuestra juventud, poca malicia y moderación relativa de ideas.

La impopularidad recaída sobre mí en la célebre sesión que acabo de narrar, se generalizó á todos los compañeros, pues eso indicaba el plural del grito, y desde esa noche nuestra vida política fué languideciendo ó dejó de ser.

La historia sería ó quien se le ocurra, que escriba lo demás.

FIN

«Le mot de la fin»

PASILLO

PERSONAJES.—La joven lectora, cebada en las obras de Zola.—El joven lector, curioso y pesquisidor.—El autor.

La joven lectora (con los juegos de boca más monos del mundo).—Pues la obreja no hubiera salido del todo mal, sin los imperdonables repulgos y miedos del autor á pintar ciertas cosas con todo el realismo que tienen en sí; y, sobre todo, sin su propósito preconcebido de no escribir ciertas palabras con las letras que tienen en castellano, que, cuando menos, debió darlas á entender de modo más claro. Chica hay por ejemplo, que no tiene noticias, ni se hace cargo de la palabra que se ha sustituido por modos y tiempos del verbo *jo-robar*, puesta, si mal no recuerdo, en boca del *cacique* refiriéndose al *maestro de escuela*. Y es una lástima que no se haya traducido por igual razón, la que dijo, inglesada, *nuestro amo Agustín* al terciar en los requerimientos amorosos del *Bacó inglés* y la *Venus del montón*. Estos defectos que yo pongo son los mismos que pondría el *Maestro* y todos los que siguen su admirable escuela, que es la moderna y la única que pueden sufrir las generaciones *hechas* de la época. En cuanto al estilo es lo de menos: mientras más se acerque á la incorrección y al desaliño, más metido está en el realismo.

El joven lector (ruborizado tapándose la cara).—¡Parece mentira! ¡y es una niña tan formalita como hermosa! (Por su-

puesto que el joven lector se hace para sí y el autor estas reflexiones).—Pues yo entiendo (hablando alto y separando las manos del rostro), que, según Herodoto, Tucídides y Tácito, en cuyas opiniones abundan todos los historiadores modernos, la ciencia histórica debe tener su filosofía y servir de práctica aplicación. El autor en esta historia ó cuadros históricos, como él la titula, no deduce filosofía alguna; no se sabe si aplaude los hechos historiados ó los censura, en fin, que no se saca de ella ninguna enseñanza, y más bien que historia, nos hace cuentos. Tocante al estilo, más parece propio de chascarillos. Sin embargo, alabo lo que la linda señorita tiene á bien censurar: la repugnancia manifiesta á aclarar el realismo de ciertos asuntos y la pudicia para disimular la crudeza de las palabras que lo piden.

El autor (terciando).—El juicio de usted, joven y bellísima señorita, no puede inspirarme otra contestación que la de hacerme cruces y exclamar:

—¡Ave-María purísima!

Y el tuyo, mi joven Teótimo, la de añadir, completando la jaculatoria:

—Sin pecado mueras.

Y cuenta que me asombro, aunque lo esperaba, de esas precocidades femeninas de hoy (¡qué niñas!), y de que tú, que alcanzaste suspenso en el exámen de la asignatura (¡cómo sería él para obtener tal nota, más difícil en estos tiempos que un sobresaliente), me hables de Herodoto y de Tucídides y te engolfes en filosofía histórica.

El joven lector (amoscado).—Pues mejor.

El autor (medio atufado).—Pues catay tú.

La joven lectora (interviniendo).—Sed alguna vez espíritus modernos, dejaos de disputas tontas y oid mi juicio que continúo. ¿Por qué en el cuadro que se titula «El cherne de

los bomberos», no se realzan más los rasgos realistas que apenas se apuntan ó se disimulan con notas y llamadas?

El joven lector.—¡Más todavía!

El autor.—Pues si el público ha encontrado ese cuadro que dió á luz un periódico de la localidad para dar muestra de la obra, de color subidísimo!

La joven lectora.—Pálido y muy pálido es ese color, por más que en contrario diga el público nuestro, poco hecho á las modernas lecturas; y más que pálido incompleto. Lo he averiguado. Había *gracias* que iban más allá de lo escrito, y respecto á las de otro orden de cosas, no se dá de ellas la menor idea. Así, por ejemplo, nada se dice de las *cachorras* agujeradas...

El joven lector y *el autor* (colorados como pimientos y tapándose los oídos).—¡Jesus! No continúe usted, señorita.

La joven lectora (sin hacer caso, continuando).—Llenas de dulces...

El joven lector y *el autor* (echando á correr como alma que lleva el diablo, apretando más las manos contra las orejas y subido el color de la cara al rojo cereza.)—¡*Vade retro!*
¡*Surgite maledite!*

La joven lectora (sola).—¡Valientes mamarrachos! ¿Para qué se ha metido á escribir ese viejo alegre si no ha podido prescindir de sus ñoñas pudicias y sus repulgos hueros? ¡Y el ave fría del muchacho!

Dos días después.

El joven lector y *el autor.*

El joven lector.—Amigos como siempre y sin hacer juicios de la encantadora niña, ¿quiere permitirme una pregunta?

El autor.—Y mil y más.

El joven lector.—¿Por qué no se ha procurado usted un prólogo para su obra?

El autor.—Lo lleva y es tal á pesar del *á guisa* de añadidura.

El joven lector.—Pero ese es un escrito de su cosecha. ¿No tenía usted un amigo literato á quien encargar...

El autor.—¡Un amigo! No uno sino todos los literatos compaisanos que lo son, ¡y algo más que amigos!, compadres; por cuya circunstancia soy comanditario en el gremio de elogios.

El joven lector.—Pues no comprendo entonces....

El autor.—Me explicaré. La mayoría de esos amigos son jóvenes literatos á la moderna y aunque también los hay viejos, para chochees me bastan las mías. Pues bien, esa juventud sigue los rumbos de la actual literatura y, por ende, á pesar de los elogios que hubiera prodigado á granel á la obra mía hubiera visto un *símbolo* en cada uno de sus personajes, y aún en mí con mi uniforme de oficial de voluntarios de la libertad y todo.

El joven lector.—¿Y qué?

El autor.—Que me cargaría que á mis años me tuviesen por *símbolo*.

Dedicatoria "in extremis"

A mi queridísimo amigo Paco, correligionario en ideas, corredactor de *El Federal* y hermano de armas en los voluntarios de la libertad.

(Todo eso excepto lo de amigo, en antaño que juzgará, sagaz, el joven lector).

Tu fuiste entonces nuestro Benjamin, puesto que tu edad apenas llegaba á los diez y nueve, cuando Pepe Tinta y yo cumplíamos los veinte y cinco.

¿Quién de nosotros dejaba de quererte y de tolerar tus exaltaciones, hijas de tu incipiente juventud, pero sentidas de corazón y entusiastas siempre?

Pensé en un principio endilgarte la primera dedicatoria de este mamotreto, que tal me ha salido con mis divagaciones y escarceos que pocas veces dan en el claro respecto al asunto y en la herradura muchas.

Pero acudió á mi mente el grato recuerdo de FRATERNIDAD, que no conocistes sino muy apenas y casi de soslayo, por que yo evitaba otro trato más íntimo, cuyo motivo, ahora que somos viejos, te confieso franco.

Sentía celos al pensar que tu edad más temprana la enloqueciera y á mí me dejara.

Y al recordar la historia de aquellos amores y al evocar los pasados encantos de mi federala, embargose mi espíritu en dulces recuerdos de aroma juvenil, y de ahí el de-

dícarla con preferencia mi pobre trabajo (literario si quieres) posponiéndote á tí.

Dama ó hembra, como mejor te cuadre, se merecía solo por el sexo, ser la preferida.

Mi deseo sería que hallaras descanso y esparcimiento de ánimo con la lectura de estas páginas que tiempos tan buenos recuerdan á ambos, y puedan hacerte olvidar á tí como á mí me lo hacen, si no en tanto en cuanto, si quier por momentos, las amarguras de esta picara vida.

Con fraternal cariño de hermano mayor te miraba entonces; y, casi casi, también te miro hoy, pero de todos modos, seré siempre el Julián, tu amigo de joven, que se te ofrece, con el alma en la mano.

J. C. Moreno

«L'Último addio»

En mi viejo amigo el ciudadano Benavides os abrazo á todos; los Roque Nieves, Frugones y demás ciudadanos que conmigo sobrevivís.

Ruego á Dios por el descanso eterno de los correligionarios que han fallecido, Ramos inclusive y los dos Legendres, y á vosotros os desea salud y fraternidad como en otro tiempo.

J. C. Moreno

APÉNDICE

La revolución en Agüimes

(ESCRITO DE COSECHA AJENA)

Repasaba de última mano este mi *latoso* trabajo (otro insustancial terminacho, el *latoso*, que admito de los del moderno diluvio, en gracia al sentido que se ha convenido en darle, que lo hace ahora bien aplicado, y como recuerdo de despedida al joven lector, que es un prodigio para el manejo de estos vocablos, *voquibles* que dice él *aflamencándose*,) cuando recibí dentro del sobre correspondiente un abultado paquete á mí dirigido.

Rota la envoltura, que era el continente, apareció el contenido, consistente en una carta y un escrito de regulares dimensiones.

LA CARTA

Señor Don... (mi nombre y apellido sin faltar una letra), ex-Federal y ex-Teniente de la primera de voluntarios.

Muy Sr. mio:

«Un corresponsal de Agüimes á quien á Dios deparó la gracia de no serlo de «El Federal,» porque lo destinó para que lo fuese de «El Bombero,» (periódico también de entonces y en mi opinión, con perdón del remitente, *guatipeor* en la *comparanza*,) ha visto en *Las Efemérides* un artículo de V. que forma parte de los «Cuadros de la Revolución de

Septiembre en Las Palmas», que se propone publicar.

¿No crée V., como yo, que al final de esos Cuadros, podía figurar muy bien uno, como apéndice, de la misma revolución en mi pueblo? (Creo.) Por si así opina, (opino) le remito el adjunto escrito (lo recibo con júbilo y le doy las gracias) relativo al asunto.

No pretendo que lo publique integro, tal cual está (¿porqué no, si está bien?), sino que tome de ahí la idea de los hechos para que los vista (están superiormente vestidos) y presente (y admirablemente presentados), con arreglo á su estilo y manera, (que sería siempre peor que la suya.)

Y dispéñeme que no siga publicando el resto de su carta, porque nada le interesa al público la consulta que me hace de paso (porque V., como buen *incondicional*, es aprovechadito) sobre el espesor que debe darle al barrial de su estanque.

Creo, volviendo al escrito, que viene como de molde para el completo de mi trabajo, pues le sobra punta y no le falta parangon histórico, porque Agüimes, dada su condición de origen levítico, bien puede considerarse como el Avignón de la Revolución de nuestra patria chica, si es que á Vd. le parece mejor esta denominación amerengada, que se usa ahora, que la mas sustanciosa de local que usábamos en nuestros buenos tiempos, y que yo, por mi cuenta, seguiré usando.

EL ESCRITO

Hasta aquel celeberrimo mes de Septiembre del 68, hubo siempre en Agüimes autoridades y funcionarios celosos que cumplían á conciencia con los deberes de su cargo.

Los jueces de paz y los alcaldes imponían castigos, multas y cárcel, haciéndose respetar de todo el que faltaba, y los secretarios de ambas instituciones se distingían por su celo y actividad, al igual que los maestros de de las escuelas públi-

cas, que se empeñaban en el adelanto de los niños, porque las Juntas de enseñanza les obligaban á practicar exámenes públicos de verdad cada semestre.

En tales condiciones, el pueblo prosperaba moral y materialmente. Eran trabajadores y buenos católicos sus habitantes, y las familias vivían en la mejor armonía, estimándose mutuamente, sin distinción de rangos ni fortunas.

Pero, al venir la *Gloriosa*, los gritos, algaradas, repiques de campanas y voladores de la metrópoli, repercutieron en los ánimos predispuestos de ciertos individuos compaisanos, de donde creo, de seguro, que hubo de salir para capitanearlos el que fué luego *corresponsal de Agüimes* de su periódico, que dice V. en su escrito de muestra, y cuyos interminables comunicados le hacían temblar.

Estos señores, que también se denominaban entonces ciudadanos, á imitación de ustedes, anduvieron desde el amanecer del día en que llegó la noticia, reclutando vecinos para parodiar la revolución llevada á cabo en esa.

El Alcalde de entonces, tan pronto se apercebíó de tales gestiones, fijó una alocución en la puerta de la parroquia, recomendando á los habitantes de la villa moderación y prudencia.

Á las dos de la tarde se fijó la alocución expresada, y ya á las tres, se daba en la plaza de San Sebastián el grito de ¡Abajo el Ayuntamiento!, ¡abajo el Alcalde!, ¡abajo el Secretario!, y de seguro, aunque no lo recuerdo bien, el obligado de ¡abajo los Borbones!

Hubo derroche de elocuencia Castelariana (párrafos del maestro aprendidos de memoria) y recorrieron las calles de la villa, llevando al frente en procesión el retrato del popular tribuno.

Al pasar la comparsa revolucionaria por cierta calle, en-

contróse con el Sacristán de la parroquia, á quien arrancaron, á viva fuerza, las llaves del templo para subir á repicar las campanas, que con su sonido atrajeron á la plaza todo el vecindario.

A las seis, en la misma plaza se constituyó la junta revolucionaria, y se redactó de palabra el programa de gobierno. (1)

Al día siguiente, dimitió su cargo el digno Secretario del Ayuntamiento, y como este empleo era el único retribuido en el pueblo, la ambición dejó sentir sus efectos en los individuos de la Junta.

Como cada uno de sus miembros se sentía con alientos para su desempeño, comenzaron los trabajos de zapa, vinieron las discordias y se multiplicaron los contradictores y los apologistas.

Quedó al fin nombrado el más popular ó mas atrevido de los pretendientes, pero como no era capaz de desempeñar el puesto, procuró utilizar con ese objeto los servicios del escribiente de su caído antecesor.

Pasado algún tiempo, la reacción comenzó á dejarse sentir en la parte mas sana y trabajadora de los vecinos; pero, para que la semilla revolucionaria una vez sembrada no se perdiera totalmente, uno de los principales farantes del movimiento, que aspiraba á la propiedad de la escuela pública, estableció en su casa un centro de enseñanza donde todas las noches se leía el catecismo de Roque Barcia y los discursos de Castelar.

Dicho lo que queda, no tendrá que darse de cabezadas el que lea de este pueblo la obra suya para dar con el asíduo y

(1) Oral y en verso tal vez, como la legislación de los pueblos primitivos, para aprenderla de memoria y trasmitirla á las generaciones que les sucedieran los Homeros del pueblo.

plúmbeo (palabra que le tomo) corresponsal de Agüimes de «El Federal.»

La excitación de los ánimos fué creciendo, y cuando se presentó, por sufragio universal, la primera elección del municipio, fué tal la locura de los contendientes, que cargaban al hombro con los enfermos, ciegos é inútiles que no podían andar para llevarlos á las urnas.

En tal caso se hallaba, por ciego, el tío Coruña, á quien llevaba sobre los suyos un furibundo republicano, que no pudo salir con su intento, gracias al heróico valor de una denodada dama del partido contrario que salió de su casa á luchar, á brazo partido, en mitad del arroyo con el demagogo conductor, logrando quitarle de las manos al expresado tío, que ella consideraba como *voto obligado de su marido*.

A partir de esta tremenda lucha electoral, en que el partido revolucionario salió derrotado, las familias de contrarias ideas no volvieron á tratarse. Había en el pueblo, hasta entonces, un solo Casino (1), y luego se fundaron dos: uno republicano y otro bombero. Los socios del uno no iban á los del otro, y aún en los bailes particulares, las damas republicanas no asistían cuando á ellos concurrían las bomberas.

En estos andares apareció en el pueblo un *tal*, hijo de allí que desde sus primeros años había marchado á América. Llamábase el *Barato*, y con tal cúmulo de ideas políticas y religiosas, y con tal anhelo de implantarlas en su país natal llegó, que, al día siguiente, hizo detener al pueblo á la salida de

(1) Lo conocí, joven y soltero, cuando el estudio de la carrera, y aunque muy animado y divertido, por el buen carácter de los habitantes del pueblo y agasajo que me concedieron, en cuanto al local y á su indumentaria ésta, sobre todo, estaba muy lejos de tener la importancia no digo de los cogines del Obispo, ni de los cajones de Adán.

misa para leerle su catecismo político é iniciarle en los secretos de sus creencias religiosas y de su moral.

Predicóles la religión natural, combatiendo las positivas, y especialmente la nuestra; hablóles sobre el trabajo y la propiedad, y estableció, como saludable corolario, el Comunismo.

En una palabra, aquel cerebro vacío llegó á captarse muchas voluntades, sobre todo en la clase proletaria y en los individuos que después de la gloriosa iban huyendo el lomo al trabajo y cuyo contingente crecía como arroz.

Proponíase regenerar á su pueblo, y á este efecto tenía reuniones todas las noches para tratar sobre las reformas que intentaba llevar á cabo.

Estas reuniones se verificaban sobre un estercolero de vacas, en una finca que llevaba en renta una parienta suya. Él se colocaba en el centro en una banca de zapatero, y desde allí dirigía la palabra á su descamisado auditorio que yacía tendido boca abajo, ó acodado sobre la dicha estercolera si no acorruado en los pesebres.

Sus deseos eran la reforma del Ayuntamiento proponiéndose que ingresaran en el municipio personas de todas clases, oficios y categorías. (1)

Una noche, que leía á su auditorio un proyecto de candidatura donde figuraban todas las clases y profesiones del pueblo, se advirtió por uno que en ella no aparecía ningún boyero, y apresurándose á corregir el involuntario olvido, indicó al tío *Rin Rin*, persona de este oficio, hombre de edad muy avanzada y cargado de familia.

El agraciado, al verse incluido en la lista de concejales, pidió la palabra, y dijo:

(1) Proposición ideal y beneficiosa ¿á qué presentarla en son de chungá?

«Señores: yo no sé leer ni escribir, ni soy méico, ni escribano, ni percurador, ni abogado; nombren á otro que yo pareso no sirvo.» (1)

Predicaba en política la igualdad y fraternidad mas absoluta, basadas en el mas crudo y descarnado comunismo y esta semilla sembrada en el terreno virgen de aquellas almas de sencillos proletarios hacía que al oírle sus incendiarias peroraciones exclamasen.

«Como ha estao en la Habana, jabla como un libro.»

Un dia intimó, en nombre de la igualdad, á varios jornaleros para que dejasen el trabajo que tenían entre manos en la labor de una finca. Fué obedecido inmediatamente, y el dueño, apocado, (2) se limitó á decirle:

—Pos como por mor de tuya han dejao de trabajar, pos serás tu quien les dé de comer.

Confieso, que por dos veces ganó con su gente, en buena lid, las elecciones municipales; pero como nosotros estábamos duchos, como los primeros, en los escamoteos y triquiñuelas electorales, no le dejamos otra victoria que la moral. Hubo caso en que los Interventores tuvimos que comernos las papeletas de las urnas para poder derrotarlo. (3)

(1) ¡Heróica modestia digna de los tiempos de los Coriolanos!

(2) Como estaban entonces los burgueses todos.

(3) A lo menos, entonces, el cacique, para salir victorioso de sus atropellos, se veía forzado á rellenar su vientre de papeles. Hoy encantara, sin duda como protesta al recuerdo horrible de esa indigesta comida.

Pero nótese con que desearo y falta de pudor confiesa el remitente, (que es hoy una figura saliente del Partido) sus *habildosos* procedimientos, que calificaria con palabras más duras, si no temiera la burla y chacota de los espíritus fuertes y despreocupados del dia que los encuentran muy divertidos.

NOTAS MÍAS.

En lo mas ferviente de su propaganda, le sobrevino la que nos espera á todos los mortales, á unos con cura y á otros sin él. Este desgraciado fué de los últimos. Y Dios habrá tenido con él misericordia, porque era uno de tantos infelices que no sabía lo que se hacía.

Su muerte fué sentida por sus correligionarios, y sus ideas continuaron arraigadas en los ánimos de estos, que celebraron una reunión en la que se acordó la división de la propiedad.

El ciudadano Cazuela, uno de los concurrentes, enemigo constante de sudar, según el precepto divino para ganar su pan, al oír las proposiciones de partición, exclamó, con cierto tono de desaliento.

—Lo que es yo, mis amigos, no trabajaré mi parte. Si alguno la quiere á medias que alevante la mano.

Algún tiempo después este ciudadano formó con otros dos los denominados *Calancas* y *Caronte*, la célebre Trinidad que capitaneó la asonada que con motivo de una disposición Superior disponiendo el remate de los bienes comunales del Pueblo se dirigió al Ayuntamiento.

Presentáronse en calzón corto y en camisa abierta por el pecho y arremangadas las mangas, con semblantes toscos y ojos de inquina.

—¿Que quiere el pueblo? les dijo el alcalde con sonrisa amable.

—Pero vamos á ver, *carape* (1) ¿Quién les ha mandado á vustedes á vender el barranco de los Balos?

Sin contestación.

Y entonces el ciudadano Caronte, que llevaba la palabra, increpando al secretario, le dijo duro:

(1) Las Niñas lectoras de Zola conocen muy bien el grosero terminacho sustituido; pero dispénsenme que no lo haya empleado por aquello de mi arcaica pudicia.

—¿Y aquí no se escribe?

—A lo que aquel contestó.

—¿Y qué escribo?

—Lo que yo digo, *carape*. Jaga vustedede un jacumento.

Y aquí termina el escrito del remitente bombero, y entro yo, por mi cuenta á hacer una observación y á añadir un suceso que él, por tratarse de asuntos de su partido, no ha querido noticiarme, pero que yo he sabido por otro conducto.

La observación: Que yo considero como una mala pasada de burgueses, jugada á los intereses de los pobres de su pueblo, amparada por las leyes egoistas que nos rigen, lo del remate del barranco de Balos, como el de cualquiera otra propiedad comunal, y que por lo tanto aplaudo, aunque burdos, como á tales héroes, á los defensores de las comunidades de Agüimes: á los Ciudadanos *Calancas*, *Caronte* y *Caxuela*.

La añadidura: Para solemnizar la victoria del Partido Bombero se llevó á cabo un acto que, cuando menos, puede tildarse de irreverente á nuestra sacrosanta fé.

Parodióse el funeral de la República, y al efecto, hicieron el muerto con un costal lleno de *carosos*, que colocaron sobre una escalera de albeador cubriéndolo luego con un paño negro y colocando todo sobre los hombros de cuatro bomberos caracterizados.

Al infeliz Queques que padecía del mal de San Antón, le vistieron una sotana y tocaron un bonete viejo para que hiciera de cura y Bigarito que funcionaba de Sacristan llevaba una lata de petróleo con agua y una pata de burro, á guisa de hisopo.

Así recorrió el cortejo las calles del pueblo, hasta llegar al punto denominado «las cuatro esquinas», donde se encontró con una comparsa de republicanos, que de nada de aquello tenían idea.

Sorprendiéronse, como era natural, y al recibir un asperge, del que hacía de cura, armóse el gran cotarro entre ambos partidos, viniéndose á las manos con palos, cuchillos y puñaldas.

Tal fué el conflicto y tan irritados se hallaban los ánimos que el Carnaval, (pues era en ese día) concluyó al punto, cerrándose las puertas de las casas, sin que nadie se atreviera á salir á la calle.

La verdad histórica me obliga á pintar las cosas como han pasado, y nadie como yo siente tener que ocuparme de este pecadillo si no pecadazo cometido por los que hasta cierto punto parecían como defensores *del altar y del trono* en el pueblo de Agüimes.

Bien es verdad que los nuestros de Las Palmas, los Bomberos, no les fueron en zaga, porque el núcleo más numeroso de *mandiles* salió de sus filas.



Indice de materias

	PÁGS.			PÁGS.
DEDICATORIA	5		XVI-Los sargentos	
A GUISA DE PRÓLOGO.	9		de la primera.	122
Cuadro I-Preliminares de			XVII-Trabajos para	
la <i>cosa</i>	13		la elección del	
— II-Siguen los preli-			primer ayunta-	
minares de la			miento popular	130
<i>cosa</i>	22		XVIII-Continúan los	
— III-La <i>cosa</i> en fun-			trabajos para la	
ción	30		elección del pri-	
— IV-Sigue la <i>cosa</i> fun-			mer Ayunta-	
cionamiento	36		miento popular	138
— V-Continúa la <i>cosa</i>			XIX-Concluyen los	
funcionando	43		trabajos para la	
— VI-Lión no se arrasa			elección del pri-	
.	49		mer Ayunta-	
— VII-La expulsión de			miento popular	145
los Jesuitas.	56		XX-Los Bomberos.	155
— VIII-La expulsión de			XXI-Primeros sinto-	
las monjas.	63		mas de socialis-	
— IX-¿Yankee?	71		mo.	163
— X-De la cordura de			XXII-Ateísmo de bro-	
un sujeto y sal-			cha gorda	172
vación de otro			XXIII-El cherne de	
y de asuntos de			los bomberos.	178
ornato con su			XXIV-Instrucción al	
punta.	78		pueblo	187
— XI-El alfa y el ome-			XXV-Las zapaterías	195
ga de la sobe-			XXVI - Preliminares	
rana	86		para la proce-	
— XII-Los alistamien-			sión del Rosario	202
tos voluntarios.	94		XXVII-Genialidad mi-	
— XIII-La primera for-			litar	209
mación	101		XXVIII-Fraternidad fe-	
— XIV-El periodismo			menina	216
de entonces.	107		XXIX-Los primeros	
— XV-Los uniformes			mandiles	223
de la milicia	115		XXX-La Talabartería	230

PÁGS.	PÁGS.
— XXXI-¡Ya no hay Pi- rineos! . . . 237	— XXXVIII-La manifes- tación republi- cana 296
— XXXII-¡Ya no hay Pi- rineos (conti- nuación). . . 245	— XXXIX-Del maestro Matías y de la oratoria espon- tánea de enton- ces 305
— XXXIII-Del rabiár de los perros y de otras menuden- cias de enton- ces 253	— XL-El Obispo en la Gallera . . . 314
— XXXIV-El Danton y el Marat 266	— XLI-¡Abajo los Mo- renos! 325
— XXXV-En pro de la dama. . . . 273	LE MOT DE LA FIN 335
— XXXVI-La entrega de la pólvora y el consumatum . 280	DEDICATORIA IN EXTREMIS. 339
— XXXVII-La piedra de los bomberos . 288	L' ULTIMO ADDIO 340
	APÉNDICE.—La Revolu- ción en Agüimes (es- crito de cosecha aje- na) 341